

SOPHIE KINSELLA

MI VIDA (no del todo) PERFECTA

«Sophie Kinsella mantiene el pulso a la cultura actual y hace que me ría a carcajada limpia. Me encanta.»

Jojo Moyes

SOPHIE KINSELLA

MI VIDA (NO DEL TODO) PERFECTA

Traducción de
Patricia Valero Mous



ÍNDICE

Portadilla

Capítulos

Créditos
Colofón

A Nicki Kennedy

PRIMERA PARTE

1

Primero: podría ser peor. En cuanto al desplazamiento hasta allí, podría ser mucho peor; debo tener esto siempre en mente. Segundo: merece la pena. Quiero vivir en Londres; quiero hacer esto, y tener que soportar un largo trayecto es parte del trato. Forma parte de la experiencia londinense, como la Tate Modern.

(En realidad, no tiene nada que ver con la Tate Modern. Mal ejemplo.)

Mi padre siempre me dice: «Si quieres el perro, acepta las pulgas». Y yo quiero ese perro. Por eso estoy aquí.

De todos modos, el paseo de veinte minutos hasta la estación está bien. Es incluso agradable. El aire gris de diciembre me pesa en el pecho como si fuese plomo, pero me siento bien. El día acaba de empezar. Estoy en camino.

Mi abrigo es bastante calentito pese a que solo me costó 9,99 libras en un mercadillo. Llevaba una etiqueta, Christin Bior, pero la corté en cuanto llegué a casa. No puedes trabajar donde yo y que en tu abrigo ponga Christin Bior. Podría llevar una etiqueta de Christian Dior *vintage* auténtica. O de una marca japonesa. O no llevar etiqueta por ser de la clase de chicas que se hacen la ropa ellas mismas con telas retro que encuentran en Alfies Antiques.

Pero nunca Christin Bior.

A medida que me acerco a Catford Bridge empiezo a notar un nudo en el estómago. No quiero llegar tarde. Mi jefa ha tenido varias pataletas últimamente por culpa de la gente que «entra a cualquier hora», así que he salido veinte minutos antes por si acaso hoy es un mal día.

Como si lo viera: seguro que es un día horrible.

Ha habido un montón de problemas en mi línea y no paran de cancelar trenes sin previo aviso. La cuestión es que en Londres, en hora punta, no se pueden cancelar trenes como si nada. ¿Qué se supone que debe hacer toda la gente que iba a subirse a ellos? ¿Evaporarse?

Al pasar por el torno de la entrada ya tengo la respuesta. Allí están, apiñados en el andén, mirando las pantallas de información, empujándose para coger el mejor sitio, mirándose unos a otros con el ceño fruncido e

ignorándose a la vez.

Ay, Dios. Seguro que han cancelado al menos dos trenes, porque la gente que hay aquí parece la que cabría en tres; todos espearn para entrar en un vagón, apelotonados en lugares estratégicos cerca del borde del andén. Estamos a mediados de diciembre, pero el espíritu navideño brilla por su ausencia. Todo el mundo está demasiado tenso y tiene demasiado frío y se nota demasiado que es lunes por la mañana. El único toque festivo consiste en una ristra de tristes lucecitas y una serie de avisos sobre los horarios de transporte durante las vacaciones.

Haciendo acopio de valor, me uno a la multitud y respiro aliviada al ver un tren acercarse a la estación. No porque vaya a caber en él (¿coger el primer tren? ¡Qué ridiculez!). Se ve gente aplastada a través de las ventanas empañadas y cuando se abren las puertas solo se baja una mujer que parece que está a punto de desplomarse después de vérselas para poder salir.

Aun así, la multitud avanza y de algún modo hay gente que consigue embutirse en el tren. Cuando se va, estoy mucho más adelante en el andén. Ahora lo único que debo hacer es mantenerme firme en mi posición y no dejar que ese tipo flacucho con el pelo engominado se me cuele. Me he quitado los auriculares para poder escuchar los avisos y estar preparada y al acecho.

Llegar al trabajo en Londres es básicamente la guerra. Es una lucha constante por ganar territorio, avanzando centímetro a centímetro, sin bajar la guardia. Porque si no, alguien dará un paso para adelantarte. O directamente te pisará.

Justo once minutos más tarde llega el siguiente tren. Avanzo con la multitud intentando apartar de mi mente las airadas exhortaciones como «¿No puedes tirar para delante?», «¡Hay sitio dentro!» o «¡Lo único que tienen que hacer es avanzar un poco!».

Me he fijado en que la expresión de la gente de dentro de los trenes es completamente diferente a la de la gente del andén, sobre todo la de los que han conseguido asiento. Ellos son los que han logrado cruzar las montañas y llegar a Suiza. Ni siquiera levantan la mirada. Se mantienen firmes en no involucrarse: «Ya sé que estáis ahí fuera, ya sé que es horrible y que yo estoy a salvo aquí dentro, pero yo también he sufrido lo mío, así que dejadme leer mi Kindle en paz sin lanzarme miradas asesinas, ¿vale?».

La gente empuja y empuja; alguien me propina un buen empellón —noto

sus dedos en la espalda— y de repente siento que piso el suelo del interior del tren. Ahora necesito agarrarme a un poste o una barra, lo que sea, para afianzar mi posición. Una vez dentro, lo has conseguido.

Parece que hay un hombre detrás de mí que está muy enfadado; se oyen gritos e insultos. Y de pronto noto una especie de corriente detrás de mí que me arrastra, como un tsunami de gente. Solo me ha pasado un par de veces en la vida y es aterrador. Me veo propulsada hacia delante sin tocar el suelo y, mientras las puertas del tren se cierran, acabo apretujada entre dos tipos, uno con traje y otro con chándal, y una chica que se está comiendo un panini.

Estamos tan juntos que la chica sostiene su panini a unos diez centímetros de mi cara. Cada vez que le da un bocado me llega un leve olor a pesto. Pero los ignoro con todas mis fuerzas. Al olor y a la chica. Y a los dos tíos. A pesar de que noto el cálido muslo del tipo del chándal contra el mío y podría contarle los pelos de la nuca. Cuando el tren emprende la marcha, todos chocamos unos contra otros, pero nadie se mira. Creo que si estableces contacto visual en el tren llaman a la policía o algo así.

Para distraerme intento planear el resto de mi trayecto. Cuando llegue a Waterloo East miraré qué línea funciona mejor hoy. Puedo coger la Jubilee-District (que tarda lo indecible) o la Jubilee-Central (pero entonces tengo que andar bastante) o el Overground (pero tengo que caminar todavía más).

Y sí, si hubiese sabido que iba a acabar trabajando en Chiswick no hubiese alquilado un piso en Catford. Pero cuando llegué a Londres por primera vez fue para ser becaria en una empresa al este de Londres. (En el anuncio ponía «Shoreditch». Aunque aquello no era Shoreditch ni por asomo.) Catford era barato y no estaba excesivamente lejos; ahora no puedo permitirme los precios del oeste de Londres y, al fin y al cabo, el trayecto no es tan tan malo...

—¡Ay! —grito cuando el tren se para de golpe y salgo disparada hacia delante bruscamente.

A la chica le pasa lo mismo y me acerca la mano peligrosamente a la cara hasta que, casi sin darme cuenta, tengo un extremo del panini en la boca. «¿Perdona?»

Estoy tan en shock que no puedo ni reaccionar. Tengo la boca llena de masa de pan caliente y mozzarella fundida. ¿Cómo demonios ha pasado?

Aprieto los dientes por instinto, algo de lo que me arrepiento al instante. Aunque... ¿qué podía hacer, si no? Nerviosa, levanto la mirada hacia ella con

la boca todavía llena.

—Perdona —mascullo, aunque suena como «mehmohma».

—Pero ¿qué haces? —exclama la chica, incrédula, dirigiéndose al resto de los pasajeros—. ¡Me está robando el desayuno!

Me suda la frente por el estrés. Esto no está bien. Nada bien. ¿Qué hago ahora? ¿Le doy un bocado al trozo de panini? (Mejor no.) ¿Lo escupo? (Peor. ¡Puaj!) No hay forma decente de salir de esta situación. Ninguna.

Al final muerdo el panini roja como un tomate. Ahora voy a tener que masticar hasta conseguir engullir un trozo de pan blandengue que es de otra persona con todo el vagón mirando.

—Lo siento mucho —le digo a la chica con torpeza en cuanto consigo tragar—. Espero que disfrutes del resto.

—Ahora no lo quiero —dice mirándome fijamente—. Está lleno de gérmenes tuyos.

—Bueno, ¡yo tampoco quería tus gérmenes! No ha sido culpa mía, tu panini ha acabado en mi boca.

—¡Ja! Ha acabado en tu boca, ya... —repite escéptica, y yo la miro indignada.

—¡Pues claro! ¿Qué te crees? ¿Que lo he hecho a propósito?

—¿Quién sabe? —responde poniendo una mano protectora sobre el resto del panini, como si fuese a abalanzarme sobre ella y a pegarle otro bocado—. Con la de gente rara que hay en Londres...

—¡Yo no soy rara!

—Puedes acabar en mi boca siempre que quieras, cariño —me dice el tipo del chándal con una sonrisa de medio lado—. Mientras no me muerdas... —añade, y todo el vagón estalla en carcajadas.

La cara se me pone más roja si cabe, pero no pienso decir nada. La conversación acaba aquí.

Durante los siguientes quince minutos miro obstinada hacia delante, intentando existir solo en mi pequeña burbuja. En Waterloo East el tren nos vomita a todos e inhalo el aire frío y contaminado con gran alivio. Camino lo más rápido que puedo hasta el metro, escojo la línea Jubilee-District y me uno a la multitud que hay en la puerta. Al hacerlo, miro el reloj y suspiro. Llevo cuarenta y cinco minutos de trayecto y ni siquiera estoy cerca.

Alguien me pisa con un tacón de aguja y me viene un repentino *flashback* de papá abriendo la puerta de la cocina, saliendo fuera, extendiendo los

brazos para abrazar los campos y el cielo infinito, y diciendo: «El trayecto más corto al trabajo del mundo, cariño. El más corto del mundo». Cuando era pequeña no tenía ni idea de a qué se refería, pero ahora...

—Avanza, ¿quieres? ¡Avanza de una vez!

El hombre que está a mi lado en el andén me chilla tan fuerte que me encojo del susto. Acaba de llegar el metro y se produce la habitual batalla entre la gente de dentro del vagón, que cree que ya va lleno hasta los topes, y la de fuera, que mide los huecos con ojos analíticos y experimentados, y calcula que caben unos veinte cuerpos más, como mínimo.

Consigo entrar en el vagón y llegar entre empujones hasta Westminster, donde me bajo y cambio a la District Line, y entonces voy resoplando hasta Turnham Green. Al salir de la estación del metro, vuelvo a mirar el reloj y empiezo a correr. Mierda. No tengo ni diez minutos.

Nuestra oficina está en un edificio grande de color claro que se llama Phillimore House. A medida que me acerco ralentizo el paso y me noto el corazón desbocado. Tengo una ampolla gigante en la planta izquierda, pero lo importante es que lo he conseguido: he llegado a tiempo. Como por arte de magia hay un ascensor esperando; me meto e intento alisarme el pelo, que se ha movido en todas direcciones mientras corría por Chiswick High Road. El trayecto completo me ha llevado una hora y veinte minutos en total; podría ser peor...

—¡Espera!

Una voz arrogante hace que se me hiele la sangre. Al otro lado del vestíbulo veo una figura familiar. Mechas caras, piernas largas enfundadas en botas de tacón alto, cazadora de cuero y minifalda de tela naranja con una textura que hace que el resto de las prendas del ascensor de repente parezcan viejas y aburridas. Sobre todo mi falda de lana negra de 8,99 libras.

Tiene unas cejas increíbles. Hay gente en el mundo que tiene la suerte de tener unas cejas increíbles, y ella pertenece a ese grupo de elegidos.

—¡Qué trayecto tan horrible! —dice al entrar en el ascensor. Su voz es ronca, metálica, suena adulta. Es una voz que sabe cosas, que no tiene tiempo para tonterías. Aprieta el botón del piso con un dedo de manicura perfecta y empezamos a subir—. Absolutamente horrible —reitera—. Los semáforos no se ponían en verde en el cruce de Chiswick Lane. He tardado veinticinco minutos en llegar aquí desde casa. ¡Veinticinco minutos!

Me lanza una de sus miradas aguileñas, de costado, y me doy cuenta de que

está esperando algún tipo de respuesta o comentario por mi parte.

—Oh —digo sin mucha convicción—. Pobre.

Las puertas del ascensor se abren y sale a paso ligero. La sigo un metro por detrás; veo su corte de pelo volver a caer perfectamente en su lugar tras cada paso y advierto ese perfume tan característico suyo (según dicen, creado especialmente para ella por Annick Goutal en París durante el viaje de su quinto aniversario de boda).

Es mi jefa. Es Demeter. La mujer con la vida perfecta.

No exagero. Cuando digo que Demeter tiene la vida perfecta, creedme, es verdad. Todo lo que podríais desear en la vida, ella lo tiene. Trabajo, familia, glamur en general. Sí, sí, sí. Incluso su nombre. Es tan único que ni se molesta en usar su apellido (Farlowe). Es simplemente Demeter. Igual que Madonna es simplemente Madonna. «Hola —la oigo decir por teléfono en ese tono confiado y más alto que el de cualquiera—, soy De-meee-ter.»

Tiene cuarenta y cinco años y es directora creativa de Cooper Clemmow desde hace poco más de un año. Cooper Clemmow es una agencia de publicidad, y algunos de nuestros clientes son peces bastante gordos, así que Demeter también lo es. Su despacho está lleno de premios y de fotos suyas con gente famosa y de productos con cuyas marcas ha colaborado.

Es alta y delgada, tiene el pelo castaño brillante y, como ya he dicho, unas cejas increíbles. No sé lo que ganará, pero vive en Shepherd’s Bush, en una casa que quita el hipo y por la que al parecer pagó más de dos millones de libras, según me contó mi amiga Flora.

Flora también me dijo que Demeter hizo importar el suelo de su sala de estar, de parqué de roble antiguo, desde Francia, y que cuesta una fortuna. Flora es la más cercana a mí en la jerarquía empresarial —creativa asociada — y una constante fuente de cotilleos sobre Demeter.

Una vez fui a ver la casa de Demeter, no porque sea una triste acosadora, sino porque por casualidad estaba por la zona y tengo su dirección y, bueno, ya sabéis, ¿por qué no ir a echar un vistazo a la casa de tu jefa si surge la oportunidad? (Vale, lo confieso: solo sabía el nombre de la calle; busqué en Google el número de la casa una vez allí.)

Por supuesto, es muy elegante. Parece salida de una revista. En realidad, ha

salido en revistas. Como en Living-lo-que-sea, con Demeter de pie en su cocina blanca impoluta, con aspecto de directora creativa glamurosa luciendo una blusa de estampado retro.

Me quedé allí de pie y la contemplé un rato. No babeando exactamente, sino más bien anhelando algo así. La puerta de entrada es de un precioso verde grisáceo —de Farrow & Ball o Little Greene, estoy segura—, con un picaporte antiguo en forma de cabeza de león y unos elegantes escalones de piedra color gris pálido que llevan hasta ella. El resto de la casa también es bastante impresionante, con los marcos de las ventanas pintados y persianas venecianas, y una cabaña de madera en un árbol en el jardín trasero que se ve un poco desde la entrada; pero fue la puerta principal lo que me cautivó. Y los escalones. Imaginad tener unos preciosos escalones de piedra por los que bajar todos los días como la princesa de un cuento. Empezaríais la mañana sintiéndoos fabulosas.

Dos coches en la entrada. Un Audi gris y un SUV Volvo negro, ambos nuevos y relucientes. Todo lo que tiene Demeter es, o bien nuevo, o reluciente y a la moda; o bien antiguo y auténtico (como el antiguo y enorme collar de madera que compró en Sudáfrica). Creo que *auténtico* debe de ser su palabra favorita: la usa unas treinta veces al día.

Demeter está casada, por supuesto, y tiene dos hijos, faltaría más: un niño que se llama Hal y una niña que se llama Coco. Tiene millones de amigos que conoce «de siempre» y no para de ir a fiestas, eventos y entregas de premios de diseño. A veces suspira y dice que es la tercera noche que sale esa semana y exclama: «¡Es que mira que soy masoquista!, ¿eh?» mientras se calza sus zapatos Miu Miu. (Llevo muchos de sus paquetes vacíos de Net-A-Porter a reciclar y por eso sé las marcas que lleva. Miu Miu. Marni de rebajas. Dries van Noten. También muchas prendas de Zara.) Pero entonces, en cuanto sale por la puerta, le empiezan a brillar los ojos y lo siguiente que vemos son todas las fotos que aparecen en las cuentas de Facebook y Twitter de Cooper Clemmow y en todas partes: Demeter con un top negro a la última (puede que de Helmut Lang, también le gusta), con una copa de vino en la mano y sonriendo junto a un montón de diseñadores famosos. Perfecta.

Y la cosa es que no le tengo envidia. No exactamente, vaya. Yo no quiero ser Demeter. No quiero tener sus cosas. Quiero decir que solo tengo veintiséis años, ¿qué iba a hacer yo con un SUV Volvo?

Sin embargo, cuando la miro, noto ese pinchacito de... algo y pienso:

«¿Podría ser yo? ¿Llegaré a ser como ella algún día? Cuando me lo haya ganado, ¿tendré la vida de Demeter?». No solo sus cosas, sino su seguridad en sí misma. Su estilo. Su sofisticación. Sus contactos. Me daría igual que me llevase veinte años conseguirlo. En realidad, ¡me encantaría! Si me dijerais: «¿Sabes qué? Si trabajas duro, dentro de veinte años tendrás esa vida», me pondría a ello ahora mismo, a destajo.

Pero es imposible. Nunca pasará. La gente habla de «escaleras» y de «carreras» y de «subir categorías», pero por muy duro que trabaje, no veo ninguna escalera que vaya a llevarme a la vida de Demeter.

Y es que, a ver, ¿dos millones de libras por una casa?

¿Dos millones?

Una vez lo calculé. Supongamos que el banco me prestase esa cantidad (cosa que no haría); con mi sueldo actual tardaría 193,4 años en pagar la deuda (y, bueno, tendría que vivir). Cuando apareció ese número en la calculadora me entró una especie de risa nerviosa. La gente habla de brecha generacional. Yo diría más bien abismo generacional. Gran Cañón generacional. No hay ascensor que suba lo suficiente como para llevarme de mi vida a la de Demeter, no sin algo extraordinario como la lotería, unos padres ricos o una idea genial que consiga hacerme millonaria. (No creáis que no lo estoy intentando. Todas las noches trato de inventar un nuevo tipo de sujetador o un caramelo casi sin calorías. Pero todavía nada.)

En fin. El caso es que no puedo aspirar a la vida de Demeter, no exactamente. Pero puedo aspirar a partes de ella. A las partes alcanzables. Puedo observarla, estudiarla de cerca. Puedo aprender a ser como ella.

Y también puedo aprender a no ser como ella.

Porque ¿no lo he mencionado ya? Demeter es una pesadilla. Es perfecta y es una pesadilla. Las dos cosas.

Mientras enciendo el ordenador, Demeter aparece en nuestra oficina de planta abierta, sin tabiques, dando sorbitos a su *latte* con leche de soja.

—Gente —dice—. Gente, escuchadme.

Esta es otra de las palabras favoritas de Demeter: *gente*. Llega a nuestro espacio y dice «gente» en ese tono dramático suyo como de función escolar, e inmediatamente tenemos que dejar lo que estamos haciendo, como si fuese

a anunciarnos algo importante para todos. Lo que quiere es algo en concreto que solo sabe hacer una persona, pero, como apenas se acuerda de a qué se dedica cada uno o de cómo nos llamamos, se dirige a todos en general.

Vale, puede que exagere un poco. O no. Nunca he conocido a nadie tan malo a la hora de recordar nombres como Demeter. Flora me dijo una vez que Demeter tiene un problema de visión, algo relacionado con el reconocimiento de las caras, pero no quiere admitirlo porque cree que eso no tiene nada que ver con su capacidad para hacer bien su trabajo.

Bueno, inciso informativo: sí tiene que ver.

Y, segundo inciso informativo: ¿qué tiene que ver el reconocimiento facial con recordar un nombre correctamente? Llevo aquí siete meses y juraría que todavía no sabe si soy Cath o Cat.

Soy Cat, por cierto. Cat como diminutivo de Catherine. Porque... Bueno. Es un diminutivo guay. Es corto y tiene gancho. Es moderno. Es londinense. Es muy yo. Es Cat. Cat Brenner.

«Hola, soy Cat.»

«Hola, soy Catherine, pero llámame Cat.»

Vale, lo admito: no es del todo yo. Todavía no. En parte sigo siendo Katie. Llevo llamándome Cat desde que empecé a trabajar aquí, pero por algún motivo la cosa no acaba de cuajar. A veces no respondo tan rápido como debería cuando la gente se dirige a mí como Cat. Dudo antes de firmar con ese nombre y una vez incluso tuve que borrar la K con la que había empezado a escribir mi nombre en una de esas enormes tarjetas de cumpleaños para una compañera. Por suerte, nadie lo vio. Es que ya me vale, ¿quién no sabe escribir su propio nombre?

Pero estoy decidida a ser Cat. Seré Cat. Es mi nombre londinense, nuevo y reluciente. He tenido tres trabajos en mi vida (vale, en los dos primeros era becaria), y con cada uno me he ido reinventando a mí misma un poco más. Pasar de Katie a Cat es el último paso.

Katie es mi yo casero. Mi yo de Somerset. Una chica de mejillas sonrosadas y pelo rizado que vive en vaqueros, botas de agua y un polar que le regalaron con un pedido de pienso para ovejas. Una chica cuya vida social se limita al pub de la ciudad o, como mucho, al Ritzy de Warreton. Una chica que he dejado atrás.

Desde que tuve uso de razón deseé irme de Somerset. Quise estar en Londres. Nunca tuve pósteres de grupos musicales de chicos en la pared:

tenía el mapa del metro. Láminas del London Eye y del Gherkin.

El primer puesto de becaria que conseguí fue en Birmingham, también una gran ciudad. Tiene tiendas, vidilla, glamur, pero... no es Londres. No tiene ese algo que hace palpitar el corazón. Su skyline. Su historia. Pasar junto al Big Ben y oír sus campanas repicar. Estar en las mismas estaciones de metro que has visto en un millón de películas sobre la Segunda Guerra Mundial. Sentir que estás en una de las mejores ciudades del mundo, sin duda. Vivir en Londres es como vivir en un plató de cine, desde las callejuelas dickensianas hasta los rascacielos relumbrantes pasando por las escondidas placitas con jardín. Puedes ser quien quieras.

La mayoría de las cosas de mi vida jamás conseguirían la primera posición en una encuesta de satisfacción general. No tengo el mejor trabajo, ni un fondo de armario a la última, ni un piso maravilloso. Pero vivo en una ciudad realmente increíble. Vivir en Londres es algo que le encantaría a gente de todo el mundo, y aquí estoy yo. Y por eso no me importa que mi trayecto hasta el trabajo sea un infierno, ni que mi habitación sea de medio metro cuadrado. Estoy aquí.

No llegué a la primera. La única oferta que recibí al acabar la carrera fue la de una pequeña empresa de marketing de Birmingham. Así que me mudé allí y de inmediato empecé a crearme una nueva personalidad. Me corté el flequillo. Empecé a alisarme el pelo a diario y a llevar un moño elegante. Me compré unas gafas de pasta con los cristales claros. Parecía diferente. Me sentía diferente. Incluso empecé a maquillarme diferente, usando todos los días un labial y contundente *eyeliner* líquido negro.

(Me llevó un fin de semana entero aprender a aplicarme bien el perfilador de ojos. Se requiere mucha destreza, como con la trigonometría, y digo yo: «¿Por qué no enseñan eso en el colegio, eh?». Si yo gobernase este país, se impartirían cursos de cosas que realmente se usasen toda la vida. Por ejemplo: cómo perfilarse los ojos, cómo hacer la declaración de la renta, qué hacer cuando se te atasca el váter y tu padre no contesta al teléfono y estás a punto de dar una fiesta en tu apartamento.)

Fue en Birmingham cuando decidí perder mi acento del sudoeste. Estaba en el lavabo, haciendo mis cosas, cuando oí a dos chicas burlarse de mí. «La granjera Katie», me llamaron. Y sí, me quedé en shock; y sí, me dolió. Podría haber salido del cubículo y haberles gritado que su acento de Birmingham tampoco es que fuese mucho más glamuroso...

Pero no lo hice. Me quedé allí sentada, pensando. Fue un bofetón de realidad. Para cuando conseguí mi segundo puesto de becaria —el del este de Londres—, ya era una persona diferente. Me había espabilado. No parecía ni sonaba como Katie Brenner de la granja Ansters.

Y ahora ya soy Cat Brenner, de Londres. Cat Brenner, la que trabaja en una oficina superguay de ladrillo visto, mesas blancas pulidas, sillas raras y un perchero en forma de hombre desnudo. (Todo el mundo se asusta la primera vez que viene y lo ve.)

A ver, que cuando digo que soy Cat me refiero a que lo seré. Solo tengo que perfeccionar lo de no firmar con el nombre que no es.

—Gente —dice Demeter por tercera vez, y todo el mundo se calla.

Aquí somos diez personas, todos con títulos diferentes, y llevamos a cabo tareas diferentes. En el piso de arriba está el equipo que organiza eventos y el que se encarga de la parte digital, y también el de planificación. Luego hay otro equipo de creativos al que llaman el «equipo visionario» y que trabaja directamente con Adrian, nuestro director ejecutivo. Además de otros departamentos como Recursos Humanos, Finanzas y cosas así. Pero esta planta es mi mundo, y en él yo soy el último mono. Soy la que menos gano de lejos y mi mesa es la más pequeña, pero por algo se empieza. Es mi primer trabajo remunerado y le doy gracias a la vida por él cada día que pasa. Y, además, bueno, mi trabajo es interesante.

En cierto modo.

Quiero decir que supongo que depende de cómo definas *interesante*, pero, por ejemplo, ahora estoy trabajando en un proyecto de lo más emocionante para lanzar una crema de leche de Coffeewite que hace su propia espuma estilo capuchino. Y eso conlleva, en mi día a día...

Vale. Esa es la cuestión. Hay que ser realista. Nunca empiezas dedicándote a lo más guay, a lo más divertido. Papá no lo entiende. Siempre me pregunta si se me ocurren a mí todas las ideas o si conozco a gente importante o si voy a comidas de negocios molonas cada día. Lo cual es ridículo.

Y sí, a lo mejor es que me pongo un poco a la defensiva, pero es que no hay forma de que lo pille y no me ayuda nada cuando empieza a hacer muecas y a negar con la cabeza y a decir: «¿Seguro que eres feliz en la capital, Katie, cariño?». Soy feliz. Pero eso no quiere decir que esto no sea duro. Papá no sabe nada sobre trabajos, sobre Londres, sobre economía o sobre, qué sé yo, el precio de una copa de vino en un bar londinense. Ni

siquiera le he dicho exactamente a cuánto asciende mi alquiler porque sé que diría, diría...

Oh, Dios. Respira hondo... Lo siento. No quería empezar a despotricar sobre mi padre. Las cosas no han ido demasiado bien entre nosotros desde que me fui de casa al acabar la carrera. No entiende por qué me mudé aquí y nunca lo entenderá. Podría intentar explicárselo mil veces, pero es que, si no te gusta Londres, lo único que le ves es tráfico, humo y gastos desorbitados, y a tu hija escogiendo vivir a más de ciento cincuenta kilómetros de ti.

Tuve dos opciones: seguir los dictados de mi corazón u optar por no romper el suyo. Y creo que al final rompí un poco el de ambos. Algo que el resto del mundo no acaba de entender, porque creen que irse de casa es de lo más normal. Pero ellos no son mi padre y yo, que hemos vivido juntos, solos los dos, muchos años.

Pero, bueno, vuelvo a mi trabajo. La gente de mi categoría no tiene contacto con los clientes. Es Demeter quien lo tiene. Y Rosa. Ellas van a las comidas de negocios y vuelven con las mejillas sonrosadas y con muestras gratuitas. Y entonces convocan una reunión, que suele involucrar a Mark, a Liz y a alguien del equipo digital, y a veces a Adrian, que no solo es el director, sino también el fundador de Cooper Clemmow y que tiene una oficina abajo. (Hubo un cofundador llamado Max, pero se retiró prematuramente y se fue a vivir al sur de Francia.)

Adrian es increíble, la verdad. Tiene unos cincuenta años y una buena mata de pelo gris ondulado, lleva camisas vaqueras y parece salido de los setenta. Supongo que en cierto modo es así. También es medio famoso. Tanto que su foto aparece en la galería de alumnos del King’s College que hay en The Strand.

Podría decirse que es un pez gordo. Y yo no estoy a ese nivel, claro, ni por asomo. Como decía, trabajo en la parte de investigación, lo cual quiere decir que esta semana a lo que me dedico es a...

Un momento, antes de que os lo diga, os advierto de que no suena demasiado glamuroso, ¿vale? Pero en realidad no es tan malo como parece, en serio.

Me dedico a introducir datos. Para ser más específica, los resultados de la encuesta final que realizamos a clientes para Coffeewite sobre café, leche en polvo, capuchino y, bueno, todas esas cosas. Dos mil encuestas escritas a mano, cada una de ocho páginas. Lo sé, lo sé. ¿Papel? ¡Si nadie hace

encuestas en papel hoy en día! Pero Demeter quería algo de la «vieja escuela» porque leyó en no sé qué estudio que la gente es un veinticinco por ciento más sincera cuando escribe con bolígrafo que cuando contesta online. O algo así.

Así que, aquí estamos. O mejor dicho, aquí estoy, con cinco cajas de cuestionarios todavía por introducir.

Puede resultar algo cansado, porque son las mismas preguntas todo el rato y porque los participantes han garabateado sus respuestas a boli y a veces no se leen bien. Pero, siendo positivos, ¡esta investigación es lo que dará forma a todo el proyecto! Flora no paraba de decirme: «Dios, pobre Cat, ¡menuda pesadilla!», pero a mí me parece fascinante.

Bueno. A ver, quiero decir que eres tú quien debe convertirlo en algo fascinante. Me ha dado por intentar acertar los ingresos de la gente basándome en sus respuestas a la pregunta sobre la densidad de la espuma. Y ¿sabéis? Casi siempre acierto. Es como si pudiese leer sus mentes. Cuantas más respuestas introduzco en la base de datos, más aprendo sobre los clientes; al menos, eso espero.

—Gente, ¿qué narices pasa con Trekbix?

La voz de Demeter vuelve a meterse en mis pensamientos. Está de pie sobre sus afilados tacones, pasándose una mano por el pelo con esa expresión tan suya de impaciencia y frustración que significa «qué-demonios-le-pasa-al-mundo».

—Me guardé unas notas sobre esto —dice haciendo *scroll* en su móvil e ignorándonos de nuevo—, estoy segurísima...

—Yo no he visto ninguna nota —contesta Sarah desde su mesa en su habitual tono bajo y discreto.

Santa Sarah, como la llama Flora. Sarah es la secretaria de Demeter. Tiene el pelo sedoso y pelirrojo, que lleva en una cola de caballo, y los dientes bonitos y muy blancos. Ella es la que se hace su propia ropa: vestidos retro espectaculares años cincuenta con faldas de vuelo. Y no tengo la menor idea de cómo logra mantenerse cuerda.

Demeter tiene que ser la persona más dispersa del universo. Todos los días, al parecer, pierde un documento o se equivoca de hora en alguna reunión. Sarah siempre se muestra paciente y educada con Demeter, pero su boca delata su frustración: se le tensa un montón y acaba formando una mueca de disgusto. Se ve que es una crack enviando correos desde la dirección de

Demeter sin que se note que no es ella para salvar la situación, disculparse y, en general, suavizar las cosas.

Ya sé que el trabajo de Demeter es muy importante. Y que además tiene que preocuparse por su familia y por las funciones escolares y todas esas historias, pero ¿cómo se puede ser tan pájara?

—Aquí está. Las he encontrado. ¿Qué hacían en mi carpeta personal?

Demeter levanta la mirada del teléfono con esa expresión confundida y punzante que pone a veces, como si el mundo entero la desorientase.

—Solo tienes que guardarlas en... —empieza a decir Sarah intentando coger el móvil de Demeter, pero esta la aparta.

—Ya sé usar el móvil. Esa no es la cuestión. La cuestión es...

Se calla de golpe y todos nos quedamos sin aliento. Ese es otro de los hábitos de Demeter: empieza una frase para captar la atención de todos y luego se detiene a la mitad, como si se le hubiese acabado la batería. Miro a Flora y la veo poner los ojos en blanco.

—Sí. Eso. —Demeter retoma donde lo había dejado—: ¿Qué pasa con Trekbix? Porque pensaba que Liz iba a escribir una respuesta a su correo, pero acabo de recibir otro de Rob Kincaid en que me pregunta por qué no le hemos dicho nada todavía. ¿Entonces? —Se vuelve hacia Liz, por fin centrándose en la persona que necesita, por fin siendo clara y concisa—. ¿Liz? ¿Dónde está la respuesta? Me prometiste enseñarme un borrador esta mañana. —Da un golpecito a la pantalla de su móvil—. Lo tengo aquí, en mis notas de la reunión del lunes pasado: Liz escribirá un borrador. ¿Primera regla de la atención al cliente, Liz?

«Llevarlos de la mano», digo para mis adentros, pero no en voz alta porque eso sería demasiado descarado.

—Llevarlos de la mano —declama Demeter—. Llevarlos de la mano durante todo el proceso. Hacer que se sientan seguros cada minuto. Es entonces cuando tienes a un cliente satisfecho. Y tú no estás llevando a Rob Kincaid de la mano, Liz. Tiene la mano colgando y eso no le hace muy feliz.

Liz se pone colorada.

—Todavía estoy trabajando en el borrador.

—¿Todavía?

—Hay muchas cosas que incluir.

—Bueno, pues ve más deprisa. —Demeter frunce el ceño—. Y envíamelo a mí primero para que lo apruebe, no se lo rebotes a Rob y ya. Lo quiero

antes de la hora del almuerzo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —murmura Liz con cara de amargada.

Es raro que Liz meta la pata. Es gestora de proyectos y tiene la mesa muy ordenada, y un cabello liso y claro que lava todos los días con champú con olor a manzana. También come muchas manzanas. La verdad es que nunca antes había conectado ambos factores. Qué raro...

—¿Dónde está el correo de Rob Kincaid? —Demeter está haciendo *scroll* arriba y abajo en su móvil—. ¡Ha desaparecido de mi bandeja de entrada!

—A lo mejor lo has borrado por error —apunta Sarah con paciencia—. Te lo mando de nuevo.

Esta es otra de las cruces de Sarah: Demeter siempre elimina sin darse cuenta correos que luego necesita urgentemente y se pone histérica. Sarah dice que se pasa la mitad del día reenviándole e-mails a Demeter, menos mal que una de las dos tiene un sistema eficiente de filtrado.

—Ya está —añade Sarah algo brusca—. Ya te he enviado el correo de Rob. De hecho, te he reenviado todos sus correos, por si acaso.

—Gracias, Sarah —admite Demeter—, no sé dónde habrá ido a parar ese mail. —Sigue con la mirada fija en la pantalla, pero a Sarah no parece interesarle lo más mínimo.

—Demeter, me voy a mi formación de primeros auxilios —salta cogiendo su bolso—. ¿Recuerdas que te lo dije? Porque soy la delegada de seguridad.

—Ya... —Demeter parece desconcertada. Está claro que se le ha olvidado por completo—. ¡Genial! Bien por ti. Pero, Sarah, antes de que te marches, repasemos... —Sigue bajando por la pantalla del móvil—. Esta noche son los London Food Awards y tengo que ir a la peluquería esta tarde.

—No puedes —la interrumpe Sarah—. Tienes toda la tarde ocupada.

—¿Qué? —Demeter levanta, por fin, la mirada del teléfono—. ¡Si pedí hora!

—Para mañana.

—¿Mañana? —Demeter parece horrorizada y sus ojos vuelven a buscar por la pantalla con avidez—. No. Pedí hora para el lunes.

—Mira tu agenda. —Sarah parece a punto de perder la paciencia—. Reservaste hora para el martes, Demeter, siempre vas los martes.

—Pues necesito teñirme las raíces urgentemente. ¿No puedo cancelar nada esta tarde?

—Vienen los de la polenta. Y luego el equipo de Green Teen.

—Mierda. —Demeter frunce el ceño contrariada—. ¡Mierda!

—Y tienes una videoconferencia dentro de quince minutos. ¿Me puedo ir ya? —pregunta Sarah en tono impaciente.

—Sí. Sí. Vete, vete. —Demeter le dice adiós con la mano—. Gracias, Sarah. —Se dirige de nuevo a su cubículo transparente, resoplando—. Mierda. ¡Mierda! ¡Ah! —Reaparece—. Rosa, ¿el logo de Sensiquo? Tendríamos que probar con un cuerpo de letra mayor. Se me ha ocurrido mientras venía. Y el círculo en aguamarina. ¿Podrías hablar con Mark? ¿Dónde está Mark? —pregunta en tono quejumbroso mirando hacia la mesa de este.

—Hoy trabaja desde casa —responde Jon, un creativo júnior.

—Ya... —dice Demeter, desconfiada—. De acuerdo.

A Demeter no le gusta que la gente trabaje desde casa. Dice que se pierde el ritmo si el equipo desaparece todo el rato. Pero Mark lo negoció en su contrato antes de que llegase Demeter, así que no hay nada que pueda hacer al respecto.

—No te preocupes, se lo comento —dice Rosa tomando notas en su bloc frenéticamente—. Cuerpo de letra, aguamarina.

—Genial. Ah, y Rosa —Demeter vuelve a sacar la cabeza una vez que ha llegado a su despacho—, me gustaría sopesar la formación de Python. Todo el mundo en esta oficina tendría que saber escribir código.

—¿Cómo?

—¡Código! —repite Demeter, impaciente—. Leí un artículo sobre ello en el *Huffington Post*. Inclúyelo en la agenda para la próxima reunión.

—Vale. —Rosa se ve abatida—. Escribir código. De acuerdo.

Cuando Demeter cierra la puerta, todo el mundo vuelve a respirar con normalidad. Así es Demeter. Totalmente aleatoria. Intentar seguirla es extenuante.

Rosa teclea atacada en su móvil, y sé que lo que está haciendo es enviarle un texto furibundo sobre Demeter a Liz. Y, como era de esperar, al poco el móvil de Liz hace ¡ping! y esta asiente con la cabeza mirando a Rosa.

Todavía no he conseguido desentrañar del todo las intrigas de esta oficina. Es como intentar entender algo de un culebrón cuando va por la mitad. Pero sé que Rosa se presentó para el puesto de Demeter y no se lo dieron. También sé que tuvieron una pelea tremebunda justo antes de que yo entrase. Rosa quiso involucrarse en un proyecto enorme encabezado por el alcalde. Se

trataba de encargarse de la imagen corporativa de una competición de atletismo, y el alcalde formó un equipo con creativos de agencias de todo Londres. El *Evening Standard* lo llamó «un escaparate de los mejores y más brillantes de la ciudad». Pero Demeter no se lo permitió. Dijo que necesitaba a Rosa en su equipo las veinticuatro horas, siete días a la semana, lo cual es mentira. Desde entonces, Rosa odia a Demeter con fruición.

La teoría de Flora es que Demeter está tan paranoica por ser eclipsada por los miembros más jóvenes de su equipo que no ayuda nunca a nadie. Si te atreves siquiera a intentar subir la escalera, te pisará los dedos con sus zapatos Miu Miu. Parece ser que ahora Rosa está desesperada por abandonar Cooper Clemmow, pero no hay muchas posibilidades para ella en este sector. Así que se queda aquí, con una jefa a la que odia y despreciando cada minuto de su trabajo. Algo que se aprecia en sus hombros jorobados y su ceño siempre fruncido.

Mark también odia a Demeter, y también sé por qué. Se supone que Demeter debe supervisar al equipo de diseño. Debe supervisarlo, no hacerlo todo ella. Pero no lo puede evitar. El diseño es lo que más le gusta: el diseño y el packaging. Conoce más nombres de tipografías de las que puedas imaginar y a veces es capaz de interrumpir una reunión solo para enseñarnos a todos un diseño de *packaging* que cree que funcionará. Algo que en realidad no está mal, pero que también es un problema porque siempre está metiendo baza cuando no le toca.

El año pasado, Cooper Clemmow renovó la imagen de marca de una conocida crema hidratante llamada Drench, y fue idea de Demeter usar un color naranja pálido con letras blancas. La verdad es que fue todo un éxito y hemos ganado un montón de premios con ella. Hasta ahí todo bien, excepto para Mark, que es el director del Departamento de Diseño. Parece que él había creado un diseño de *packaging* completamente distinto, pero a Demeter se le ocurrió lo del color naranja, preparó un prototipo por su cuenta y lo sacó en una reunión con el cliente, ante lo cual Mark se sintió absolutamente ninguneado.

Lo peor es que Demeter ni se enteró de que Mark se había enfadado. No se da cuenta de esas cosas. Ella es todo «choca esos cinco, gran trabajo de equipo, pasemos a otra cosa, próximo proyecto». Y como tuvo tanto éxito, Mark no pudo ni quejarse. En cierto modo, tuvo suerte: ganó un montón de reconocimiento por el rediseño. Lo puede poner en su currículum y todo,

pero, aun así, sigue dolido y habla de Demeter en un tono tan sarcástico que hace daño a los oídos.

Lo más triste es que todo el mundo en la empresa sabe que Mark tiene mucho talento. Acaba de ganar el Premio Stylesign a la Innovación (se ve que es algo muy prestigioso). Pero es como si Demeter no fuera consciente del buen director de diseño que tiene.

Liz tampoco está muy contenta aquí, pero lo soporta. Flora, por otro lado, siempre se queja de Demeter, pero creo que lo hace porque es quejica en general. No sé cómo se sentirán el resto.

En cuanto a mí, yo sigo siendo la nueva. Solo llevo aquí siete meses y soy muy discreta, no expreso mi opinión con demasiada frecuencia. Pero sí soy ambiciosa, tengo ideas. Y el diseño también es lo que más me gusta, sobre todo la tipografía. De hecho, es de lo que Demeter y yo hablamos durante mi entrevista.

Cuando llega un proyecto nuevo a la oficina, el cerebro me entra en ebullición. ¡He hecho tanto trabajo especulativo en mis ratos libres con mi portátil! Logos, conceptos de diseño, documentos estratégicos... No paro de enviárselos a Demeter para que me haga algún comentario, y siempre me promete que les echará un vistazo cuando tenga un momento.

Todo el mundo dice que no hay que acosar a Demeter porque si no pierde los papeles. Así que estoy esperando mi momento, como un surfista espera su ola. En realidad se me da bastante bien el surf y sé que mi ola llegará. Cuando sea el momento adecuado llamaré la atención de Demeter. Verá mi trabajo, todo caerá por su propio peso y empezaré a surfear sobre la ola de mi vida. Y no me pasaré el tiempo remando, remando, remando como hago ahora.

Estoy cogiendo de la pila la siguiente encuesta para introducir los datos cuando veo a Hannah, otra de las diseñadoras, entrar por la puerta. Se oye un suspiro generalizado y Flora me mira levantando las cejas. La pobre Hannah tuvo que irse a casa el viernes. No se encontraba bien. Ha tenido cinco abortos en los últimos dos años y esto la ha dejado algo tocada. En ocasiones tiene ataques de pánico. Le pasó el viernes, así que Rosa le dijo que se fuera a casa a descansar. La verdad es que seguramente Hannah sea la que más duro trabaja de toda la oficina. He visto correos suyos enviados a las dos de la madrugada. Se merece un buen descanso.

—¡Hannah! —exclama Rosa al verla—. ¿Estás bien? Hoy tómatelo con

calma.

—Estoy bien —dice Hannah sentándose a su mesa, evitando las miradas de todos—. Estoy bien —contesta, y al instante abre un documento y empieza a trabajar dando sorbitos a una botella de agua del grifo filtrada.

(Copper Clemmow lanzó la marca, así que todos tenemos botellas de color neón gratis en nuestras mesas.)

—¡Hannah! —Demeter aparece en la puerta de su despacho—. ¡Estás de vuelta! Bien hecho.

—Estoy bien —responde otra vez.

Noto que Hannah no quiere que le presten demasiada atención, pero Demeter va directa a su sitio.

—Oye, no te preocupes, Hannah —dice con su tono más paternalista—. Nadie piensa que seas la reina de las exageraciones ni nada de eso. Así que no te preocupes por nada.

Saluda con la cabeza a Hannah de forma amistosa, vuelve trotando a su cubículo y cierra la puerta. El resto no hemos perdido detalle y nos hemos quedado atónitos. Hannah parece totalmente abatida. Tan pronto como Demeter está de vuelta en su despacho, se vuelve hacia Rosa.

—¿Pensáis que soy la reina de las exageraciones? —pregunta a punto de llorar.

—¡Claro que no! —exclama Rosa de inmediato, y oigo a Liz murmurar:

—Maldita Demeter...

—Hannah —continúa Rosa dirigiéndose hacia su mesa y poniéndose a su altura para mirarla a los ojos—, acabas de recibir el tratamiento Demeter.

—Eso es —afirma Liz—. Has sido demeterizada.

—Nos pasa a todos. Es una arpía insensible y dice estupideces a las que no debes hacer caso, ¿de acuerdo? Has hecho muy bien en venir hoy y todos apreciamos el esfuerzo. ¿A que sí? —Rosa mira a su alrededor y todo el mundo empieza a aplaudir. Hannah se sonroja, complacida—. ¡Que le den! —continúa, y los aplausos se hacen más fuertes mientras vuelve a su mesa.

Por el rabillo del ojo veo a Demeter mirando por el cristal de su despacho, preguntándose qué debe de pasar, y casi siento lástima por ella. No tiene ni la más remota idea.

2

Durante la hora siguiente, más o menos, todo el mundo trabaja en paz. Demeter está con la videoconferencia en su despacho, yo me quito de encima un montón de encuestas y Rosa hace circular una caja de caramelos retro. Justo me estoy planteando a qué hora parar a almorzar cuando Demeter vuelve a sacar la cabeza por la puerta.

—Necesito... —Su mirada se desplaza por toda la planta y finalmente se detiene en mí—. A ti. ¿Qué estás haciendo ahora mismo?

—¿Yo? —digo casi saltando por la sorpresa—. Nada. Quiero decir, estoy trabajando. Quiero decir...

—¿Podrías venir a ayudarme un momento con algo un poco... —Se produce una de las típicas pausas de Demeter—. ¿Diferente?

—¡Sí! —exclamo intentando no sonar demasiado emocionada—. ¡Claro! ¡Por supuesto!

—Dentro de cinco minutos, ¿vale?

—Cinco minutos —asiento—. Perfecto.

Vuelvo a mi trabajo, pero las palabras se me vuelven borrosas ante los ojos. La cabeza me da vueltas de pura emoción. «Algo un poco diferente.» Podría ser cualquier cosa. Podría ser un cliente nuevo... Una web... Un concepto de *branding* revolucionario que Demeter quiera lanzar... Sea lo que sea, ¡esta es mi oportunidad! ¡Por fin ha llegado mi ola!

Noto el pecho henchido de orgullo. ¡Todos esos correos que le he estado enviando no han sido para nada! Seguro que ha estado revisando mis propuestas, cree que tengo potencial y ha esperado a que llegase el proyecto perfecto, el más especial.

Me tiemblan las manos cuando saco el portátil y unas cuantas impresiones de un porfolio que guardo en el cajón. No está de más enseñarle mi trabajo más reciente, ¿no? Me vuelvo a aplicar el labial y me pongo algo de perfume. Necesito parecer elegante y segura. Tengo que bordarlo.

Tras exactamente cuatro minutos y medio, echo la silla hacia atrás sintiéndome observada. Allá vamos. La ola empieza a crecer. Me late el

corazón muy fuerte y todo a mi alrededor parece un poco más nítido que de costumbre, pero mientras me dirijo hacia el despacho de Demeter intento parecer indiferente. Fría. En plan: «Sí, Demeter y yo vamos a tener una charla de tú a tú, ya sabéis. Vamos a hacer un poco de *brainstorming* juntas».

¡Dios mío! ¿Y si es algo grande? De repente me viene una imagen a la cabeza: Demeter y yo en la oficina hasta tarde, cenando comida china para llevar, trabajando en un proyecto increíble e innovador, puede que hasta con una presentación...

Podré contárselo a papá. A lo mejor podría llamarlo esta misma noche.

—¿Hola?

Llamo a la puerta de Demeter y la abro un poco.

—¡Cath! —exclama.

—En realidad es Cat —me atrevo a decir.

—¡Por supuesto! Cat. Maravilloso. Entra. Espero que no te importe que te pida esto...

—¡Claro que no! —digo rápidamente—. Sea lo que sea, estoy dispuesta a hacerlo. Está claro que donde más experiencia tengo es en diseño, pero me interesa colaborar en identidad corporativa, estrategia, oportunidades digitales...

Ay, no, estoy divagando. Para ya, Katie.

Mierda. Quiero decir: «Para ya, Cat». Soy Cat.

—Bien —dice Demeter, ausente, acabando de escribir un correo. Lo envía y luego mira mi portátil y mi porfolio con sorpresa—. ¿Para qué es todo eso?

—Oh. —Me pongo colorada y le extiendo el porfolio, incómoda—. Yo... he traído unas cosas, unas ideas...

—Bueno, déjalas por ahí —ordena Demeter sin interés, y empieza a rebuscar por uno de los cajones de su mesa—. Odio tener que pedirte esto, pero estoy absolutamente desesperada. Mi agenda es una pesadilla y tengo que ir a esa entrega de premios esta noche. A ver, también podría ir a un servicio rápido de peinado y secado, pero mis raíces son otro cantar, así que...

No sigo lo que me dice, pero al poco me muestra una caja con mirada expectante. Es una caja de Clairol y por un breve instante pienso: «¿Vamos a rediseñar la imagen de marca de Clairol? ¿Voy a ayudar a rediseñar Clairol? Dios santo, ¡esto es muy grande!».

Pero entonces la realidad me golpea. Demeter no parece muy emocionada, no como estaría alguien a punto de cambiar la imagen de una marca

internacional. Parece aburrida y algo impaciente. Y, por fin, el significado de sus palabras se desvela ante mí en todo su esplendor: «Mis raíces son otro cantar».

Miro la caja con más atención. Clairol, retoque de raíces fácil y rápido. Castaño oscuro. ¡Restaura el color de las raíces en diez minutos!

—¿Quieres que...?

—¡Eres un ángel! —Demeter me dedica una de sus arrebatadoras sonrisas —. Este es el único ratito libre que tengo en todo el día. ¿No te importa si voy enviando algunos correos mientras te pones a ello? Será mejor que uses los guantes protectores. Ah, y que no caiga nada a la alfombra. ¿A lo mejor podrías ir a buscar una toalla vieja o algo así?

Sus raíces. El proyecto perfecto, el más especial, es retocarle las raíces.

Siento como si la ola me hubiese engullido. Estoy empapada, chorreando, llena de algas, soy una verdadera perdedora. Aceptémoslo, ni siquiera ha salido del despacho buscándome a mí en particular. ¿Sabrá quién soy?

Cuando vuelvo a salir, preguntándome dónde demonios voy a encontrar una toalla vieja, Liz levanta la mirada de la pantalla con interés.

—¿Cómo ha ido?

—Oh —digo, y me rasco la nariz intentando ganar algo de tiempo. No soportaría que se me notase lo decepcionada que estoy. ¿Cómo he podido llegar a pensar que me iba a pedir que rediseñara la imagen de Clairol?—. Quiere que le retoque las raíces. —Intento sonar tan impasible como puedo.

—¿Que le retoques las raíces? —repite Liz—. Un momento, ¿que se las tiñas? ¿En serio?

—¡Eso es indignante! —Se le une Rosa—. ¡Eso no está entre tus tareas!

Por toda la oficina más y más cabezas se van levantando y noto una ola de empatía generalizada. Incluso de pena.

Me encojo de hombros.

—Da igual.

—Esto es peor que lo del vestido con corsé —comenta Liz con una mirada exprevisa.

He oído la historia: una vez, todo el equipo tuvo que intentar meter a Demeter en un vestido con corsé que era demasiado pequeño para ella, pero

ella no quería admitirlo. (Al final tuvieron que usar la fuerza bruta.) Pero está claro que teñir raíces está incluso un escalafón por debajo.

—Te puedes negar, ¿sabes? —me dice Rosa, la persona más perseverante de la oficina. Pero ni ella suena demasiado convencida. La verdad es que cuando eres el miembro júnior del equipo en una industria como esta, acabas teniendo que hacer cualquier cosa. Ella lo sabe y yo lo sé.

—¡No pasa nada! —digo todo lo animada que puedo—. De hecho, siempre he pensado que sería una peluquera estupenda. Era mi plan B.

Con eso me gano una carcajada generalizada y Rosa me ofrece una de sus galletas ultracaras, de esas que compra en la panadería de la esquina. Al final no todo es tan malo. Mientras cojo unas toallas de papel del lavabo de mujeres, me decido: convertiré esto en una oportunidad. No es exactamente el tú a tú que estaba buscando, pero, aun así, no deja de ser un tú a tú, ¿no? Al fin y al cabo, puede que esta sea mi ola.

Pero, oh, Dios. Puaj.

Ahora ya sé que la peluquería no es mi plan B. Los cueros cabelludos ajenos son un asco. Incluso el de Demeter.

Mientras empiezo a aplicarle la asquerosa pasta del tinte, intento apartar la mirada todo lo que puedo. No quiero ver su cuero cabelludo pálido y escamado, ni sus pequeñas motas de caspa, ni saber cuánto hace que no se retoca las raíces.

Que debe de ser muy poco en realidad, porque no se ve ni atisbo de gris. Seguro que es muy paranoica al respecto. Lo cual tiene todo el sentido del mundo. Demeter es totalmente consciente de su edad y de que todas somos más jóvenes que ella. Por eso lo compensa enterándose antes que nadie de los chistes y memes de internet, de los cotilleos de las famosas, de los nuevos grupos de música y de... de todo, vamos.

Demeter es la persona más a la última de la historia de la humanidad, la primera en apuntarse a todo lo nuevo. Tiene los dispositivos más novedosos antes que nadie. Consigue las colaboraciones de diseñadores con H&M antes que nadie. Otra gente acampa toda la noche delante de la tienda para conseguirlas. Demeter simplemente las tiene.

Igual que con los restaurantes. Ha trabajado con algunos de los restaurantes

más importantes durante su carrera, así que tiene tropecientos mil contactos. Como resultado, nunca va a un restaurante si no es el día que lo abren. O, incluso mejor, cuando todavía no está abierto, pero pueden ir personas VIP como ella. No obstante, en cuanto se permite la entrada al público en general o viene una buena reseña en el *Times*, siempre dice: «Bueno, estaba bien, pero ahora ha perdido mucho», y pasa al siguiente.

Demeter intimida. Es difícil de impresionar. Siempre ha tenido un mejor fin de semana que el resto, siempre tiene una anécdota mejor que contar de sus vacaciones; si alguien ve a una persona famosa por la calle, resulta que siempre fue a clase con ella o tiene una ahijada que sale con su hermano o algo por el estilo.

Pero hoy no me voy a dejar intimidar. Mantendré con ella una conversación inteligente y, entonces, llegado el momento, daré mi paso estratégico. Solo tengo que decidir en qué consistirá.

—¿Todo bien? —pregunta Demeter, que sigue tecleando con la vista fija en la pantalla, ignorándome.

—¡Perfecto! —digo volviendo a mojar el peine en el tinte.

—Si hay algo que sin duda recomendaría a las chicas es que nunca se dejen el pelo gris. ¡Es tan aburrido! Aunque —se mueve un momento para mirarme — el tuyo es de un color tan ratonil que ni se notaría la diferencia.

—Oh —digo perpleja—. ¿Va... bien?

—¿Qué tal Hannah, por cierto? Pobrecita. Espero haberla reconfortado.

Demeter asiente complacida y toma un sorbo de café mientras yo estoy detrás de ella con la boca abierta. ¿Lo de antes ha sido un intento de reconfortar a Hannah?

—Pues... —No sé qué decir—. Sí. Creo que está bien.

—¡Excelente!

Demeter sigue tecleando con más energía mientras yo me doy ánimos en silencio. «Vamos, Katie.»

Quería decir: «Vamos, Cat». Cat.

Aquí estoy. En el despacho de Demeter. Estamos solas ella y yo. Es mi oportunidad.

Le voy a enseñar los diseños que he hecho para Wash-Blu, decido de repente. Solo que no los dejaré sobre su mesa, seré más sutil. Primero le daré conversación. Me ganaré su confianza.

Miro el enorme tablón de anuncios de Demeter en busca de inspiración. He

estado pocas veces en su despacho, pero siempre miro el tablón para ver qué hay de nuevo. Es como la vida completamente fabulosa de Demeter resumida en un *collage* de imágenes y recuerdos e incluso muestras de tejidos. Hay diseños impresos de marcas que ha creado. Ejemplos de tipografías poco comunes. Fotos de cerámicas y clásicos del diseño de muebles de mediados del siglo XX.

Hay recortes de prensa y fotos de ella en toda clase de eventos. Imágenes de su familia esquiando y navegando y posando en playas pintorescas, todos con atuendos de lo más fotogénicos. No podrían verse más perfectos. Parece ser que su marido es el supercerebrito al mando de un *think tank*, y allí está, con corbata negra junto a ella en una alfombra roja. La coge del brazo con afecto y se le ve atractivo e inteligente. Demeter no se conformaría con menos.

¿Debería preguntarle por sus hijos? No, demasiado personal. Los ojos me saltan de una imagen a otra y captan pilas de papeles por todas partes. Esta es otra de las cosas que vuelven loca a Sarah: que Demeter le pida que imprima los correos. A menudo la oigo murmurar en su mesa: «Léelos en la maldita pantalla».

En la estantería que tiene junto a ella hay una fila de libros sobre marcas, marketing y diseño. La mayoría son títulos convencionales, pero hay uno que no he leído, un viejo volumen de tapa blanda llamado *Nuestra visión*, que miro con más atención.

—¿Qué tal es ese libro, *Nuestra visión*? —le pregunto.

—Magnífico —responde Demeter haciendo una breve pausa en su tecleo —. Es una serie de conversaciones entre diseñadores de los ochenta. Muy inspirador.

—¿Podría... cogerlo prestado? —me atrevo a preguntar.

—Por supuesto. —Demeter se vuelve un instante, sorprendida—. Adelante. Que lo disfrutes.

Cuando me acerco a por el libro veo una cajita en el mismo estante. Es uno de los éxitos más conocidos de Demeter, la cajita de Pasas Redfern, con sus pequeñas asas de cuerda roja. Hoy en día todo el mundo da por sentada su existencia, pero hasta la fecha a nadie se le había ocurrido añadirlas.

—Siempre me he preguntado algo sobre las Pasas Redfern —digo en un impulso incontrolable—. ¿Cómo conseguiste que aceptasen añadir las asas? Deben de ser muy caras.

—Oh, sí, son muy caras —asiente Demeter sin parar de escribir—. Fue una pesadilla convencer al cliente. Pero al final salió bien.

«Salió bien» es decir poco. Causaron sensación y las ventas de Pasas Redfern se dispararon. He leído artículos sobre el tema.

—Y ¿cómo lo hiciste? —insisto—. ¿Cómo convenciste al cliente?

No se lo pregunto solamente para mantener una conversación: me interesa de verdad. Porque a lo mejor algún día yo trabajaré en un proyecto y querré convencer al cliente de añadir algún detalle carísimo y el cliente se negará rotundamente y entonces recordaré el consejo de Demeter y me saldré con la mía. Seré su Kung-Fu Panda y ella mi maestro Shifu, solo que con un poco menos de kung-fu (espero).

Demeter ha dejado de escribir y se vuelve hacia mí como si a ella también le interesase la respuesta a mi pregunta.

—Lo que hacemos en este trabajo —dice pensativa— es mantener un equilibrio. Por un lado, escuchamos al cliente. Interpretamos. Respondemos. Pero, por el otro, debemos tener la valentía de proponer grandes ideas. Se trata de defender nuestras convicciones. Se necesita algo de tenacidad. ¿Sí?

—Sin duda —respondo intentando parecer tan tenaz como puedo. Bajo las cejas y cojo el peine del tinte con firmeza. Espero estar transmitiendo este mensaje: tenacidad. Alerta: una miembro júnior interesante del equipo de cuyo nombre merece la pena acordarse.

Pero Demeter no parece haberse percatado de mi apariencia tenaz y alerta. Se ha dado la vuelta para mirar la pantalla. Rápido, ¿de qué más puedo hablar con ella? Antes de que empiece a teclear de nuevo, añado:

—Ah, esto, ¿has ido al nuevo restaurante que han abierto en Marylebone? ¿El sitio de fusión británica-nepalí?

Muerde el anzuelo. He mencionado el restaurante más en boga y Demeter se para de golpe.

—Pues la verdad es que sí —me dice, sorprendida de que se lo haya preguntado—. Fui hace un par de semanas. ¿Y tú?

¿Hola?

¿Cree que puedo permitirme gastar veinticinco libras en una bandejita de *dumplings*?

Pero no me atrevo a decir simplemente: «No, pero he leído algo sobre él en un blog, que es lo único que me puedo permitir al ser Londres la sexta ciudad más cara del mundo, ¿no habías caído en la cuenta?».

(Pensando en positivo, no es tan cara como Singapur. Lo cual hace que te preguntes: «¿Cuánto deben de costar las cosas en Singapur, por el amor de Dios?».)

—Tengo previsto ir —digo tras una pausa—. ¿Qué te pareció?

—Impresionante —afirma Demeter—. ¿Sabías que las mesas están hechas en Katmandú? Y la comida es todo un reto, pero a la vez muy terrenal. Muy auténtica. Todo es orgánico, claro.

—Claro —digo en el mismo tono serio, en plan con-la-comida-no-se-juega. Creo que si Demeter tuviese que escribir la religión que profesa en un formulario escribiría «orgánica».

—¿No es el chef el mismo tipo que estaba en el Sit, Eat? —añado mojando el peine en más tinte viscoso—. No es nepalí.

—No, pero tiene un asesor nepalí y pasó un par de años allí... —Demeter gira su silla y me mira con otros ojos—. Sabemos de restaurantes, por lo que veo, ¿no?

—Me gusta la comida.

Lo cual es cierto. Leo reseñas de restaurantes como quien lee el horóscopo. Incluso llevo una lista en el bolso de los restaurantes a los que me gustaría ir alguna vez. La escribí un día medio en broma con mi amiga Fi y al final allí se quedó, como una especie de talismán.

—¿Qué te parece el Salt Block? —me pregunta Demeter como poniéndome a prueba.

—Creo que su erizo de mar merece la pena —respondo sin perder comba.

Es lo que he leído en todas partes. En cada reseña, en cada blog. Todo el mundo habla de su erizo de mar.

—El erizo de mar... —añade Demeter frunciendo el ceño—. Ya, lo tendría que haber pedido.

Noto su preocupación. Se ha perdido el plato del que todo el mundo habla. Ahora tendrá que volver y probarlo.

Demeter me dedica una mirada penetrante y luego vuelve a su pantalla.

—La próxima vez que nos llegue un proyecto sobre comida, te meteré en él.

Noto a la vez deleite e incredulidad. ¿Ha sido eso un voto de aprobación por parte de Demeter? ¿Quiere eso decir que de algún modo estoy avanzando?

—Trabajé en la campaña de relanzamiento de Awesome Pizza en

Birmingham —le recuerdo rápidamente.

Estaba en mi currículum, pero supongo que lo habrá olvidado.

—Birmingham —repite Demeter, ausente—. Es verdad. —Teclea furiosa durante un instante y luego añade—: No tienes acento de allí.

Oh, no. No le voy a contar toda la historia de por qué decidí dejar atrás mi acento del sudoeste. Me da demasiada vergüenza. Y, de todos modos, ¿a quién le importa de dónde vengo? Ahora soy una londinense más.

—Supongo que no soy de esas personas que tienen acento —digo para zanjar la cuestión. No quiero hablar de mis orígenes, quiero seguir intentando conseguir mi objetivo—. Entonces, Demeter, sobre el rediseño de Wash-Blu al que estamos optando... Bueno, he hecho algunas pruebas por mi cuenta para el logo y el packaging nuevos. En mis ratos libres. Y me preguntaba si... podría enseñártelos.

—Por supuesto —Demeter asiente, alentadora—. ¡Bien por ti! Mándamelos por correo electrónico.

Siempre reacciona igual. Te dice: «Mándamelos por correo electrónico», así, con gran entusiasmo, y tú lo haces, y luego no se vuelve a saber nada más del tema. Nunca en la vida.

—Vale —asiento—. Perfecto. O... ¡podría enseñártelos ahora!

—¿Ahora? —pregunta Demeter, distraída, alcanzando una carpeta de plástico.

Quería tenacidad, ¿no? Dejo con cuidado el tinte sobre una estantería y corro a por mis diseños.

—Este es el frontal de la caja. —Le pongo una impresión delante de la cara —. Verás que he alterado la tipo, aunque he mantenido el reconocible tono azul.

El móvil de Demeter vibra y lo coge.

—¿Hola? ¿Roy? Sí, recibí tu mensaje —asiente—. Deja que lo anote. —Coge mi impresión, le da la vuelta y escribe un número al dorso—. A las seis. Sí, por supuesto.

Cuelga, dobla el papel en cuatro sin pensar y lo guarda en su bolso. Luego me mira y se da cuenta de lo que ha hecho.

—¡Ay! Era tu hoja, ¿no? ¿Te importa que me la quede? Es un número muy importante.

La miro con la sangre hirviéndome. No sé qué responder. Era mi hoja, sí. Con mi diseño. Un diseño que le estaba enseñando. No un trozo de papel

sucio para apuntes. ¿Debería decirle algo? ¿Debería defender mi terreno?

Mi aplomo se desploma. Me siento muy idiota. Ahí estaba yo, creyendo —deseando— por un momento que estábamos conectando, que se estaba dando cuenta de mi existencia...

—¡Mierda! —Demeter interrumpe mis pensamientos. Tiene los ojos fijos en la pantalla y parece consternada—. Mierda. Ay, Dios.

Echa atrás la silla sin previo aviso y me golpea las piernas. Grito «¡Ay!», pero creo que ni me oye, está demasiado nerviosa. Mira hacia el exterior por la pared de cristal de su despacho y luego se agacha.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Estás bien?

—¡Alex viene hacia aquí! —dice como si eso lo explicase todo.

—¿Alex? —repito como una tonta. ¿Quién es Alex?

—Me acaba de escribir un correo. No puedo dejar que me vea así. —Se señala la cabeza, toda pringada de tinte, que debe reposar otros cinco minutos —. Ve hasta el ascensor —me dice apresuradamente— y habla con él.

—Pero ¡si no sé quién es!

—¡Lo sabrás! —añade Demeter con impaciencia—. Dile que vuelva dentro de media hora. O que me escriba. Pero ni se te ocurra dejarle entrar aquí.

Levanta las manos como para protegerse la cabeza.

—Y ¿qué pasa con el tinte?

—Está bien. Ya has acabado. Todo lo que tengo que hacer ahora es ir a lavármelo en un rato. Anda, ve. ¡Vete!

Dios. El pánico de Demeter es tan contagioso que me apresuro por el pasillo medio paranoica también. ¿Y si no pillo al tal Alex a tiempo? ¿Y si no lo reconozco? ¿Quién es, de todos modos?

Tomo posiciones justo delante de las puertas de los ascensores y espero. Del primero que llega salen Liz y Rosa, quienes me miran extrañadas al pasar. El segundo pasa de largo camino de la planta 0. Después el primero vuelve a detenerse en nuestro piso y... ¡ping! Las puertas se abren y del ascensor sale un tipo alto y delgado que no he visto nunca. Y Demeter estaba en lo cierto: al instante sé que debe ser él.

Tiene el pelo castaño, no de un marrón ratonil, sino de un bonito tono oscuro, que le llega a la altura de las cejas. Aparenta unos treinta años y tiene el típico rostro atractivo y abierto de la gente con buenos pómulos y una amplia sonrisa. (No sonríe, pero se le adivina; cuando ríe, seguro que su sonrisa es amplia, y apostaría también a que debe de tener la dentadura

perfecta.) Lleva vaqueros y una camisa de color lila claro, y en las manos acarrea cajas con caracteres chinos.

—¿Alex? —pregunto.

—¡Culpable! —responde mirándome con interés—. ¿Quién eres tú?

—Mmm... Cat. Soy Cat.

—Hola, Cat.

Sus ojos castaños me observan como si quisiesen sacar el máximo de información sobre mí en el menor tiempo posible. Me sentiría incómoda si no fuese porque estoy concentrada en llevar a cabo mi tarea.

—Tengo un mensaje de Demeter —anuncio—. Se pregunta si podrías volver dentro de una media hora o escribirle un correo. Es que ahora está... un poco... enredada.

Me viene a la cabeza la palabra *teñida* y casi me echo a reír.

Y él se da cuenta.

—¿Qué es tan divertido?

—No, nada.

—Sí, algo lo es. Casi te has echado a reír. —Sus ojos me miran con intensidad—. Cuéntame el chiste.

—No es ningún chiste —me apresuro a decir, sonrojada—. Bueno, ese es el mensaje.

—Esperar media hora o escribirle.

—Eso es.

—Vaya. —Parece considerarlo un momento—. El problema es que no quiero esperar media hora. Ni escribirle un correo. ¿Qué está haciendo?

Para mi horror, empieza a andar por el pasillo en dirección a nuestro departamento. Presa del pánico, corro tras él, lo adelanto y me planto delante.

—¡No! No puedes... No debes...

Cuando intenta adelantarme, me vuelvo a mover para obstruirle el paso, pero me esquiva por el otro lado. Lo vuelvo a bloquear levantando las manos en una pose defensiva de artes marciales antes de darme cuenta de lo que hago.

—¿En serio estamos haciendo esto? —Alex parece a punto de troncharse de la risa—. ¿Qué eres, de las Fuerzas Especiales?

Me pongo como un tomate, pero me mantengo firme.

—Mi jefa no quiere que la molesten.

—Eres una fiera guardiana, ¿eh? —Me mira con más interés todavía—.

Pero no eres su secretaria, ¿a que no?

—No, soy auxiliar del Departamento de Investigación.

Pronuncio mi título con orgullo. Soy auxiliar. No becaria, auxiliar.

—Bien por ti —asiente, aparentemente impresionado, y me pregunto si él será becario.

No. Demasiado mayor. Y, además, Demeter no se pondría tan histérica si quien le hubiese venido a ver fuese un becario, ¿no?

—¿Quién eres tú? —le pregunto.

—Pues... —Parece quedarse sin palabras—. Hago un poco de todo. He estado trabajando en la oficina de Nueva York —De repente intenta adelantarme, pero ahí estoy, impidiéndole el paso de nuevo—. Eres buena.

Sonríe y noto una punzada de enfado. Este tipo está empezando a ponerme nerviosa.

—Mira, no sé quién eres ni para qué necesitas a Demeter —digo en tono cortante—. Pero, como te he dicho, no quiere que la molesten, ¿entiendes?

Se queda en silencio un momento, mirándome, y luego una sonrisa ilumina su cara. Y tenía razón, es una amplia sonrisa de dientes blancos y relucientes. De hecho, me doy cuenta entonces de que es extremadamente atractivo, y esta toma de conciencia algo tardía me hace ponerme colorada.

—Estoy mal de la cabeza —dice de pronto apartándose con una reverencia —. No necesito a Demeter y te pido disculpas por haber sido tan maleducado. Si te sirve de consuelo, tú ganas.

—Está bien —respondo un poco rígida.

—No necesito a Demeter —repite de buen humor—, porque te tengo a ti. Necesito investigar algo; tú eres auxiliar del Departamento de Investigación. Es perfecto.

Pestañeo incrédula.

—¿Qué?

—Tenemos trabajo —me dice mostrándome las cajas con caracteres chinos.

—¿Qué?

—Veinte minutos como mucho. Por suerte, si Demeter está tan liada, ni se dará cuenta de que no estás en tu sitio. Vamos.

—¿Adónde?

—A la azotea.

3

No tendría que estar aquí. Es así de simple. Hay un millón de razones por las que no debería haber subido a la azotea con un desconocido llamado Alex de quien no sé nada de nada. Sobre todo cuando tengo un montón de datos de encuestas que introducir. Pero hay tres buenos motivos por los que estoy aquí, de pie en lo alto del edificio, temblando y mirando los tejados de Chiswick.

1. Creo que podría ganarle en una pelea. Ya sabéis, si resultase ser un psicópata.
2. Quiero saber qué hay en esas cajas chinas.
3. La idea de hacer algo diferente a las encuestas sobre café o el tinte de pelo es tan increíblemente atractiva que no me puedo resistir. Es como si alguien hubiese abierto la puerta de mi celda de aislamiento, hubiese encendido la luz y me hubiese dicho: «Oye, ¿quieres salir un ratito?».

Y cuando digo salir, me refiero al exterior. Aquí no hay techo, solo una barandilla de hierro alrededor del borde y algunos muros bajos de cemento aquí y allá. El aire de diciembre es frío y racheado, y me despeina y me congela la nuca. Casi parece azul grisáceo de lo gélido que es. O a lo mejor es el contraste entre el cielo invernal helado y plomizo, y los edificios iluminados y acogedores de nuestro alrededor.

Desde donde estoy puedo ver el interior de la oficina que hay en el edificio de enfrente y es fascinante. No es un bloque moderno como el nuestro; es más anticuado, con cornisas y ventanas de verdad. Una chica con americana azul marino se pinta las uñas en su mesa, pero a cada poco lo deja para hacer ver que está tecleando, y un tipo con traje gris se ha quedado dormido en la silla.

En la sala contigua se celebra una reunión bastante intensa alrededor de una gran mesa reluciente. Una mujer con uniforme sirve el té mientras un hombre mayor despotrica contra todos y otro hombre abre una ventana como

si las cosas se estuviesen caldeando tanto que necesitasen aire. Me sorprendo preguntándome qué tipo de empresa será. Algo más solemne que la nuestra. ¿Será la Real Academia de Algo?

El ruido de una caja al desprecintarse hace que me vuelva y veo a Alex agachado con una navaja suiza.

—¿De qué va el trabajo? —pregunto—. ¿Hay que sacar cosas de cajas?

—Juguetes —responde con la navaja en la boca mientras abre una—. Juguetes para adultos.

¿Juguetes para adultos?

Oh, no. Esto ha sido un error. Esto es *Cincuenta sombras en la azotea*. Me va a atar a la barandilla en cualquier momento. ¡Tengo que salir de aquí!

—No ese tipo de juguetes para adultos —añade con una sonrisa—. Juguetes para jugar en el sentido literal de la palabra, solo que para adultos. —Levanta unos palos que llevan cuerdas verde brillante y otro objeto de plástico—. Creo que esto es un diábolo. ¿Lo conoces? Eso que da vueltas. Y esto son... —De otra caja saca unos tubos de acero que parecen telescopios —. Creo que son extensibles... Sí. Son zancos.

—¿Zancos?

—¡Mira! —Extiende uno por completo y despliega la parte donde se coloca el pie—. Zancos para adultos. ¿Quieres probar?

—Pero ¿qué es todo esto?

Le cojo los zancos, me subo a ellos, y al momento empiezo a tambalearme y me caigo.

—Como te he dicho, son juguetes para adultos. Son el último grito en Asia. Se supone que son un antídoto contra el estrés moderno. Y ahora quieren expandirlos por todo el mundo y han contratado a la agencia Sidney Smith... ¿Conoces Sidney Smith?

Asiento. A ver, no es que conozca la agencia Sidney Smith, pero sé que son nuestros rivales.

—Pues, bueno, el caso es que nos han pedido que nos involucremos en esto nosotros también. Y me han encargado que les eche un vistazo a los productos. ¿A ti qué te parecen hasta ahora?

—Engañosos —digo al caerme de los zancos por tercera vez—. Cuesta más de lo que parece.

—Estoy de acuerdo.

Se me acerca sobre un segundo par de zancos y ambos avanzamos y

retrocedemos intentando mantener el equilibrio.

—Pero me gusta ser más alta. Eso es bastante guay.

—Útiles para elevar la vista sobre una multitud —asiente—. ¿Zancos para fiestas? Eso podría funcionar. —Intenta sostenerse sobre uno solo, se bambolea y al final pierde el equilibrio—. Mierda. No podrías hacer esto después de unas cervezas. ¿Se puede bailar sobre ellos? —Levanta una pierna, se tambalea y se cae—. Vale, ni por asomo. Además, ¿cómo llevas la cerveza? ¿Dónde sostienes la copa? Menudo fallo.

—No lo han pensado bien —añado.

—No han tenido en cuenta todo su potencial. —Vuelve a plegarlos—. De acuerdo, siguiente juguete.

—¿Por qué te han pedido a ti que hagas esto? —pregunto mientras doblo mis zancos.

—Bueno, ya sabes. —Me sonríe—. Porque soy el más inmaduro. —Abre otra caja—. ¡Mira! ¡Es un dron!

El dron en cuestión es una especie de helicóptero de aspecto militar con un control remoto del tamaño de un iPad mini. Debe de llevar pilas, porque Alex lo hace volar por el aire enseguida. Cuando se abalanza sobre mí, me aparto y grito.

—Perdona. —Levanta una mano—. Estoy intentando controlarlo. —Aprieta un botón en el control remoto y el dron se ilumina como una nave espacial—. ¡Ah, esto es genial! Y tiene una cámara. Mira la pantalla.

Eleva más el dron, bien alto en el aire, y ambos vemos una imagen de los tejados de Chiswick, cada vez más distantes.

—Podrías ver todo el mundo con uno de estos. —Alex está entusiasmado haciéndolo subir y bajar—. Piensa en todas las experiencias que podrías vivir. Podrías ver cada iglesia de Italia, cada árbol de la selva amazónica...

—Experiencias virtuales —le corrijo—. No estarías ahí. No podrías sentir esos lugares, ni olerlos...

—No he dicho que pudieses vivir experiencias perfectas, he dicho que podrías vivir experiencias.

—Pero eso no sería una experiencia, solo sería flotar a cierta distancia, ¿no?

Alex no responde. Hace bajar el helicóptero, apaga las luces y lo dirige hacia el edificio de enfrente.

—¡No se han dado ni cuenta! —exclama mientras lo hace merodear por

delante de la ventana por la que se ve la gran mesa de reuniones—. Mira, podemos espiarlos sin que nos vean. —Da un toquecito a la pantalla de control y la cámara se inclina para filmar la mesa—. Ahora enfocamos...

Vuelve a dar otro toquecito y la cámara hace zoom sobre unos documentos.

—No deberías hacer eso —protesto—. No está bien. Para.

Alex se vuelve para mirarme, y una expresión entre amonestada y divertida a la vez le cruza la cara.

—Tienes razón —asiente—. No los espiemos sin que nos vean. Hagámoslo delante de sus propias narices.

Vuelve a encender todas las luces del helicóptero y se ven unos intermitentes en blanco y rojo. Luego maniobra el dron con destreza hacia la ventana abierta.

—¡Para! —grito tapándome la boca con una mano—. ¿No irás a...?

Antes de acabar la frase ya está metiendo el dron por la ventana, hacia el interior de la sala de reuniones.

Por un instante nadie se percata de su presencia. Pero luego un hombre con americana azul levanta la mirada, y luego hace lo mismo una señora de pelo gris, y muy pronto todos lo señalan. Vemos sus caras de sorpresa de cerca a través de la pantalla del control remoto. No puedo evitar que se me escape una risita. Dos de los reunidos miran por la ventana abierta hacia la calle, pero a nadie se le ha ocurrido hacerlo en nuestra dirección.

—¿Ves? —dice Alex—. Todos parecían estresados. Y ahora están distraídos. Les estamos haciendo un favor.

—¿Y si era una reunión importante? —objeto.

—Claro que no era importante. Ninguna reunión lo es. ¡Eh, mira! ¡Si hay micrófono! Podemos escuchar lo que dicen.

Toca un botón y de repente oímos las voces de la gente de la sala de reuniones a través de un altavoz que hay en el mando a distancia.

—¿Nos está grabando? —pregunta una mujer, presa del pánico.

—¡Es chino! —dice un hombre señalando el dron con el dedo—. Mirad la escritura. Está en chino.

—¡Todos, tapaos la cara! —pide otra mujer, muy nerviosa—. ¡Tapaos la cara!

—¡Es demasiado tarde! —dice una chica en tono estridente—. ¡Ya nos la ha visto!

—¡No deberíamos taparnos la cara! —exclama un hombre—. Lo que

deberíamos hacer es tapar el orden del día de la reunión.

—Si solo son borradores —responde una mujer rubia algo ansiosa mientras cubre sus documentos con ambos brazos.

Un hombre en mangas de camisa se ha puesto de pie en la silla e intenta golpear el dron con un papel enrollado.

—¡No! ¡No lo hagas! —se queja Alex, y aprieta un botón del control remoto.

Al momento, el dron empieza a escupir agua al hombre que intentaba golpearlo y tengo que taparme la boca de nuevo para ahogar la risa.

—¡Ah! —dice Alex—. Así que ese botón sirve para eso. ¿Y este otro?

Lo pulsa y empiezan a salir burbujas del dron.

—¡Aj!

El hombre salta de la silla como si lo estuviesen atacando y empieza a golpear las burbujas. Me río tan fuerte que me duele hasta la nariz. Hay burbujas flotando por toda la sala y la gente intenta evitarlas a toda costa.

—Vale —dice Alex—, creo que ya hemos torturado bastante a esta buena gente. —Desde un lado del control remoto saca un pequeño micrófono, se lo lleva a la boca, enciende un interruptor y con un gesto me pide que guarde silencio—. Atención —dice en tono entrecortado, como si fuese un piloto de la RAF en la Segunda Guerra Mundial—. Repito, atención, atención.

Su voz parece salir del dron y el efecto sobre la gente de la sala es instantáneo. Se quedan congelados del susto y miran el artefacto atónitos.

—Disculpen las molestias —anuncia Alex en el mismo tono entrecortado —. El servicio habitual será reanudado en breve. ¡Dios salve a la reina! —No me lo creo. Después de decirlo se pone a cantar el himno nacional—. ¡En pie! —grita de repente por el micrófono, y un par de personas de la sala se levantan antes de volverse a sentar con cara de vergüenza—. Gracias —concluye Alex—. Muchísimas gracias.

Con destreza, hace que el dron salga volando por la ventana y descienda fuera de la vista. Inmediatamente, todas las personas reunidas se arremolinan junto a la ventana para ver hacia dónde se ha marchado, señalando en diferentes direcciones, y Alex me estira hacia uno de los muros para apartarme de su vista. Un momento más tarde, el dron desciende poco a poco detrás de nosotros, con las luces apagadas. Es obvio que nadie del edificio de enfrente tiene ni idea de por dónde ha desaparecido, y tras un minuto o dos vuelven a sentarse a la mesa. Miro a Alex a los ojos y niego con la cabeza.

—No me puedo creer que hayas hecho eso.

Una última carcajada hace que se me agite todo el cuerpo.

—¡Si les he alegrado el día! —se defiende—. Ahora ya tienen algo que contar durante la cena. —Coge el dron, lo pone entre nosotros y lo supervisa —. Entonces ¿qué pensamos de esto?

—Es genial —digo.

—¡Cierto! —asiente—. ¡Es genial! —Coge otra caja y le quita el precinto —. ¡Mira esto! ¡Botas con muelles para saltar!

—¡Ay, dios! —Las miro con la boca abierta—. ¿Son seguras?

—Y aquí tenemos... —Abre otra caja—. ¡Raquetas de tenis con luces de neón que brillan en la oscuridad! Tronchantes.

—¡Este va a ser el mejor proyecto de la historia! —digo con entusiasmo.

—Mmm... Puede. —Frunce el ceño—. Es solo que no es tan simple. Hemos trabajado con Sidney Smith antes. Y la cosa no fue bien. Así que tenemos que pensarlo mucho antes de comprometernos. —Tamborilea con los dedos con la mirada perdida y se vuelve hacia mí—. Pero estos productos son geniales, ¿verdad? —Se le iluminan los ojos al sacar una raqueta, darle a un interruptor y ver el neón amarillo brillar en la oscuridad—. Creo que me acabo de enamorar.

—Entonces, se trata de algo que apela al corazón más que a la cabeza.

No puedo evitar sonreír al ver su entusiasmo.

—Exactamente. Malditas cabezas y malditos corazones, nunca se ponen de acuerdo, ¿verdad que no?

Empieza a deambular por la azotea dando raquetazos al aire. Miro el reloj a escondidas. Mierda. Llevo aquí arriba casi veinticinco minutos y tengo tanto frío que no me noto ni los dedos.

—Esto... Tendría que volver abajo —digo algo incómoda—. Tengo un montón de trabajo...

—¡Claro! Te he entretenido demasiado. Disculpa. Yo me quedaré aquí un rato más para ver el contenido del resto de las cajas. —Me vuelve a dedicar una sonrisa arrebatadora—. Lo siento, qué idiota, no recuerdo tu nombre. El mío es Alex.

—Katie. —Freno en seco—. Cat —me corrijo sonrojándome.

—De acuerdo. —Parece un poco confundido—. Pues encantado de haber pasado este rato contigo, Katie-Cat. Gracias por tu ayuda.

—Perdona, es Cat —añado, más avergonzada todavía—. Es solo Cat.

—Ah, vale. Nos vemos por aquí, Solo Cat. Saluda a Demeter de mi parte.

—De acuerdo, así lo haré. Nos vemos. —Estoy a punto de dirigirme a la puerta que conduce a la escalera cuando me paro. Es tan fácil hablar con este tipo y hace tanto tiempo que tengo ganas de pedirle consejo a alguien—. Antes me has dicho que habías hecho un poco de todo, ¿no? —digo rápidamente—. ¿Has trabajado con Demeter? ¿Ha sido tu jefa alguna vez?

Alex detiene la raqueta y me lanza una larga mirada llena de interés.

—Sí —dice—, en realidad, sí.

—Es que intento mostrarle mis ideas, pero nunca me hace caso y...

—¿Ideas?

—Solo bocetos, maquetas, conceptos en bruto —le explico un poco avergonzada—. Ya sabes, cosas que he ido haciendo en mis ratos libres y eso...

—Ah, ya. Sí, lo pillo. —Se queda pensativo un minuto—. Mi consejo es que no le enseñes a Demeter ideas aleatorias en momentos aleatorios. Preséntale la idea exacta en el momento exacto en que la necesite. Cuando estéis haciendo *brainstorming* en una reunión, por ejemplo. Haz que te escuchen.

—Pero... —Se me encienden las mejillas—. Ni siquiera voy a esas reuniones. Soy demasiado júnior.

—Ah. —Me mira con simpatía—. Pues entonces consigue que te dejen ir.

—No puedo, Demeter nunca me dejaría...

—¡Claro que sí! —Ríe—. Si hay una cosa en la que Demeter es buena es en defender y hacer crecer a los miembros júnior de su equipo.

¿Está loco o qué? Me viene a la cabeza una imagen de Demeter pisando los dedos de Rosa con sus zapatos Miu Miu. No obstante, decido no contradecirle, ya que me ha ofrecido su ayuda.

—Tú pídeselo —insiste, y su confianza es contagiosa.

—Vale —asiento—, lo haré. ¡Gracias!

—No hay de qué. Nos vemos, Cat. O Katie. Creo que Katie te pega más —añade volviendo a dar un raquetazo al aire—. En mi modesta opinión.

No sé qué responder a eso, así que asiento con la cabeza, algo incómoda, y me dirijo a la escalera. Ya llego bastante tarde.

Para cuando vuelvo al despacho de Demeter, ya se ha aclarado el tinte y está tecleando furiosa en su ordenador.

—Lo siento, me he retrasado —digo en la puerta—. Solo venía a recoger mi portátil.

—Vale —asiente distraída.

Entro, cojo mi ordenador y mis copias impresas, y de repente me paro. Allá vamos.

—Demeter, ¿podría asistir a la reunión de equipo de mañana? —pregunto con tanta tenacidad como me es posible—. Creo que ayudaría a mi desarrollo. Recuperaré el tiempo que esté allí —añado rápidamente—. A lo mejor puedo quedarme solo una hora o así.

Demeter levanta la cabeza y me observa un nanosegundo antes de asentir y decir:

—De acuerdo. —Sigue tecleando—. Buena idea.

Me quedo estupefacta, preguntándome qué me he perdido. ¿Buena idea? ¿Y ya está? ¿Buena idea?

—¿Algo más?

Vuelve a levantar la cabeza y ahora frunce ligeramente el ceño.

—No. —Vuelvo en mí de golpe—. Quiero decir... ¡gracias! Ah, y me he librado del tal Alex —añado, notando cómo me sonrojo un poco al decirlo—. Bueno, no me he librado de él en plan que lo he empujado azotea abajo, ¡claro!

Se me escapa una risa aguda que me hace encogerme de vergüenza y la transformo en una tos mal disimulada.

(Nota mental: no reír cuando esté cerca de Demeter. Demeter nunca se ríe. ¿Es Demeter capaz de reír?)

—Sí, ya lo he entendido, gracias —dice Demeter, ahora con una expresión facial que indica tan a las claras vete-de-aquí-ya-miembro-júnior-cualquiera que salgo a toda prisa de su despacho antes de que pueda cambiar de opinión sobre mañana. O sobre haberme contratado.

Mientras me dirijo a mi sitio me entran unas ganas locas de gritar de alegría. ¡Ya llegó! ¡Es mi ola! No me importa tener que introducir los datos de un millón de encuestas si empiezo a notar que voy en la buena dirección.

Abro el correo, aunque nunca recibo nada interesante, y parpadeo sorprendida. En el asunto de uno de ellos puede leerse: «Hola, soy Alex».

Hola, ha sido un placer conocerte. ¿Estás libre mañana a mediodía? ¿Quieres que nos veamos de nuevo para hablar de *branding*/del significado de la vida/de lo que sea?

ALEX

Me invade una oleada de calor. El día no para de ir a mejor.

¡Claro! Me encantaría. ¿Dónde? Por cierto, ¡Demeter me ha dicho que sí a lo de la reunión!

CAT

Envío el correo y al momento recibo respuesta.

¡Bien hecho! ¡Qué rápida!
Podemos quedar en el *pop-up* de Christmas Cheer de Turnham Green. ¿A la una y así de paso comemos algo?

ALEX

«Comemos algo.» «Así de paso comemos algo.»

Leo y releo el mensaje varias veces, y mi mente da saltitos nerviosos, entre cautelosos y esperanzados. «Comemos algo.» Eso quiere decir...

Vale, no quiere decir nada en concreto, pero...

Podría haber dicho: «Reservaré la sala Old Kent Road». (Todas las salas de reuniones de Cooper Clemmow llevan nombres de calles del Monopoly londinense, porque Monopoly fue la primera marca para la que trabajó Adrian.) Eso hubiese sido lo normal. Pero me ha propuesto ir a comer algo. Así que es una cita. O, bueno, suena un poco a cita. Es casi una cita, vamos.

¡Me ha pedido salir! ¡Un tipo guay y atractivo me ha pedido salir!

Me explota el corazón de alegría. Recuerdo su mirada penetrante, sus inquietas manos huesudas y su risa contagiosa. Su deslumbrante sonrisa. Su pelo despeinado por el aire de la azotea. Debo confesar que me gusta mucho. Y yo le debo de haber gustado a él, si no ¿por qué me ha escrito tan rápido?

A no ser que...

Mi tren de pensamiento frena en seco. ¿Y si ha invitado a un montón de gente? De repente los veo a todos alrededor de una mesa con copas y riendo y contando chistes.

Bueno, no lo sabré hasta que vaya, ¿no?

—¿Qué te pasa? —me pregunta Flora al acercarse con una taza de té en la mano; me doy cuenta de que tengo una sonrisa bobalicona de oreja a oreja.

—¡Nada! —contesto enseguida. Flora me cae bien, pero es la última persona con la que compartiría esta información. Se lo contaría a todo el mundo y se metería tanto conmigo que lo arruinaría todo—. Oye, mañana asistiré a la reunión de equipo —añado—. Demeter me ha dicho que podía ir. Será muy interesante.

—¡Genial! —Flora mira mi mesa—. ¿Qué tal con el rollo ese de las encuestas? Todavía no me puedo creer que Demeter te haya pedido que metas todos esos datos. Es una bruja.

—Ah, no pasa nada.

Nada en absoluto podría destrozarme el día, ni siquiera una caja entera de encuestas.

—Bueno, ya hablamos —dice Flora.

Y cuando se ha alejado dos pasos de mi mesa, suelto como si nada:

—Ah, por cierto, hace un rato he conocido a un tipo llamado Alex y no he conseguido entender qué hace exactamente en la empresa. ¿Le conoces?

—¿A Alex? —Se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos—. ¿Alex Astalis?

Me doy cuenta de que ni me he fijado en el apellido al leer su correo.

—Puede... Alto, de pelo castaño...

—Alex Astalis. —Flora se echa a reír—. ¿Has conocido a Alex Astalis y no has conseguido entender qué hace? ¿Qué tal si te digo que es socio de la empresa?

—¿Que qué? —pregunto patidifusa.

—¿Alex Astalis? —repite como para hacerme recordar—. ¡Claro que sabes quién es!

—No he oído ese nombre en mi vida —me defiendo—. Nadie lo ha mencionado nunca.

—Bueno, quizá porque ha estado trabajando en el extranjero, supongo. —Me mira con más detenimiento—. Pero el apellido Astalis te tiene que sonar.

—¿Como el de...? —dudo.

—Sí. Aaron Astalis es su padre.

—Ya veo. —Me acabo de quedar en shock porque Astalis es uno de esos nombres como Hoover, que se ha convertido en genérico para llamar a las

aspiradoras en lengua inglesa, o Biro, que ha hecho lo propio con los bolígrafos. Astalis significa «una de las agencias de publicidad más poderosas del mundo». En particular, Aaron Astalis quiere decir «tipo extremadamente rico que cambió el mundo de la publicidad en los años ochenta y que el año pasado salía con una *top model*»—. Vaya —digo con un hilo de voz—. ¿Cómo se llamaba?

—Olenka.

—Eso.

Me encanta que Flora haya captado al vuelo que me refería a la *top model* en cuestión.

—Alex es su hijo y nuestro jefe. Bueno, uno de ellos. Está, digamos, al mismo nivel que Adrian.

Cojo mi botella de agua y le doy un sorbito intentando mantener la calma. Pero en mi interior quiero gritar «¡¡Aaah!!». ¿Esto ha pasado de verdad? ¿Mañana voy a comer con un tipo guay y atractivo que encima es jefe? Todo me parece surrealista. Es como si la vida hubiese visto mi caja de encuestas y hubiese dicho: «Ay, pobrecita, fallo mío. No quería que tuvieses que tragarte toda esa mierda; aquí tienes un premio de consolación».

—Pero ¡si es jovencísimo!

Me salen las palabras de la boca antes de pensar.

—Ah, eso —asiente Flora casi con desdén—. Bueno, ya sabes, es una especie de genio. Ni siquiera se molestó en ir a la universidad. Trabajó para Demeter hace años en JPH cuando tenía, no sé, unos veinte años. Pero al poco se cansó y se puso por su cuenta. ¿Sabes que fue él quien creó Whenty? El logo, todo.

—¿En serio?

Me quedo boquiabierta. Whenty es una tarjeta de crédito que apareció de la nada y acabó dominando el mercado. Se la conoce como uno de los lanzamientos de marca más exitosos de la historia. Se explica en cursos de marketing y todo.

—Luego Adrian le invitó a unirse a Cooper Clemmow. Pero pasa mucho tiempo en el extranjero. Es un poco... ya sabes. —Arruga la nariz con desprecio—. Es uno de esos.

—¿Uno de quiénes?

—De los que se creen más listos que nadie y entonces, bueno, ¿para qué molestarse en relacionarse con el resto de la humanidad?

—Ah —digo sorprendida.

No me recuerda nada al Alex que acabo de conocer.

—Vino a un cóctel a casa de mis padres una vez —añade Flora en el mismo tono— y casi ni habló conmigo.

—¡Oh! —Intento parecer ultrajada por ella—. Eso es... ¡espantoso!

—Al final se pasó toda la noche hablando con un viejales. Sobre astrofísica o qué sé yo —comenta mientras vuelve a arrugar la nariz.

—¡Horrible! —añado rápido.

—¿Por qué quieres saber cosas sobre él de todos modos?

Los ojos de Flora me miran con mayor interés.

—¡Por nada! —respondo un poco a la defensiva—. Es que no sabía quién era. Eso es todo.

4

Nada consigue destruir mi buen humor durante el trayecto de vuelta a casa. Ni la lluvia que empezó a media tarde y que ha ido intensificándose. Ni el autobús que pasa sobre un charco, me salpica y me deja empapada. Ni el grupo de chicos que se burla de mí cuando me escurro la falda.

Al abrir la puerta de mi apartamento, entro canturreando. ¡Tengo una cita! ¡Asistiré a la reunión de equipo! Todo va genial...

«¡Ay!», grito cuando mi espinilla choca contra algo. Hay una fila de cajas de cartón apiladas a un lado del pasillo. Casi no puedo pasar. Parece un almacén de Amazon. ¿Qué demonios es todo esto? Me agacho, leo en una etiqueta el nombre ALAN ROSSITER y suspiro. Qué típico.

Alan es uno de mis compañeros de piso. Es diseñador de páginas web y tiene un canal de YouTube sobre *fitness*. Siempre me proporciona datos fascinantes que no me interesan sobre músculos definidos y densidad ósea e, incluso una vez, hasta sobre evacuaciones intestinales. Es decir, ¡puaj!

—¡Alan! —Llamo a su puerta—. ¿Qué es todo esto que hay en el pasillo?

Un segundo más tarde, Alan abre la puerta y baja la vista para mirarme. (Alan es bastante alto, pero también tiene la cabeza muy grande y por eso no parece tan alto como es en realidad. De hecho, tiene un aspecto bastante raro.) Lleva una camiseta de tirantes negra y unos pantalones cortos, y en la oreja le veo un manos libres, por lo que seguro que estará escuchando alguna *app* para inspirarse, como *Controla tu cuerpo, controla el mundo*, a la que una vez intentó que me aficionase.

—¿Qué? —pregunta impasible.

—¡Estas cajas! —Señalo el pasillo abarrotado—. ¿Son tuyas? ¡Suponen un peligro de incendio!

—Es mi suelo —dice.

Miro hacia las cajas confundida. ¿Su suelo? ¿El suelo del pasillo es suyo?

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que tu suelo?

Mete la mano en una de las cajas abiertas y me enseña una bolsa de plástico en la que se lee SUERO ORGÁNICO: VAINILLA.

—¡Ah, suero! Vale. —Miro las cajas de nuevo—. Pero ¿por qué necesitas tanto?

—Modelo de negocio. Compra al por mayor. Margen de beneficio. Un negocio muy competitivo.

Cierra la mano para formar un puño y pestañeo. Alan tiene una forma de hablar muy agresiva que creo que a él le motiva. A veces le oigo gritarse a sí mismo mientras levanta pesas cosas como: «¡Joder, Alan!, tienes que hacerlo, ¿vale? ¡Hazlo, pedazo de imbécil!».

A ver, en serio. ¿Imbécil? ¿Eso motiva?

—¿Qué negocio? —pregunto—. Si eres diseñador web.

—Y distribuidor de suero láctico. Es mi segunda línea de negocio ahora mismo, pero va a ser un exitazo.

«Va a ser un exitazo.» ¿Cuántas veces le he oído a mi padre decir eso? Su negocio de sidra iba a ser un éxito y duró unos seis meses. Luego vinieron los bastones tallados a mano, pero tardaba mucho en hacerlos y nunca iban a generar beneficios. Después se iba a hacer millonario vendiendo un nuevo tipo de trampa para ratones que le había vendido muy baratas su amigo Dave Yarnett. (Eran asquerosas. Dadme sidra antes que trampas para ratones. Siempre.)

A estas alturas tengo bastante olfato para estas cosas. Y mi olfato me dice que lo del suero de Alan no pinta bien.

—Entonces ¿vas a poner estas cajas en otro lado o no? —le insisto—. ¿Y lo vas a hacer pronto?

«A lo mejor no tendrías que ser tan cínica —me digo—. A lo mejor tiene un montón de compradores haciendo cola y todo esto desaparece mañana mismo.»

—Los venderé. —Me lanza una mirada sospechosa—. Estoy empezando a hacer los primeros contactos...

Lo sabía.

—¡Alan! ¡No puedes dejar esto aquí en medio!

Hago aspavientos señalando las cajas.

—En mi habitación no tengo sitio con el banco de pesas y demás. —Se encoge de hombros—. Nos vemos.

Y antes de que pueda decir nada más, desaparece de nuevo en su cuarto. Quiero gritar, pero en vez de eso voy a la habitación de Anita y llamo a la puerta con cautela.

Anita es una supermujer. Es delgada, sosegada, y trabaja muy duro en un banco de inversiones. Tiene exactamente mi misma edad y cuando me mudé al piso me puse muy contenta: «¡Sí! ¡Mi nueva mejor amiga! ¡Esto va a ser muy guay!». Aquella primera noche anduve por la cocina ordenando mi comida y echando vistazos en dirección a la puerta para ver si llegaba y podíamos empezar a conocernos mejor.

Pero cuando entró para prepararse una menta poleo, me miró con frialdad y me dijo: «No te lo tomes a mal, pero he decidido que no voy a hacer amigos hasta que cumpla los treinta, ¿de acuerdo?».

Me quedé tan desconcertada que no supe qué decirle. Y, obviamente, desde entonces no he mantenido ni una sola conversación como dios manda con ella. Lo único que hace es trabajar y hablar por teléfono con su familia, que vive en Coventry. Es muy educada y a veces nos envía a Alan y a mí e-mails sobre a quién le toca bajar la basura, pero poco más. Una vez le pregunté por qué vivía en un sitio tan barato si podía permitirse algo mejor, ante lo que se encogió de hombros y respondió, como si fuese algo obvio: «Estoy ahorrando para la entrada de mi piso. De momento llevo treinta y una mil libras».

Ahora me abre la puerta y veo que está al teléfono.

—Ah, hola —digo—, perdona que te moleste, pero... ¿has visto todas esas cajas? ¿Le has dicho algo a Alan?

Anita cubre el auricular con la mano y dice en su habitual tono impasible:

—Me envían tres meses a París.

—Ah.

—¿Y bien?

Hay un silencio y tardo un poco en darme cuenta de que lo que quiere decir es: «Me importan un rábano las cajas, me voy a París».

—Vale —digo tras una pausa—. Que lo pases bien.

Asiente y cierra la puerta. Me quedo mirando la puerta cerrada un rato. Compartir piso en Londres no se parece en nada a lo que me había imaginado. Pensé que sería todo risas y compañeros extravagantes e historias divertidísimas sobre pubs y lugares típicamente londinenses y fiestas de disfraces y conos de tráfico. Pero no ha habido nada de eso. No puedo ni imaginarme a Anita con un disfraz.

Para ser sincera, salí algunas noches con mis compañeras de mi antiguo trabajo. Pero todo lo que hicimos fue beber prosecco y cotillear, y aun así acabé en números rojos y me entró tanto miedo que dejé de salir un tiempo.

En Cooper Clemmow nadie parece socializar. A no ser que trabajar hasta tarde cuente como socialización.

«Pero, bueno —pienso mientras me alejo de la habitación de Anita—, ¿y qué? ¡Si mañana voy a comer con Alex Astalis!», y mi humor vuelve a mejorar al instante. Todo va bien. Cenaré algo y luego me meteré en Instagram...

«¿Quéééé?» Estoy de pie, horrorizada, en la puerta de la cocina. Dentro hay un mar de cajas que cubre todo el suelo y se alza dos pisos. Las cajas bloquean los armarios bajos. Y el congelador. Y el horno.

—¡Alaaan! —chillo furiosa mientras vuelvo a su cuarto y empiezo a aporrear la puerta—. ¿Qué pasa en la cocina?

—¿Qué? —pregunta Alan al abrir la puerta con expresión enojada—. No cabía todo en el pasillo. Es solo temporal, hasta que lo venda.

—Pero...

—Es mi negocio, ¿vale? ¿No podrías ser un poco más comprensiva?

Cierra la puerta y me quedo allí congelada. Pero no serviría de nada volver a llamar. Y, además, me muero de hambre.

Me dirijo a la cocina otra vez y me subo con cuidado a la segunda fila de cajas. Son tan altas que casi toco el techo con la cabeza. Me siento como Alicia en el País de las Maravillas. Esto supone un peligro de incendio seguro, ¿no? ¡O un peligro de todo!

Balanceándome peligrosamente sobre el cartón, consigo por los pelos abrir la nevera, sacar dos huevos y ponerlos en el fogón, que me queda a la altura de las rodillas. En ese momento me llega a través de Instagram un mensaje privado de Fi, mi mejor amiga de la uni. Últimamente solo hablo con ella a través de Instagram. Creo que se ha olvidado de que existen otras formas de comunicarse.

> ¡Eh! ¿Cómo vas? El sol brilla en Washington Sq Park, dios, me encanta este lugar. Es genial incluso en invierno. Estoy tomando *lattes* con Dane y Jonah, ¿te he hablado de ellos? ¡Son LO MÁS! ¡Tienes que venir a verme!

Ha incluido un *selfi* tomado en lo que supongo que debe de ser Washington Square Park. (No lo sé, nunca he estado en Nueva York.) El cielo es de un azul vívido y tiene la nariz colorada; parece que se ríe de algo que pasa fuera de plano. No puedo evitar sentir una punzada de envidia.

Vivir en Nueva York siempre fue el objetivo de Fi, igual que el mío era vivir en Londres. Se convirtió en una broma entre nosotras cuando íbamos a la facultad, intentar hacer a la otra cambiar de ciudad. Una Navidad le regalé una bola de nieve con el Big Ben dentro y Fi me regaló a mí una Estatua de la Libertad hinchable. No era más que un juego.

Pero ahora es real. Después de graduarnos, me dirigí hacia Londres dando un pequeño rodeo, mientras que Fi voló a Nueva York para un puesto de becaria allí. Y nunca más volvió. Está absolutamente enamorada de la ciudad, y ella sí que tiene un grupo de amigos extravagantes que viven en el West Village y van patinando a mercadillos en busca de antigüedades los fines de semana. No para de colgar fotos todo el tiempo e incluso ha empezado a escribir utilizando la ortografía americana.

A ver, que me alegro por ella. En serio, me alegro mucho. Pero a veces me imagino cómo sería todo si hubiese escogido venirse a Londres. Podríamos haber compartido piso... Todo sería distinto... Pero, bueno, no tiene mucho sentido ponerse melancólica. Tecleo una respuesta rápida:

> ¡Todo bien por aquí! Estaba con Alan y Anita, ¡qué risa! ¡¡La vida londinense es una locura!!

Me agacho para revolver los huevos y casi me rompo la espalda. Estoy a punto de añadir una pizca de pimienta de cayena cuando...

«¡Ay!», me oigo gritar antes de entender lo que pasa: la caja de debajo se ha roto y estoy inmersa hasta las rodillas en bolsas de suero. Y algunas deben de haberse reventado, porque hay polvo con un asqueroso olor a vainilla por todas partes.

—¿Qué ha pasado? —Alan habrá oído mi grito, porque en nada está en la cocina echando chispas—. ¿Estás estropeando mi suero?

—No, ¡tu suero me está estropeando a mí! —le chillo.

Me parece que me he torcido un tobillo. Y la nube de vainilla ha aterrizado en mis huevos, por lo que veo. Menudo asco. Pero no puedo hacerme nada más: el resto de mi comida está atrapada en el congelador. ¡Y tengo mucha hambre!

Intento salir de la caja, pero noto que el tacón se me clava en otra bolsa y la revienta también. (Mmm... Mejor no mencionárselo a Alan.) Sale más polvo

de la caja, pero en esta ocasión, en vez de blanquecino, es beige. Y huele distinto. Más apetitoso.

—Alan —digo—, ¿se supone que todo esto es suero con sabor a vainilla?

—No se supone, es suero con sabor a vainilla.

—Bueno, pues no lo es. —Meto la mano en la caja y saco la bolsa que acabo de petar—. Esto es... —Consulto la etiqueta—. Caldo de pollo en polvo.

—¿Qué? —Le paso la bolsa y Alan se la queda mirando incrédulo—. ¡Nooo! ¡Joder! Pero ¿qué...? —Con un repentino subidón de energía empieza a abrir otra caja para examinar su contenido. Saca dos bolsas de plástico y las mira consternado—. ¿Caldo de pollo? —Acto seguido, histérico, empieza a sacar bolsas de todas las cajas y a leer las etiquetas—: Suero... caldo... más caldo... ¡dios! —Se cubre la cara con las manos—. ¡No! —Parece un gorila atormentado—. ¡Nooo!

¿En serio? Si no es más que suero. O no-suero. Lo que sea.

—Se habrán hecho un lío al enviártelo —le digo—, pídeles que vengan y que te cambien las cajas que estén mal.

—¡No es tan simple! —exclama en lo que parece un bramido—. Las obtuve de... de...

Se para a media frase y yo me quedo muy quieta. No voy a seguir con esto porque... 1. Está claro que es algo un poco chungo. 2. No es mi problema. 3. No quiero que se convierta en mi problema.

Alan me recuerda de nuevo a mi padre, y conozco a mi padre. Te mete en sus problemas. Te hace sentir que no tienes escapatoria. Y antes de darte cuenta estás al teléfono intentando vender bolsas de caldo de pollo en polvo.

—Bueno, espero que puedas arreglarlo —le digo—. Disculpa.

De algún modo consigo recuperar mi pie y gateo con cuidado por el resto de las cajas hasta la puerta de la cocina haciendo equilibrios con mi plato de huevos. Me siento como si estuviese en un estúpido concurso de la tele y lo próximo fuese sortear arañas colgando del techo.

—Oye, ¿quieres caldo de pollo? —salta Alan de repente—. Te lo vendo. Es excelente, calidad superior.

¿Va en serio?

—No, gracias, no suelo usar caldo de pollo.

—Vale.

Se da por vencido. Abre otra caja, mira el contenido y se queja. Parece tan

apesadumbrado el pobre que le doy una palmadita en el hombro.

—No te preocupes —le digo—, lo solucionarás.

—Por cierto. —Levanta la vista con los ojos llenos de esperanza—, Cat.

—¿Sí?

—¿Qué tal un polvo de consolación?

—¿Cómo? —Lo miro sin entender nada—. ¿Qué quieres decir?

Alan se señala a sí mismo como si fuese algo tremendamente obvio.

—Ahora mismo sientes pena por mí, ¿no?

—Pues... un poco, sí —confieso con cautela.

—Entonces tendrías que querer echarme un polvo.

Vale, ¿me estoy perdiendo algo?

—Alan —no puedo creer que vaya a hacer esta pregunta en voz alta—, ¿por qué iba a querer echarte un polvo?

—Porque en eso consisten los polvos de consolación. En consolar al otro.

Empieza a dirigir su mano hacia mi culo y me aparto (de un salto).

—¡No!

—No ¿qué?

—¡Que digo que no! ¡No a todo! No hay polvo de consolación. Ni ahora ni nunca. *Never*. Lo siento —añado al final.

Alan me lanza una mirada recriminatoria y se desploma sobre una de las cajas.

—Así que no tienes corazón.

—¡Que no quiera echar un polvo contigo no significa que no tenga corazón! —me defiendo, furiosa—. Mira... cállate ya, ¿quieres?

Me voy a mi habitación, cierro la puerta y me abalanzo sobre mi cama individual. Mi habitación es tan pequeña que no hay sitio ni para un armario, así que tengo las cosas en una especie de hamaca colgada encima de la cama. (Por eso llevo tantas prendas que no hace falta planchar. Además de porque son baratas.) Me siento con las piernas cruzadas, me meto un bocado de huevos revueltos en la boca y me viene una arcada al notar el asqueroso sabor a vainilla. Necesito librarme de la furia. Tengo que calmarme y ser zen. Intentar distraerme.

Abro mi cuenta de Instagram, pienso un momento y luego cuelgo una imagen del edificio The Shard con el pie de foto: «Otro día increíble haciendo equilibrios entre el trabajo y el ocio, ¡sin descanso!». Luego encuentro una bonita foto de una taza de chocolate con malvaviscos que tomé

el otro día. En realidad no era ni mi taza, estaba en una mesa en la terraza de un café en Marylebone. Su dueña había ido al lavabo y yo aproveché para sacarle una foto.

Vale, lo confieso: merodeo por cafés carísimos para conseguir fotos altamente *instagramables*. ¿Hay algo malo en ello? En ningún momento digo que me bebí dicho chocolate. Solo digo: «Mirad: ¡chocolate a la taza!». Si la gente da por sentado que es mío... Bueno, eso ya es cosa suya.

Al final la cuelgo con un comentario supersimple: «¡Ñam!», y un rato después recibo otro mensaje de Fi:

¡La vida londinense suena fantástica!

Le respondo enseguida:

¡Es que lo es!

Y luego, para no pasarme de mentirosa, añado:

Adivina: ¡mañana tengo una cita!

Sé que con eso llamaré su atención y, efectivamente, su respuesta tarda menos de diez segundos:

¿UNA CITA? ¡Cuenta!

Solo ver su reacción vuelve a ponerme de buen humor. Al conocer hoy a Alex y reír con él en la azotea he notado como si se abriese una puerta. Una puerta a algo diferente. Una especie de... no sé. Puede que a una nueva existencia. Y ya sé que solo hemos quedado para almorzar. Pero, aun así. Toda relación empieza solo con algo, ¿no? Romeo y Julieta empezaron solo enamorándose locamente el uno del otro a primera vista.

Vale, mal ejemplo.

Nada que contar todavía, pero te mantendré informada.

Añado *emojis* de una copa de cóctel y una cara sonriente, y luego, por pura diversión, un corazoncito.

Envío el mensaje, apoyo la espalda contra la pared y tomo otro bocado de los horribles huevos. Luego, como por impulso, empiezo a mirar fotos de cafés y vistas londinenses, y de bebidas y caras sonrientes (la mayoría de desconocidos). Todo el asunto es como una de esas películas que te hacen sentir bien, así que ¿qué hay de malo en ello? Mucha gente usa filtros en Instagram, ¿no? Bueno, pues mi filtro es una especie de «así es como me gustaría que fueran las cosas».

No es que mienta. He estado en todos los sitios de los que cuelgo fotos, aunque no me haya podido permitir tomar ni un chocolate en ellos. Es solo que prefiero no dedicar demasiado tiempo a reflejar las cosas de mi vida que no me gustan, como el largo trayecto hasta el trabajo o los altos precios o el tener que guardar todas mis cosas en una hamaca. Por no hablar de los huevos revueltos con suero lácteo sabor vainilla o de compañeros de piso repulsivamente lujuriosos. Y el tema es que se trata de algo a lo que aspirar, algo que me da esperanzas. Un día, mi vida será como mis publicaciones de Instagram. Lo será.

5

Park Lane siempre había sido mi Santo Grial. Es la sala de reuniones más grande de Cooper Clemmow y en ella hay una enorme mesa roja de madera lacada y sillas extravagantes de distintos colores. Siempre había imaginado que al sentarse a esa mesa una tendría la sensación de estar en un consejo de ministros o algo parecido. Siempre había creído que este era el núcleo creativo de la agencia, donde la gente sacaba lo mejor de sí y se lanzaban ideas de uno a otro lado de la mesa hasta acabar cambiando el curso del *branding* y haciendo historia.

Pero ahora que estoy aquí... no es más que una reunión. Nadie ha cambiado el curso de nada. De todo lo que han hablado hasta ahora es de si el lanzamiento de la edición limitada de las barritas Orange Craze fue un error o no. (Craze Bar es un cliente nuestro, así que diseñamos el *packaging* de la edición limitada. Pero ahora nos han enviado diez cajas de esas barritas y a todo el mundo que las prueba le sientan fatal.)

—Mierda. —Demeter interrumpe la conversación con su habitual aire dramático y señala su móvil—. Adrian quiere hablar conmigo ahora. No tardo nada. —Al empujar su silla hacia atrás, mira a Rosa—: ¿Puedes seguir tú? ¿Les cuentas lo de CCY?

—Claro —asiente Rosa.

Demeter sale de la sala. Hoy lleva una increíble falda con flecos que no puedo evitar mirar cuando se aleja.

—Bien. —Rosa se dirige a todos los reunidos—. Demeter quería que os hablase de un nuevo cliente potencial, CCY, o Contented Cow Yogurt. Se trata de una marca de yogures orgánicos que se elaboran en una granja de Gloucestershire. —Rosa reparte una pila de folletos impresos en papel barato en los que aparecen yogures con un logo muy simple creado con Helvética y una foto borrosa de una vaca—. Su lema es que la producción láctea de granja es algo en peligro de extinción, pero sus productos lácteos son buenos y —mira sus notas— que sus vacas comen hierba orgánica o algo así. —Levanta la mirada—. ¿Alguien sabe algo sobre producción láctea?

Antes de que pueda siquiera coger aire, toda la sala rompe a reír.

—¿Producción láctea?

—A mí me aterran las vacas —dice Flora—, ¡en serio!

—Doy fe —afirma Liz—. Vimos vacas en el festival de Glastonbury y a Flora casi le da algo. ¡Pensó que eran toros! —exclama casi ahogándose de la risa.

—¡Lo eran! —se queja Flora—. ¡Eran superpeligrosos! ¿Y su olor? No entiendo cómo nadie se les puede acercar.

—Entonces ¿quién irá a la granja a conocer a todas esas vacas contentas? —pregunta Rosa con una sonrisa.

—Oh, dios. —Flora levanta las cejas—. ¿Os imagináis?

—Oye —empieza a decir Mark imitando un acento rural—, esas vacas *tien* que ordeñarse, Flora, ¡ponte a ello, muchacha!

Ya he abierto la boca y la he vuelto a cerrar dos veces. ¿Si sé algo sobre producción láctea? Me crie en una granja de vacas. Pero algo me impide hablar. El recuerdo de aquellas dos chicas de Birmingham llamándome «la granjera Katie» me viene a la mente y me hace estremecer. A lo mejor espero un poco a ver por qué derroteros va la conversación.

—Demeter quiere que pensemos algunas ideas. —Rosa mira alrededor de la mesa—. Si digo *campo*, ¿qué os viene a la mente?

—*Pestilente* —responde Flora de inmediato—. *Aterrador*.

—No voy a escribir ni *pestilente* ni *aterrador* —dice Rosa, impaciente.

—Tienes que hacerlo —señala Liz.

Es cierto. El gran lema de Cooper Clemmow es «Todo el mundo debe ser escuchado». Está en su declaración de intenciones. Así que, aunque salgas con cualquier idea estúpida, todo el mundo debe tratarla con respeto, porque puede que conduzca a algo brillante.

—Vale. —Rosa garabatea *pestilente* y *aterrador* en la pizarra y luego mira a Flora—. Pero eso no nos va a ayudar a vender yogures. ¿Tú comprarías yogures pestilentes y aterradores?

—En realidad no tomo lácteos —dice Flora con desdén—. ¿No tienen, no sé, yogur elaborado con leche de almendra?

—¡Por supuesto que no! —Rosa se golpea la cabeza con el puño—. ¡Son una granja de lácteos, no una de almendras!

—Espera un momento. —Flora la mira con los ojos muy abiertos—. ¿De verdad la leche de almendras la hacen con almendras? Pensaba que era solo...

no sé, un nombre o algo.

Rosa suelta una carcajada, incrédula.

—Flora, ¿va en serio?

—Hombre, es que ¿cómo la hacen? —la reta Flora—. ¿Cómo sacan la leche de las almendras? ¿Las... ordeñan? ¿Las exprimen?

—Así es como hacen el aceite de almendras —participa Mark.

—Pues ¿qué hacen entonces?

Por un momento, Rosa parece fuera de juego, pero pronto exclama:

—¡Y yo qué sé! No estamos hablando de leche de almendras de todos modos, estamos hablando de leche de ganado. De vaca. O lo que sea.

Uf, llevo demasiado rato callada. Tengo que entrar en esta conversación.

—En realidad —empiezo levantando la mano—, yo sí sé algo sobre producción láctea.

—¿Qué tal va? —me corta Demeter al volver a entrar en la sala con un montón de papeles en la mano.

—¡Fatal! —responde Rosa—. Esto es todo lo que tenemos. —Señala las palabras *pestilente* y *aterrador*.

—No sabemos nada sobre vacas —dice Flora—, ni sobre el campo.

—Ni sobre almendras —añade Mark.

—Vale, gente. —Demeter se hace cargo de la situación a su manera habitual. Tira los papeles sobre la mesa y coge un rotulador—. Por suerte, yo sí sé algo sobre el campo, al contrario que todos vosotros, miserables criaturas urbanitas.

—¿En serio?

Flora parece decepcionada, pero yo me siento más recta en mi silla. De repente, miro a Demeter con otros ojos. ¿Sabe algo sobre el campo?

—Pues claro. Voy a Babington House al menos cuatro veces al año, así que tengo conocimientos en la materia. —Nos mira a todos como retándonos a que la contradigamos—. Y la verdad es que la vida campestre es superguay. El campo es la nueva ciudad. —Demeter tacha *pestilente* y *aterrador* y empieza a escribir—. Estas son nuestras palabras clave: *orgánico, auténtico, artesano, valores, honestidad, Madre Tierra.* La imagen que queremos es —lo piensa un momento— papel reciclado marrón, cáñamo orgánico, cuerda, hecho a mano, rústico pero fresco, y con historia. —Coge uno de los folletos —. Así que no diremos: «Este yogur sale de una vaca» —señala la foto—, sino «Este yogur sale de una longhorn llamada Molly». Podemos lanzar un

concurso: «Trae a tus hijos a ordeñar a Molly».

Me muerdo el labio. La vaca de la foto no es de raza longhorn, es una guernsey. Pero no estoy segura de que corregir a Demeter en público sobre razas bovinas sea buena idea.

—¡Eso está muy bien! —exclama Rosa—. No sabía que te gustara tanto el campo, Demeter.

—El nombre *Demeter* en realidad significa «diosa de las cosechas» —contesta algo petulante—. Tengo un lado muy rural y terrenal. Si puedo, siempre compro en mercados de granjeros orgánicos.

—¡Oh! ¡Me encantan los mercados orgánicos! —salta Flora—. ¿Esos huevos que vienen entre paja? ¡Son tan monos!

—¡Exactamente! ¡Paja!

Demeter lo aprueba y escribe *paja* en la pizarra.

—Vale, ahora veo hacia dónde vas —dice Mark asintiendo y escribiendo algo en su bloc—. Completamente natural. Este yogur no se produce de manera industrial, es elaborado.

—Sí, es elaborado. Muy bien.

Demeter escribe *elaborado*.

—Entonces —prosigue Mark— ¿recipientes de yogur de madera, quizá?

—¡Dios mío! —exclama Flora—. ¡Es genial! ¡Recipientes de madera! Se podrían coleccionar y... meter cosas dentro, como lápices, maquillaje...

—Demasiado caro —contesta Demeter, pensativa—. Aunque, si lo convirtiésemos en una marca de gama superalta...

Se da golpecitos en la mano con el rotulador, pensativa.

—Precio de prestigio —asiente Rosa.

Sé a lo que se refiere: el precio de prestigio es cuando se le pone a un producto un precio superior para que los consumidores piensen: «Oh, esto tiene que ser bueno», y eso les haga comprar más.

—Creo que la gente pagaría mucho por un recipiente de yogur de madera con yogur artesano —dice Mark, muy serio—. Y con el nombre de la vaca impreso en el envase.

—Haremos una lluvia de ideas de nombres —accede Rosa—. El nombre de la vaca es primordial. Lo es todo, de hecho.

—Daisy —sugiere Flora.

—¡Daisy no! —la contradice Liz con firmeza.

—¿Algo más? —pregunta Demeter dirigiéndose a la mesa.

Yo levanto la mano. Luché por asistir a esta reunión; tengo que participar.

—Podríamos mencionar si cuidan a sus vacas como es debido —añado—. Quiero decir que si se llaman Contented Cow, sus vacas deben de estar felices y contentas, ¿no? A lo mejor podríamos usar esta idea en la imagen.

—¡Claro! —Demeter lo coge al vuelo—. Bienestar animal, un gran tema actualmente. Animales felices. Enorme. —Escribe *vacas felices* en la pizarra y lo subraya—. Muy bien —me dice asintiendo, y noto una punzada de orgullo.

¡He contribuido a la reunión! Vale, solo ha sido con algo muy pequeño, pero por algo se empieza.

Cuando acaba la reunión, le envío a Demeter una tanda de resultados de la encuesta. Me responde con un mensaje que dice: «De hecho, ¿me lo podrías pasar todo de nuevo en otro formato?», lo que por una parte es un palo, pero por otra me da algo que hacer más allá de pasarme la mañana sentada poniéndome nerviosa por mi cita o lo que sea que tengo al mediodía. Estoy ocupada; estoy concentrada; casi ni se me pasa por la cabeza la hora de comer...

Vale, lo confieso: es mentira. Me estoy poniendo muy nerviosa. ¿Cómo no iba a hacerlo? Estamos hablando de Alex Astalis. ¡Es un tipo increíble! Como pude comprobar anoche tras leer información sobre él en Google durante dos horas.

No me puedo creer que fuese capaz de pensar que era cualquiera. No me puedo creer que llegase a pensar que podía ser un becario. Ese es el problema de conocer gente en la vida real, que no vienen con un perfil. O a lo mejor es algo bueno. Si llego a saber que era alguien tan importante, nunca me hubiese puesto a andar sobre zancos con él.

Pero, bueno, hora de irse. Me coloco el pelo detrás de las orejas y luego me lo saco. Luego lo vuelvo a colocar. ¡Ay! No sé. Al menos mi flequillo está bien. No me había dado cuenta de lo que cuesta cuidar un flequillo hasta que me lo corté. Hay que estar siempre pendiente de él. Si no me lo aliso con la plancha todos los días, se pasa la mañana levantándose, en plan: «¡Hola, soy tu flequillo! He pensado que me gustaría pasarme todo el día en un ángulo de cuarenta y cinco grados, no te importa, ¿no?».

En fin, ahora sí que es hora de irse.

Me levanto tan cohibida que tengo la sensación de que todo el mundo está a punto de apartar la mirada de la pantalla para preguntarme: «Y tú ¿dónde vas, si puede saberse?», pero no lo hacen, claro. No se dan ni cuenta de que me he ido.

El *pop-up* de Christmas Cheer está a una buena caminata desde la oficina, así que llego con las mejillas coloradas y sin aliento. Parece ser que lo ponen cada mes de diciembre, pero nadie sabe exactamente cómo describirlo. Es una especie de mercado-feria-cafetería, con una «casita de galleta» para niños y vino caliente para adultos, y por los altavoces se oyen villancicos.

Veo a Alex enseguida, de pie junto al puesto de vino caliente. Lleva un abrigo entallado, una bufanda de color lila y una gorra hípster color gris. Sostiene dos vasos de plástico con vino caliente y, en cuanto me ve, sonríe y me dice, como si estuviésemos a media conversación:

—¿Ves? Ese es el problema. Tienen un tiovivo, pero nadie que se monte en él. —Señala el tiovivo y tiene razón. Solo hay un par de niños pequeños sentados sobre dos caballitos, y ambos parecen bastante aterrorizados—. Todos los niños están en el colegio —añade—. O se han ido a casa a comer. Los he visto desaparecer hace un rato. ¿Vino caliente? —pregunta, y me alcanza un vaso.

—¡Gracias!

Brindamos con los vasos de plástico y noto un calorcillo en mi interior. Esto es divertido. Sea lo que sea esto. Quiero decir que todavía no sé si se trata de trabajo o... no-trabajo... Lo que sea. Es divertido.

—Bien. Manos a la obra. —Alex se acaba el vino de un trago—. La pregunta es: «¿Podemos renombrar esto?».

—¿Qué? —pregunto confundida.

—Esto. Este *pop-up*.

—¿El qué, este sitio? —Miro a mi alrededor—. ¿Quieres decir... la feria? ¿O el mercado este, vamos?

—Exactamente. —Sus ojos empiezan a brillar—. Ni siquiera sabe cómo referirse a sí mismo. Pero quieren ponerlos por todo Londres. Sacar provecho del espíritu navideño. Y crecer. Ocupar espacios más grandes. Anunciarse. Llegar a acuerdos con marcas.

—Vale. Vaya. —Miro los puestos y luces navideñas con otros ojos—. Bueno, a la gente le encanta la Navidad. Y también les encantan los *pop-ups.*

—Pero ¿los *pop-ups* de qué? —rebate Alex—. ¿Es un mercadillo de comida gourmet o es un sitio donde llevar a los niños o una feria de artesanía o qué es? —Me muestra su vaso vacío—. ¿Qué opinamos del vino caliente?

—Muy bueno —admito con sinceridad.

—Sin embargo, el tiovivo... —Arruga la nariz—. ¿Es un poco trágico, no?

—A lo mejor deberían centrarse en la comida —asiento—. La comida por sí sola ya es algo con mucho gancho. ¿Necesitan todo lo demás?

—Buena pregunta. —Alex echa a andar hacia el tiovivo—. Comprobémoslo.

—¿Qué?

—No podemos juzgar el tiovivo si no hemos subido al tiovivo —dice con gravedad—. Después de ti.

Señala los caballos y le devuelvo la sonrisa.

—¡Venga, vamos!

Me subo a un caballito y rebusco el monedero por el bolso, pero Alex levanta la mano.

—Invito yo. O, mejor dicho, la empresa. Esto es una investigación en toda regla. —Se sube al caballito junto al mío y paga al encargado, un tipo malhumorado con una parka—. Supongo que ahora tendremos que esperar hasta que lleguen hordas de niños y se suban —observa Alex y no puedo evitar reírme. Solo estamos nosotros y los mismos niños de antes. Ni siquiera hay nadie cerca—. Cuando tú veas, ¿eh? —le grita Alex alegremente al tipo de la parka, que nos ignora.

Noto que el flequillo se me levanta al viento y lo maldigo en silencio. ¿Por qué no puede quedarse quieto? Esto es muy raro: estoy sentada en un caballo de madera en la misma línea de visión que este tipo que en teoría es mi jefe, pero que no parece un jefe. Demeter sí parece mi jefa. Incluso Rosa parece un poco mi jefa. Pero este tipo parece más bien... Se me hace un nudo en el estómago de pura anticipación antes de poder evitarlo.

Parece divertido. Parece listo, irreverente, agudo y encantador, todo empaquetado en una percha elegante y atractiva. Parece el hombre que he estado esperando conocer desde que me mudé a Londres, desde que empecé a desear mudarme a Londres.

Lo miro disimuladamente y me invade otra oleada de expectación. Ese brillo en sus ojos. Esos pómulos. Esa sonrisa.

—¿Qué ha pasado al final con los productos de Asia? —pregunto—. Con

los zancos y demás.

—Ah, eso. —Frunce un poco el ceño—. No vamos a trabajar en el proyecto. No creemos que asociarnos con Sidney Smith funcione.

Noto una punzada de decepción. Supongo que me había medio imaginado trabajando en el proyecto con él. (Vale, lo confieso: por supuesto que me había imaginado trabajando en el proyecto con él, quizá hasta tarde, quizá para acabar con un apasionado revolcón en la mesa lacada de Park Lane.)

—Así que al final la cabeza ganó al corazón.

—Eso es.

—Qué pena —me atrevo a decir, y en la cara de Alex aparece una sonrisa extraña, como de medio lado.

—Cabezas. Corazones. Lo de siempre, lo de siempre.

—Aunque, de hecho —digo tras meditarlo un rato—, quizá fue el corazón el que ganó a la cabeza. A lo mejor no quieres trabajar con Sidney Smith, pero lo has convertido en una decisión racional y profesional cuando en realidad era por puro instinto.

No sé qué me está proporcionando la confianza de hablar tan abiertamente. A lo mejor es porque ambos estamos sentados sobre caballitos de feria.

—Puede que tengas razón, ¿sabes? —Alex me mira fijamente—. Creo que la tienes. La verdad es que no nos gustan esos tipos de Sidney Smith.

—¿Ves?

—¿Hay diferencia entre la cabeza y el corazón, de todos modos?

Alex parece fascinado por el tema.

—La gente habla de que la cabeza gana al corazón —digo en voz alta—, pero quieren decir que una parte de la cabeza gana a otra parte de la cabeza. No se trata de cabeza contra corazón, sino de cabeza contra cabeza.

—¿O corazón contra corazón? —propone Alex con una mirada traviesa.

Por un instante se produce un silencio extraño entre nosotros, y me pregunto cómo demonios seguir la conversación. No sé si es por el modo en que me mira o por cómo ha pronunciado *corazón*, pero en cualquier caso, mi corazón está un poco alterado en estos momentos.

Luego Alex se me acerca y rompe el encanto:

—Ay, se te ha vuelto loco el pelo.

De sopetón me olvido de los productos asiáticos, de las cabezas y sobre todo de los corazones. El maldito maldito flequillo.

—Siempre hace eso —digo sonrojándome—. Es horrible.

Alex se echa a reír.

—No es horrible.

—Lo es. No tendría que haberme dejado flequillo, pero...

Me paro de golpe. No puedo soltar así, como si nada, «pero quería parecer otra persona».

—Es solo un poco... la brisa... —Se inclina hacia mí desde su caballito de madera—. ¿Puedo?

—Claro. —Trago saliva—. Sin problema.

Ahora me está intentando alisar el flequillo. Creo que esto va expresamente en contra de la política de la empresa. Se supone que los jefes no deben tocar el pelo de sus empleados, ¿no?

Su cara está a escasos centímetros de la mía y noto un cosquilleo bajo su mirada. Sus ojos castaños miran mi cara con ese franco interés tan típico suyo. Al encontrarse con los míos, parecen encerrar una pregunta... ¿o no?

Dios, ¿me estoy inventando todo esto? Mis pensamientos dan tumbos de un lado a otro como locos. Yo noto una chispa, de verdad. Pero ¿y él? Quiero decir que solo conocí a este tío ayer. Y ahora tengo una cita —o lo que parece una cita— con él, pero es mi superior, y no sé muy bien qué está pasando exactamente...

Sin avisar, el tiovivo empieza a moverse y Alex, que todavía está inclinado hacia mí, se medio cae del caballo.

—¡Mierda!

Se agarra al cuello del mío.

—¡Oh, dios! —grito—. ¡Agárrate fuerte!

Los caballos están más separados de lo que parecía y Alex está ahora suspendido entre ambos, casi en horizontal. Parece un superhéroe entre dos coches. (Bueno, no exactamente un superhéroe, porque esto es un tiovivo, suena una musiquita enlatada y hay un niño pequeño señalándole y diciendo: «¡El señor se ha caído del caballito!».)

Sujeta mi caballo con las manos y no puedo apartar los ojos de ellas. Tiene los dedos huesudos. Las muñecas fuertes. Se le ha levantado un poco la manga y veo un pequeño tatuaje en una de ellas: un ancla. Me pregunto a qué se deberá.

—Tendría que haber ido a clases de equitación antes de subir —dice jadeando mientras intenta enderezarse.

Asiento esforzándome por no reír.

—Los caballitos de los tiovivos son muy peligrosos. Ni siquiera llevas casco. Estás siendo muy temerario.

—Soy un imprudente —concede.

—¡Eh, tú! —El hombre de la parka acaba de ver a Alex—. ¡Deja de hacer el tonto!

—¡Vale!

Impulsándose hacia arriba con fuerza, Alex consigue volver a montar su silla. Los caballos se mueven arriba y abajo mientras giramos, y yo le dedico una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Lo retiro! —me grita por encima de la música—. ¡Esto es genial!

—¡Sí! —le contesto—. ¡Me encanta!

Quiero congelar este momento en mi mente. Dando vueltas y vueltas en un tiovivo con un chico guapísimo y divertido... en Navidad... Solo falta que caigan unos cuantos copos de nieve para que la escena sea perfecta.

—¡Rosa! —Alex llama de repente a alguien y mi escena casi perfecta se hace añicos. ¿Rosa? ¿Estamos hablando de Rosa... Rosa?—. ¡Estamos aquí! —Alex agita los brazos—. ¡Gerard! ¡Rosa!

Ahí está Rosa con su abrigo marinero verde oscuro, mirándonos impasible. A su lado hay un hombre de pelo gris que no reconozco con la vista clavada en su iPhone. Cuando el tiovivo se para, mi buen humor se desvanece. Vale. Así que sea lo que sea esto, no es una cita.

Bueno, en realidad nunca pensé que fuese una cita-cita. De verdad que no. Solo pensé que era un poco como una cita.

¿Ha sido un poco como una cita? ¿Al menos unos minutos?

Ambos bajamos de nuestros caballos con Rosa observándonos muy seria, y de repente me siento tonta por haber accedido a subirme. Alex va directo hacia Rosa y el hombre de pelo gris.

—¡Eh!, ¿qué tal? Rosa, ya conoces a Cat.

—Gerard —dice el hombre, y le estrecho la mano.

—¿Qué haces aquí, Cat? —pregunta Rosa con el ceño fruncido—. No sabía que estabas en este proyecto.

—La he metido yo en el grupo —dice Alex sin inmutarse—. Otro par de ojos. ¿Y los demás?

—De camino —contesta Rosa—. De verdad, Alex, creo que esto es un problema de concreción. He hablado con Dan Harrison esta mañana y ha sido muy impreciso.

Mientras habla, se dirige a los puestos del mercado. Alex parece absorto en lo que dice Rosa, y Gerard, sea quien sea, está escribiendo un mensaje.

Caminando tras ellos me siento hecha un verdadero lío. Así que en todo momento esto iba de trabajo. En todo momento era una quedada en grupo. ¿Es que siempre lo entiendo todo al revés? ¿Me he inventado esa chispa entre nosotros? ¿Soy una loca alucinada enamorándose de su jefe?

Pero mientras andamos, Alex se vuelve y me guiña el ojo. Un pequeño destello de camaradería. «Tú y yo», parece decirme. Y aunque no reacciono más allá de devolverle una sonrisa educada, me aferro a ello como si fuese un abrazo. No me lo he inventado. Ha pasado algo. No estoy segura de qué, pero ha sido algo.

No me quedo en el *pop-up* tanto rato como los demás porque Alex acaba enfrascado en una llamada con Nueva York, que se eterniza, durante la cual Rosa deja bastante claro que le parece que debería volver y seguir con las encuestas.

—Ha sido genial contar con tu participación, Cat —me dice algo brusca—. Nos encanta escuchar las ideas de los miembros júnior del equipo. Es muy guay que Alex te haya incluido, pero creo que tienes que avanzar con lo de la investigación, ¿no?

Hay algo implacable en su tono. Así que, sin poder despedirme de Alex, me vuelvo a la ofi. Pero no me siento desanimada. Al contrario. Al entrar, corro escaleras arriba tarareando la cancioncilla del tiovivo hasta que llego a mi mesa.

Flora levanta la vista.

—Cat, llevo un buen rato buscándote. Oye, ¿te vienes a Portobello el sábado?

—¡Vaya! —exclamo encantada—. ¡Claro! ¡Me encantaría! ¡Gracias!

«No muestres que estás contenta de que te invite», me regaño mentalmente. Solo es una visita a Portobello. No es para tanto. La gente lo hace todo el rato.

Pero la verdad es que yo no. Mis fines de semana pueden ser bastante solitarios, aunque jamás lo admitiría.

—¡Genial! —Flora sonríe—. Bueno, vente a mi casa primero, vivo

supercerca, y luego nos vamos de compras navideñas...

Mientras Flora sigue parloteando, me siento a mi mesa y la felicidad me invade. ¡Mi vida está empezando a cambiar! Primero, un hombre interesante está... no sé, ¿está qué? Está en el horizonte. Y ahora voy a ir a Portobello con Flora y podré colgar un montón de fotos geniales en Instagram... y serán verdad. Por esta vez, por una vez, serán verdad.

6

La mañana siguiente es un estimulante y soleado día de invierno perfecto. De hecho hay tanta luz que casi necesito gafas de sol cuando salgo de casa. Me paro en la puerta para aplicarme bálsamo labial y veo a Alan en la entrada discutiendo con una preciosa chica adolescente mientras él despliega su bici.

La chica tiene la piel color de la leche, ojos color verde azulado y el pelo cortísimo, casi rapado, y se le ven las largas y adolescentes piernas por debajo de la falda del uniforme. Lleva un montón de panfletos y parece que Alan dirige su ira hacia ellos.

—Todas las organizaciones benéficas son corruptas —le oigo decir en tono de desaprobación—. No voy a contribuir con nada nunca más. Es todo marketing y anuncios en el metro. No voy a dar mi dinero para que lo inviertan en anuncios en el metro. Si quieres ayudar a alguien, ayuda a una persona real.

—Yo soy una persona real —objeta la chica—. Me llamo Sadiqua.

—¿Ah, sí? Y ¿cómo sé que eso es verdad? —pregunta Alan—. ¿Cómo sé que no eres una artista haciendo algún tipo de *performance*?

—Vale, pues no me des dinero si no quieres —dice exasperada—, pero al menos firma la petición.

—Sí, claro, ¿y qué vas a hacer con mi firma? —Alan levanta las cejas como diciendo: «Te pillé», y se sube a la bici—. Ah, y este camino es propiedad privada —añade señalando el destartalado camino que lleva a nuestra puerta—, así que más vale que no se te ocurra nada raro.

—¿Raro? —La chica lo mira sin entender nada—. ¿Raro como qué?

—Pues no lo sé, yo solo te digo que esto es propiedad pri-va-da.

—¿Te crees que voy a ocupar la parte delantera de tu casa o qué? —pregunta incrédula.

—Yo solo te aviso: propiedad pri-va-da —repite Alan, impasible. Se aleja con la bici y la chica emite un sonido furioso, casi como el relinchar de un caballo.

—¡Capullo! —le grita, y no podría estar más de acuerdo.

—Hola —le digo al acercarme a ella, intentando compensar la mala educación de Alan—. ¿Estás recaudando dinero para algo?

—Petición para el centro comunitario.

Lo dice tan rápido que suena como «peción-trotario». Me da un panfleto en el que se lee SALVEMOS NUESTRO CENTRO COMUNITARIO y lo miro. Habla de recortes y del futuro de los niños del barrio y parece algo auténtico, así que meto un par de libras en su hucha y escribo mi nombre en la petición.

—¡Buena suerte! —le digo, y empiezo a andar calle abajo.

Un momento más tarde noto una presencia junto a mi hombro y al volverme veo que Sadiqua me sigue.

—Hola —le digo—, ¿querías algo más?

—¿A qué te dedicas? —me pregunta como para darme conversación—. Tu trabajo y eso.

—¡Ah, vale! Trabajo en publicidad. Creando imágenes y logos para productos. Es muy interesante —añado por si esta fuese mi oportunidad de inspirar a las nuevas generaciones—. Es un trabajo duro, pero compensa.

—¿Conoces a gente del mundo de la música? —continúa Sadiqua como si no hubiese dicho nada—. Porque mi colega Layla y yo tenemos un grupo y hemos hecho una demo. —Se saca un CD del bolsillo—. Nos grabó el tío de Layla. Queremos hacer que corra la voz.

—¡Suena genial! —digo animándola—. Bien hecho.

—¿Te puedo dar uno —me obliga a cogerlo— para que lo oigan?

«¿Para que lo oigan? ¿Quiénes?»

—No trabajo en la industria musical —le explico—, lo siento.

—Pero en publicidad hay música, ¿no?

—Bueno, en realidad no...

—¿Y en los anuncios? —insiste—. ¿Quién hace la música de los anuncios? Alguien hace todo eso y se necesitan sonidos, ¿o no? —Pestañea con sus ojos verde azulados—. ¿No necesitan nuevos sonidos?

Hay que admirar lo persistente que es. Y tiene razón, alguien escoge la música para los anuncios, aunque yo no tenga ni idea de quién.

—Vale, mira, veré lo que puedo hacer. —Cojo el CD y me lo meto en el bolso—. Buena suerte con todo...

—¿Conoces alguna agencia de modelos? —Sigue sin perder comba—. Mi tía dice que debería ser modelo, solo que no soy lo suficientemente alta, pero ¿y qué? ¿Qué más da eso en una foto? Tienen Photoshop, ¿no? Pues ¿qué

importa? ¿Por qué hay que ser alta y delgada? Tienen Photoshop. Que usen Photoshop, ¿sabes lo que te quiero decir? Photoshop y punto.

Me mira esperando una respuesta.

—Vale. —Empiezo a estar algo cansada—. Mira, en realidad tampoco sé mucho sobre modelos. Lo siento, tendría que irme...

Sadiqua asiente resignada, como si ya supiese que no iba a sacar nada útil de hablar conmigo. Luego, sin dejar de caminar a mi ritmo, se mete la mano en el bolsillo.

—¿Quieres bisutería? Hago bisutería. —Saca una ristra de pulseras de cuentas y me la pone delante—. Cinco libras cada una. Puedes comprar para tus amigas y eso.

No puedo evitar echarme a reír.

—Hoy no —digo—, pero a lo mejor otro día. ¿No tendrías que seguir recaudando fondos para el centro comunitario?

—Ah, eso. —Se encoge de hombros filosófica—. Si va a cerrar de todos modos. Solo estoy ayudando porque todos lo estamos haciendo, pero no vamos a conseguir salvarlo ni nada.

—¡A lo mejor sí! —digo—. ¿Qué se hace allí exactamente?

—Pues de todo, ofrecen el desayuno a los niños y esas cosas. Yo siempre desayunaba allí porque mi madre nunca... —Sadiqua se calla de golpe y su fachada vivaz se derrumba por un instante—. Te dan cereales y eso, pero cuestan dinero. Dar cereales todos los días cuesta dinero, ¿no?

La miro en silencio un momento. Me gusta esta chica. Es divertida y vital, y de hecho muy guapa, incluso sin Photoshop.

—Dame unos cuantos panfletos más —le digo, y se los cojo—. A lo mejor puedo ayudarte a recaudar algo de dinero.

Una vez en la oficina, encuentro un viejo lector de CD en un armario, lo conecto a mi ordenador y escucho el CD de Sadiqua. Por supuesto, espero quedarme maravillada por haber descubierto a una nueva estrella. Pero por desgracia no son más que dos chicas cantando un tema de Rihanna y luego partiéndose de la risa. De todos modos, decido que haré lo que pueda con él e intentaré seguro recaudar dinero para su centro comunitario.

No tengo ningún plan específico ni ninguna idea de momento y tampoco

pienso comentarlo con nadie, pero por la noche, cuando salgo de la oficina, veo a Alex esperando el mismo ascensor que yo y me entra el pánico al no saber qué decir. Son más de las nueve de la noche (tenía un montón de trabajo atrasado) y no esperaba ver a nadie. Y menos a él.

No lo he vuelto a ver desde el día anterior, en el tiovivo, pero por supuesto me ha pasado por la mente unas noventa y cinco mil veces. Al acercarme adonde está siento que la sangre se me acumula en la cara y una sensación incómoda me sube a la garganta. ¿Cómo se supone que debes hablarle a un hombre atractivo por el que puede que sientas algo? He perdido cualquier instinto natural que hubiese podido tener. Noto la cara petrificada. Las manos sudorosas. En cuanto al contacto visual, ni soñarlo. No tengo ni idea de cuál es el nivel adecuado de contacto visual en estos momentos.

—Hola —me dice sonriendo cuando llego a la puerta del ascensor—. Sí que trabajas hasta tarde.

—Hola. —Le devuelvo la sonrisa—. Tenía cosas que acabar. —Sé que no es mi turno para continuar con la conversación, pero, como ya he dicho, he entrado en modo pánico. Así que antes de poder detenerme, le suelto—: Tengo una gran causa benéfica que me gustaría proponer para el donativo de la empresa de este año.

Esto no es del todo cierto. No sé si es una gran causa, solo tengo la palabra de Sadiqua. Pero ahora mismo necesito algo de lo que hablar.

—¿Ah, sí? —pregunta Alex, interesado de verdad.

—Es un centro comunitario que está cerca de donde vivo, en Catford. Ofrece clubes de desayuno, ese tipo de cosas, pero está a punto de cerrar. Por los recortes, ya sabes... —Saco un panfleto del bolso y se lo enseño—. Es este.

—Bien por ti —dice Alex echando un vistazo al folleto—. Bueno, lo tendremos en cuenta para el próximo año. ¿O querías organizar algún tipo de recaudación de fondos mientras tanto?

Las puertas del ascensor se abren y ambos entramos. Por supuesto, mi mente se queda en blanco. Recaudación de fondos, recaudación de fondos... ¿Venta de *cupcakes*? No, no.

—¿Algo que suponga un reto? —digo aferrándome a un clavo ardiendo—. ¿Para que parezca que te dan algo por tu dinero? Como un maratón. Pero no el maratón —añado deprisa.

—Algo que cueste un esfuerzo pero que no sea el maratón —dice Alex,

pensativo, mientras salimos al vestíbulo vacío y poco iluminado—. Te diré qué es lo que cuesta más esfuerzo del mundo: ese maldito ejercicio de esquí. Mi entrenador personal me hizo hacerlo anoche. Cabrón —añade tan perniciosamente que me entra la risa.

—¿Qué ejercicio de esquí? —pregunto.

Nunca he hecho ningún ejercicio de esquí. Ni tampoco he esquiado nunca, de hecho.

—Ese en el que te sientas contra la pared. Es una tortura. Ya sabes cuál. —Me mira—. ¿No?

Se dirige a una gran pared vacía en la que se lee COOPER CLEMMOW en muchas tipografías diferentes y toma posición contra ella con los muslos en paralelo al suelo.

—No parece tan complicado —digo para tomarle el pelo.

—¿Estás de broma? ¿Lo has probado?

—Vale —sonrío—, acepto el reto.

Me pongo en la misma posición a unos metros de él y nos quedamos en silencio. Ambos estamos concentrados en la tarea que nos ocupa. Tengo mucha fuerza en los muslos gracias a años de montar a caballo, pero ya noto que me empiezan a arder. Al poco me duelen bastante, pero no voy a ceder; no, señor...

—Estás fuerte, ¿no? —dice Alex jadeando.

—Ah, ¿esto es el ejercicio? —consigo decir—. ¿Y se supone que esto es difícil? Pensaba que estábamos calentando.

—Ja, ja, ja, muy graciosa. —Alex está rojo—. Vale, tú ganas, no puedo más.

Desliza la espalda hasta el suelo al tiempo que noto que las piernas me entrarán en combustión en cualquier momento. Pero me obligo a quedarme unos segundos más antes de derrumbarme.

—No me digas que podrías haberte pasado media hora más así —me dice Alex.

—Podría haberme pasado media hora más así —digo enseguida.

Alex se ríe. Me mira y veo un atisbo de... algo en sus ojos. Lo mismo que había visto antes. Ese algo entre tú-y-yo.

Ninguno de los dos dice nada durante un rato. Es uno de esos pequeños silencios que se producen cuando estás ajustando tu posición en una conversación, a lo mejor intentando cambiar de tema... Pero de nuevo acabo

presa del pánico e intento devolver la situación a la normalidad.

—No estoy muy segura de que resultase popular para recaudar fondos —digo levantándome.

—Bueno, al menos es más fácil que un maratón —dice Alex.

—Eso es lo que tú te crees. —Me callo al ver por las puertas de cristal algo rojo pasar a toda velocidad—. Un momento, ¿qué ha sido eso?

Ese algo rojo se convierte en una hilera de cosas rojas. Rojas y blancas. Me quedo mirándolas, incrédula. ¿Son gorros de Santa Claus?

—¿Qué narices...? —Alex ha seguido mi línea de visión y se empieza a partir de la risa—. ¿Qué es eso?

Nos miramos brevemente y ambos salimos disparados hacia la puerta. Alex pasa su tarjeta para que ambos podamos salir y nos apresuramos hacia la fría noche con la boca abierta como dos chiquillos ante lo que tenemos delante.

Unos doscientos Santa Claus llenan la calle. Algunos llevan gorros con luces rojas y blancas, otros tocan el claxon, y de algún lugar sale la voz de Mariah Carey. Es como una gran fiesta ambulante llena de Santa Claus.

—Esto es una locura —dice Alex riendo todavía.

—¡Uníos! —grita un tipo con gorro de Santa al vernos boquiabiertos—. ¡Coged una bici y un sombrero! ¡Uníos! —nos invita—, ¡no tengáis miedo, sed Santa!

Alex y yo lo miramos y luego nos miramos de nuevo.

—¡Vamos! —dice Alex, y corremos al otro lado de la calle donde hay gente cogiendo bicis del punto de alquiler.

—¡Veinte euros el trayecto, gorro de Santa incluido! —grita una chica agitando un cubo ante la gente que pasa—. ¡Uníos! ¡Todo por el hospital de Great Ormond Street!

—Tenemos que hacer esto —afirma Alex—, ¿por qué no íbamos a ponernos gorros de Santa Claus y recorrer Londres en bici? ¿Estás libre?

Me mira y de nuevo noto cómo mi estómago da un vuelco.

—Sí, estoy libre. ¡Hagámoslo!

No puedo evitar reírme de lo ridícula que es la idea. A nuestro alrededor hay un montón de gente uniéndose a la locura de Santa y cantando Mariah. Veo un par de Santas en un tándem y otro en un velocípedo.

«Por esto es por lo que me mudé a Londres —pienso, y la felicidad me invade—. Es esto.»

—Yo pago por los dos —dice Alex con firmeza—. No he contribuido lo

suficiente a causas benéficas últimamente y tu altruismo me avergüenza.

Pone un billete de cien libras en el cubo antes de que pueda protestar y me pasa una bici.

—Aquí tienes tu gorro de Santa.

La chica del cubo coge un sombrero con una luz en el pompón y me lo pone en la cabeza. Coloco la bici en posición y veo a Alex con un gorro de estrellitas que se encienden sobre la banda blanca y que le confiere un aspecto encantadoramente angelical.

—Gracias —digo señalando con la cabeza el cubo—. No tenías por qué, pero gracias.

—De nada.

Me dedica una sonrisa encantadora.

Quiero decir algo más, algo ocurrente, pero no hay tiempo porque nos ponemos en marcha. Hace siglos que no monto en bici, pero mis pies se hacen al ritmo de forma instantánea y allá vamos, calle abajo, un pelotón de Santas que pedalean, con la música y las risas haciéndonos avanzar.

Es una de las noches más mágicas de mi vida. Pedaleamos de Chiswick a Hammersmith, luego por Kensington High Street, aún llena de gente comprando, y pasamos por el Royal Albert Hall. Después nos dirigimos a Knightsbridge, donde vemos Harrods iluminado como un castillo de cuento de hadas y las tiendas llenas de decoraciones navideñas. Pasamos Piccadilly y subimos y bajamos Regent Street, y alzo la mirada para contemplar las luces de Navidad por encima de nuestras cabezas.

El aire de la noche me golpea las mejillas mientras pedaleo. Todo mi campo de visión está cubierto por gorros de Santa Claus rojos y blancos. Escucho el ruido de timbres de bici sonando y de cláxones de coches que nos animan al pasar y a un montón de Santas cantando villancicos. Nunca me había sentido tan llena de energía. Oigo aquella canción que dice que ojalá fuese Navidad todos los días, y pienso que ojalá pudiese vivir este momento cada día. Pedaleando por Piccadilly Circus. Saludando a la gente que pasa. Sintiéndome londinense. Y mirando, de vez en cuando, a Alex para sonreírle. Apenas hemos podido hablar, pero siempre está a unos pocos metros de mí y sé que cuando recuerde este momento no recordaré que «pedaleé con los

Santas», sino que «pedaleamos con los Santas».

En Leicester Square nos paramos para tomar un chocolate caliente que nos ofrece una cadena de cafeterías. Cojo dos vasos y Alex se acerca levantando la rueda de delante y sonriendo.

—¡Hola! —le digo, y le doy un vaso—. ¿No es genial?

—La mejor forma de desplazarse —afirma, y toma un sorbo de chocolate —. Parece que este es el final de la ruta oficial. Aquí nos dividimos y cada uno se va por su lado; podemos devolver las bicis donde queramos. De todos modos, yo he quedado con alguien para tomar una copa. —Mira su reloj—. De hecho, llego tarde.

—Oh, claro —digo intentando no sentirme demasiado decepcionada: había pensado que... había esperado que fuésemos...

Qué tonta. Claro que ha quedado con alguien para tomar una copa. Es un tipo de Londres con éxito y vida social.

—Le voy... Les voy a enviar un mensaje —dice ausente, tecleando en su móvil—. ¿Y tú? ¿Dónde vas ahora?

—Vuelvo a casa, a Catford. Puedo dejar la bici en Waterloo. —Me obligo a volver a pensar en cosas prácticas—. Iré allí y luego cogeré el tren.

—¿Estarás bien?

—¡Sí, claro! —digo alegre—. Y gracias de nuevo. Ha sido fantástico. — Dejo el chocolate en el puesto (está casi frío y no es muy bueno, la verdad) —. Pues nada, me voy. Nos vemos en la oficina.

—Eso. —Alex parece caer en algo—. Oh, no. No nos veremos, me voy a Copenhague a primera hora.

—¿A Copenhague? —Frunzo el ceño—. Ah, sí, Demeter también va. Una convención de diseño, ¿no?

—Exactamente —asiente—, pero nos veremos otro día, seguro.

—Ha sido genial, ¿verdad? —no puedo evitar decir a toda prisa.

—Genial —asiente de nuevo, sonriendo, y nuestras miradas se encuentran. Parece que el nivel apropiado de contacto visual en estos momentos es total.

Por un momento, ninguno de los dice nada. No estoy segura siquiera de poder respirar. Luego Alex levanta la mano en una especie de saludo y giro la bici para marcharme. Podría prolongar la conversación un poco más, hablar sobre bicis o cualquier cosa, pero... quiero irme cuando la noche todavía es perfecta.

Y rebobino y la revivo mentalmente en la cabeza durante todo el camino a

casa.

7

Mi vida ha adquirido una naturaleza como de ensueño. A ratos de sueño y a ratos de pesadilla. Los Santas ciclistas... Alex sonriéndome al pedalear... ir a Portobello hoy... Todo eso entra en la categoría de sueño. La fiesta de Navidad del trabajo es el lunes por la noche y no paro de imaginarme encontrándome con Alex enfundada en mi vestido negro corto. Charlando, riendo, él me pone una mano en el brazo cuando no nos mira nadie, nos vamos a otro lado a tomar una copa más, luego vamos a su casa...

Vale, lo confieso: no paro de imaginarme un montón de escenas distintas.

Se podría decir que mi vida es casi perfecta en estos momentos, si no fuese por los acontecimientos que entrarían en la categoría de pesadilla. Más concretamente, el hecho de que mi portátil muriera el jueves y tuviese que comprarme otro, algo que me ha provocado un miedo atroz que estoy intentando ignorar por todos los medios.

Todavía no me creo que se rompiese. Los informáticos del trabajo no lo pudieron arreglar y el tipo de la tienda tampoco. Lo intentó durante una hora y al final se encogió de hombros y dijo: «Está jodido. De todas maneras, necesitabas algo más actual». Y mi estómago dio un vuelco presa del pánico.

Necesito un portátil para mis proyectos de diseño; no me podía permitir no reemplazarlo. Pero tampoco tenía el dinero para hacerlo. Funciono con un presupuesto superlimitado y ultraplanificado; cada libra cuenta, y un portátil roto es como un huracán financiero. Ha dejado un gran agujero en mi cuenta y cada vez que lo veo me dan escalofríos de puro terror. Soy tan cuidadosa con el dinero. Tan cuidadosa. Y va y me pasa esto... No es justo.

Pero, bueno, prefiero no pensarlo. Lo pasaré bien con Flora curioseando por los puestos del mercadillo, aunque obviamente no me podré comprar nada, pero da igual, porque no se trata de eso, ¿verdad? Se trata del ambiente. Del buen rollo. De la amistad.

Flora me ha sugerido que nos encontremos en su casa y, a medida que avanzo por su calle, noto que se me va desencajando la mandíbula. Si pensaba que la casa de Demeter era impresionante, en realidad no es nada

comparada con estas mansiones. Los escalones de estas son dos veces del tamaño de los de Demeter. Todas tienen jardines en la parte delantera y paredes de estuco que las hacen parecer pasteles de boda. Encuentro el número 32 y lo superviso con cautela. Esta no puede ser la casa de Flora, ¿no? ¿Será la casa... de sus padres?

—¡Hola! —La enorme puerta se abre de golpe y veo a Flora en el umbral, todavía en bata—. Te he visto llegar. ¡Me he dormido, lo siento! ¿Quieres desayunar?

Me hace entrar en un recibidor gigante forrado de mármol y lleno de jarrones con lilas en el que hay una señora de la limpieza lustrando las barandillas, y luego pasamos por debajo de una escalera poco iluminada que da a una gran cocina con encimeras de granito. Caigo en la cuenta de que los padres de Flora tienen que estar megaforrados. Y además tienen que ser superestilosos.

—Entonces... ¿esta es la casa de tus padres? —pregunto para asegurarme —. Es increíble.

—Ah —dice Flora sin ningún interés—. Ya, sí, supongo. ¿Quieres un *smoothie*?

Empieza a echar fruta en una batidora de vaso y luego añade semillas de chía, jengibre orgánico y un poco de un alga especial que he visto en tiendas donde venden comida saludable y que cuesta como tres libras cada minivaso.

—¡Toma! —Me da un vaso y me lo bebo con ganas. Mi desayuno ha consistido en una taza de té y copos de avena con leche. Coste total: unos treinta peniques. Luego Flora coge una bolsa de papel llena de cruasanes y me hace salir de la cocina—. ¡Vamos! ¡Ayúdame a vestirme!

Su habitación está en la planta superior de la casa y tiene cuarto de baño y vestidor propios. El papel de la pared es un diseño brillante en color plata con pájaros. Hay velas de la marca Diptyque por todas partes, y armarios empotrados y un escritorio antiguo. No importa hacia dónde mires, en todas partes hay algo espectacular. Pero Flora no parece ni darse cuenta de lo que la rodea: está sacando vaqueros de su armario y se queja porque no encuentra los que quiere.

—¿Has vivido aquí desde que dejaste la universidad? —le pregunto—. ¿Nunca te has mudado?

Las cejas de Flora se levantan de terror.

—¿Mudarme? Dios, no. Quiero decir que nunca me lo podría permitir.

Entre el alquiler y la comida y todo... ¿Quién puede hacer eso? ¡Ninguno de mis amigos se ha ido de casa de sus padres! ¡Todos vamos a vivir en casa hasta que cumplamos los treinta!

Noto una punzada de algo que no quiero admitir, como envidia o incluso, posiblemente, durante un nanosegundo, odio.

No. Lo retiro. No odio a Flora, claro que no. Pero lo tiene todo muy fácil.

—Bueno, yo no tengo unos padres que vivan en Londres. —Fuerzo una sonrisa—. Así que, ya sabes, tengo que vivir de alquiler.

—Oh, claro —dice Flora—. ¿No eres de las Midlands o algo así? Aunque no tienes acento.

—En realidad —empiezo a decir, pero Flora ha vuelto a desaparecer en el vestidor; no creo que le interese mucho de dónde vengo exactamente, la verdad.

Espero pacientemente mientras Flora se aplica el *eyeliner* unas cinco veces hasta que le queda bien, luego coge su bolso y exclama:

—¡Venga! ¡Vayamos de compras!

Su sonrisa de oreja a oreja es infecciosa. Se ha recogido el pelo rubio en lo alto de la cabeza y lleva sombra de ojos brillante, además de un abrigo *boho* de piel de oveja. Si hubiese que escribirle un pie de foto, sería: «Totalmente lista para pasarlo bien». Bajamos la escalera riendo las dos y una puerta se abre en el segundo piso.

—¡Niñas! ¡Estáis molestando a papá!

—Mamá, no somos niñas —le dice Flora poniendo morritos cuando una mujer elegante aparece en el rellano. Parece una versión mayor de Flora, aunque más delgada incluso. Lleva unos mocasines de Chanel y vaqueros pitillo, y huele de maravilla—. Esta es Cat.

—¡Cat! —La madre de Flora pone su mano distinguida sobre la mía y luego se vuelve hacia Flora—. ¿Vais a Portobello?

—¡Sí, nos vamos de compras navideñas! Aunque estoy en bancarrota —Flora mira a su madre con cara pedigüeña— y tengo que encontrar algo para la abuelita.

—Cariño. —La madre de Flora pone los ojos en blanco—. Vale, mira en mi bolso. Coge cien libras, pero ¡no más! —añade severa—. Siempre me estás dejando sin efectivo.

—¡Gracias, mami! —Flora le da un pellizquito en la mejilla a su madre y baja el resto de las escaleras danzando—. ¡Vamos, Cat!

La cabeza me da vueltas. ¿Cien libras? ¿Así como así? No le he pedido dinero a papá desde hace años. Y nunca lo haría ni aunque nadara en la abundancia, que no es su caso.

Veo a Flora servirse a sí misma del bolso de su madre y luego la sigo cuando baja los blancos escalones palaciegos de su casa. Si los de Demeter son aptos para una princesa, estos están hechos para una reina. Me gustaría sacar una foto, pero sería un poco cutre. A lo mejor cuando conozca a Flora un poco mejor.

El aire fresco es vigorizante y cuando avanzamos calle abajo me siento alegre. Esta área de Londres es muy guay. Las hileras de casas color pastel son adorables, como sacadas de un cuento, y no paro de tomar fotos para Instagram.

—¿Qué te quieres comprar? —me pregunta Flora cuando doblamos la esquina de Portobello Road intentando esquivar las hordas de turistas.

—¡No sé! —Me río—. No mucho. Creo que solo echaré un vistazo.

Mis ojos captan la innumerable cantidad de puestos de mercado que se extienden ante nosotras; se vende de todo, desde collares hasta bufandas de cachemira, cámaras *vintage* o platos antiguos. Ya había estado en Portobello antes, pero nunca en Navidad, y hoy parece que tiene un rollo aún más entrañable. Las farolas están decoradas y un grupo de chicos con gorros hípster cantan villancicos a capela mientras en un puesto de CD se oyen canciones que compiten con ellos. Hay puestos de vino caliente, otro de pastel de carne, y el delicioso aroma de crepes recién hechas llena el aire.

De repente me recuerdo tomando vino caliente con Alex y me sorprendo pensando: «¿Se convertirá en nuestra bebida?». Enseguida intento apartarlo de mi mente como la aguja de un disco de vinilo. «Contrólate, Katie. ¿Vino caliente? ¿“Nuestra bebida”? Sí, claro, y los gorros de Santa Claus serán vuestra prenda predilecta también...»

Flora encuentra un elefante de porcelana para su abuela y luego me arrastra hacia una tienda de diseñador para comprarse un vestido de lentejuelas para la fiesta de la oficina. Yo no quería comprarme nada, pero al final resulta que algunos de los precios no dan tanto miedo. Veo un gorro de lana para papá por solo ocho libras y luego un burro con ropa a una libra que Flora considera graciosísimo. Sobre todo cuando acabo comprándome una chaqueta de ganchillo. En otro puesto las dos nos probamos sombreros alocados y nos hacemos un montón de fotos partiéndonos de la risa. Este es el tipo de vida

londinense que siempre había deseado.

Flora lleva toda la mañana enviando mensajes de texto y, cuando nos paramos en un puesto que vende espejos, frunce el ceño mirando el móvil.

—¿Pasa algo? —le pregunto.

Resopla al contestar:

—No. Sí. —Mete el teléfono en el bolso—. Hombres.

—Uf, hombres —la secundo, aunque no sé muy bien de qué va el tema.

—¿Hay alguien en tu vida en estos momentos? —me pregunta.

Noto mariposas en el estómago. A ver, la respuesta es no, claro. Pero mi mente me transporta al momento del tiovivo, con los dedos de Alex en mi pelo.

—No. Bueno, hay un chico... —Al mirar a Flora a los ojos me echo a reír, en parte por el alivio de tener a alguien con quien hablar—. Seguro que no le intereso, pero...

—¡Seguro que sí! ¿Cómo es?

—Pues, bueno, es guapísimo. Pelo oscuro, lleva un tatuaje —añado con una sonrisa.

Bien. Poco concreto. Podría ser cualquiera.

—¡Un tatuaje! —Los ojos de Flora se abren como platos—. Vaya... Y ¿dónde lo has conocido?

—A través de otra gente —añado vagamente—. Ya sabes, un poco por casualidad.

—Y ¿ha pasado algo?

Pone una cara tan cómica que me vuelvo a reír.

—Nada real. Solo flirteo. Ojalá —confieso abiertamente—. Y ¿qué me dices de ti?

—Pues se supone que me estoy viendo con este tipo llamado Ant, aunque creo que se está cansando de mí. —Parece desconsolada—. Nunca me responde a los mensajes.

—Nunca lo hacen.

—¿Verdad que no? ¿Tan difícil es enviar un maldito mensaje de texto?

—Me parece que creen que si envían un mensaje de texto pierden parte de su alma —proclamo, a lo que Flora se ríe.

—Eres muy divertida —dice entrelazando su brazo con el mío—. Me alegro de que hayas venido a trabajar a la oficina, Cat.

Andamos unos segundos y luego me paro a sacar una foto de un puesto que

vende solo cláxones de coche *vintage*. Luego Flora se vuelve hacia mí con cara pensativa.

—Oye, Cat, hay algo que quería preguntarte. ¿Sabías que solemos ir a tomar algo los miércoles a la hora de comer? Sarah, Rosa y yo. Al Blue Bear. Todas las semanas.

—¿Ah, sí? Pues no, no lo sabía.

—Bueno, lo mantenemos un poco en secreto. No queremos que Demeter aparezca por allí de repente. —Flora pone cara de alarma—. ¿Te imaginas?

—Uf —asiento—, claro, claro.

—El tema es que no es algo abierto, es como... —titubea—. Como un grupo. Un club. Un club especial.

—Vale.

—Y me gustaría pedirte que te unas a nuestro pequeño club. —Me aprieta el brazo—. ¿Cómo lo ves? ¿Te apuntas?

Siento una pequeña explosión de calor en mi interior. Un grupo. Un club. No me había dado cuenta de lo sola que me sentía hasta ahora.

—¡Pues claro! —digo con una gran sonrisa—. ¡Contad conmigo!

Tendré que reajustar mi presupuesto si empiezo a pagar rondas cada miércoles, pero ¡valdrá tanto la pena!

—¡Genial! Volveremos a ello después de las vacaciones de Navidad. Ya te avisaré. Lo único: no se lo cuentes a Demeter, ¿de acuerdo?

—Claro, ¡prometido!

Estoy a punto de preguntar dónde queda el Blue Bear cuando Flora pega un grito:

—¡Oh, dios mío!

—Amor. —Un chico alto de pelo oscuro y con sombrero ha aparecido de la nada y rodea a Flora con los brazos—. Tu madre me ha dicho que estabas aquí.

—¡Si te he escrito! —le acusa Flora—. Tendrías que haberme respondido.

El chico se encoge de hombros y Flora le da un empujón riendo. Me pregunto si debería escabullirme cuando Flora me coge del brazo y anuncia:

—Esta es Cat. Cat, este es Ant. —Le pone morritos y le dice—: Y como has sido una pesadilla, Ant, nos invitas a comer.

Ant pone los ojos en blanco haciéndose el ofendido, y yo me excuso rápidamente:

—En realidad ya me iba.

—¡No! ¡Ven con nosotros!

Flora nos coge a cada uno de un brazo y nos dirige a la acera de enfrente, a la Butterfly Bakery, sobre la que he leído en un millón de blogs. Es toda rosa y con rayitas blancas y hay mariposas de papel colgadas del techo y por todas partes. Los clientes las colorean con rotulador. Es parte de su atractivo.

Colgamos los abrigos en unos percheros blancos de madera que hay junto a la puerta y luego Flora coge una bandeja de florecitas para cada uno y empieza a poner cosas en ellas.

—Estos *muffins* de calabaza están buenísimos. Y los corazones de muesli son geniales. Y tendríamos que coger una ensalada cada uno. Y su refresco de jengibre es increíble. —Va llenando cada bandeja y luego ordena—: Ant, ponte en la cola. Nosotras vamos a coger mesa. Ven, Cat.

Cruzo la sala tras ella hasta un rincón donde una pareja se está levantando de su mesa y me choca los cinco cuando nos sentamos.

—¡Qué suerte! Este sitio siempre está taaan lleno. —Flora saca su vestido de lentejuelas y lo mira amorosamente—. ¿Qué vas a llevar tú a la fiesta del lunes?

—Un vestido corto negro, supongo —admito—. Nunca falla.

Flora asiente.

—Buena elección. El año pasado Demeter llevó uno tan corto que casi se le veía la faja —dice con cara de asco—. ¿A quién quiere engañar? Solo porque tengas un rollo con un yogurín no quiere decir que de repente tengas, no sé, veinte años menos. Es una arpía. Mira, te voy a enseñar una foto de sus pintas.

—¿Un yogurín? —pregunto con interés.

—Sí, ya sabes. —Flora está ocupada buscando las fotos de la fiesta del año pasado—. Alex Astalis.

Las palabras tardan un momento en cobrar sentido en mi mente.

—¿Alex Astalis? —repito como una boba.

—El tipo al que conociste el otro día.

—¿Quieres decir que...?

—¿Demeter y Alex? Dios, sí —asiente Flora—. Llevan con una historia no-secreta desde, no sé, desde siempre.

Noto un nudo en la garganta. Apenas puedo hablar.

—¿Cómo... cómo lo sabes? —consigo preguntar por fin.

—Todo el mundo lo sabe —me dice sorprendida—. Demeter fue jefa de

Alex hace años, ¿sabes? Y parece que la química entre ellos era del todo electrizante. Me lo contó Mark. Los conoce desde entonces. Y ahora Alex es el jefe de Demeter. Una locura, ¿no?

Asiento sin mediar palabra. Imagino a una Demeter más joven, a un Alex con cara de niño, una química electrizante...

Creo que he vuelto al País de las Pesadillas.

—Demeter ya estaba casada entonces —prosigue Flora—, supongo que no quería romper o lo que sea. Pero, bueno, es por eso por lo que se unió a Cooper Clemmow. Alex se asoció con Adrian y lo primero que hizo fue contratar a Demeter. Qué poco sutil. Mira, aquí la tienes, ¿no está espantosa?

Me pasa su móvil y me muestra una foto de Demeter con un vestido muy corto, de pie junto a una escultura de hielo, pero casi ni la miro. Noto algo de frío. Y me siento como desinflada. Y, sobre todo, increíblemente idiota. Ahora me resulta tan obvio. Ambos esbeltos. Ambos inteligentes. Ambos en la cima de sus carreras. Claro que son amantes.

De repente caigo: por eso están ambos en Copenhague. Me los imagino a los dos en una habitación de hotel con decoración escandinava, practicando sexo en una posición atlética que nadie en todo el planeta practica excepto Demeter, porque es la primera persona del mundo en haberla descubierto.

Todavía tengo el móvil de Flora en la mano y lo miro sin verlo, perdida en mis pensamientos. Sin duda, Demeter lo tiene todo, ¿no? El trabajo, la casa, el marido, los niños, los tonos de pintura a la moda... y a Alex. Porque, obviamente, cuando eres Demeter, un marido devoto no es suficiente. También necesitas un amante. Un amante sexi, auténtico, orgánico.

Pero... ¿qué pasa conmigo?

Mi mente no deja de torturarme volviendo a proyectar todos esos pequeños momentos compartidos con Alex. Cómo me sonreía... la delicadeza con la que me puso el pelo en su sitio... cómo me miraba al pedalear junto a mí... No me he inventado nada. Yo noté algo, hubo una chispa...

Pero ¿qué es una chispa conmigo cuando tienes una química electrizante con la diosa del sexo o lo que sea Demeter? Yo no fui más que una diversión. De repente le recuerdo justo después del trayecto en bici mirando su móvil y diciendo: «Le voy... Les voy a enviar un mensaje».

No quiso decir «le voy», en singular. Estaba siendo discreto. Pero seguro que se refería a ella.

—¿Y su marido no sospecha?

Intento hacer que todo suene como un chisme de oficina.

—Lo dudo. —Flora se encoge de hombros—. Es muy buena mintiendo. Ah, ¡aquí llega Ant!

—Ya estoy aquí. —Ant deja dos bandejas sobre la mesa. Una para Flora, con su *muffin*, su ensalada y el resto. En la otra hay un bol de sopa—. La tuya está en la caja —me indica—. La han dejado a un lado para que vayas a pagarla.

«¿Que vaya a pagarla yo?»

Todos los pensamientos sobre Alex se desvanecen y me quedo mirándolo, como atontada. Pensaba que...

—Pero ¡qué bruto, Ant! —Flora le da un empujón—. ¡Tendrías que haberlo pagado todo! Ahora Cat tendrá que hacer cola.

—No, no tendrá que hacer cola —responde—. Les dije que iría ahora y han dejado su bandeja a un lado. Porque soy un tío detallista.

—En serio, Ant. —Flora suena exasperada—. ¿Por qué no has pagado lo suyo también y ya?

—Porque no tengo pasta, ¿vale? —le dice mirándola.

Dios, ahora van a empezar a pelearse por culpa de mi comida.

—¡No pasa nada! —digo en tono alegre—. ¡No hay problema! Gracias por guardarme el sitio en la cola, Ant.

Pero, al dirigirme a la caja, noto el terror apoderarse de mí. Pensaba que Ant nos iba a invitar a comer. Si no, nunca hubiese venido aquí. Me hubiese inventado una excusa y me hubiese marchado. Si hasta tengo un sándwich de atún en el bolso, envuelto en papel celofán.

«A lo mejor no es tanto —me digo cuando ya estoy casi en la caja—. Que no cunda el pánico. A lo mejor está bien.»

La chica de la caja me espera y me sonríe mientras coge mi bandeja con cuidado.

—Tenemos una *muffin*, una ensalada...

Introduce cada ítem y yo intento parecer relajada, como una chica rica y guay de Notting Hill. No como alguien que está aguantando la respiración y haciendo cálculos histéricos a medida que aparece el precio de cada cosa. Tienen que ser unas quince libras, o dieciocho... ¿veinte, a lo sumo?

—Serán treinta y cinco libras con ochenta y cinco. —Me sonríe y yo me quedo mirándola abrumada. Es mucho mucho peor de lo que había imaginado. ¿Treinta y cinco libras? ¿Por unos tentempiés? Si con eso hago la

compra semanal del supermercado.

No puedo.

No puedo hacerlo. No puedo gastarme treinta y cinco libras en unas fruslerías. No después del desastre del portátil. Tengo que salir de aquí. Le enviaré un mensaje a Flora y le diré que de repente me he sentido mal. De todos modos, está totalmente absorbida por la presencia de Ant, ni le importará.

—En realidad he cambiado de planes —digo con torpeza—. No me puedo quedar a comer, lo siento.

—¿No quieres nada de todo esto?

La chica parece sorprendida.

—No, yo... Lo siento. No me encuentro bien, tengo que irme...

Con las piernas temblándome, me dirijo a la salida, descuelgo mi abrigo y abro la puerta. No miro atrás. Si Flora me pregunta algo le diré que no quiero contagiarle mis gérmenes. Sí, ya sé que sonará aburrido. Pero aburrida es mejor que arruinada.

El aire frío me golpea al salir del café y me meto las manos en los bolsillos. Bien, pues ahí queda eso. Será mejor que me vaya a casa. Por un instante quiero llorar. Quiero sentarme en la acera y enterrar la cara entre las manos. No puedo permitirme esta vida; no puedo ser esta gente. No tengo una madre que me diga: «Cariño, aquí tienes cien libras».

Ni siquiera tengo una madre.

Sé que debo de haber caído muy bajo, porque no me suelo permitir este tipo de pensamientos. No a menudo. Las lágrimas han empezado a agolpárseme en los ojos, pero lucho por contenerlas. «Vamos, Katie. No seas floja.» A lo mejor es un bajón de azúcar. Me comeré el sándwich, eso me hará sentir mejor.

Le envío un mensaje rápido a Flora:

No me encuentro bien, me he tenido que ir, disfruta de la comida xxx.

Luego encuentro un sitio apartado en la acera, me agacho y saco mi sándwich envuelto en celofán. No parece tan apetecible como el *muffin* de calabaza, pero seguro que sabe mejor de lo que parece, y en cualquier caso...

—¿Cat?

Levanto la cabeza tan de repente que noto un latigazo en las cervicales. Flora está de pie a unos metros, mirándome, incrédula, con una magdalena en la mano.

—¡Flora! —consigo decir—. ¿No has visto mi mensaje?

—¿Qué mensaje? —me pregunta con cara de preocupación—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué te has ido? Te he visto marcharte. ¡No nos has dicho ni adiós!

—Enferma —digo con voz ronca—. Me he puesto enferma de repente —añado, y saco un pañuelo del bolsillo, lo retuerzo y luego lo vuelvo a guardar como por decoro.

—¡Oh, dios! —exclama Flora, impresionada.

—Es un virus. No te acerques.

—Pero ¡si estabas bien hace un minuto! —Tiene los ojos muy abiertos—. ¿Llamo a un médico... un taxi?

—¡No! —grito como si me acabase de quemar—. ¡Un taxi no! Necesito... aire fresco. Necesito caminar. Caminaré. Tú vuelve y come.

—¿Por qué tienes un sándwich en la mano?

Los ojos de Flora se dirigen hacia mi mano, curiosos. Mierda.

—Yo... Esto... —Noto cómo se me encienden las mejillas—. Me lo ha dado alguien. Alguien ha pensado que parecía enferma y me ha dado un sándwich.

—¿Un extraño?

Flora parece perpleja.

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me ha dicho... —Mi mente intenta dar con algo—: «Tienes mala cara. Toma, un sándwich».

—¿Te han dado un sándwich y ya está? —Flora parece más patidifusa que antes—. Pero ¿por qué?

—Creo que era algo... político —me invento a la desesperada—. Sándwiches contra la austeridad o algo así... Me lo comeré luego, cuando me encuentre mejor.

—¡No, no lo harás! —Flora me lo arrebata con cara horrorizada—. No te puedes fiar de un sándwich que te ha dado un extraño, ¡y menos estando enferma!

Lo tira a una papelera y yo intento esconder mi desaliento. Era mi

almuerzo. Y ahora está en la basura.

—Nos han dado unas muestras gratis. —Me enseña la magdalena con cara de pena—. Pero si te encuentras mal supongo que no la querrás, ¿no?

He leído descripciones arrebatadoras de las magdalenas de la Butterfly Bakery. La que tengo delante es una creación exquisita, con chocolate y cobertura blanca. Mi estómago ruge al verla.

—Tienes razón —me fuerzo a decir—. Solo de verlo me pongo mala, ¿sabes? Enferma. ¡Puaj! —añado—. Lo siento.

—Qué pena. —Flora le da un mordisco—. Dios, está buenísima. Bueno, cuídate, ¿vale? ¿Seguro que no quieres que te pare un taxi?

—No, tranquila —le indico con la mano—. Ve con Ant. Por favor. Ve.

—Bueno, vale. Te veo el lunes.

Me lanza una última mirada incierta y luego me envía un beso antes de desaparecer. Cuando estoy segura de que se ha ido, me levanto. Miro fijamente mi sándwich. Sí, el que está dentro de la basura. Lo cual es asqueroso. Innombrable. Pero en realidad está envuelto con papel celofán. Así que... en teoría...

«No, Katie.

»No puedes sacar la comida de la basura. No puedes caer tan bajo.

»Pero si está envuelto, estará bien.

»No.

»Pero ¿por qué no?»

Sin querer, me dirijo a la papelera. No hay nadie mirando.

—Solo tomaré una foto de la papelera para mi blog sobre cómo despilfarramos la comida —digo en voz alta convenciéndome a mí misma. Tomo una foto de la basura y me acerco más—. Vaya, un sándwich intacto. Tomaré una foto de este sándwich para mi investigación sobre el problema real del derroche de la comida hoy en día.

Sonrojándome un poco, cojo el sándwich de la basura y le hago una foto. Una niña pequeña de unos cinco años me mira y estira la manga de un abrigo de cachemira de color rosa pálido.

—Mira, mami, esa señora coge comida de la basura —dice con su vocecita aguda.

—Es para un trabajo sobre cómo despilfarramos la comida —digo rápidamente.

—Ha cogido ese sándwich de la basura —dice la niña, ignorándome—.

¡De la basura, mami! —Sigue estirando la manga de su madre con cara de asco—. Tenemos que darle dinero. Mami, la pobre señora necesita dinero.

Finalmente, su madre me mira distraída y me dice en tono despectivo:

—Hay un albergue unas calles más abajo, ¿sabes? Deberías pedir ayuda en lugar de molestar a la gente pidiendo.

¿En serio?

—¡No estoy molestando a la gente! —exploto indignada—. ¡No quiero su maldito dinero! ¡Y es mi sándwich! Lo he hecho yo, ¿vale? Con mis propios ingredientes.

He empezado a llorar, lo que me faltaba. Cojo el sándwich y me lo meto en el bolso con las manos temblorosas. Empiezo a alejarme cuando noto una mano en mi brazo.

—Lo siento. Quizá he sido un poco insensible. Tienes buen aspecto. —La mujer del abrigo de cachemira rosa mira mi roído abrigo de Topshop de arriba abajo—. No sé por qué estás en la calle ni cuál será tu historia, pero... no pierdas la esperanza. Todo el mundo se merece tener esperanza. Aquí tienes. Feliz Navidad.

Se saca un billete de cincuenta libras del monedero y me lo ofrece.

—Oh, dios —digo horrorizada—, no, por favor...

—Por favor. —La mujer parece muy convencida—. Deja que haga esto por ti. ¡Es Navidad!

Me pone el billete en la mano y veo los ojos de la niñita relucir ante la generosidad de su madre. Está claro que a las dos les seduce la idea romántica de ayudar a una extraña sin techo.

Vale, es el momento más vergonzoso de mi vida. No tiene sentido intentar contarle la verdad a esta mujer: será mortificador para ambas. Y, a ver, ya sé que hace tiempo que no voy a la peluquería y que necesito cambiarles las suelas a los zapatos, pero ¿de verdad parezco alguien que vive en la calle? ¿Es mi ropa tan horrible en comparación con lo que lleva cualquiera por Notting Hill?

(Sí, puede que sí lo sea.)

—Bueno, gracias —digo al final—. Es usted una buena persona. Que dios la bendiga —añado para ponerle más dramatismo al asunto—. Que dios nos bendiga a todos.

Me alejo con rapidez y, según doblo la esquina, veo a un tipo del Ejército de Salvación con una lata. Y lo confieso: se me retuercen un poco las tripas

cuando meto el billete de cincuenta libras dentro. Es que... ¡cincuenta libras son cincuenta libras! Pero ¿qué otra cosa iba a hacer?

Los ojos del miembro del Ejército de Salvación se iluminan, pero cuando empieza a alabar mi aparente generosidad, me doy la vuelta y echo a andar todavía más deprisa. Menudo fiasco. ¡Vaya día!

Y encima, antes de darme cuenta, vuelve a mi mente la imagen de Alex, de Alex y Demeter en su habitación de hotel, con sus cuerpos entrelazados sobre una alfombra de diseño danés, brindando por ser tan sexis y exitosos y lo más...

¡Ya basta! No tiene sentido torturarse con ello. Lo que necesito es saltarme la fiesta del lunes. Y luego será Navidad y empezará un nuevo año y todo será distinto. Eso es. Todo irá bien.

8

Mierda. Ahí está, de pie junto a la barra. Mier-da.

Me agacho a toda prisa y busco un globo tras el que esconderme. A lo mejor me puedo camuflar con algunas decoraciones navideñas. O a lo mejor simplemente me debería ir.

La fiesta de Navidad de la oficina ha empezado hace un par de horas. Estamos todos en una sala en la planta de arriba del Corkscrew y es la fiesta de Navidad más increíble a la que he asistido nunca. Ni que hubiera ido a tantas.

Por las conversaciones mantenidas en la oficina la semana pasada me enteré de que nadie en Cooper Clemmow, al menos en nuestro departamento, come la típica comida de Navidad, o la comida «normativa», como la llamó Rosa medio en broma. Demeter, Flora y Rosa comen ganso en lugar de pavo (orgánico, por supuesto). Mark toma rustido de frutos secos porque su pareja es vegana. Liz prepara una receta de codornices Ottolenghi. Sarah prefiere comer langosta y decorará el centro de mesa con unas maderas que encontró a la deriva en el mar el pasado verano. (No tengo ni idea de qué tiene que ver eso con la Navidad.)

Cuando alguien me pregunta: «¿Y tú, Cat?», me imagino a mi padre en nuestra vieja mesa de la cocina con un gorro de papel del Cash & Carry, untando el pavo con una margarina barata que compró al por mayor. No podríamos ser más normativos en Navidad. Así que simplemente sonrío y digo: «No lo sé todavía», y la conversación va por otros derroteros.

Esta fiesta de Navidad también es muy poco normativa. Hay un fotomatón en una esquina y globos blancos y negros por todas partes en los que puede leerse BUENOS y TRAVIESOS. La comida, temática, tiene que ver con nuestro listado de clientes, y el DJ es muy poco navideño: no ha puesto ni un solo villancico. No he visto a Alex en toda la noche y pensaba que no tendría que enfrentarme a él. En realidad lo estaba pasando bastante bien.

Pero ahora, de repente, está ahí, espectacularmente guapo con su camisa de formas geométricas blancas y negras. Sonríe mientras mira por todas partes

con una copa en la mano. Antes de que me vea, me doy la vuelta y voy a la pista. No es que se me vaya a ocurrir bailar, pero parece un buen sitio en el que esconderse.

Tras la visita a Portobello, el resto del fin de semana lo paso sumida en un deprimente vacío. Veo la tele, miro Instagram. Cuando he llegado esta mañana a la oficina he terminado por fin con las encuestas, he respondido a las preocupadas preguntas de Flora acerca de mi estado de salud y he sopesado si debía o no saltarme la fiesta.

Pero he decidido que no. Sería patético. En realidad es una noche a gastos pagados y me lo estoy pasando bien. No paro de recordarme la invitación de Flora a unirme a su club para ir al pub y noto una oleada de gratitud. Estas chicas son mis amigas. Al menos lo serán. A lo mejor trabajo aquí cinco años, o diez, voy escalando posiciones...

Mis ojos se dirigen de nuevo al bar. Veo a Alex charlando animadamente con Demeter y noto una punzada de odio hacia mí misma por haber sido tan estúpida. Solo hay que verlos a los dos. Sus ojos están a unos diez centímetros de distancia. No son conscientes de la presencia de nadie más. ¡Pues claro que se acuestan!

—¡Eh, Cat! —Flora se me acerca bailando, deslumbrante con sus lentejuelas—. Voy a ir y confesarle a mi amigo invisible que he sido yo quien le ha hecho el regalo.

Arrastra las palabras y me doy cuenta de que está bastante borracha. En realidad, todo el mundo está bastante borracho. Es lo que tiene la barra libre.

—¡No puedes! —le digo—. Es el amigo invisible. De eso se trata.

—Pero ¡quiero reconocimiento por mi regalo! —insiste poniendo morritos —. ¡Encontré algo tan original! Me gasté mucho más de lo permitido —añade en voz muy alta, ebria y confiada—. Me gasté cincuenta libras.

—¡Flora! —Me río de la impresión—. ¡No puedes hacer eso! Y tampoco puedes decirle a la persona que has sido tú.

—Me da igual. ¡Vamos! —Me coge del brazo tambaleándose sobre los tacones—. Mierda, no tenía que haberme tomado esos mojitos.

Me arrastra por la sala y, antes de poder parpadear o pensar o escapar, estamos plantadas delante de Alex Astalis.

—¡Eh, Katie-Cat! —dice él, superrelajado, y me sonrojo, aunque Flora parece no darse cuenta, por suerte; está muy borracha.

—¡Soy tu amiga invisible! —dice gritando demasiado—. ¿Te ha gustado?

—El sombrero de Paul Smith. —Parece haberle pillado desprevenido—. ¿Has sido tú?

—Guay, ¿eh?

Flora se mece un poco y la sostengo.

—Muy guay, pero... —Niega con la cabeza en tono de desaprobación—. ¿Te ha costado menos de diez libras?

—¿Diez libras? ¿Estás de broma?

Flora se tambalea de nuevo y esta vez es Alex quien la sujeta.

—Lo siento —digo a modo de disculpa—, creo que está un poco...

—¡No estoy borracha! —exclama Flora con énfasis—. No estoy... —Tropieza y se agarra de la manga de Alex. Al hacerlo, se la levanta y se le ve el tatuaje—. ¡Oye! —dice sorprendida—. Tienes un ta... —Está tan borracha que no puede pronunciar la palabra—. Un ta-ta... tatu...

—¡No estoy perdiendo el control! —De repente, la voz furiosa de Demeter se oye por encima de la música y me quedo conmocionada. ¿Se estará peleando con Adrian? ¿En la fiesta de Navidad? Alex se pone tenso y sé que está intentando escuchar lo que dicen y no nos presta atención a nosotras.

—Demeter, no he dicho eso. —La voz de Adrian es calmada y reconfortante—. Pero debes admitir que... muy preocupado...

No consigo oír todo lo que dicen con el ruido general.

—¡Tienes un tatuaje! —consigue Flora articular la palabra por fin.

—Sí —asiente Alex, que parece divertido—, tengo un tatuaje. ¡Muy bien!

—Pero... —Su mirada se dirige hacia mí. Veo trabajar su mente ebria—. Un momento. —Vuelve a mirar a Alex—. Pelo oscuro, tatuaje... ¡y todas esas preguntas sobre él!

Mi corazón empieza a latir tan fuerte como la base de la música.

—Flora, vámonos —digo rápidamente, y la estiro del brazo, pero no se mueve.

—Es él, ¿no?

—¡Para! —Entro en modo pánico—. ¡Vámonos!

Pero no hay modo de moverla.

—Es tu hombre, ¿no? —Parece encantada—. ¡Sabía que era alguien del trabajo! Está enamorada de ti —le dice a Alex, empujándome para añadir énfasis a la frase—. Ya sabes. En secreto.

Se lleva un dedo a los labios.

El estómago se me cae hasta los pies. Esto no puede estar pasando. ¿No

podría teletransportarme fuera de esta situación, fuera de esta fiesta, fuera de mi vida?

Alex me mira y puedo leer su expresión: shock... pena... más pena. Y luego más pena.

—¡No estoy enamorada de ti! —consigo decir de algún modo con una carcajada—. En serio, siento que mi amiga esté así. Si casi ni te conozco, ¿cómo podría estar enamorada de ti?

—¿No es él? —Flora se tapa la boca con la mano—. Ay, perdón. Debe de ser otro tipo moreno y con un ta-ta... tatu... —Vuelve a atrancarse en la misma palabra—. Tatuaje. —Al final lo consigue.

Tanto Alex como yo miramos su muñeca. Levanta la vista y me clava los ojos y veo que lo sabe: sabe que es él.

Me quiero morir.

—Bueno, será mejor que me vaya —digo en tono apresurado y abatido—. Tengo que hacer la maleta y... gracias por la fiesta.

—No hay problema —dice Alex en un tono un poco raro—. ¿Te tienes que ir ya?

—¡Sí! —digo a la desesperada cuando veo que Demeter se nos acerca. Tiene la cara roja y parece inquieta, algo raro en ella.

—Hola, Cath. —Veo que hace un esfuerzo por poner una expresión agradable—. ¿Te vas mañana?

Es obvio que se ha olvidado de que me llamo Cat. Pero no me apetece volver a corregirla.

—Eso es. Mañana mismo.

—¿Y ya te has decidido? ¿Pavo o ganso?

—Oh, pavo al final. Pero con un relleno de *funghi porcini* delicioso —me oigo decir no sé por qué.

Dibujo una sonrisa forzada ante este grupo de londinenses sofisticados. Todo el mundo es tan guay y tan *cool* y las Navidades les parecen algo irónico que solo tiene que ver con las apariencias.

—*Porcini*... —Demeter parece interesada.

—Sí, de un sitio de la Toscana —me oigo decir otra vez—. Y trufas de Cerdeña y champán *vintage*, ¡claro! Bueno, ¡feliz Navidad a todos! Os veo después de las vacaciones.

Veo a Alex abrir la boca, pero no quiero esperar a saber lo que tiene que decir. Noto que me queman las mejillas cuando me dirijo a la salida,

tropezando un poco por las prisas. Necesito salir de aquí. Irme. A casa, a mis comidas navideñas gourmet. A los *porcini*. Al champán *vintage*. Ah, y a las trufas, por supuesto. No puedo esperar a probarlo todo.

9

—Ven y prueba mi último brebaje. —Papá está junto a la encimera de la cocina y me ofrece una bebida. No se trata de ninguna copa de champán *vintage* ni de un sofisticado cóctel. Ni siquiera es sidra orgánica local. Es su típico ponche navideño, elaborado con los licores que estuviesen de oferta en el supermercado, mezclados con zumo de naranja, zumo de manzana y refresco de lima—. Chinchín, querida.

Es mediodía del día de Nochebuena, estoy en casa, en el campo, y Londres parece estar a toda una vida de distancia. Aquí todo es diferente. El aire, los sonidos, la amplitud. Vivimos en una granja en una parte de Somerset tan remota que nadie ha oído hablar de ella. Los periódicos no paran de hablar del Somerset que está de moda y del Somerset de las *celebrities*... Pues, bueno, el nuestro es más bien el Somerset que está a tomar por saco de todo.

Nuestra casa está en un valle y todo lo que se puede ver desde la cocina son campos, con algunas ovejas aquí y allá, la pendiente de la colina de Hexall Hill y algún que otro ala delta volando a cierta distancia. Alguna vaca, aunque papá ya no tiene tantas como solía. Dice que ya no se saca tanto dinero de ellas como antes. Parece que hay formas mejores de hacer negocio. Aunque no parece que haya dado con ellas por el momento.

Papá levanta el vaso y me dedica una de sus arrebatadoras sonrisas. Nadie es capaz de resistirse a la sonrisa de papá, incluida yo. Toda la vida le he visto ganarse a la gente con su encanto, con su inagotable optimismo. Como aquella vez que yo tenía diez años y me olvidé de hacer el trabajo que me habían mandado durante las vacaciones. Papá apareció en el colegio, le dedicó una de sus sonrisas a mi profesora y le dijo varias veces que estaba seguro de que aquello no supondría ningún problema para mí... y, efectivamente, no lo supuso. De repente todo se resolvió como por arte de magia.

Vale, sí, no soy tonta. También sé que hay un punto de simpatía en todo ello. Al fin y al cabo, era la niña sin madre...

Pero, bueno, no nos centremos ahora en eso. Es Nochebuena. Salgo de la

cocina y me abro paso entre unas cuantas gallinas para respirar el aire del sudoeste. Debo admitir que el aire aquí es increíble. De hecho, todo este lugar es increíble. Papá cree que he rechazado Somerset de todas todas, pero no es así. Solo he tomado una decisión sobre cómo vivir mi vida y...

Cierro los ojos un instante. Basta. ¿Cuántas conversaciones imaginarias he mantenido con papá acerca del tema? ¿Y por qué las sigo manteniendo si lo tengo a él a unos metros de distancia?

Tomo un sorbito de ponche e intento centrarme en el paisaje que se ve a lo lejos en lugar de en la granja, porque cuanto más te acercas a nuestra casa, menos pintoresca resulta. Papá ha probado muchos inventos para hacer dinero a lo largo de los años, ninguno de los cuales ha funcionado, y por todas partes se ven restos de todos ellos, restos que jamás se ha molestado en limpiar. En el granero está la prensa para hacer sidra, en desuso. También está la camilla de masaje de cuando se le ocurrió que podríamos montar un spa (pero nunca consiguió encontrar un masajista lo suficientemente barato). Luego están el cabecero de cama y las mesillas de noche color turquesa de los ochenta que le compró a un amigo cuando pensó en poner un Bed & Breakfast. Siguen envueltos en el plástico protector, apoyados contra una puerta. Una visión espantosa.

Y también está Colin, la alpaca, dando vueltas por el prado con su semblante miserable. Pobre bicho. Dios, lo de las alpacas fue un verdadero desastre. Papá compró seis, hará unos tres años, y pensó que se iba a hacer de oro. Iban a ser una atracción y, además, iba a montar una fábrica de lana de alpaca y no sé qué más. Incluso vendió entradas a una escuela para que viniesen de visita, pero una de las alpacas mordió a uno de los niños y no había pensado en contratar ningún tipo de seguro y todo acabó siendo un entuerto descomunal.

¡Aunque no tanto como su MARAVILLOSO MUNDO INVERNAL DE LA GRANJA ANSTERS! ¡VISITA A SANTA CLAUS EN SU CUEVA! Con algodón en vez de nieve y regalos de Navidad del todo a cien, y yo con catorce años haciendo de elfo sin quererlo. Hace doce años ya y todavía me estremezco cuando me acuerdo. Con aquellas horrorosas medias de color verde. Uf...

—¡Es fantástico tenerte en casa, Katie! —Biddy también ha salido, vaso de ponche en mano. Me abraza y me da unas palmaditas en la espalda—. ¡Te echamos tanto de menos, cariño!

Hace años que Biddy es la novia de papá. O su pareja. Su pareja de hecho,

supongo. Después de la muerte de mamá, durante mucho tiempo fuimos solo papá y yo. Y todo iba perfecto. Pensé que papá se quedaría solo para siempre. Estaban aquellas mujeres de por aquí, la mayoría rubias, que iban y venían; yo no distinguía las unas de las otras.

Pero luego llegó Biddy, justo antes de que me marchase a la universidad. Y desde el principio ella fue diferente al resto. Biddy es una persona tranquila, persistente y sensible. Es guapa a su manera, con su pelo oscuro algo canoso y los ojos marrones y de mirada profunda, pero nada moderna ni ostentosa. Es una mujer con agallas. Fue chef en el restaurante Fox and Hounds hasta que se cansó de trabajar hasta tan tarde. Ahora hace mermeladas y las vende en ferias gastronómicas. La he visto de pie en su puesto, seis horas seguidas, aguardando pacientemente a los clientes, siempre agradable, siempre dispuesta a dar conversación. Nunca le cobraría de más a un cliente, pero tampoco le haría nunca una rebaja. Es una persona justa. Auténtica y justa. Y por algún motivo, no tengo ni idea de cuál, es capaz de soportar a papá.

Es broma. Bueno, medio broma solamente. Papá es una de esas personas que te vuelve loca de frustración, pero luego te sale con algo que no esperas en el momento menos pensado. Cuando tenía diecisiete años, le pedí que me enseñase a conducir una y otra vez. Siempre lo postergaba, o se olvidaba, decía que era demasiado joven... Pero entonces, un día, cuando ya había abandonado toda esperanza, me dijo: «¡Kitty-Kate, es hora de conducir!». Nos pasamos el día en el coche y fue el profesor más atento y paciente que podáis imaginar.

A ver, que suspendí de todos modos. Resulta que papá no tiene ni idea de cómo enseñar a conducir a alguien; de hecho, el examinador paró el examen a la mitad porque pensó que mi conducción era demasiado peligrosa. (Se mostró bastante poco impresionado ante el consejo de papá de acelerar siempre ante un semáforo en ámbar para ver si te lo puedes pasar.) Pero, en cualquier caso, la intención estaba ahí y siempre recuerdo ese día con cariño.

Esa es la parte más seria y amable de papá. No siempre la muestra, pero bajo todo el fanfarroneo, y las sonrisas y el flirteo, por debajo es un trozo de pan. Solo hay que verlo con las ovejas. Cuida a los corderos huérfanos como si fuesen sus bebés de verdad. O pongamos por caso la vez en la que tuve mucha fiebre a los diez años. Papá se asustó tanto que me puso el termómetro como treinta veces en una hora. (Al final le pidió a Rick Farrow, el veterinario, que se pasase por la granja y me echase un vistazo. Dijo que se

fiaba mucho más de Rick que de mi médico. Cosa que no me importó hasta que la historia llegó a oídos de mis compañeros de clase. En serio, ¿el veterinario?)

Todavía me acuerdo de mamá. Más o menos. Tengo pinceladas de recuerdos que forman una especie de acuarela inacabada. Recuerdo unos brazos a mi alrededor y una voz dulce. Sus zapatos para salir, el único par que tenía, de charol negro y tacón no muy alto. Me acuerdo de ir montada en mi poni con ella guiándonos a ambos. De cómo me cepillaba el pelo después del baño, delante de la tele. Todavía siento un triste agujero en mi vida en forma de mamá cuando me lo permito... pero no lo hago muy a menudo. Por algún motivo me parece que sería desleal con papá. A medida que me voy haciendo mayor, me doy cuenta de lo duro que debió de ser para él criarme solo todos aquellos años. Pero nunca dejó que yo lo notase, jamás. Todo era siempre diversión, una aventura para los dos.

Tengo un recuerdo de él de cuando tenía seis años, el año después de morir mamá: papá sentado a la mesa de la cocina, hojeando el catálogo de Littlewoods con el ceño fruncido, intentando escoger ropa para mí. Desesperado por acertar. Es tan bueno que a veces lloraría de pensarlo. Pero luego también te puede hacer llorar porque ha vendido los preciados muebles de tu habitación sin previo aviso a un tipo de Burton que le ofreció un trato inmejorable. (Yo tenía quince años. Y lo que todavía no entiendo es... ¿cómo demonios sabía el tipo de Burton cómo eran los muebles de mi habitación?)

En fin, así es papá. No exactamente lo que parece. Pero al minuto de haberte dado cuenta de ello, entonces es exactamente como parece. Y creo que Biddy le entiende. Por eso funcionan como pareja. Solía observar a todas aquellas otras mujeres que pasaban por casa y, aunque no era más que una niña, era capaz de ver que no entendían a papá. Veían a Mick, el tipo carismático, encantador y algo duro, con sus disparatadas ideas para hacer dinero. Al que pagaba rondas en el pub y hacía partirse de risa a todos con sus historias. Eso era lo que les gustaba a ellas, así que eso era lo que papá les daba. Pero a Biddy no le va el carisma; a ella le importa la conexión. Habla francamente. No marea la perdiz ni flirtea. A veces los veo a los dos hablando y me doy cuenta de que papá depende de ella, cada vez más.

También es cuidadosa y discreta. Nunca se mete entre papá y yo. Sabe lo estrecha que era nuestra relación antes de que ella apareciese y siempre está dispuesta a dar un paso atrás. Nunca aventura su opinión. Nunca ofrece

consejo si no se lo piden. Y yo nunca se lo he pedido.

A lo mejor debería.

—¿Una patata, Kitty-Kate?

Papá me ha seguido afuera, al soleado día de invierno, con un bol de patatas fritas en la mano. Su pelo ondulado cada vez más gris sigue despeinado por las faenas de esa mañana en la granja, su piel es de su habitual tono tostado por el sol y los ojos azules le brillan como dos zafiros.

—Le estaba diciendo a Katie que es fantástico tenerla en casa —dice Biddy —, ¿verdad?

—Claro que lo es —responde papá, y levanta su vaso en dirección a mí.

Levanto el mío e intento sonreír, pero no me sale del todo bien. No puedo sostenerle la mirada a papá sin entrever los destellos de tristeza en sus ojos. Así que me bebo el ponche de golpe esperando que pase el momento.

Al vernos desde fuera nadie se daría ni cuenta. Pensaríais que somos un padre y una hija felizmente reunidos en Nochebuena. Nunca captaríais las ondas de culpabilidad y dolor que rebotan del uno al otro, invisibles.

Mi época de becaria en Birmingham nunca fue un problema. Papá entendió que fue lo único que encontré; sabía que no quería quedarme a vivir en Birmingham, así que no se preocupó. Cuando conseguí la beca en Londres, también encontró el lado positivo. Estaba empezando y era obvio que necesitaba ganar experiencia.

Pero cuando acepté el trabajo en Cooper Clemmow, algo se quebró. Recuerdo cuando les di la noticia a él y a Biddy, justo aquí. Por supuesto, hizo todo lo que se esperaba que hiciese, abrazarme y felicitarme. Hablamos de visitas de fin de semana y Biddy hasta preparó un pastel para celebrarlo. Pero durante todo ese tiempo vi aquella expresión de conmoción en su cara.

Desde entonces no hemos estado bien del todo el uno con el otro. Y mucho menos desde la última vez que vino a verme a Londres con Biddy, hace casi un año. Dios, menudo desastre. Se paró el metro y llegamos tarde al musical que había reservado. Un grupo de chicos empezó a meterse con papá y juraría, aunque él jamás lo admitiría, que lo asustaron. Me dijo sin tapujos lo que le parecía Londres. Y yo estaba tan cansada y decepcionada que me eché a llorar y dije... algunas cosas que no sentía.

Desde entonces damos vueltas el uno alrededor del otro sin llegar a acercarnos demasiado. Papá no me ha sugerido volver a hacerle una visita. Y yo tampoco se lo he propuesto. No hablamos demasiado de mi vida en

Londres, y cuando lo hacemos, me aseguro de mantenerme siempre positiva. Nunca le cuento mis problemas. Ni siquiera le he enseñado dónde vivo. No podría soportar dejarle ver mi piso y mi habitación enana, con todas mis cosas balanceándose sobre mi cabeza en una hamaca. No lo entendería.

Porque ese es otro de los rasgos de papá, uno de los aspectos negativos de haber estado tan unidos tanto tiempo: siente todo lo que me pasa, incluso de forma demasiado aguda. Y a veces reacciona exageradamente, llegando a hacerme sentir peor en una situación, en lugar de mejor. Despotrica contra el mundo cuando algo me sale mal, no es capaz de dejar pasar las cosas.

Nunca perdonó a Sean, el chico que me rompió el corazón en sexto. Todavía se pone hecho una furia si se me ocurre mencionar la tienda de artículos de equitación en la que trabajé. (Fue un verano y me pareció que me habían pagado de menos, muy poco, pero fue definitivo para papá: desde entonces les hace boicot.) Y sé que reacciona así porque me quiere. Pero a veces es difícil soportar su desilusión además de la mía.

La primera vez que me discutí con un colega en el trabajo, cuando empezaba en Birmingham, se lo conté a papá. Y bueno, cómo se puso. Me lo mencionaba cada vez que hablábamos, ¡lo hizo durante seis meses! Me dijo que tenía que quejarme a Recursos Humanos, insinuó que no era capaz de defenderme. Básicamente, quería oírme decir que al final mi colega había recibido una reprimenda. Incluso después de que le dijese una y otra vez que ya lo habíamos arreglado, que quería dejar el episodio atrás y que, por favor, no lo discutiésemos más. Como ya he dicho, sé que solo se estaba preocupando por mí, pero aun así puede llegar a resultar agotador.

Así que la siguiente vez que tuve un problema lo resolví por mi cuenta sin mediar palabra con él. Mejor para mí, mejor para papá. Para él es más fácil no saber que he cambiado su adorado Somerset por una existencia dura y complicada, es más fácil creer que vivo «la buena vida londinense». Y es más fácil para mí si no tengo que exponer cada detalle de mi existencia ante su incomprensiva y ansiosa mirada.

Y sí, me rompe el corazón. ¡Estábamos tan unidos! Éramos el equipo papá-y-Katie. Nunca le escondía nada, ni mi primera regla, ni mi primer beso. Y ahora debo andarme con pies de plomo en todo momento. Del único modo en que puedo soportar hacer lo que hago es diciéndome a mí misma que seré honesta con él de nuevo cuando tenga cosas que contarle que le hagan feliz. Cuando esté más segura y menos a la defensiva.

Pero todavía no.

—Me estaba acordando de lo de la cueva de Santa Claus —digo cogiendo una patata para intentar aligerar el ambiente—. ¿Te acuerdas de la pelea que se montó?

—Esos malditos niños. —Papá niega con la cabeza indignado—. No había nada de malo en aquellos globos.

—¡Claro que sí! —digo partiéndome de la risa—. Eran una porquería y lo sabías. Y los calcetines en los que iban los regalos... —Me vuelvo hacia Biddy—. Tendrías que haberlos visto. Se les deshacían a los niños en las manos.

Papá tiene la consideración de poner cara de remordimiento y no puedo evitar volverme a reír. Este es el territorio que se nos da mejor a los dos. El pasado.

—Bueno, ¿te lo ha dicho ya Biddy?

Papá extiende los brazos como para abrazar todos los campos a nuestro alrededor.

—¿Decirme el qué?

—No, no se lo he dicho —interviene Biddy—. Estaba esperando.

—¿Esperando el qué? —Mi mirada salta del uno al otro—. ¿Qué pasa?

—¡*Glamping*! —dice papá haciendo una floritura.

—¿*Glamping*? ¿Qué quiere decir *glamping*?

—Es lo que se lleva ahora, amor. Sale en todas las revistas. A todos los famosos les encanta. Tenemos la tierra, tenemos tiempo...

—Va en serio —me dice Biddy, sincera—. Queremos abrir aquí un camping de lujo. ¿Qué te parece?

No sé qué pensar. Quiero decir... ¿*glamping*?

—Igual nos forramos —dice papá.

Noto una familiar nota de alarma en mi mente. Pensaba que Biddy lo habría calmado. Pensaba que los días de las ideas peregrinas de papá habrían pasado a la historia. Lo último que había oído era que había empezado a hacer trabajillos en el vecindario y había construido una empresa de reformas para complementar los ingresos de la granja. Una idea sensata por una vez.

—Papá, abrir un camping de lujo es algo muy costoso. —Intento no sonar tan negativa como me siento—. Necesitas inversiones, conocimiento; quiero decir que no te levantas una buena mañana y dices: «¡Montemos un *glamping*!». Para empezar, ¿no necesitas permisos?

—¡Los tenemos! —afirma papá, triunfante—. Al menos, casi. Se trata de diversificar el negocio agrícola, ¿sabes? De traer negocio a la zona. El ayuntamiento está encantado.

—¿Has hablado con el ayuntamiento?

Me quedo pasmada. Esto va más en serio de lo que yo creía.

—Lo hice yo —dice Biddy con los ojos oscuros brillando de emoción—. He recibido una herencia, cariño.

—¡Oh, vaya! —exclamo sorprendida—. No sabía nada.

—No es muchísimo, pero es suficiente. Y de verdad creo que podemos hacerlo, Katie. Tenemos las tierras y están pidiendo a gritos que las usemos para algo. Creo que nos gustará. Supongo que no... —duda—. No, claro que no.

—¿Qué?

—Pues... —Biddy mira a papá.

—Nos preguntábamos si... ¿te gustaría meterte en el negocio con nosotros? —pregunta papá con una risa incómoda—. ¿Ser nuestra socia?

—¿Qué? —Lo miro con los ojos muy abiertos—. Pero ¿cómo voy a unirme al negocio? Si vivo en Londres...

Me callo y aparto la mirada. Casi no puedo ni pronunciar *Londres* delante de papá sin avergonzarme.

—¡Lo sabemos! —dice Biddy—. Estamos muy orgullosos de ti, corazón, por tu trabajo y tu fabulosa vida allí, ¿a que sí, Mick?

Biddy es partidaria incondicional de mi vida londinense pese a que le gustan las ciudades tan poco como a papá. Aunque preferiría que no intentase obligarlo así.

—Pues claro que lo estamos —murmura papá.

—Pero pensamos que, si quisieras un cambio, quizá —sigue Biddy—, o a lo mejor en tu tiempo libre, o ¿los fines de semana? Eres tan brillante y tan lista, Katie...

Oh, no, van en serio. Quieren que me meta en el negocio con ellos. Dios. Adoro a Biddy. Adoro a papá. Pero esto es una responsabilidad enorme.

—No puedo ser vuestra socia. —Me paso la mano por el pelo evitando mirarlos a los ojos—. Lo siento. Mi vida en Londres es muy ajetreada, no tengo tiempo...

Veo a Biddy forzando una sonrisa pese a su cara de decepción.

—Claro, claro —dice—. Normal que no lo tengas. Lo estás haciendo tan

bien, Katie. ¿Ya has redecorado tu habitación?

Noto otra enorme oleada de culpabilidad y tomo un sorbo de ponche para ganar tiempo. Me inventé lo de que estaba redecorando la habitación cuando papá y Biddy vinieron a visitarme (así no tenían que pasar por casa y podía llevarlos a cenar fuera). Luego les dije que lo había pospuesto. Y luego que el proyecto seguía en marcha.

—¡Ya está casi! —afirmo con una sonrisa—. Solo necesito acabar de cuadrar el esquema de colores.

—El esquema de colores —repite papá sonriendo a Biddy—. ¿Has oído eso, Biddy?

Nuestra granja no ha seguido un esquema de colores en su vida. Tenemos muebles viejos que llevan ahí cientos de años (bueno, a lo mejor solo cien años) y las paredes han sido color mostaza y salmón desde que recuerdo. Lo que la casa necesita, supongo, es que alguien la renueve un poco, tire algunas paredes, llegue con una carta de colores y saque lo mejor de ella.

Aunque, en realidad, pensar en cambiar ni tan solo un ápice de ella me hace sentir incómoda.

—Bueno, tranquila, solo era una idea —dice Biddy con buen humor.

—Claro que no tienes tiempo, Kitty-Kate —añade papá en un tono algo melancólico—, es comprensible.

Es una visión que me resulta muy familiar: mi padre de pie contra el sol de Somerset, con sus arrugas y su jersey grueso lleno de manchas y las botas salpicadas de barro. Mi padre ha estado ahí toda mi vida. Trajinando por la casa, en los campos, llevándome al pub a comer patatas chips. Intentando que nos forrásemos. No solo por él, sino también por mí.

—Mirad. —Suspiro—. No he querido decir que no pueda ayudaros. ¿A lo mejor puedo encargarme de la parte de marketing o algo así?

—¡Genial! —La cara de Biddy se ilumina de alegría—. ¡Sabía que Katie nos podría ayudar! Cualquier cosa de la que puedas encargarte, cariño. Tú sabes de esas cosas y nos podrás dar buenos consejos.

—Vale, entonces ¿qué es exactamente lo que tenéis pensado hacer? —pregunto señalando las tierras—. Contadme todo vuestro plan.

—Comprar tiendas —dice papá rápidamente—. Dave Yarnett tiene unas bastante buenas. Es quien me dio la idea en primer lugar. Y también puede vendernos sacos de dormir.

—No. —Niego con la cabeza, convencida—. Tiendas no, yurtas.

—¿Cómo? —pregunta papá, perdido.

—Yur-tas. ¿Nunca has oído hablar de las yurtas?

—No, me suena a infección rara —dice divertido—. Doctor, doctor, he cogido yurtas.

Se ríe de su propio chiste y Biddy le lanza una mirada reprobatoria.

—Yo sí que he oído hablar de ellas —dice—, son tiendas marroquíes, ¿no?

—Creo que son de Mongolia. Pero, bueno, es lo que se usa en todos los *glampings*. Yurtas o caravanas retro o cabañas de pastores... algo que sea diferente.

—Bueno, y ¿cuánto cuestan? —Papá no parece entusiasmado—. Porque Dave me había ofrecido muy buen precio.

—¡Papá! —grito exasperada—. ¡Nadie va a venir a acampar en las tiendas rebajadas de Dave Yarnett! Sin embargo, si compras unas yurtas, las decoras bien, limpias el claro, cuelgas unas banderolas...

Miro las tierras con otros ojos. Es verdad que la vista es espectacular. El paisaje se extiende ante nosotros, verde y frondoso, la hierba se mece al viento. A lo lejos se ve el sol reflejado en nuestro pequeño lago. Se llama Lago de los Pescadores, y solíamos ir allí a remar. Podríamos comprar una barca nueva. A los niños les encantaría. A lo mejor instalar un columpio de cuerda. Y podríamos tener hogueras... barbacoas... incluso hasta un horno exterior para pizzas...

Veo potencial. De verdad, lo veo.

—Pues yo ya le he dicho a Dave que le voy a hacer un pedido de diez tiendas —insiste papá, y noto un subidón de frustración que de algún modo consigo aplacar.

—Vale. —Fuerzo una sonrisa—. Hazlo a tu manera.

Hasta la tarde de ese mismo día no vuelve a salir el tema. Biddy está cocinando patatas para el día siguiente y yo estoy glaseando las galletas de jengibre que ha preparado esta mañana. Luego las colgaremos en el árbol de Navidad. Estoy superconcentrada, pintándoles sonrisas y botoncitos y pajaritas, mientras no paran de sonar villancicos de fondo. La mesa de la cocina es de formica y las sillas de madera están pintadas de verde oscuro y tienen cojines anticuados con motivos de hoja de roble. Sobre nuestras

cabezas cuelga el mismo espumillón azul que hemos colgado desde que tenía diez años y que vi en un mercadillo. Todo esto no podría ser menos de revista de decoración, pero me da igual. Me siento a gusto: es acogedor y es mi casa.

—Katie —dice Biddy de pronto en voz baja, y la miro sorprendida—. Por favor, cariño. Ya sabes cómo es tu padre. Comprará esas horrorosas tiendas y abriremos el camping y será un desastre... —Deja el pelador de patatas—. Pero yo quiero que esto funcione. Y creo que puede funcionar. Tenemos dinero para invertir, es ahora o nunca.

Tiene las mejillas sonrosadas y una mirada de determinación que no le había visto antes.

—Estoy de acuerdo. —Dejo la manga de glaseado—. Es un sitio increíble y definitivamente hay demanda para algo así. Pero tenéis que hacerlo bien. Y puede que no tenga tiempo para ser socia, pero aun así quiero ayudaros. —Muevo la cabeza—. Y de verdad que no quiero veros tirar el dinero en esas tiendas baratas.

—¡Lo sé! —Biddy me mira angustiada—. Nosotros no sabemos lo que se lleva, y tu padre puede ser tan obstinado a veces...

La miro y me río. Eso es quedarse corta. Si a mi padre le entra algo en la cabeza, sea que el metro está lleno de terroristas o que las alpacas van a ser nuestra salvación, es casi imposible sacarlo de ahí.

Pero entonces, para mi sorpresa, oigo la voz de Demeter en mi cabeza: «Necesitas un poco de tenacidad».

Y tiene razón. ¿De qué sirve ser la única de la familia con conocimientos de marketing y callárselos? Si no intento al menos convencer a papá, entonces estoy siendo una cobarde.

—Vale —le digo a Biddy—. Deja que hable con él.

—¿Con quién dices que vas a hablar? —Justo entra papá con el *Radio Times*, más contento que unas pascuas.

—Contigo —le digo cortante—. Papá, tienes que escucharme. Si vas a montar un negocio de *glamping*, tiene que ser guay. Tiene que ser... —Busco la palabra adecuada—. Hípster. Auténtico. Nada de tiendas cutres de Dave Yarnett.

—Pero ya le he dicho a Dave que se las iba a comprar —dice papá, apesadumbrado.

—Bueno, ¡pues vas y le dices que al final no! Papá, si compras esas tiendas estarás tirando el dinero. Necesitas dar la imagen adecuada o no vendrá nadie.

Yo trabajo con negocios de éxito, ¿vale? Sé cómo funcionan.

—¡Tienes que escuchar a Katie! —grita Biddy—. ¡Sabía que lo estábamos haciendo mal! Vamos a comprar yurtas, Mick, te guste o no. Dinos qué más necesitamos, Katie.

Saca un bloc de notas del cajón de la mesa de la cocina en el que veo que ha escrito *glamping* con boli.

—Vale, si vais a hacer esto, creo que deberíais optar por algo de lujo. De lujo de verdad. Con comida, actividades... Haced de ello una especie de lujoso resort de *glamping* para familias.

—¿Un resort? —pregunta papá, sorprendido.

—¿Por qué no? Tenéis espacio, tenéis medios, Biddy tiene experiencia en catering...

—Pero no en el resto de cosas, cariño.

Biddy parece preocupada.

—Yo os daré indicaciones. Cuanto más de lujo sea, podréis cobrar precios más altos por cada servicio y más beneficio sacaréis.

—¿Precios más altos?

Biddy parece más ansiosa todavía que antes.

—A la gente le encanta pagar precios altos —digo confiada.

—¿Qué? —pregunta papá, escéptico—. Ahí creo que te equivocas, amor.

—¡No me equivoco! Se trata del precio de prestigio. Ven precios altos y piensan que tiene que ser algo bueno. Si tenéis dinero para invertir en esto, tenéis que optar por hacer algo de lujo. Para empezar, necesitaréis tiendas lujosas. —Empiezo a contar con los dedos—. Yurtas o tipis o lo que sea. Y camas decentes. Y... —Rebusco en mi mente cosas que he visto en Instagram —. Mil hilos.

Papá y Biddy se miran y preguntan a la vez:

—¿Mil hilos?

—Sábanas de mil hilos.

Biddy sigue igual de confundida. Papá y ella usan los mismos juegos de sábanas que trajo cuando se mudó a la granja. Son color crema y datan de los ochenta. No tengo ni idea de cuántos hilos tienen, seguramente cero.

—Biddy, te las enseñaré en internet. Lo de los hilos es esencial. —Intento impresionarla con ello—. Si no mil, necesitas como mínimo cuatrocientos. Y jabón bueno.

—Tenemos jabón. —Papá está orgulloso de sí mismo—. Todo un lote de la

tienda al por mayor. ¡Treinta pastillas!

—¡No! —Niego con la cabeza—. Tiene que ser algún tipo de jabón orgánico de fabricación local. Algo lujoso. Tus clientes querrán tener Londres en el campo. O sea, que sea algo rústico, pero rústico urbano.

Veo a Biddy escribir en el bloc «Londres en el campo».

—Tendréis que instalar duchas en uno de los graneros —añado.

—Ya hemos pensado en eso —asiente papá.

La fontanería es uno de sus fuertes, así que no me preocupa demasiado, siempre que no se le ocurra instalar platos de ducha de oferta de un color verde feo.

Se me ocurre otra idea:

—A lo mejor podríais tener una ducha exterior para el verano. Sería genial.

—¿Una ducha exterior? —Papá se queda petrificado—. ¿Fuera?

El orgullo de papá es su jacuzzi, que compró de segunda mano e instaló él mismo cuando Hacienda le devolvió un dinero que no esperaba. Su idea de una noche de relax es sentarse en su jacuzzi, beber uno de sus cócteles caseros y leer el *Daily Express*. Así que no puede decirse que sea de esas personas a las que le gustan las duchas en el exterior.

Asiento.

—Sin duda. Con paneles de madera. A lo mejor con un cubo de madera para tirarte agua por encima o algo similar...

—¿Un cubo de madera?

Papá parece ya horrorizado del todo.

—Es lo que quieren —digo encogiéndome de hombros.

—Pero ¡si has dicho que quieren cosas urbanas! A ver, ¡ponte de acuerdo, Katie!

—Quieren y no quieren —intento explicarme—. Quieren jabón bueno, pero usarlo mirando el cielo y oyendo mugir las vacas. Quieren sentir lo rural... pero no ser rurales.

—A mí me parece que están como cabras, si te digo la verdad.

—Puede. —Vuelvo a encogerme de hombros—. Pero tienen mucho dinero para gastar.

Suena el teléfono y contesta papá. Veo a Biddy escribiendo diligentemente en su bloc «cuatrocientos hilos», «jabón hecho a mano», «vacas».

—¿Hola? Ah, sí. ¿Los troncos perfumados? Claro. Déjame mirar el libro de pedidos...

—¿Troncos perfumados? —le pregunto a Biddy por lo bajo.

—Es algo nuevo que estoy haciendo —responde—. Son troncos de pino perfumados para Navidad. Los vendemos en paquetes. Se infusionan con aceite de pino. Es muy fácil.

—¡Qué buena idea! —le digo con admiración.

—Va bastante bien. —Biddy se sonroja—. Parece que son muy populares.

—Pues también podrás vendérselos a los *glampers*. Y tu mermelada. Y tus galletas de jengibre. Y puedes servirles tu muesli casero para desayunar.

Cuanto más lo pienso, más me parece que Biddy será la perfecta anfitriona para un puñado de campistas de lujo. Si incluso tiene las mejillas sonrosadas como una buena esposa de granjero.

La voz de papá interrumpe mis pensamientos.

—No, no tenemos ningún cartel. ¿Dónde estás? —Toma un sorbo de su bebida—. Ah, no, claro que no puedes entrar por ese lado. —Chasca la lengua como si fuese algo superobvio—. El GPS siempre se equivoca. Ah, ¿esa puerta? Sí, esa puerta está cerrada. No, no sé el código para abrirla. Pues tendrás que venir por el camino largo... —Se para a escuchar a la otra persona —. No, no tenemos bolsas. La mayoría de los clientes se traen la suya. Vale, nos vemos en un rato. —Cuelga el teléfono y mira a Biddy—. Una clienta para tus troncos. —Vuelve a chascar la lengua—. Sonaba un poco confundida, la pobre.

—¡No me extraña que estuviese confundida! —salto—. Papá, ¿te suena de algo lo de la atención al cliente? —Papá me mira con la mirada perdida y ahora soy yo la que chasca la lengua—. ¡Si abres un *glamping* no puedes tratar a la gente así! ¡Tienes que tener un mapa! ¡Indicaciones! ¡Bolsas! Tienes que llevar al cliente de la mano. Durante todo el proceso. Hacerlo sentir seguro cada minuto. Entonces tienes un cliente satisfecho.

De repente me doy cuenta de que he vuelto a citar a Demeter. En realidad, he repetido sus frases palabra por palabra.

Bueno, ¿y qué? Puede que Demeter sea una jefa pésima y que tenga sexo apasionado con el tipo que yo pensaba que me gustaba, pero sigue siendo la persona con más talento de mi oficina. Si no intento aprender algo de ella mientras estoy ahí es que soy idiota.

He estado leyendo el libro que me dejó, *Nuestra visión*, y he tomado notas. No solo eso, sino que también he intentado descifrar los comentarios manuscritos garabateados por la propia Demeter en los márgenes y también

he tomado notas de ellos. Y solo he escrito «maldita bruja» una vez, lo cual es bastante contenido para ser yo.

—¿Ves? —apunta Biddy—. Por eso necesitábamos los consejos de Katie. Ella sabe de qué va esto. Escúchala, Mick.

Nunca había visto a Biddy tan asertiva y la jaleo interiormente por ello.

—Otra pregunta. —Aparto la mirada de Biddy y miro a papá—. ¿Habéis pensado en el marketing? Necesitáis una marca. Una imagen.

Papá y Biddy me miran con cara de desamparo y de repente noto una punzada de ternura hacia ambos. Esto es algo que sí puedo hacer por ellos. Podría crear la marca de su *glamping*.

Mi mente se pone a trabajar de inmediato. Veo imágenes. Eslóganes. Fotos de campos, de corderos, de banderolas, de hogueras... Dios, puede ser increíble.

—Os haré un folleto —digo—. Y una página web. Crearé vuestra marca. Vosotros tendréis que encargaros de los asuntos prácticos. Y yo, de la imagen.

—¿Lo harás, cariño? —Biddy se tapa la boca con la mano—. ¡Eso sería fantástico!

—Quiero hacerlo —digo—, en serio. Quiero.

Y es cierto. No solo quiero hacerlo, ¡estoy deseando empezar!

Trabajo en ello durante todas las vacaciones de Navidad. Estoy absorta. El sol brilla de nuevo el día de Navidad y, en lugar de ir a la iglesia con papá y con Biddy, deambulo por la granja tomando incontables fotos de los campos, las vacas, de postes, de vallas, cualquier cosa que encuentro. Me descargo fotos genéricas de yurtas, dientes de león, hogueras, corderos y un primer plano de un niño chapoteando en un lago que fácilmente podría pasar por nuestro Lago de los Pescadores. Tomo una foto del tractor de papá. Construyo una especie de madriguera falsa con ramitas, la decoro con la única tira de banderolas que tengo y le hago una foto. También tomo un primer plano de la mermelada de Biddy, colocada sobre un antiguo trapo de lino envejecido y unas ramitas de lavanda a un lado. (Biddy también hace bolsitas de lavanda todos los años. Y manzanilla.)

Escoger la tipografía me lleva un rato, pero al final encuentro una que

encaja a la perfección: es guay, es retro, un poco rústica, pero no cursi. Es perfecta. Pongo un filtro a las fotos, juego con la maqueta y entonces empiezo con la lluvia de ideas.

La voz de Demeter vuelve a mi cabeza mientras tecleo:

> Orgánico. Auténtico. Artesano. Local. Naturaleza. Valores. Familia. Refugio. Espacio. Simplicidad. Detener el tiempo. Risas. Libertad. Barro.

No, mejor borrar lo del barro. Nada de barro, ni de forraje, ni de mataderos, ni de ovejas con enfermedades en las patas. Nada de realidad.

> Tierra. Oficios. Antiguo. Carro. Hoguera. Cocina a fuego lento. Hecho a mano. Pureza. Aire fresco. Leche fresca. Pan fresco, auténtico, tradicional, orgánico, local, amasado a mano, hecho en casa (con opción sin gluten).

Para el día de San Esteban ya he terminado el folleto y, aunque ya sé que está mal que lo diga yo, es una maravilla. Es fabuloso. Yo quiero ir y acampar en la granja Ansters.

—¿Qué os parece?

Les enseño a papá y a Biddy las impresiones de los borradores del folleto y espero sus comentarios.

—¡Madre mía! —Biddy mira la foto de la granja—. ¿Es la nuestra?

—Bueno, le he hecho un poquito de Photoshop. —Me encojo de hombros —. Es lo que se suele hacer.

—¿Y qué es eso de <www.granjaansters.com>? —pregunta papá.

—Es la página web que os voy a hacer —digo—. Tardaré un poco más, pero tendrá el mismo tono que el folleto.

Papá y Biddy están leyendo el texto perplejos.

—«Hamacas orgánicas» —lee Biddy—. «Yurtas de lujo. Libertad para parejas, familias, amantes. Sé quien quieras ser.»

—«Con la hierba bajo sus pies y el ancho cielo sobre sus cabezas, los niños pueden ser niños» —lee papá—. Bueno, y si no, ¿qué iban a ser?

—«Mezclamos valores tradicionales con confort actual en un refugio de la vida moderna» —lee Biddy—. ¡Oh, Katie, suena muy bien!

—«Olvídate del estrés mientras disfrutas de nuestro programa de

actividades rurales. Manufactura de muñecos de maíz, paseos en tractor, talla de madera.» —Papá me mira—. ¿Talla de madera? Por dios bendito, hija, la gente no va de vacaciones para tallar palitos.

—¡Sí que lo hace! ¡Creen que tallar madera es volver a conectar con la naturaleza!

—Podría hornear pasteles —se ofrece Biddy—. Con los niños, quiero decir.

—Siempre que se trate de auténticas recetas locales de Somerset —digo convencida—. Nada de aditivos ni de adornos de chocolate comprados.

—«Barbacoas semanales bajo las estrellas» —lee papá, y me vuelve a mirar—. Y ¿quién se supone que se va a encargar de eso?

—Pues tú —le digo—. Igual que de los paseos de tractor y de ordeñar las vacas.

—«Todo sobre Esme.» —Biddy ha pasado la página y lee en voz alta.

—¿Quién es Esme? —pregunta papá.

—Una de las gallinas. Tenéis que ponerles nombre a todos los animales —les instruyo—. A cada gallina, a cada vaca, a cada oveja.

—Katie, cariño. —Papá me mira como si me hubiese vuelto loca de remate —. Creo que aquí has ido demasiado lejos.

—¡Tenéis que hacerlo! —insisto—. El nombre de las gallinas es crucial. Todo lo es, de hecho.

—«Esme y su familia son parte de la vida de la granja» —lee Biddy—. «Visita su corral y coge tus propios huevos recién puestos. Luego prepáralos revueltos al fuego con nuestro aceite de cáñamo local y champiñones silvestres.» —Me mira nerviosa—. ¿Aceite de cáñamo local?

—Ya he encontrado un proveedor —la tranquilizo, satisfecha—. ¡Es el nuevo aceite de oliva!

—«Disfruta de nuestro pan orgánico casero y de nuestra gama de multipremiadas mermeladas.» —Biddy se queda petrificada—. ¿Multipremiadas?

—¡Has ganado un montón de premios en ferias! —le recuerdo—. Eso cuenta, ¿no?

—Bueno... —Biddy mira y remira el folleto, como intentando digerirlo—. Debo decir que tiene una pinta estupenda, eso sí.

—Podremos colgar fotos más actuales en la web —digo—. Una vez que tengáis las yurtas y todo eso. Esto es solo como un aperitivo de lo que vendrá.

—Pero ¡nada de lo que dice es cierto!

—¡Claro que lo es! Al menos lo será. Puede serlo. Imprimiré esto en un papel especial —añado.

Ya sé el tipo de papel que voy a usar. Es uno reciclado, sin pulir, que usamos una vez en Cooper Clemmow para una marca de cereales. Recuerdo a Demeter dando a toda la oficina una de sus espontáneas lecciones sobre por qué ese papel era la opción ideal y debo admitir que me tragué cada palabra. Quedará perfecto.

Me podría pasar todo el día hablando del diseño, pero después de un rato papá dice que tiene que ir a ver una vaca que está enferma y se va.

—Retiro Campestre de la Granja Ansters. —Biddy mira la parte delantera del folleto de nuevo—. ¿No se ve precioso? No sé cómo has podido irte de aquí, cariño. ¿Nunca piensas en volver? —Hay una nota de esperanza en su expresión y noto la habitual punzada de culpabilidad. Creo que Biddy se da cuenta, porque enseguida añade—: Quiero decir que ya sé que tu vida en Londres es muy emocionante...

Dejo que sus palabras se queden flotando en el aire sin contradecirla, pero sin asentir tampoco. Estar aquí con Biddy es agradable y tranquilo, y casi me siento inclinada a confiar en ella. Preguntarle por papá, por cómo de dolido se siente en realidad. Preguntarle si cree que alguna vez me perdonará que haya escogido Londres en vez de a él.

Pero no me atrevo a hacerlo. Supongo que me da demasiado miedo lo que me pueda decir. La tensión entre papá y yo no es agradable, pero al menos se puede tolerar. Mientras que si se confirmaran mis peores miedos, sería... Solo pensarlo hace que me eche a temblar. No. No puedo hacerlo.

Biddy nunca me diría nada sin que se lo pregunte; es así de escrupulosa. Se ha posicionado en nuestra familia con mucho tacto, y hay lugares a los que simplemente no accede. Así que, aunque noto el tema flotando entre nosotras, pidiendo a gritos que lo hablemos, ninguna de las dos decimos una palabra más al respecto. Seguimos dando sorbitos a nuestras tazas de té y la conversación va por otros derroteros, como suele pasar en estos casos.

Después de un rato, cojo el folleto de nuevo. La verdad es que siento una pequeña punzada en el corazón al ver la granja tan pintoresca como cualquier doble página de revista que se precie. Noto una sensación de... ¿de qué exactamente? ¿Orgullo? ¿Amor? ¿Nostalgia?

—Buenas tardes a todos.

Una voz familiar interrumpe mis pensamientos. Una voz familiar, como un zumbido, totalmente inesperada. Alzo la mirada intentando esconder mi sorpresa, pero ahí está Steve Logan, entrando en la estancia con sus largas piernas. Steve mide 1,95. Siempre ha sido muy alto.

Bueno, no siempre, claro, pero sí desde que tenía unos doce años por lo menos y todo el mundo en la escuela le suplicaba que fuese a la tienda de licores a comprar latas de cerveza. (Porque está claro que un adolescente superalto puede pasar por un adulto sin problemas, ejem.)

—Hola, Steve —digo intentando sonar amigable—. Feliz Navidad, ¿qué tal?

Steve trabaja para papá en la granja, así que es normal que haya aparecido. Pero esperaba que no lo hiciese.

Vale, lo confieso: Steve es el primer chico con el que me acosté. Aunque en mi defensa debo decir que no había muchos más entre los que escoger.

—¿Una taza de té, Steve? —pregunta Biddy y, cuando este asiente, ella desaparece en la cocina.

Estamos solos Steve y yo. Genial. Lo que pasa entre nosotros es que estuvimos juntos como cinco minutos y me arrepentí en cuanto empezó todo, y ahora no consigo imaginarme qué demonios debí de ver en él aparte de... 1. Que era un chico. 2. Que estaba disponible. Y 3. Que yo era la única de mis amigas que no tenía novio.

Pero desde entonces Steve se comporta como si fuésemos una especie de pareja de divorciados. Tanto él como su madre se refieren a mí como su ex. (¿Hola? Casi ni salimos y todavía íbamos al instituto.) Hace chistes sobre el tiempo que pasamos juntos y me lanza miradas de lo más significativas que intento no entender o directamente ignorar. Mi forma de lidiar con Steve siempre ha sido evitarlo.

Pero ahora las cosas deberían ser distintas, después de lo que me ha contado Biddy.

—Bueno, ¡felicidades! —añado animada—. He oído que Kayla y tú os habéis comprometido. ¡Una noticia fantástica!

—Eso es —asiente—. Eso es. Se lo pedí en noviembre. En su cumpleaños. —Steve tiene una voz grave, intensa y monótona que resulta hipnotizadora —. Lo he colgado en Instagram, ¿lo quieres ver?

—Oh, esto... ¡claro!

Steve se saca el móvil del bolsillo y me lo enseña. Por obligación, empiezo

a pasar fotos de él y Kayla en un restaurante con ínfulas y papel de pared de color lila.

—La llevé a cenar a Shaw Manor. Tres platos... todo. —Me lanza una mirada algo beligerante—. Sé cómo tratarla bien.

—Vaya —digo educada—. Unas fotos preciosas. Y unos... cubiertos muy bonitos.

Hay fotos de cada detalle del restaurante. De los tenedores, de las servilletas, de las sillas... ¿Cuándo demonios hizo la petición si estaba ocupado sacando tantas fotos?

—Luego le di los regalos. Pero la proposición estaba escondida en el último. En un poema.

—¡Increíble! —Intento buscar las palabras adecuadas—. Es... ¡genial!

Sigo pasando fotos y más fotos de manteles y demás intentando poner cara de interesada.

—A ver, si hubieses sido tú, habría hecho otra cosa. —Steve me lanza una mirada severa—. Pero claro, no eras tú.

—¿Qué quieres decir con si hubiese sido yo? —pregunto alarmada.

—Nada, solo lo digo. Cada persona es diferente. A ti seguro que te gustaría que te hicieran cosas diferentes para pedirte en compromiso. Kayla y tú sois diferentes.

Vale, esta conversación se ha vuelto muy rara. No quiero estar aquí hablando con Steve Logan sobre lo que me gustaría y lo que no me gustaría que un tipo me hiciese para pedir mi mano.

—Y bueno, ¿qué más ha pasado? —pregunto animada, devolviéndole el móvil—. Cuéntame todos los cotilleos.

—Han abierto un nuevo *outlet* en West Warreton —me informa—. Tienen cosas de Ted Baker, Calvin Klein...

—¡Genial!

—Ya sé que tenéis Ted Baker en Londres, pero ahora también lo tenemos aquí. Solo lo digo. —Steve me lanza otra de sus miradas pasivo-agresivas—. Ya sabes, yo solo lo digo.

—Ya...

—Quiero decir que ya sé que crees que en Londres lo tenéis todo, pero...

—No creo que en Londres lo tengamos todo —le corto.

Steve siempre se ha metido conmigo por lo mucho que me gusta Londres, y lo mejor es evitar el tema.

—Tenemos Ted Baker. —Me mira como si hubiese demostrado algo muy importante—. Y con descuento.

Esto es una tortura.

—¡Biddy! —la llamo flojito, pero no me oye—. Bueno, de todos modos —uso mi tono más amable—, que tengas mucha suerte con la boda.

—Podría romper con ella —me dice en voz baja, acercándoseme.

—¿Perdona?

—Si me lo pides.

—¿Que qué? —Me quedo mirándolo con la boca abierta—. Steve, si estás dispuesto a romper con ella, ¡no deberías casarte!

—Yo no he dicho que quiera romper con ella. Pero lo haría. Ya sabes, si tú y yo...

Hace un gesto raro con las manos. Ni siquiera quiero intentar descifrar lo que está intentando describir.

—¡No! Quiero decir... Eso nunca va a pasar. Steve, estás comprometido.

—Nunca renuncié a ti. ¿Tú renunciaste a mí?

—¡Sí, claro que sí! ¡Renuncié a ti de todas todas!

Intento que el shock le devuelva a la realidad, pero su expresión no cambia.

—Piénsalo —me dice dando un toquecito a su móvil y guiñándome el ojo.

Está chiflado.

—Me alegro mucho de que estés prometido —digo cortante—, seguro que tendréis una maravillosa vida juntos. Ahora debo ir a ayudar a Biddy.

Cuando salgo de la habitación quiero gritar. ¿Y Biddy me pregunta si no me gustaría volver? Tiene que estar de broma.

10

A principios de febrero, papá y Biddy ya han comprado yurtas, edredones de plumas, braseros de exterior, calentadores de agua estilo *vintage*, cien metros de banderolas y doscientas etiquetas para mermelada en las que se lee MERMELADA DE LA GRANJA ANSTERS. Papá está convirtiendo uno de los graneros en un espacio de lavabos y duchas con bonitas baldosas rústicas en el suelo. (No el linóleo azul brillante que iba a conseguir barato de un amigo que trabaja en el gremio. En serio, es que no se le puede dejar solo ni un minuto.)

Mientras tanto, la página web del Retiro Campestre de la Granja Ansters está a pleno funcionamiento, ¡y ha quedado chulísima! Conseguí que Alan la programase y que nos hiciese un descuento diciéndole que si lo hacía no llamaría al casero para quejarme de sus cajas de suero y de caldo en polvo. Así que no le quedó más remedio. El piso sigue lleno de dichas cajas, pero me da igual porque la web es lo más. Hay página tras página de maravillosas fotos del campo con atractivas descripciones y un formulario de reserva sencillo, además de un enlace al perfil de Pinterest que he creado. Incluso hay una sección para niños en la que se puede pasar el ratón sobre las fotos de los animales de la granja para saber cómo se llaman. (Les he puesto a todas las vacas nombres como Florence, Mabel y Dulcie. Ahora tengo que conseguir que papá se los aprenda.) Alan también sabe cómo optimizar el posicionamiento de la web para que los motores de búsqueda la encuentren. La verdad es que es un crack.

También hemos impreso ya mis folletos. Las versiones definitivas llegaron ayer y han quedado perfectas. El papel es lo suficientemente rústico, la tipografía es evocativa, las fotos son geniales... todo funciona. Estoy muy orgullosa. No solo de la granja, sino también del folleto. Estoy orgullosa de mi trabajo.

Y mientras estoy aquí sentada en mi sitio, revisando un interminable informe sobre la arquitectura de marca de Associated Soap, en lo único en lo que puedo pensar es: «¿Podría enseñarle mi folleto a Demeter? ¿Podría hacer

que se lo mirase, pero que se lo mirase de verdad?».

Si se lo dejo en la mesa, no lo hará. Si se lo enseño en el momento inadecuado, no lo mirará. La voz de Alex resuena en mi cabeza, cosa que me hace encogerme un poco, pero debo admitir que su consejo era bueno. Preséntale la idea exacta en el momento exacto en que la necesite. Después de todo, ¿quién mejor que él para saber cómo funciona Demeter?

(En realidad podría prescindir del todo de ese pensamiento. Pasemos a otra cosa.)

Tengo que conseguir que lo vea de verdad. Porque creo que, si centrase su atención en él, le encantaría. He aprendido mucho de Demeter. Me he acabado su libro *Nuestra visión* y en la parte de atrás encontré algunos bocetos suyos. Solo estudiándolos ya me ha enseñado algo. En mis momentos más positivos y optimistas, incluso me atrevo a pensar: «¿Podría convertirme en su protegida? Si ve mi trabajo y le gusta, ¿me daría una oportunidad?». Todo lo que tengo que hacer es abordarla en un momento en el que esté disponible y receptiva.

Pero eso no va a ser fácil. Demeter nunca había estado menos disponible o menos receptiva. De hecho, para ser sincera, el ambiente en el trabajo nunca había sido tan raro como ahora.

Muchas cosas han ido mal desde la vuelta de las vacaciones. Nadie está feliz, todo el mundo está tenso. Incluso yo, el último mono, me doy cuenta de que Demeter es el ojo del huracán. Flora, que se entera de todo a través de Rosa, me ha contado los detalles. Primero de todo fue el «correo» enviado por Demeter (sin querer) que insultó a uno de nuestros clientes, el director del departamento de marketing de la cadena de restaurantes Forest Food. Se ve que tras una reunión bastante tensa Demeter lo llamó «pueblerino sin estilo» en un borrador que debía ser para Rosa. Pero se lo envió a él por error. ¡Oh, oh!

Eso fue un incidente terrible y Demeter estuvo deambulando como alma en pena por la oficina con la cara muy pálida, presa del pánico. Pero entonces, la semana pasada, las cosas fueron a peor. Rosa ha estado trabajando con Mark y algunos otros del equipo en un nuevo *briefing* para Sensiquo, uno de nuestros clientes del sector de la belleza, y ha sido un gran embrollo, porque nunca se han podido cumplir las fechas de entrega. Parece ser que no es por culpa de ellos, sino que Demeter ha tenido parado todo que le enviaban sin revisarlo ni darles una opinión. La gota que colmó el vaso fue cuando

Demeter finalmente fijó una reunión con Sensiquo pero tuvo que cancelarla a última hora porque no sabía en qué estado se encontraba el proyecto, y hubiese sido un poco vergonzoso reunirse con el cliente de esa manera.

Por todo esto, la gente de Sensiquo se puso furiosa y se quejó a Adrian. Como resultado, Demeter está en un estado como de shock. No para de salir de su despacho, se queda parada y nos mira como si no supiese quiénes somos. Y el otro día me las encontré a ella y a Rosa teniendo una discusión subida de tono en el lavabo. Demeter hablaba atropelladamente y en voz muy alta, y decía:

—Tendría que haberlo comprobado. Rosa, no te lo tengo en cuenta. Tendría que haber comprobado los datos yo misma. Soy tu jefa, es mi responsabilidad.

A lo que Rosa la miró con algo muy parecido al odio y le dijo:

—Sabías que no estábamos listos, Demeter. Te lo dije.

—No, no. —Demeter negó con la cabeza—. Me dijiste que sí estábamos preparados.

—¡No, no lo hice! —prácticamente gritó Rosa, y yo salí disparada fuera del lavabo. En momentos así, desearías ser invisible. Y eso es lo que estoy intentando ser. Invisible.

Hoy, sin embargo, todo está bastante tranquilo y me pregunto si ya habrá pasado lo peor. Cuando voy a levantarme de mi silla para ir a hacerme un café, Flora se me acerca.

—Eh —me dice—, ¿te apuntas a tomar algo a la hora de comer? Vamos a volver a empezar nuestras quedadas de los miércoles.

—Ah, sí. —Mi humor mejora de golpe—. Genial, ¡me apunto, claro!

Me había estado preguntando qué habría pasado con las quedadas de los miércoles, pero no me atrevía a preguntar. Para ser sincera, justo después de la fiesta de Navidad estaba furiosa con Flora. Pero mi ira fue aplacándose poco a poco. Estaba borracha. Todos nos emborrachamos y decimos estupideces. Y ni siquiera se acuerda, así que lo mínimo que puedo hacer es hacer ver que nunca pasó.

—Todo ha sido tan loco últimamente que no habíamos podido retomarlas. Pero estamos decididas. Necesitamos airearnos un poco. —Se sienta sobre mi mesa y empieza a trenzarse el pelo—. Dios, este lugar es una locura. Todo el mundo está empezando a derrumbarse.

—¿Las últimas novedades? —pregunto en voz baja.

Sé que a Flora le encanta cotillear conmigo y la verdad es que a mí me encanta que lo haga.

—Pues... —Se agacha hacia mí—. Parece que Demeter va a hablar con los de Sensiquo. Para volver a ganárselos, ¿sabes? Porque tienen mucha pasta. Y si los perdemos a ellos y también a Forest Food...

Flora pone cara de alarma.

—¿Está la empresa en apuros? —pregunto alarmada también.

—Demeter es la que está en apuros. Bruja asquerosa. Pero, claro, Alex se pondrá de su parte, así que... —Flora se encoge de hombros—. Cuando te estás tirando a uno de los socios de la empresa, nunca estás realmente en apuros, ¿no?

Mi interior se retuerce ante la imagen de Demeter tirándose a Alex. No quiero pensar en eso.

—En fin, nos vemos luego —concluye Flora—. ¿Salimos juntas?

—Perfecto. —Le sonrío—. Nos vemos luego.

Me siento más positiva de lo que me he sentido en mucho tiempo cuando me dirijo a la cocina. Tengo tantas ganas de que llegue el momento de tomar algo con ellas a la hora de comer que casi me da vergüenza admitirlo. Pero es que estoy falta de diversiones. Será tan agradable relajarse un poco, tomar una copa y quizá hablar de otras cosas que no sean que la empresa está a punto de explotar y que Demeter es un monstruo.

Para mi sorpresa, cuando me acerco a la cocina oigo la voz de Adrian. Es raro que esté en nuestra planta y de repente me viene a la cabeza una idea alocada: ¿y si le enseñase a Adrian el folleto de la granja? Casi no le conozco, es una figura que me pilla muy lejos, pero siempre sonríe de una forma muy amable. Parece una de esas personas que darían una oportunidad a alguien júnior. Corro a mi mesa, cojo el folleto y vuelvo a la cocina. Estoy un poco nerviosa, pero decido que vale la pena. Simplemente se lo diré: me gustaría destacar, y esta es mi tarjeta de visita.

Pero a medio camino oigo lo que está diciendo. Habla con alguien en voz baja:

—... no entienden lo que pasa y, francamente, yo tampoco. Alex, me dijiste que Demeter era la bomba.

Oh, dios. Son Adrian y Alex teniendo una conversación de altos vuelos y yo me he topado con ella. ¿Debería recular?

—Y es la bomba —responde Alex—. Al menos... dios. —Se pasa la mano

por el pelo—. Hablaré con ella.

—Será mejor que lo hagas.

Alex respira hondo y luego me ve ahí de pie, helada.

—Oh. —Le lanza a Adrian una mirada de aviso y este se vuelve y me ve.

—Lo siento —tartamudeo—. No he oído... Yo no quería...

—No, no. —Adrian vuelve a ser el amable urbanita de siempre—. Adelante. Hablaré contigo más tarde.

Esto último se lo dice a Alex y lo acompaña de una mirada reprobatoria. Luego se va.

Así que nos quedamos Alex y yo. Juntos y solos. Que es exactamente lo que esperaba que no volviese a suceder nunca más. Intentando ignorarle, me dirijo a la máquina Nespresso, meto una cápsula y la enciendo.

Alex parece no saber de qué hablar, algo poco propio de él.

—Y bien —consigue decir al final tras una larga pausa—. ¿Qué tal tus vacaciones de Navidad? ¿Y el relleno de *porcini*?

Puede que yo esté más sensible que de costumbre debido a la situación, pero la forma en la que pronuncia «relleno de *porcini*» me parece muy paternalista. Noto lástima en sus palabras, en su expresión simpática.

Todo mi cuerpo se estremece. No quiero que me tenga lástima. No quiero que me rechace civilizadamente. ¿Qué está pensando ahora mismo? «Pobrecita, enamorada del jefe. Será mejor que sea amable con ella.»

Pues bien, que le jodan.

Y ya sé que no es algo razonable.

—Geniales, gracias —digo algo altiva—. ¿Las tuyas?

—Bien —asiente analizándome con sus ojos rápidos e inteligentes; luego toma aire como si quisiera decir algo un poco incómodo.

De inmediato se me disparan campanas de alarma por todo el cuerpo. No voy a hacer eso. No voy a quedarme aquí con las mejillas encendidas y la boca seca a escucharle soltarme los típicos clichés.

—Uf —digo con voz aguda—, creo que al final no me apetece el café.

—Cat...

—Nos vemos.

Salgo disparada fuera de la cocina como si fuese alguien con una vida supergenial y mucho que hacer. Al llegar al pasillo veo que hay un ascensor esperando con las puertas abiertas y, sin pensarlo, me meto en él. Las puertas se cierran y ahogo un grito mientras entierro la cara entre las manos, que

todavía sostienen el folleto de la granja Ansters.

Pero, al cabo de unos diez segundos, me recompongo. No voy a perder los nervios. No por un hombre. Todo está bien, me digo severa. Todo el mundo ha sufrido algún momento embarazoso en su vida y solo necesito poner las cosas en perspectiva. Lo que haré es lo siguiente: iré hasta la última planta y luego volveré a bajar y así tendré tiempo de respirar un poco.

El ascensor va hasta la última planta, se para y entra Demeter. Me sorprendo a mí misma incapaz de quitarle los ojos de encima. Tiene una pinta horrible. Su maquillaje no es tan inmaculado como siempre, para empezar. Su mirada es distante y murmura algo para sí. Ni siquiera parece haberse percatado de que estoy ahí cuando aprieta el botón para bajar a nuestra planta.

Ya sé que no es el mejor momento. Pero algo me posee, la necesidad de ser algo. Todavía estoy dolida por el encontronazo con Alex. ¿Y qué, si se acuesta con Demeter? Eso no quiere decir que yo no sea nadie y que deba tenerme lástima. Ahí de pie, viendo a Demeter buscar algo desesperadamente en su móvil, siento una necesidad imperiosa de ponerme a prueba.

—Demeter —la despierto de su ensoñación—, ¿puedo darte esto?

Le acerco el folleto y lo coge de inmediato.

—Cath...

Me mira como si acabara de darse cuenta de que hay otra persona en el ascensor.

—¡Sí! Déjame que te cuente lo que es...

—Cath. —Demeter arruga la frente como si verme la estuviese molestando —. Cath... —Vuelve a hacer *scroll* en su móvil arriba y abajo sin pensar, frunciendo el ceño al mirar la pantalla como si todo estuviese escrito en griego clásico—. Hablé contigo... ¿Hemos hablado?

Parece una loca. Flora dice que la verdad es que no sabe dirigir un departamento, y al verla ahora debo darle la razón. ¿De qué va su pregunta? ¿Está preocupada por si se comunica o no adecuadamente con los miembros júnior del equipo?

Asiento intentando sonar tranquilizadora.

—Claro, hemos hablado muchas veces. —Señalo el folleto intentando que se fije en él—. Es un proyecto que he... bueno, dirigido, supongo...

La mirada de Demeter se pasea por el folleto, pero no estoy segura de que lo esté viendo.

—Porque, Cath, lo que quiero decirte es que... —Sus ojos se fijan en mí

como si por fin hubiese encontrado lo que quería decirme—. Lo que de verdad quiero decirte es...

Para mi sorpresa, detiene el ascensor y me mira fijamente.

—¿Demeter? —digo insegura.

—Cath, ya sé que es difícil para ti escuchar esto —dice en su habitual tono firme y estridente—. Pero al final será por tu bien. De hecho, puede que esto acabe siendo lo mejor que te haya pasado nunca —asiente con énfasis—. Lo mejor.

Vale, ha perdido la cabeza del todo. No tengo ni la más remota idea de lo que está diciendo.

—¿Lo mejor? —repito—. No entiendo...

—Tienes que ser positiva, ¿vale? —Me dedica una sonrisa llena de empatía —. Eres tan brillante y tienes tanto talento. Sé que te irá bien en la vida, sé que llegarás.

Hay algo en lo que dice que me está haciendo sentir... no exactamente preocupada, pero...

Preocupada.

Es casi como si...

—¿Que llegaré adónde? —pregunto más desesperadamente de lo que quería—. ¿Positiva acerca de qué? ¿De qué estás hablando?

Se produce un largo silencio en el ascensor. Demeter me mira. Mira su móvil. La mirada salvaje y desquiciada ha vuelto a sus ojos, multiplicada por cien.

—Joder —dice casi en un susurro.

No tengo ni idea de cómo responder ante esto. Pero una nueva sensación me invade. Es gris y asfixiante. Es algo premonitorio.

—No hemos hablado. —Demeter se golpea la cabeza con el puño—. Pensaba que lo habíamos hecho, pero... —Mira su teléfono y entorna los ojos —. Me estoy volviendo loca.

—¿Hablar sobre...?

No puedo acabar la frase. Las palabras parecen canicas de cristal que se me apelotonan en la garganta haciendo que me ahogue.

Durante treinta segundos, ninguna dice nada. Me siento mareada. Esto no puede estar pasando; esto no está pasando... Justo entonces, como para romper el hechizo, Demeter vuelve a apretar el botón y proseguimos la marcha.

—Tenemos que reunirnos, Cath —dice en un tono totalmente frío y empresarial—. ¿Por qué no vienes a mi oficina directamente?

—Reunirnos ¿para qué? —me fuerzo a preguntar, pero Demeter no contesta.

—Tú ven conmigo —dice al salir del ascensor.

Y la sigo.

Supongo que hay una especie de guion para estas cosas y Demeter lo sigue al pie de la letra. «Son momentos difíciles... la situación económica actual es crítica... el departamento no puede contratar... recortes de presupuesto... has aportado tanto... me sabe tan mal... te daré buenas referencias... si hay algo que podamos hacer...»

Y yo me quedo ahí sentada, escuchando, con las manos tan apretadas sobre el regazo que me duelen. Tengo la cara inmóvil. Mi aspecto externo es calmado. No obstante, todo el tiempo mi cerebro no para de lloriquear como un niño pequeño: «Seguro que hay algo que puedes hacer. Puedes hacer que mantenga mi trabajo. Puedes hacer que mantenga mi trabajo. Por favor, deja que mantenga mi trabajo. Es todo lo que quiero. Por favor. Por favor. Por favor. No puedo no tener trabajo, no puedo, no puedo...».

Sin trabajo. Pensarlo da tanto miedo, es tan aterrador, que lo siento como una amenaza física real, como un tsunami de cien metros apareciendo de la nada, paralizándome con su enormidad. No puedo correr, ni escapar, ni suplicar. Es demasiado tarde. Ya lo tengo encima.

Ya sé que son tiempos difíciles y que la situación económica es crítica. Leo las noticias. Y puede que hubiese tenido que verlo venir. Pero no lo he hecho. No lo he hecho.

Demeter ha pasado ahora a la parte más genérica: «Espero que... cualquier cosa que podamos hacer... lo dejaremos todo bien atado...». Ha empezado a mirar su pantalla mientras habla. Mentalmente ya está en otro asunto. Trabajo hecho. Una cosa más que tachar de la lista.

Me siento como si estuviese en un sueño cuando me pregunta si quiero trabajar la semana que me queda o si prefiero irme y que me den el dinero.

—Dinero —consigo decir—. Necesito el dinero.

No tiene sentido quedarme aquí. Si me voy ahora podré empezar ya a optar

a otros puestos fuera.

—Bien —dice Demeter—, llamaré a Recursos Humanos. —Hace una llamada rápida que casi ni oigo, mis pensamientos son una espiral de terror. Luego vuelve a dirigirse a mí—: De hecho, Megan de Recursos Humanos necesita verte y ha dicho que subas ahora mismo. ¿Te acompaño al ascensor?

Y entonces me veo levantándome y siguiéndola, y todavía me parece que estoy soñando. Estoy desconectada de mi cerebro. Esto no puede ser la realidad, no puede ser...

Sin embargo, cuando llegamos al ascensor, algo penetra en mi estado de ensoñación. Un resentimiento punzante. He sido tan buena hasta ahora, una empleada modélica a la que despiden y no rechista, que es como si algo dentro de mí se liberase para protestar.

—Así que antes en el ascensor creías que ya me habías echado —digo cortante, y veo que he dado en el clavo por la cara que pone Demeter.

—Siento si acaso ha habido algún tipo de confusión —responde.

Sus cobardes palabras me hacen querer abofetearla. ¿Si acaso ha habido? ¿Si acaso?

—Pues claro que ha habido una confusión.

Mi voz suena provocativa, incluso a mis propios oídos.

—Cath...

—No, ya lo pillo. Para ti es algo tan trivial, un detalle sin importancia, que no te acordabas de si lo habías hecho o no. Tranquila, ¡lo entiendo! —Levanto las manos al decirlo—. Tienes una agenda tan llena y tan excitante. Reuniones... comidas... fiestas... despidos... No me extraña que no puedas seguir el ritmo.

No sabía que podía llegar a ser tan sarcástica. Pero si creía que con eso iba a conseguir hacer sentir culpable a Demeter, me equivocaba.

—Cath —me dice con calma—. Entiendo que es un momento muy triste para ti. Pero es un error tomártelo con resentimiento. Si nos despedimos por las buenas, si dejamos las puertas abiertas, ¿quién sabe? Quizá vuelvas a trabajar para nosotros de nuevo. ¿Has leído *Agarra el toro por los cuernos*, de Marilyn D. Schulenberg? Es un libro muy inspirador para todas las mujeres trabajadoras. Se acaba de publicar. Leí el manuscrito hace un tiempo.

Pues claro que leyó el manuscrito. Demeter nunca esperaría a que un libro estuviese en las librerías como el resto de la humanidad.

—No —digo monótona—, no lo he leído.

—Bueno, pues ahí lo tienes. —Demeter parece complacida consigo misma —. Ahí tienes un objetivo. Cuando salgas de aquí, vete directa a una librería y cómpralo. Lo encontrarás motivador. Escucha esta cita. —Busca en su móvil y me dice—: «Toma el futuro en tus propias manos. Haz que suceda. La vida es un libro para colorear, pero tú tienes los lápices de colores».

Intento ser educada, pero mi aflicción pugna por salir. ¿Es que no entiende nada de nada? No puedo permitirme gastar dinero en comprar un libro de tapa dura que me diga que coloree mi vida.

Intento no ser envidiosa; lo intento, de verdad. Pero ahora mismo todo lo que quiero es gritarle: «¡Eso está bien para ti! ¡Tu vida ya está coloreada y ni siquiera te has salido nunca de la raya!».

La voz en mi cabeza suena tan alta que creo que ella también debe de ser capaz de oírla. Pero Demeter sigue mirándome con expresión complacida. Probablemente alardeará más tarde del montón de buenos consejos que me ha dado y de lo agradecida que me he mostrado yo.

Entonces, para completar un día perfecto, veo a Alex. Avanza por el pasillo en dirección a nosotras con mirada inquisitiva. Observa a Demeter y ella asiente rápidamente. Mi humillación ya es total.

—Pues bueno. —Me dirijo a él—. Me voy. Gracias por el trabajo y todo eso.

—Pensaba que lo sabías. —Oigo el dolor en la voz de Alex—. Antes. Lo siento.

Noto que Alex y Demeter intercambian una expresión que solo ellos entienden. Tienen un lenguaje corporal compartido que no había captado hasta ahora. Una especie de cercanía y de naturalidad que no se tiene con un colega solo a nivel profesional. Me pregunto si se liarán aquí en el trabajo. Oh, pues claro que lo harán.

El teléfono de Demeter suena y ella contesta.

—¿Hola? Ah, Michael. Sí, he recibido tu correo.

Me muestra cinco dedos, con lo que supongo que quiere decir que espere cinco minutos, y se mete en una sala cercana. Y yo me quedo con Alex. Otra vez.

Lo miro y veo su mirada amable, llena de tacto, y no puedo soportarla. No puedo. El horror de haber perdido mi trabajo es tan devastador que pensaríais que nada más podría hacerlo peor. Pensaríais que eso me haría inmune a cualquier otro tipo de sentimientos inferiores como la mera humillación de un

orgullo dañado. Pero no es así. Todo puede ser peor. Siempre.

Y de repente ya no quiero callarme. ¿Por qué hacemos eso? ¿Por qué fingimos? Ya sé lo que dicen las reglas: salvaguarda tu dignidad; aléjate; no admitas nada. Pero no voy a volver a ver a este hombre en la vida. Y de repente el deseo de decir lo que realmente pienso es mayor que todo lo demás.

—¿Sabes qué? —pregunto de forma abrupta—. Hablemos de lo que pasó en la fiesta de Navidad.

—¿Qué?

Alex parece tan aterrado ante la idea que quiero echarme a reír.

—Flora dijo que estaba enamorada de ti —sigo—. Pues bien, claro que no lo estoy, eso es ridículo.

—Mira... —Alex empieza intentando encontrar una vía de escape—. No tenemos por qué hacer esto...

—Lo único que creí es que tú y yo teníamos... —Busco la mejor forma de expresarlo—. Una chispa. Una pequeña chispa de... no sé, conexión. Posibilidad. Me gustaba pasar tiempo contigo. En ese momento no sabía nada sobre lo tuyo con...

Me callo. No voy a mencionar el nombre de Demeter en voz alta en un pasillo de la empresa. Ya sabrá a lo que me refiero.

—Así que ahora estoy avergonzada —prosigo—, muy avergonzada. Claro que lo estoy. Pero ¿sabes una cosa? Me hago cargo de mi vergüenza. No la escondo ni hago ver nada que no es. —Levanto la barbilla bien alta, decidida —. Aquí estoy: Katie Brenner, avergonzada. Se pueden ser cosas peores en la vida.

Me doy cuenta de que me ha salido el nombre incorrecto, pero me da igual.

Alex parece estupefacto ante mi pequeño discurso. Bien. Me siento liberada y hasta algo entusiasmada. Y sí, tengo las mejillas sonrosadas. Y sí, me tiemblan las piernas. ¿Y a quién narices le importa?

—Pues bien, eso era todo lo que quería decir, excepto adiós. Dile a Demeter que he subido. Buena suerte con todo.

Aprieto el botón para llamar al ascensor y me quedo mirándolo fijamente, esperando.

—Cat —empieza a decir Alex, y luego se calla—. Katie —intenta esta vez, pero no parece saber lo que quiere decir a continuación. Y pese al hecho de que todo en mi situación actual es horrendo, y lo será mucho más cuando

vuelva a casa, noto una punzada de satisfacción. Al menos la expresión paternalista de antes ha abandonado su cara—. Cat —intenta una tercera vez —. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Ahora?

—En el terreno laboral, digo.

—He hablado con Cath. —Demeter sale de la nada como un vendaval y se mete en la conversación—. Le he dicho que sea positiva. Se comprará *Agarra el toro por los cuernos* para inspirarse.

—Ah, genial —dice Alex con un hilo de voz—. Buena idea.

—Eso he pensado —asiente Demeter, y ambos me miran como diciendo: «Bueno, le hemos recomendado un libro, ya podemos quedarnos con la conciencia tranquila».

No tienen ni idea. Ninguno de los dos. La gente instruida habla sobre la ignorancia, pero ¿cómo de ignorantes son ellos? ¿Saben lo que es vivir en Catford con un presupuesto minúsculo y deprimente?

—No voy a comprar ese libro, Demeter —digo, y mi voz empieza a temblar—. Porque costará dieciocho libras y no me lo puedo permitir. No me puedo permitir nada. ¿Lo entiendes? ¡No soy como tú! ¡Yo no soy como tú!

Demeter me mira con expresión impávida.

—En serio, Cath, si te puedes permitir comer en el Salt Block, también te puedes permitir comprarte un libro muy inspirador...

—¡Claro que no puedo permitirme comer en el Salt Block! ¿Cómo se te ha ocurrido alguna vez que podía? ¡Era mentira! ¡Estaba intentando impresionarte! —Mi ansiedad sale en forma de grito—. No tengo ningún colchón. Ni un padre famoso que me regale una carrera. —Alex parece dolido, pero me da igual. Es la verdad—. Sois unos mimados. Los dos —digo abriendo los brazos para incluirlos a ambos—. ¿Os dais cuenta? ¿Tenéis idea, alguna idea de...? —Me callo y se me escapa una risotada incómoda—. Pues claro que no. Bueno, será mejor que me vaya. Disfrutad de vuestras vidas perfectas.

Las puertas del ascensor se abren y me meto en él. Aporreo el botón del tercer piso y empiezo a ascender, y gracias a dios ninguno de ellos intenta seguirme. Me pican los ojos y el corazón me late con fuerza. Adiós, salida por las buenas. Adiós, dejar las puertas abiertas. Aunque ahora mismo... me importa un bledo.

11

Es curioso, pero la vida parece funcionar como un balancín: algunas cosas suben mientras otras bajan. Mi vida se desmorona a toda prisa justo ahora que parece que la de papá está poniéndose en su sitio. Me ha enviado fotos de las yurtas montadas y son estupendas. El espacio de los aseos es deslumbrante, los braseros para el fuego quedan muy pintorescos, los banderines son ideales y Biddy ha hecho un montón de mermelada casera. Mientras tanto, hemos enviado folletos a todo el mundo que se nos ha ocurrido. Papá ha dejado montones de ellos en todos los cafés monos de Somerset y yo en sitios parecidos de Londres. (Dejé una pila en un café de Wandsworth y una mujer con un impermeable de Boden cogió uno mientras yo seguía allí. Fue algo mágico.)

Pero eso no es ni la mitad. No es ni el diez por ciento. Lo que les ha pasado esta semana a papá y a Biddy ha sido como si hubiesen ganado la lotería, como encontrar un cofre de oro al final del arcoíris. Todavía no me puedo creer que haya sucedido. El *Guardian* ha incluido el Retiro Campestre de la Granja Ansters en sus recomendaciones de *glampings*.

¡Es una locura! ¡Si ni siquiera lo han inaugurado! Pero está claro que algún periodista tenía prisa por acabar un artículo, vio la web y pensó: «Meteré esto». En el artículo aparece todo: las yurtas, las gallinas e incluso mi texto sobre los niños siendo niños. Han puesto una foto de una hoguera frente a una yurta con el siguiente pie de foto: «La granja Ansters es el último refugio familiar para *glampers* con estilo». Casi me muero al verlo. ¡Estamos hablando del *Guardian*!

Si todavía tuviese mi trabajo habría sido mi mayor triunfo. Podría haber entrado en el despacho de Demeter y decirle: «Toma marca, bonita».

Pero no lo tengo.

Es la última semana de febrero y no tengo trabajo. No tengo ningún trabajo en perspectiva. Lo único que tengo son las manos doloridas de responder a ofertas, de buscar agencias de marketing en Google y de escribir cartas de presentación.

He escrito un correo distinto para cada oferta. He buscado todas las empresas del Reino Unido en las que podría encajar y les he escrito. Me duele la cabeza de leer tantos nombres de producto, campañas, contactos. Estoy agotada. Y al borde del ataque de nervios. A veces me miro al espejo y veo mi cara de pánico y se parece tan poco a la cara que me gustaría ver que enseguida aparto los ojos.

Estoy intentando mantener el miedo a raya estando ocupada, haciendo cosas. He reorganizado mi hamaca. He vuelto a calcular mi presupuesto mensual para hacer que me dure dos meses. Estoy caminando mucho porque, como sabéis, caminar es gratis. Además, libera endorfinas y por tanto se supone que tiene que animarme. Aunque no puedo afirmar que esté funcionando, la verdad. Y sigo actualizando Instagram. He colgado fotos melancólicas de Londres a las cuatro de la mañana (no podía dormir, pero eso no lo he mencionado). He colgado una foto del nuevo puesto de *pretzels* de la estación Victoria. Con un pie que sonaba alegre, despreocupado, de alguien con trabajo. Nadie sospecharía nunca nada.

Flora ha estado en contacto conmigo. Bastante, la verdad. Me ha dejado mensajes de voz y de texto, y un correo muy largo que empieza: «Oh, DIOOOOS, no me puedo creer que la bruja te haya despedido, ¡es tan INJUSTOOO!».

Le he enviado otro correo como respuesta, pero no he hablado con ella. Me siento demasiado vulnerable en estos momentos. Sarah también me ha escrito. De hecho, me envió una tarjeta con un mensaje de apoyo muy largo. Resulta que Demeter echó al novio de Sarah también antes de que yo llegase a Cooper Clemmow. Se llama Jake y es buen diseñador, no había hecho nada mal, pero lo despidieron. Todos estos meses después sigue sin trabajo y ambos están hechos polvo, aunque intentan ser positivos. Acaba con la frase «Sé lo duro que es esto para ti» acompañada de un montón de caritas tristes.

Y, bueno, seguro que lo ha hecho con la mejor de las intenciones o lo que sea, pero no me ha animado que digamos. Tampoco llegué a ir nunca al Blue Bear a la quedada de los miércoles, ¿cómo podría hacerlo ahora? Ya no soy parte del club. Y, de todos modos, no podría permitirme pagar mi ronda.

Me quedo mucho en casa, pero incluso eso es estresante debido a nuestra nueva compañera de piso. Anita ha subarrendado su habitación mientras está en París. Va totalmente contra las normas, pero nuestro casero nunca aparece por aquí de todos modos. (Ojalá lo hiciese. Así nos libraría del suero.)

Nuestra nueva compañera es una chica rubia y alegre de mejillas sonrosadas llamada Irena. La mayor parte del tiempo lleva un pañuelo de flores en la cabeza, y había depositado grandes esperanzas en ella antes de que invitase a sus amigos a casa.

Digo *amigos*, pero no es exactamente la palabra correcta. Son una religión. Pertenecen a la Iglesia del No-sé-qué. (Es que no me quedé con el nombre y creo que prefiero no preguntarle.) Y todos se reúnen en su habitación y cantan y hablan y de repente gritan «¡Síííí!».

No tengo nada en contra de la Iglesia del No-sé-qué. Seguro que son buena gente. Pero es que arman mucho jaleo. Así que entre sus cánticos y las bolsas de suero y Alan gritándose «¡Gilipollas!» todo el tiempo a sí mismo para motivarse, estar en casa se está volviendo algo muy asfixiante.

He venido a la cocina a prepararme mi caldo de verduras y me subo a las cajas de cartón, que están tan maltrechas que casi se deshacen. ¿Quizá debería unirme a la Iglesia del No-sé-qué? Cuando la idea aparece en mi mente me hace sonreír. A lo mejor esa es la respuesta. Es solo que no estoy segura de tener energía suficiente para gritar «¡Síííí!» veinte veces cada noche. La verdad es que no tengo suficiente energía para nada. Me siento exhausta. Abatida.

Remuevo mi estofado de calabaza y nabo (barato y nutritivo), y cierro los ojos del cansancio. Y solo por un momento, cuando bajo la guardia, dejo que mi mente viaje a sitios a los que no debería acercarse. Sitios fríos y desolados, llenos de preguntas que no quiero contestar.

«¿Y si no encuentro trabajo?

»Encontraré.

»Pero ¿y si no?»

De repente noto algo húmedo en la mejilla. Me doy cuenta de que me ha caído una lágrima. Me digo enfadada que debe de ser por el vapor. O por la cebolla. O por el suero.

—¿Estás bien, Cat?

Alan aparece en la puerta de la cocina, se cuelga del dintel y empieza a hacer flexiones de brazos.

—¡Muy bien! —Fuerzo una sonrisa—. ¡Genial!

Añado algunas hierbas secas al estofado y lo remuevo otra vez.

—Vaya panda de chiflados, ¿eh? —suelta señalando la puerta de Irena con la cabeza.

—Creo que deberíamos respetar sus creencias —digo justo cuando resuena otro «¡Síií!» por toda la casa.

—¡Nooo! —grita Alan por encima de su hombro y me sonríe—. Chiflados. ¿Sabes que quiere otra habitación para su amiga? Me ha preguntado si no quería mudarme. ¡Qué morro! Quieren convertir este sitio en una comuna.

—Seguro que no.

—¿Crees que follan o lo que sea?

—¿Cómo?

—Supongo que no habrán jurado los votos, ¿no?

—No tengo ni idea —añado perpleja.

—Me lo preguntaba... —Le brillan los ojos—. Muchas de estas sectas hacen cosas raras. Y algunas de esas chicas están bastante buenas. —Hace algunas flexiones más y luego añade—: O sea, Irena está muy buena, quiero decir. ¿Tú crees que está con alguien?

—Y yo qué sé.

Vierto el estofado en un bol y le espeto un «disculpa» con toda la intención. Esquivo las cajas de suero, paso por el lado de Alan y me dirijo a mi cuarto. «Por favor, que Alan no se líe con Irena», suplico. He oído a Alan tener sexo y es como una de sus charlas motivacionales, pero a un volumen diez veces mayor.

Me siento sobre la cama con las piernas cruzadas, empiezo a meterme bocados de estofado en la boca e intento pensar en algo positivo. «Vamos, Katie, no todo es tan malo.» He enviado un montón de respuestas a ofertas hoy, así que eso está bien. A lo mejor tendría que entrar en Instagram. Colgar algo divertido.

Pero cuando rebusco entre las fotos de mi móvil parece que todas se burlan de mí. ¿A quién estoy intentando engañar con todas estas imágenes de falsa felicidad? De verdad, ¿a quién quiero engañar exactamente?

Ahora las lágrimas caen abiertamente, como si les diese igual quién las viera. Mis defensas se desmoronan. Solo puedes convencerte a ti misma de que una situación que es una mierda no lo es durante cierto tiempo.

Por impulso, tomo una foto de mi hamaca. Y luego de mi estofado de nabo. No se parece a ninguna imagen de ningún estofado que haya visto nunca en Instagram: es un mejunje poco apetecible de masa naranja y marrón, parecido al rancho que deben de servir en prisión. Imaginad si colgase eso en Instagram. La sórdida verdad. «Mirad mi cena barata. Mirad mis medias,

cayéndose de su hamaca. Mirad todas mis respuestas a ofertas de trabajo.»

Dios, se me está yendo la pinza. «Es solo que estoy cansada», me digo con firmeza. Cansada...

De repente suena el móvil; del susto doy un salto y casi tiro el estofado. Por un segundo pienso: «¿Será de un trabajo? ¿Un trabajo? ¿Un trabajo?».

Pero es Biddy. Por supuesto.

No les he contado a Biddy y a papá lo de mi trabajo. Todavía no. Sí, claro que se lo contaré. Es solo que no sé cuándo exactamente.

Vale, lo admito: estoy deseando desesperadamente no tener que contárselo nunca en la vida. Espero ser capaz de solucionar las cosas por mi cuenta de algún modo sin hacer ruido, encontrar otro trabajo y contárselo después como si fuese algo sin importancia: «Sí, me he cambiado de trabajo; no, no es nada, es que había llegado la hora de cambiar». Dejar que crean que ha sido por decisión propia, una progresión natural. Ahorrarles el disgusto y las preocupaciones. Ahorrarme a mí su disgusto y sus preocupaciones.

Porque si le digo a papá que me han echado de Cooper Clemmow... Dios, solo de pensarlo me echo a temblar. No solo tendría que lidiar con mi propio malestar, sino con su ira. Empezaría a acribillarme a preguntas sobre qué ha pasado, qué ha ido mal... Y ahora no me siento lo suficientemente fuerte como para aguantar eso.

Biddy es diferente, es más razonable. Pero ahora no es momento de preocuparla. Ya tiene bastante con lo de montar el *glamping*. Al oírla noto que está sobrepasada. Al final ha resultado una inversión mayor y mucho más trabajo del pensado inicialmente y está consumiendo todas sus energías. No puedo cargarla encima con lo mío.

Ni tampoco quiero que me ofrezca dinero, que sé que es lo que haría al instante. Es su herencia y es para su negocio, no para mí. En serio, preferiría abandonar mi habitación en Londres antes que dejar que Biddy me la pagase.

Además, también podría encontrar trabajo mañana. Podría.

—¡Hola, Biddy! —Me seco las lágrimas con la manga—. ¿Qué tal?

Biddy me ha estado llamando mucho desde Navidad. Eso ha sido una de las cosas buenas de todo el asunto este del *glamping*, porque ahora hablo mucho más con ella. La he ayudado a escoger mobiliario para las yurtas y hemos acordado dónde colocar cada brasero exterior y cada banco. También ha tenido muchas dudas sobre la web que quería consultar con Alan, y la verdad es que él ha sido superpaciente. De hecho, entre nosotros: Alan y yo

somos los arquitectos absolutos de este proyecto.

—No te molesto, ¿verdad, cariño? ¿No estarás comiendo? Nosotros acabamos de probar una nueva receta de tayín de cordero. Si ofrecemos cenas, creo que estará... bastante bien.

«Bastante bien.» En el lenguaje de Biddy, siempre tan sutil, eso quiere decir: «Absolutamente delicioso». De repente me viene una imagen de ella dorando una pata de cordero local, añadiéndole unas hierbas del jardín, mientras papá le echa un poco de su vino tinto barato del Cash & Carry.

—¡Genial! —digo—. ¡Bien hecho! ¿Querías hablar de menús?

—No, no, perdona, no era eso. Katie, el tema es que...

Biddy se calla. De repente me doy cuenta de que está muy nerviosa.

—¿Va todo bien?

—¡Sí! ¡Claro! Oh, cariño...

Biddy parece no saber cómo empezar.

—¿Qué pasa? —pregunto inquieta—. Biddy, ¿qué es?

—Oh, Katie. —Traga saliva—. Es que la gente ha empezado a hacer reservas.

—¿Qué?

—¡Lo sé! —Suena confundida—. Están usando la web. Todo funciona. Hoy he recibido cinco llamadas para pedir información. Tenemos tres familias en Semana Santa y cuatro la semana de después. ¡Cuatro familias, Katie!

—Oh, dios mío.

Incluso yo me quedo impresionada. A ver, claro que pensaba que la gente iría, por supuesto. Pero ¿cuatro familias? ¿A la vez?

—¡Eso es genial! ¡Biddy, lo has conseguido!

—No lo he conseguido todavía —se queja—. Ese es el tema, cariño. Estoy petrificada. Vamos a tener clientes de verdad y no sé cómo vamos a poder tratarlos bien ni divertirlos ni... ¿Y si algo sale mal? Y tu padre no ayuda. Es buen hombre, pero...

Noto cómo se va apagando y me quedo boquiabierta. Nunca había oído a Biddy tan atacada.

—¡Se te dará genial! —le digo convencida—. Tienes tus adorables desayunos, las actividades...

—Pero ¿cómo lo organizamos todo? Le he pedido a Denise, la del pueblo, que nos ayude, pero no para de hacerme preguntas que no sé ni cómo

contestar.

—Bueno, pásamela a mí, ¿o prefieres que vaya el fin de semana?

Al pronunciar las palabras se me retuerce el estómago. Un billete de ida y vuela a Somerset cuesta una fortuna. ¿Cómo me lo voy a poder permitir? Pero bueno, ahora ya me he ofrecido.

—Oh, Katie. —Biddy parece relajarse—. ¿Lo harías? Ya sé que te pedimos mucho, lo sé. Pero cuando estás aquí parece que todo cuadra. Te pagaremos el billete, por supuesto. Y ya sé que estás ocupada con tu maravilloso trabajo en Londres y estamos muy orgullosos de ti, pero hay otra cosa... —dice, y duda sobre cómo continuar.

—¿Qué?

Se produce un silencio al otro lado de la línea y frunzo el ceño, alterada. ¿Qué es eso que Biddy no se atreve a decirme?

—¿Biddy? Biddy, ¿sigues ahí?

—Katie, ¿no podrías cogerte vacaciones? —dice a toda prisa—, para ayudarnos... ¿solo al principio? ¿Quedarte aquí una semana o dos? O todo lo que puedas.

—Biddy —empiezo de forma automática, pero luego me paro; no sé lo que quiero decir, no lo he visto venir.

—Lo sé, lo sé. —Se echa atrás al instante—. No debería preguntártelo, no es justo. Estás abriéndote camino en el mundo y, si no puedes hacerlo, lo entenderemos. Tienes tu carrera, tu vida, tu piso... Por cierto, ¿qué tal la redecoración?

—Ah, sí, muy bien, va todo... ¡Ay! ¡Ay, dios! ¡Ay!

Sin previo aviso, el mundo se ha vuelto negro. En un momento de terror creo que estoy siendo atacada. Algo me golpea, me rodea... Muevo los brazos, jadeando, presa del pánico... y entonces entiendo lo que ha pasado.

Mi maldita hamaca se ha descolgado.

Lucho por librarme de una falda negra que se me ha quedado enredada en la cabeza y miro consternada mi cama. La hamaca está colgada de un lado. Hay trastos míos por todas partes: ropa, productos para el pelo, libros, revistas. Me va a llevar la vida volver a ordenarlo todo. Lo único bueno es que, como mi bol de estofado estaba en el suelo, sigue intacto.

O a lo mejor no es tan bueno.

—¿Katie? —Oigo la voz ansiosa de Biddy al otro lado del teléfono—. Katie, ¿qué ha pasado?

Cojo el móvil.

—¡Estoy bien! Lo siento. Es que he tirado una cosa. Todo bien. A ver... —Intento poner mis pensamientos en orden—. ¿De qué hablábamos?

—Me he dado cuenta de que en ningún momento te he dicho que te pagaremos, cariño.

—¿Qué? —pregunto sin entender nada.

—Si puedes venir a ayudar te pagaremos, claro. Ya sabes que hemos querido pagarte por todo lo que has hecho ya, amor, y ahora parece que encima tenemos presupuesto...

—Me... —Me limpio la cara—. Me pagaríais.

Es una oferta de trabajo. He recibido una oferta de trabajo. Casi quiero echarme a reír como una histérica, pero no lo hago. Remuevo el estofado reprimiendo mis pensamientos.

Se me ha metido una idea en la cabeza, una idea que casi no puedo ni contemplar. Porque suena a fracaso. A abandonar. A que todo desaparezca en la nada.

Tenía tantos sueños. Solía estirarme sobre la cama y estudiar el mapa del metro, y me imaginaba convirtiéndome en una de esas personas que caminan rápidas y confiadas que había visto en mis viajes a la capital. Gente con prisas, con objetivos, con amplios horizontes. Me había imaginado subiendo a una escalera que me llevaría adonde quisiera si me esforzaba lo suficiente. Me veía trabajando con marcas internacionales, conociendo a gente fascinante, viviendo la vida al máximo.

Y, sí, sabía que sería duro. Pero no pensaba que tanto.

—¿Katie?

—Perdona. Estaba... pensando.

No sería darme por vencida, me digo, cabezota. Solo sería... ¿qué? Reorganizarme. Porque podré hacerlo. Pero quizá necesito un poco de tiempo fuera para recuperarme.

—Biddy, espera un segundo —digo de forma abrupta—, hay algo que debo comprobar.

Dejo el móvil, corro a la habitación de Irena y llamo a su puerta. No hay respuesta, pero entro de golpe de todos modos, convencida de que es urgente y de que lo entenderá porque es una chica de buena voluntad.

La habitación es un mar de cabezas agachadas y silentes. Mierda. Es obvio que es un momento de oración o algo así y que ahora la he interrumpido.

Pero no voy a recular. Necesito saberlo ahora.

Paso de puntillas entre las figuras sedentes hasta que llego a Irena, que está sentada en la cama, con el pelo rubio brillante y los ojos cerrados, la cara sonrojada, absorta. Alan tiene razón: me sorprendo pensando que está muy buena.

—¿Irena? —le susurro al oído—. Irena, perdona que te moleste, pero ¿es verdad que quieres alquilar otra habitación?

Los ojos de Irena se abren de golpe y se vuelve para mirarme.

—Sí —me susurra—, es para mi amiga Sonia.

Señala hacia Sonia, que es más rubia y más pibón que Irena. Dios santo. Alan va a creer que está en el cielo.

—Bien, puedes realquilar la mía.

—¡Genial! —Los ojos de Irena se abren como platos—. ¿Cuándo?

—Tan pronto como podamos arreglarlo. Ven a verme cuando acabes.

Salgo de puntillas de nuevo, pensando a toda prisa. ¿Qué excusa voy a inventarme? No puedo contarle la verdad a Biddy. Está de los nervios ahora mismo. Si la involucro en mis problemas no será bueno para nadie.

De acuerdo, esto es lo que voy a hacer: 1. Ayudar a Biddy y a papá. 2. No alarmarlos. 3. Poner mi vida en orden sin hacer ruido. 4. Contarles los detalles a medida que deban saberlos, a ser posible cuando todo se haya solucionado.

(5. Incluso cuando las cosas se hayan solucionado, no tienen por qué conocer cada detalle doloroso de mi vida. 6. Sobre todo no que Demeter ni se acordaba de si me había despedido o no. 7. Ni que un día me confundieron con una sin techo.)

El único problemilla es... ¿qué les digo? ¿Aquí y ahora? ¿Qué digo?

Cojo el teléfono y respiro hondo.

—Biddy, hay una... posibilidad —le digo—, es difícil de explicar, es algo complicado... Pero, bueno, el tema es que sí puedo ayudaros. Os iré a ver mañana.

—¿Vendrás? —Biddy suena perpleja—. ¡Oh, Katie, cariño! ¿Cuánto te podrás quedar?

—No lo sé todavía —digo vagamente—, tengo que hablar con ciertas personas... organizar cosas... a lo mejor un par de semanas. O varias semanas. Algo así.

—¿Vas a tomarte un tiempo sabático? —aventura Biddy—. Como aquella

señora hace un par de años que quería que le enseñase a hacer mermelada, ¿recuerdas? Estaba de sabático de su trabajo de la *city*. Seis meses se había tomado. ¿Crees que te concederán tanto?

Percibo esperanza en la voz de Biddy. Para ser sincera, no sé qué decirle.

Seis meses. En seis meses tengo que haber encontrado trabajo, ¿no?

—Me quedaré todo lo que pueda —digo por fin, evitando la pregunta—. ¡Será genial veros! ¡Estoy deseándolo!

—¡Oh, Katie, yo también! —La alegría de Biddy estalla al otro lado de la línea como un torrente—. ¡Será genial volver a tenerte en casa un tiempo! A tu padre le encantará, a todo el mundo le encantará. Oh, cariño, creo que con tu ayuda podremos hacer algo grande con esto del *glamping*.

Sigue hablando y hablando, y yo me echo atrás en mi cama incómoda y repleta de trastos y miro el techo manchado. Su voz amorosa y entusiasta es como un bálsamo para mis oídos. Alguien me quiere. Ya tengo ganas de comer comida casera, de estar en una habitación con un armario de verdad, de contemplar las colinas.

Pero, al mismo tiempo, mi determinación se endurece como el esmalte. Solo voy a tomarme un tiempo para irme fuera, no voy a rendirme. A ver, estoy en la veintena, ¿voy a dejar que un simple contratiempo destroce toda mi ambición? No. Sigo pensando que algún día trabajaré en publicidad. Sigo pensando que un día cruzaré el puente de Waterloo y pensaré: «Esta es mi ciudad». Sé que sucederá.

SEGUNDA PARTE

12

Tres meses más tarde

—De acuerdo —digo por teléfono—. Lo entiendo. Gracias.

Cuelgo el teléfono y miro hacia delante con la mirada perdida. Otro *headhunter* que no ha encontrado nada. Otro pequeño discurso acerca de lo mal que está el mercado en estos momentos.

—¿Otra vez con lo de la compañía farmacéutica? —La voz de Biddy hace que dé un salto. Me vuelvo, sonrojada. Ya tendría que haber aprendido la lección a estas alturas: nunca contestes llamadas de trabajo en la cocina—. ¡Me parece que te explotan, cariño! —añade dejando un montón de remolachas sobre la encimera—. Pensaba que te habían concedido unos meses de excedencia.

La culpa se apodera de mí y aparto la vista de ella. Empiezas con una mentirijilla sin mala fe y para cuando te das cuenta ya te has vuelto a inventar una vida que no existe.

Todo empezó la semana después de volver a casa. Un cazatalentos me llamó y contesté justo delante de papá y de Biddy. Tuve que pensar algo improvisado y la única historia que se me ocurrió fue que me habían llamado de Cooper Clemmow para hacerme una consulta sobre un proyecto. Y ahora se ha convertido en mi excusa oficial cada vez que debo salir de una habitación para contestar una llamada. Cada vez que me llama un *headhunter* les digo que es Cooper Clemmow, y papá y Biddy me creen a pies juntillas. ¿Por qué no iban a hacerlo? Confían en mí.

Nunca tendría que haber optado por la versión de Biddy. Pero es que era tan fácil. ¡Tan fácil! Para cuando llegué a Somerset, Biddy ya le había dicho a papá que me había tomado un tiempo sabático y ambos parecieron quedar convencidos. La idea de tener que contarles lo contrario me superaba.

Así que no lo hice. Y todo el mundo se cree que me he tomado unos meses sabáticos, hasta Fi, porque no quería arriesgarme a contarle la verdad y que

acabase en algún *post* de Facebook que pudiese ver Biddy. Todo lo que dijo Fi fue: «¡Vaya, qué generosas son las empresas en Inglaterra!». Y luego pasó a no sé qué historia sobre que se iba a los Hamptons a beber margaritas rosas y lo divertido que era y que tenía que ir a verla. Ni siquiera supe qué responder. Ahora mismo, mi vida no puede estar más alejada de los margaritas rosas. O de los *latte machiatos*. O de las terrazas de cafés bonitos en zonas hípster. Últimamente solo entro en Instagram para promocionar la granja Ansters.

Le conté a Fi lo del *glamping* y me hizo algunas preguntas con fingido interés, pero en realidad lo único que quería saber era «¿Cuándo vas a volver a Londres?» y «¿No lo echas de menos?». Y las dos veces puso el dedo en la llaga. Pues claro que sí. Y luego se puso a hablarme de los famosos que había visto en el bar de un hotel ese fin de semana.

Y sé que sigue siendo Fi, mi amiga Fi, la sensata Fi, pero cada vez se me hace más difícil conciliar a la glamurosa Fi de Nueva York con la amiga a la que se lo podía contar todo. Nuestras vidas cada vez tienen menos y menos en común. A lo mejor debería ir a Nueva York para volver a forjar nuestra amistad. Pero ¿cómo iba a poder costearme eso?

En fin, tampoco se trata de mi problema más apremiante en estos momentos. Tengo trabajo que hacer. Estoy a punto de ponerme a ayudar a Biddy con las remolachas cuando oigo vibrar el móvil. Es un correo de McWhirter Tonge, la empresa para la que hice una entrevista.

Abro la puerta de la cocina como si nada y salgo afuera. El sol de finales de mayo calienta los campos que se extienden ante mí. Una espiral de humo emerge de la chimenea de una de las yurtas y oigo el canto distante de las grajillas desde unos olmos que hay hacia el norte. No es que esté escuchando ni admirando el paisaje. Todo lo que me importa es este correo. Porque nunca se sabe... Por favor...

Mientras pego los ojos a la pantalla, me siento casi enferma de los nervios. Hice una entrevista con ellos la semana pasada (les dije a papá y a Biddy que iba a ver a unos amigos). Es la única entrevista que he hecho, el único rayo de esperanza que me han dado, la única respuesta a una oferta que ha llegado a alguna parte. Sus oficinas están en Islington y son enanas, pero la gente parecía maja y el trabajo sonaba interesante y...

Estimada Cat:
Muchas gracias por tomarte el tiempo de visitarnos el otro día. Fue un placer hablar contigo y nos encantó conocerte, pero por desgracia...

De repente todo parece oscurecerse. «Por desgracia...»

Dejo que el móvil se me escurra entre las manos y pestañeo para intentar detener las lágrimas que se me han empezado a acumular en los ojos. «Vamos, Katie. Aguanta.» Respiro hondo y camino arriba y abajo. Solo es un trabajo. Un rechazo. ¿Y qué?

Pero noto una sensación fría apoderarse de mí. Es la única oportunidad que tenía. Nadie más me ha ofrecido una entrevista.

Aunque eso no es del todo cierto. Al principio recibí un montón de correos en que me ofrecían puestos con un montón de potencial u oportunidades para mi desarrollo o valiosa experiencia en la industria. Solo me costó unas tres llamadas de teléfono descubrir que las tres frases significaban «sin remuneración», «sin remuneración» y «sin remuneración».

No puedo trabajar sin que me paguen. Por mucha experiencia que obtenga. Ya he pasado esa fase.

—¿Todo bien, Katie? —La voz de Biddy me sobresalta y me vuelvo sintiéndome culpable. Está dejando pieles de fruta en la pila de compost y me mira con curiosidad—. ¿Qué pasa, cariño?

—¡Nada! —digo rápidamente—. Solo... ya sabes. Cosas del trabajo.

—No sé cómo lo haces. —Biddy niega con la cabeza—. Con todo lo que nos ayudas aquí, y todos esos correos que no paras de enviar.

—Bueno, ya sabes... —Me sale un sonido raro que intenta ser una risa—. Así me mantengo ocupada.

Biddy y papá creen que cuando me paso horas con el portátil estoy hablando con mis colegas en Londres. Intercambiando ideas. Y no respondiendo desesperadamente a oferta tras oferta de trabajo.

Me fuerzo a leer por encima el resto del mensaje de McWhirter Tonge:

... un campo muy potente... un candidato con mayor experiencia... guardaremos tu nombre en nuestros archivos... ¿te interesa nuestro programa de becarios?

El programa de becarios. Es donde todos creen que encajo mejor.

Y ya sé que el mercado es muy competitivo y ya sé que todo el mundo

tiene que competir muy duramente, pero no puedo evitar pensar: «¿Qué hice mal? ¿La entrevista fue un desastre? ¿Soy un desastre toda yo en general? Si lo soy, ¿qué voy a hacer entonces?». Un gran abismo se abre en mi mente. Un agujero negro que da pavor. ¿Y si nunca más vuelvo a conseguir un trabajo remunerado?

No. Basta. No puedo pensar eso. Responderé a más ofertas esta noche, ampliaré la red...

—Oh, Katie, cariño. —Biddy se me acerca—. Quería comentarte una cosa. Antes me han hecho una pregunta, una señora quería saber sobre la sostenibilidad. ¿Qué era lo que había que decir en esos casos?

—Hay que hablar de nuestros paneles solares —respondo contenta de poder distraerme—. Y de la ducha exterior. Y de las verduras orgánicas. Y bajo ningún concepto mencionar el jacuzzi de papá. Te escribiré una lista si quieres.

—Eres la mejor, Katie. —Biddy me da una palmadita en el brazo y luego lanza una mirada reprobatoria hacia mi móvil—. No dejes que esos jefes de Londres abusen de ti, querida. ¡Estás de excedencia, recuerda!

—Sí, es verdad.

Sonrío mientras ella vuelve a la cocina, pero luego me hundo en la hierba. Me siento como si ahora mismo fuese dos personas. Soy Cat, la que intenta triunfar en Londres, y Katie, la que ayuda a llevar un *glamping*; y es bastante agotador ser ambas a la vez.

Pero mirándolo por el lado positivo, la granja se ve fantástica hoy. Más tarde daré una vuelta para hacer fotos y colgarlas en las redes sociales. Se me van los ojos hacia los paneles solares colocados sobre el granero de las duchas y noto una punzada de orgullo. Fue idea mía colocarlos. En la granja Ansters no somos completamente sostenibles —tenemos una caldera suplementaria y usamos váteres normales—, pero tampoco somos antiecológicos del todo. Unas pocas semanas después de abrir, me di cuenta de que hay dos tipos de *glampers*: los que preguntan: «¿Sois sostenibles? Porque eso es muy importante para nosotros», y los que te dicen: «Pero ¿hay duchas de verdad o me voy a morir de frío? Porque yo no quería ir de *glamping*, ha sido idea de Gavin», así que es genial poder contentar a ambos.

A todo el mundo le encanta el granero de las duchas, con sus taquillas y perchas antiguas de colegio, pero les gusta aún más nuestra bañera con el techo abatible. Está pintada con rayitas finas de colores, inspirada en un

diseño de Paul Smith, y rodeada de una valla de mimbre. Es increíble cuando el techo está abierto y queda directamente bajo el cielo. Le envié una foto a Alan para que la colgase en la web. En ella se veía la bañera de rayitas y al lado una botella de champán en un cubo con hielo mientras una vaca sacaba la cabeza por la valla. Alan me devolvió un correo en el que decía: «¡Vaya! ¡Qué *cool*!». Si hasta Alan se quedó impresionado es que tiene que ser guay.

La bañera es tan popular que hemos tenido que instaurar una lista de turnos. En realidad, todo es popular aquí. Siempre pensé que papá y Biddy podrían sacar partido a todo esto. Lo que no me imaginaba era cuánto se podían llegar a involucrar ni el superesfuerzo que iban a acabar haciendo.

Las yurtas, por ejemplo, son preciosas. Hay seis de ellas, agrupadas por parejas. Están suficientemente cerca para que una pareja pueda dejar a sus niños en la de al lado, pero también lo bastante separadas como para mantener algo de privacidad. Cada una está montada sobre una pequeña plataforma y tiene su propio brasero exterior. Papá conoce a un tipo llamado Tim que trabaja con maderas y le debía un favor. Así que Tim juntó seis camas de madera provenientes de descartes locales y son espectaculares. Tienen unas patas enormes y exageradas y en los cabezales se les ha tallado la inscripción GRANJA ANSTERS; incluso se pueden separar en dos camas individuales para niños. También tenemos camas supletorias, porque hemos visto que muchas familias prefieren tener a los niños con ellos, sobre todo si son pequeños, y las yurtas son lo bastante grandes. Las sábanas son de cuatrocientos hilos —encontramos un proveedor bien de precio— y todos los cojines son de telas *vintage*. Además, cada yurta cuenta con una piel de cordero en el suelo.

A cada familia se le da una cesta con leche fresca, té y pan, así como el jabón orgánico fabricado a mano de la granja Ansters. Biddy fue a ver a varios productores de jabón orgánico locales y al final decidió que era muy fácil de hacer y que podía encargarse ella misma. Hace unos de tamaño pequeño, redonditos, los perfuma con romero e inscribe en ellos las iniciales GA. Y si los clientes quieren, también pueden comprar una pastilla más grande para llevarse a casa. Algo que suelen hacer. También ofrece jabones personalizados con tus iniciales que la gente puede encargar como regalos. Todo fue idea de Biddy. ¡Esta mujer es increíble!

Y hemos invertido en una buena conexión wifi. No una suficientemente buena para estar en el campo, no; una buena de verdad. Nos llega directa de

una antena que está a unos treinta kilómetros. Es bastante costoso y al principio papá se negaba, sin embargo yo conozco a los londinenses. Dicen que quieren apartarse de todo, pero en cuanto les das la contraseña wifi respiran aliviados. Y por suerte tenemos cobertura de móvil en la granja —aunque no en los campos o en los bosques—. Así que, si quieren llamar a la oficina en mitad de una caminata, mala suerte.

Además, papá ha creado un itinerario para bicis por los campos, un minicampo de juegos de aventuras y una caravana gitana donde los niños pueden ir a jugar si llueve. Por la noche encendemos linternas para iluminar los caminos de la villa de las yurtas y la verdad es que todo parece salido de un cuento.

—¡Granjero Mick! —oigo gritar excitados a unos niños que llegan del camino que va al bosque—. ¡Granjero Mick!

Esta ha sido la mayor revelación de todas: papá.

Al principio pensé que papá iba a ser el principal problema. Creía que no se lo iba a tomar en serio. Así que, la semana antes de que llegasen los primeros huéspedes, lo senté y le dije:

—Escucha, papá, tienes que ser amable con los *glampers*. Esto va en serio. Es el dinero de Biddy. Es vuestro futuro. Todo depende de que seas encantador y les facilites la vida a los huéspedes, ¿vale? Si quieren subirse a los árboles, los ayudas a subirse a los árboles. Si quieren ordeñar las vacas, los ayudas a ordeñar las vacas. Y no los llames «urbanitas».

—¡Nunca lo haría! —respondió a la defensiva.

—Sí, sí que lo harías. Y tienes que ser muy majo con los niños —añadí para finalizar.

Papá se quedó muy callado el resto del día. En ese momento me preocupé por si le había ofendido. Pero ahora me doy cuenta de lo que estaba haciendo: estaba pensando. Estaba creándose un rol. Y de igual modo que Biddy me ha sorprendido gratamente con sus ideas, papá me ha sorprendido gratamente al convertirse básicamente en otro ser humano.

—¡Granjero Mick! ¡Haz más trucos!

Papá aparece junto al granero de las duchas con los trillizos de tres años que llevan aquí toda la semana. Son dos niños y una niña, supermonos, con sus camisetitas de rayas de diseño escandinavo.

Y papá va con su habitual uniforme de granjero Mick: le ha dado por llevar camisas de cuadros y un sombrero de paja. Lo veo caminando con ellos y

haciendo malabares con tres pelotas. Se le da fatal, pero a los niños parece no importarles.

—¿Quién quiere subir al tractor? —pregunta.

Y todos los niños gritan excitados:

—¡Yo! ¡Yo!

—¿Quién quiere ver a la vaca Agnes?

—¡Yo!

No es la vaca Agnes, sino la gallina Agnes, pero no voy a corregirle. En realidad, ¿qué más da?

—¿Quién está pasando las mejores vacaciones de su vida? —les pregunta papá guiñándome el ojo.

—¡Yooo!

Los gritos de los niños son ensordecedores.

—Y ahora, cantemos nuestra canción. —Papá empieza a cantar un tema de creación propia—: «Granja Ansters, granja Ansters, el mejor sitio al que ir... Granja Ansters, granja Ansters, no queremos irnos de aquí...» ¿Quién quiere un caramelo de tofe de Somerset?

—¡Yooo!

En serio, es como un animador de fiestas infantiles. Y no es tonto: a cada minuto les recuerda a los niños que están pasando las mejores vacaciones de su vida. Es básicamente un lavado de cerebro. Y los pequeños, de hecho, se van de aquí llorando porque van a echar de menos al granjero Mick. ¡Ya tenemos gente que ha vuelto a reservar una segunda vez!

Cuando lo veo entreteniendo a los niños y a Biddy haciendo mermeladas todo el tiempo y a ambos teniendo que lidiar con mil y una otras cosas más, me da miedo que al final se estresen. Pero cada vez que se lo digo a papá o a Biddy se ríen y se les ocurre una idea nueva, como enseñar a hacer balas de paja. Durante la semana tenemos un programa de actividades llamado «Habilidades de Somerset». Estas incluyen tejer mimbre, tallar madera, recoger setas... ¡A los huéspedes les encantan!

En fin, que el *glamping* ha empezado siendo un éxito rotundo. Pero de ahí a que puedan sacar verdaderos beneficios de él...

A veces, solo de pensar en la cantidad de dinero que Biddy ha invertido en esta aventura se me retuerce el estómago. No quiere decirme exactamente cuánto ha sido, pero sé que ha sido mucho. Y es dinero que podría haber guardado para su jubilación.

Pero, bueno, no tiene sentido preocuparse por algo que ya está hecho. Todo lo que puedo hacer es ayudarlos a convertir este sitio en un negocio provechoso. Lo que quiere decir, por ejemplo, que el granjero Mick debería parar de regalar caramelos de tofe de Somerset porque... 1. Se acaba cajas enteras en un día. 2. Se come la mitad él mismo. 3. Uno de los padres ya se ha quejado del subidón de azúcar que llevaba su hijo.

Los padres de los trillizos salen de su yurta seguidos de Steve Logan, que les lleva el equipaje. Steve nos ayuda los sábados, que son los días de entradas y salidas. Y aunque es terriblemente molesto, también es terriblemente eficiente. Tiene las manos tan grandes que puede llevar tres bolsas grandes a la vez, y siempre adopta un aire ridículo de reverencia, esperando conseguir propinas.

—Conduzca con cuidado, señor —dice ahora mientras carga el maletero del SUV de la familia—. Cuídense, señor. Que tengan un buen viaje. Una familia encantadora. Debería estar orgulloso. Los echaremos de menos.

—¡Nosotros sí que los echaremos de menos! —exclama ahora la madre, que lleva una camiseta de rayas como las de sus hijos y sostiene el cojín de lavanda que hizo ayer—. ¡Os echaremos de menos a todos! Al granjero Mick, a Biddy y a ti, Katie, eres un ángel.

Me abraza de repente y yo la abrazo porque de verdad son una familia encantadora y sé que no está fingiendo.

Aquí soy Katie para todos. Claro que lo soy. Ni siquiera he intentado ser Cat. No solo soy Katie, sino que soy una versión de Katie que a veces ni reconozco. Mi acento de Londres se ha esfumado. No tiene sentido sonar urbanita por aquí. Siempre fue una imposición, y los *glampers* no quieren escuchar Londres; quieren oír Somerset. El espeso y cremoso acento de *Zummerzet* con el que crecí.

Mi flequillo también se ha esfumado. ¡Mi peinado requería demasiado trabajo! Además, no me pegaba nada. Y ahora que no me puedo alisar el pelo a diario ni siquiera es viable. Le estoy dando un respiro de tantos tratamientos, así que el moñito glamuroso ha desaparecido y vuelvo a los rizos naturales típicos de Katie Brenner cayéndome sobre la espalda, ondeando al viento. Estos días tampoco me preocupo de ponerme *eyeliner* líquido ni tres capas de máscara de pestañas. Y he guardado mis gafas de ciudad en un cajón. No podría decirse que tenga un look, la verdad, pero es que estoy tan ocupada que ni me importa. Mi cara está más redonda también

por todas esas cenas deliciosas, y más morena de estar al sol. Hasta me han salido un montón de pecas en la nariz. No parezco ni yo.

O, bueno, a lo mejor parezco una versión diferente de mí.

—Qué familia tan encantadora —insiste Steve cuando los trillizos se suben al SUV—. Una familia de angelitos, eso es lo que son. Angelitos del cielo.

Le lanzo a Steve una mirada furiosa. Se está pasando y, si no va con cuidado, creerán que se está burlando de ellos.

Pero los ojos de la madre brillan todavía más y el padre se mete la mano en el bolsillo.

—Ah, perdona... Toma, aquí tienes. Muchas gracias.

Le da un billete a Steve y yo pongo los ojos en blanco. Eso encima lo animará a hacerlo más veces. Steve casi les hace una reverencia cuando se cierran las puertas y yo los saludo con la mano cuando se alejan.

Es la última familia de la semana. Todas las yurtas están vacías ahora.

Se produce un silencio entre todos, como si estuviésemos contemplando este hecho momentáneo. Luego Biddy me mira, junta las manos en plan expeditivo y dice:

—Vamos.

Y empezamos.

Lo que pasa el día de entradas y salidas es que no te puedes despistar ni un instante. Biddy y yo cogemos nuestros utensilios de limpieza y nos ponemos con las dos primeras yurtas. A la media hora llega Denise desde el pueblo y respiro aliviada. Nunca estoy segura del todo de si aparecerá o no.

Mientras Denise nos releva con la limpieza, Biddy y yo pasamos a preparar las yurtas. Ponemos flores frescas en los jarrones. Alimentos frescos en la cesta. Jabones nuevos, ramitas de lavanda nuevas y nuevas tarjetas de BIENVENIDOS A LA GRANJA ANSTERS en la cama, cada una escrita a mano:

«A Nick, Susie, Ivo y Archie.»

«A James y Rita.»

«A Chloe y Henry.»

Chloe y Henry son los hijos de James y Rita, pero son adolescentes y están en su propia yurta. Normalmente no suelen venir adolescentes, espero que encuentren suficientes cosas que hacer.

«A Giles, Cleo, Harrison, Harley, Hamish ¡y su perro Gus!»

Esta semana hay vacaciones escolares. De hecho, la semana pasada también las hubo. Parece que, como hay un festivo extra, las escuelas han

podido escoger una semana u otra. Lo cual es genial para nosotros: tenemos el doble de reservas. Así que estamos hasta los topes de familias, con cunas y camas supletorias por todas partes. Mientras coloco las mantas, reviso mi móvil: Harley es una chica. Vale. Con estos nombres modernos, nunca se sabe.

«A Dominic y Poppy.»

Papá divorciado con su hija. Lo mencionó dos veces mientras hacía la reserva por teléfono. Dijo que quería algo de tiempo de calidad con su pequeña, que, en su opinión, su ex la tenía demasiado encerrada en casa y que necesitaba jugar más al aire libre y que no estaba de acuerdo con muchas de las decisiones de su ex... Se notaba el dolor que sentía. Muy triste.

Los *glampers* suelen reservar por teléfono, pese a que todo el proceso puede hacerse online. Dicen que es para comprobar un detalle u otro, pero yo creo que es para cerciorarse de que el lugar existe realmente y de que no sonamos como asesinos en serie antes de pagar un depósito. Me parece justo.

«A Gerald y Nina.»

Gerald y Nina son los abuelos de una de las familias. Me encanta cuando vienen a quedarse distintas generaciones de una misma familia.

Y por fin las yurtas estás listas. Biddy está preparando el té en la cocina; siempre les ofrecemos té a los *glampers* cuando llegan. Buenas tazas de té con los bollitos de Biddy y la mermelada de la granja Ansters (que también pueden comprar).

Nuestra cocina no es gran cosa: los armarios son de madera contrachapada y las encimeras de formica. No es como las cocinas «rústicas» que se ven en Londres, con sus fogones a gas y sus alacenas y superficies gruesas de roble compradas en Plain English. Pero sí tenemos las baldosas originales y ponemos un bonito mantel en la mesa y colgamos banderolas por todas partes y... Bueno, da el pego.

Estoy volviendo a la cocina cuando papá se me une.

—¿Todo listo? —me pregunta.

—Sí, se ve todo genial. —Le sonrío y toco el pañuelo que lleva alrededor del cuello—. Bonita bandana, granjero Mick. Ah, por cierto, alguien ha comentado algo sobre las duchas en los formularios de satisfacción. Decía: «Muy buenas para un lugar de *glamping*».

—Son muy buenas para cualquier lugar —responde papá haciéndose el ofendido, pero sé que se ha puesto contento—. Oye, eso me recuerda —añade

como si nada— que he visto algo que podría interesarte. Howells Mills, en Little Blandon. Lo han convertido en pisos.

Lo miro confundida. Me parece un cambio de tema un poco brusco.

—Los baños están muy bien —me aclara papá al ver mi mirada perdida—. Duchas de lujo.

Vale, no le sigo. ¿Qué tienen que ver las duchas de lujo de Little Blandon conmigo?

—Por si estabas mirando —prosigue—. A lo mejor te podríamos ayudar con la entrada. Los precios no están mal.

Y de repente lo pillo. ¿Me está sugiriendo que compre una propiedad en Somerset?

—Papá... —Casi no sé ni qué contestar. ¿Cómo empiezo?—. Papá, ya sabes que voy a volver a Londres...

—Bueno, sé que ese era tu plan, pero los planes cambian, ¿no? —Me lanza una mirada de soslayo algo sospechosa—. Siempre está bien al menos considerar las opciones que tienes aquí, ¿no?

—Pero, papá...

Freno en seco y noto la brisa agitándome el cabello. No sé cuántas veces le voy a tener que decir que quiero vivir en Londres. Es como si me estuviese dando de cabezazos contra la pared.

Se produce un silencio solo interrumpido por el mugir distante de las vacas. Nos rodea un precioso cielo azul, pero yo me siento frustrada y culpable.

—Katie, cariño. —La cara de papá se desfigura de preocupación—. Estos últimos meses he tenido la sensación de que te recuperábamos. No estás tan flaca. Ni tan ansiosa. La chica de ahí arriba... esa no eres tú.

Ya sé que lo hace con buena intención. Pero ahora mismo sus palabras están poniendo los dedos en todas mis llagas. He estado intentando reconstruir mi confianza desesperadamente todas estas semanas, diciéndome que la pérdida de mi trabajo solo había sido un pequeño accidente. Pero a lo mejor papá ha dado en el clavo: a lo mejor esa chica no soy yo. A lo mejor no puedo triunfar en Londres. A lo mejor tendría que dejarle eso a otra gente.

Una vocecita empieza a protestar en mi cabeza: «¡No abandones! Solo han sido tres meses, ¡todavía puedes hacerlo!». Pero es muy duro. Sobre todo cuando cada persona de Recursos Humanos y cada *headhunter* opinan lo contrario.

—Será mejor que vuelva al trabajo —digo por fin.

De algún modo consigo esbozar una sonrisa. Luego me doy la vuelta y me dirijo a la granja.

Estoy chequeando las actividades reservadas para mañana cuando Denise aparece en la puerta de la cocina con un contenedor de plástico en la mano. Es lo que usa para recoger lo que ella llama la basura que dejan los *glampers*.

—Listo —dice—. Ya he revisado todo. Está impecable.

—Genial, gracias, Denise —le digo—. Eres un sol.

Y lo es. En cierto modo. No siempre aparece, pero cuando lo hace es muy trabajadora. Tiene diez años más que yo y tres hijas que veo desfilar por la mañana hacia el colegio con las trenzas mejor trenzadas de la historia.

—Las cosas que se deja la gente, ¿eh? —me dice señalando el contenedor.

—¿Lo han vuelto a dejar todo hecho una porquería? —pregunto compasiva.

Siempre me pilla por sorpresa que familias encantadoras con ropa de Boden puedan ser tan desordenadas. Y tan poco consideradas. Una de ellas no paraba de dar de comer a Colin, la alpaca, todo tipo de cosas, por mucho que les pidiéramos que no lo hiciesen.

—No lo adivinarías. —Los ojos de Denise brillan con una especie de oscuro triunfo—. ¡Mira esto!

Saca un *dildo* del contenedor y se me escapa un grito ahogado.

—Nooo... ¡No!

—¿Qué es eso? —Biddy saca la cabeza desde la cocina—. ¿Es un juguete?

Maldita Denise. No quiero tener que explicarle a mi madrastra lo que es un vibrador conejito.

—Es... una cosa... —digo a toda prisa—. Denise, escóndelo. ¿En qué yurta estaba?

—Ni idea —dice encogiéndose de hombros.

—¡Denise! Ya hemos hablado de esto. Tienes que etiquetar los objetos perdidos adecuadamente para que podamos enviárselos a los huéspedes.

—¿Vas a enviar eso por correo?

Se le escapa una carcajada.

—Pues... —dudo—. No sé, a lo mejor no.

—¿O esto?

Me enseña un tubo de crema en el que se lee PARA VERRUGAS GENITALES PERSISTENTES.

—¡Ay, dios! —exclamo—. ¿En serio?

—Aunque, mira, bonita camiseta. —Saca una camiseta de color lila del contenedor y se la pone delante—. ¿Me la puedo quedar?

—¡No! Déjame ver. —Echo un vistazo al contenedor y tiene razón, está lleno. Hay una pistola de agua, unas botas de agua de niño, un montón de papeles, una gorra de béisbol...—. Dios, qué desorden esta vez. —Me suena el móvil y respondo—. Granja Ansters, ¿en qué puedo ayudarle?

—Ah, hola. —Es la voz de la mamá con la camiseta de rayas—. Katie, ¿eres tú?

—Sí, ¿eres...?

Mierda, ¿cómo se llamaba? Ya se me ha olvidado.

—¡Soy Barbara! Estamos volviendo. Estamos a unos veinte minutos. Es que nos hemos dejado...

La oigo fatal. La cobertura es tan mala en las carreteras locales que me sorprende que haya conseguido llamar.

—¿Barbara? —alzo la voz—. Hola, Barbara, ¿puedes oírme?

—... material delicado... —De repente su voz reaparece—. Seguro que lo habéis encontrado... Imagínate cómo me siento...

Oh, dios, no. ¿Ha sido Barbara la que se ha dejado el *dildo*? Me tapo la boca con la mano para no reír. ¿Barbara, con su cara lavada sin maquillaje y sus preciosos trillizos?

—Pues...

—... me da mucha vergüenza... tenía que volver en persona... te veo ahora...

La voz desaparece. Me quedo observando el móvil y luego levanto la mirada.

—Vale, creo que la dueña está a punto de volver.

—¿Lo ha admitido? —pregunta Denise riendo—. ¡Yo me hubiese inventado algo!

—No exactamente. Ha dicho que era material delicado y que le daba mucha vergüenza.

—Entonces podría ser esto.

Denise coge el tubo de crema.

—Ay, mierda. —Caigo en la cuenta—. Podría ser eso también, es verdad.

Mis ojos pasan del *dildo* a la crema para verrugas genitales. Menudo dilema.

—A lo mejor es más lógico volver a por la crema, ¿no? —propone Denise —. Porque debe ir con receta o algo.

—Pero te la podrían volver a recetar.

—El vibrador es más caro...

Miro a Denise a los ojos y de repente me entra una risa histérica.

—¡Esto es un horror! —exclamo tronchándome—. ¿Cuál de los dos le ofrezco?

—¡Ofrécele los dos!

—No puedo simplemente decir: «Hay un *dildo* y una crema para verrugas genitales, coge lo que quieras».

Me agarro el estómago, incapaz de parar de reír.

—Entérate de cuál es —dice Biddy desde el fogón—, habla con ella y cuando estés segura de lo que ha venido a buscar, ve a por ello y dáselo.

—¿Que hable con ella? —Me doblo de la risa—. ¿Cómo voy a hablar de eso?

—Lo haré yo —dice Biddy—. En serio, chicas... Y poned cada cosa en una bolsa —añade con firmeza—. No quiero que tu padre vea ese tipo de cosas por aquí. Y sí, ya sé lo que es —añade mirándome a mí a los ojos—. Han cambiado el diseño, eso es todo.

Vaya. Así es Biddy: siempre llena de sorpresas.

Solo diez minutos más tarde, el SUV vuelve a entrar en la granja. Tienen que haber pisado el acelerador a tope. Hemos decidido que sea Biddy la que hable con Barbara fuera, mientras Denise y yo nos quedamos en la cocina. Y al minuto que sepamos exactamente qué objeto ha perdido, se lo sacaremos.

—¡Barbara! —Biddy sale por la puerta de la cocina—. Me sabe tan mal que hayáis tenido que perder tiempo volviendo.

—Oh, ha sido por mi culpa —dice Barbara, que ha saltado del SUV y está coloradísima—, pero es que no podía relajarme hasta no recuperarlo. Por otras cosas no te molestaría, pero por esto...

Miro a Denise y cojo el *dildo* con las cejas levantadas. Parece que se refiere al juguete sexual...

—Claro, querida —dice Biddy en ese tono tan agradable suyo—, sobre todo al tratarse de algo tan personal.

—Oh, bueno, técnicamente no es mío —dice Barbara—, es de mi marido.

¿Qué? Denise y yo nos miramos con los ojos muy abiertos y entonces dejo el vibrador para coger la crema para verrugas. Tiene que ser eso, está claro.

—Aunque dice que soy yo quien lo paso mejor con él en realidad —añade Barbara con una sonrisa amistosa.

A mi lado, Denise explota.

—¡Calla! —le susurro, y vuelvo a coger el *dildo*. Lo meto en una bolsa y me dispongo a salir, aunque ¿cómo voy a mirar a Barbara a los ojos? No tengo ni idea.

—Bueno, Katie ha ido a buscarlo —dice Biddy—, ahora saldrá.

—Así es. —Me tiembla la voz de aguantarme la risa cuando aparezco a su lado—. Aquí lo tienes... sano y salvo.

He envuelto el *dildo* en papel marrón y lo he metido en una bolsa para que nadie pueda verlo por casualidad.

—Oh, menos mal, qué alivio —dice Barbara al coger la bolsa—. Supongo que me lo habré dejado en la cama, ¿no?

Miro a Biddy con la boca cerrada.

—Pues no sé, querida —dice Biddy sin inmutarse—, parece lo más natural, ¿no?

—Soy tan olvidadiza —añade Barbara con un suspiro—. Y el libro ni siquiera lo han comprado todavía, así que te puedes imaginar lo delicado que es el material. Como decía, me da mucha vergüenza. ¡Es tan poco profesional perder un manuscrito en vacaciones!

Me quedo helada. ¿Manuscrito? ¿Libro?

—Lo has envuelto muy bien —Barbara sonríe y empieza a desenvolver el papel marrón—, voy a comprobar que sea el documento correcto.

Mierda... ¡Mierda!

—Oh —digo intentando quitarle la bolsa—. Deja que lo... desenvuelva por ti.

—Yo lo haré.

Empieza a rasgar el papel marrón y se me revuelve el estómago cuando veo asomar el plástico rosa.

—¡No importa! —digo con voz de pito y le arrebato la bolsa. Ignorando su grito de sorpresa, entro en la cocina a toda prisa—. ¡Papeles! —susurro tirando el *dildo* al suelo—. ¡Son los papeles!

Denise ya lo ha oído y ha juntado todos los papeles del contenedor. Me los pone en las manos.

—Bueno, aquí están. —Me apresuro a volver afuera y le doy el manuscrito a Barbara, que parece algo desconcertada—. Me temo que se han desordenado un poco.

—No te preocupes. —Barbara empieza a pasar las páginas—. Sí, es este. De nuevo, me da mucha vergüenza. Es un material tan delicado...

—En serio —le insisto—. No te preocupes.

—Hemos visto cosas peores —añade Denise saliendo de la cocina y dedicándole una sonrisa a Barbara.

—Seguro —responde Barbara con cautela, y la miro sorprendida. Sus mejillas están cada vez más rojas—. De hecho, además del manuscrito, me dejé otro... esto... objeto... que creo que estaba en la bolsa que me has dado.

Por un instante todo el mundo se queda helado. Y luego, en una voz muy rara que no parece la suya, Denise dice:

—Claro.

Va a buscar el *dildo* a la cocina y se lo trae. No puedo mirar a Barbara. No puedo mirar a ningún sitio.

—Bueno, pues... ¡a disfrutar! —digo.

De algún modo conseguimos contenernos hasta que Barbara sube al SUV y este sale disparado. Pero cuando ya se ha ido, Biddy me mira y se le escapa una risita y eso hace que yo vuelva a troncharme de nuevo. Denise no para de negar con la cabeza y decir:

—¡Malditos *glampers*!

Cuando aparece papá desde el otro lado de la granja, las tres estamos riéndonos como histéricas.

—¡Eh, vosotras, despertad! Se acerca un coche. Ha llegado la primera familia.

Las horas siguientes son confusas. Cada sábado es igual: una marea de caras nuevas, nombres nuevos y preguntas que deben responderse con una sonrisa encantadora. «Este es Archie... Esta es Poppy... Este es Hamish, es intolerante a la lactosa, ¿no lo escribimos en el formulario de reserva? Oh, lo sentimos mucho...»

Todas las familias parecen bastante majas y sobre todo me encantan Gerald y Nina, que pronto están sentados en el porche de su yurta tomando gin-

tonics y ofreciéndoselos al resto de las familias. Poppy ya está dando vueltas por la granja con su padre, mirando todos los animales, mientras que Hamish, Harrison y Harley tienen los ojos pegados a sus iPads, pero como yo no soy su madre ¿qué más me da? Lo único que me preocupa es que todo el mundo haya pasado ya por recepción, y se les haya saludado e instalado. Y todos lo están, excepto los Wilton.

Camino entre las yurtas para comprobar que todo esté en orden cuando veo que Gus, el perro, ya se ha metido en el campo de las ovejas.

—¡Ah, hola! —digo dirigiéndome a la yurta de sus dueños—. ¿Puedo pasar? Gus es un perro precioso. Pero ¿os importaría intentar que se quede a este lado de la valla, por favor? Es que las ovejas se asustan mucho con los perros.

—Oh, claro que no —dice el padre, que recuerdo que se llama Giles y viene de Hampstead. Es alto y desgarbado y tiene en la mano un libro que se llama *El campista gourmet*—. ¡Tenemos tantas ganas de participar en la actividad de tejer mimbre de mañana!

—¡Será muy divertido! Y si queréis tomar el desayuno inglés completo, decídnoslo... a no ser que prefiráis prepararlo vosotros mismos.

—Lo prepararemos nosotros —dice Giles, decidido, y luego silba para llamar a Gus—. Al fuego.

—¡Muy bien! —le digo acariciando la cabeza de Gus, que ya ha vuelto—. Bien, os veo luego.

Mientras camino hacia la casa me noto... si no extática, al menos sí satisfecha. Otra ronda de reservas completa. Cada semana lo hacemos mejor. Denise está haciendo suyos nuestros detalles especiales y a Biddy no paran de ocurrírsele ideas nuevas y...

—¡Qué auténtico! ¡Qué absolutamente increíble!

Una voz hace que me pare en seco. Es una voz imperiosa y sonora. Y se parece mucho a la de...

Nooo.

—Una vista maravillosa. Mira, Coco. Mira qué vista. ¿Y todo es orgánico?

El corazón me late muy rápido. No puede ser.

—... me encantaría probar auténtica cocina del sudoeste, tendréis que recomendarnos algún sitio.

No puede ser. Pero lo es. Es Demeter.

Aquí.

Me quedo como pegada al suelo, entre las yurtas, como una gacela paralizada por el terror. Sea quien sea con quien esté hablando, sus respuestas no son audibles. Así que solo puedo escuchar la voz de Demeter, resonando arrogante sobre el silencio, haciendo las típicas preguntas que hace Demeter.

—¿Y el río es orgánico...? ¿Y la producción es toda local...? Pero cuando dices sostenible...

Sigo petrificada sobre la hierba. Tengo que moverme. Tengo que recuperar el control. Pero no puedo. Me pica la cara y respiro con dificultad. ¿Qué hace aquí?

—En realidad es Demeter —la oigo decir ahora de ese modo tan esnob que tiene de explicar su nombre—. De-me-ter. Es griego antiguo.

De repente veo a papá saliendo de la cocina. Lleva la carpeta con todos los folletos, los formularios de reserva y todo lo que papá y Biddy no quieren leer en pantalla.

—Papá... —Consigo moverme por fin para alcanzarlo—. ¿Quiénes son los que...? ¿Puedo mirar una cosa? —Ya he cogido la carpeta y estoy hojeando todos los papeles con las manos tan temblorosas que casi se me caen—. Aquí están, los Wilton.

Mi mente va a toda pastilla. Yo la conozco como Demeter Farlowe. Pero a lo mejor ese es su apellido de soltera. ¿Será Wilton el de casada? ¿Lo es?

Bueno, ¿y por qué no iba a serlo?

—James y Rita —leo—. Rita.

—Lo sé. —Papá sonríe—. Un nombre poco común. Es lo que pensé cuando lo escribí.

—¿Tú cogiste la reserva?

Necesito toda la información al respecto. Necesito saber cómo ha podido pasar esto.

—Llamó desde el coche —afirma papá, y luego su expresión cambia—. No me digas que no hice bien lo del pago, porque lo hice exactamente como me enseñaste, cariño...

—No, no es eso. No es eso...

La cabeza me da vueltas. Acabo de ver la dirección en el formulario: Stanford Road. Es ella, definitivamente. Noto una opresión tan fuerte en el pecho que creo que no puedo respirar.

Demeter. Aquí.

—¿Cariño? —Papá me mira—. ¿Katie?

—No se llama Rita, ¿vale? —consigo decir—. Acabo de escucharla decir que se llama Demeter. De-me-ter.

—¿Demeter? —Papá parece confundido—. Pero eso no es un nombre.

—¡Sí que es un maldito nombre! —Me entran ganas de pegarle. Si lo hubiese oído bien en primer lugar—. Es griego, es la diosa de las cosechas.

—Bueno, hay nombres para todos los gustos. De-me-ter. —Papá prueba a decir el nombre de nuevo, sorprendido—. Cariño, ¿cuál es el problema? Es solo un nombre. No pasa nada.

Lo miro en silencio, pero en mi cabeza los pensamientos gritan a viva voz. No sé ni por dónde empezar. ¿No pasa nada?

—No pasa nada, es verdad —digo finalmente—, es solo que no me gusta equivocarme. Y tendremos que cambiar los nombres de las tarjetas y en las listas y en todas partes. Y decírselo. Queda poco profesional.

Papá se aleja hacia el granero donde están las duchas, silbando una canción, tan contento. Y yo me quedo fija donde estoy. Todavía puedo oír la conversación en la yurta de Demeter. Debe de estar hablando con Biddy, y no la deja ir. Qué típico. Demeter es de esas personas que siempre tienen que monopolizar la atención.

Poco a poco me voy aproximando y, cuando estoy lo suficientemente cerca, me paro y escucho con toda mi atención.

—Supe de vosotros por la mención del *Guardian*, claro —dice Demeter en su habitual tono esnob—. Aunque también tenía un folleto que me dio alguien, ahora no recuerdo quién. Entonces ¿se trata de una granja auténtica de verdad?

—Por supuesto —oigo responder a Biddy—. La familia Brenner ha cultivado estas tierras desde hace más de doscientos años. ¡Yo soy la nueva aquí!

—Es fabuloso —dice Demeter—. Soy una gran defensora de las prácticas rurales auténticas. Estamos deseando empezar las actividades, ¿verdad, Coco?

Coco. Es su hija. Pero en el formulario ponía Chloe.

—Bueno, os dejo para que os instaléis —concluye Biddy—. Si necesitáis cualquier cosa, por favor, venid a la granja. Siempre estoy allí y, si no, estarán el granjero Mick o Katie. No la habéis visto todavía, creo, es la hija del granjero Mick. Mi hijastra.

—Maravilloso —dice Demeter—. Muchas muchas gracias. Ah, una última

pregunta. Estas sábanas... ¿son orgánicas?

Ya he escuchado bastante. Me voy hecha un vendaval hacia la casa. No me detengo hasta que no estoy sana y salva en mi habitación. Luego cierro la puerta de golpe y me quedo mirando el papel pintado antiguo y desconchado, respirando muy fuerte. ¿Cómo voy a sobrevivir a una semana con Demeter? No podré soportarlo. Tengo que irme de aquí.

Pero no puedo. Papá y Biddy me necesitan. Oh, dios...

Me tapo la cara con las manos. Maldita Demeter. Siempre tiene que estropearlo todo...

Y entonces caigo en algo aterrador: al minuto que Demeter me reconozca, todo saldrá a la luz. Papá y Biddy se enterarán de que me despidieron. De que lo del tiempo sabático era mentira. Se preocuparán, será horrible.

Estoy sentada muy quieta sobre mi cama, abrazando un cojín, con el cerebro a punto de estallar. Esto es muy serio. Tendré que protegerme. Prioridad número uno: que Demeter no se dé cuenta de quién soy.

Me conocía como Cat. Y si me asocia a algún lugar, es a Birmingham. Nunca pensaría en mí como en Katie, la hija de un granjero de Somerset. Y nunca se le ha dado muy bien reconocer a la gente. ¿Podría engañarla? ¿Puedo?

Me levanto despacio y me dirijo a mi viejo y destartalado armario. Hay un espejo de cuerpo entero en la puerta y me contemplo en él. Mi pelo ahora es rizado, diferente. Mi ropa es diferente. Mi nombre es diferente. Mi cara no es tan diferente, pero a ella se le dan fatal las caras. Me doy cuenta de que mi acento es diferente. Incluso podría intensificar más el acento de Somerset.

De repente me inspiro y cojo una paleta de sombra de ojos que me regaló Biddy hace años para Navidad. Evito todos los tonos neutros y voy directa al azul y al lila. Me aplico ambos en los párpados. Luego me pongo una gorra de béisbol que me dieron hace años en el parque de atracciones Bath & West y me vuelvo a mirar.

Me parezco tan poco a Cat como es físicamente posible.

—Qué pasa, tronca —le digo a mi reflejo—. Soy *la* Katie Brenner. Siempre he *vivío* en una granja. No he *estao* nunca en Londres yo.

Solo tengo un modo de saber si mi disfraz funcionará o no: probándolo.

Al entrar en la cocina, Biddy, que está etiquetando las mermeladas tranquilamente, me mira y dice:

—¡Madre mía! ¡Katie! Ese maquillaje es... muy...

—¡Nuevo look! —digo rápidamente, y me pongo a echar limonada en unos vasos que coloco en una bandeja—. He pensado en llevar limonada a la nueva familia, como se han perdido el té.

Mientras camino por el campo hacia la yurta de Demeter me noto muy nerviosa, pero me obligo a seguir con la cabeza gacha, un pie detrás del otro. Al acercarme, desacelero y levanto la vista.

Ahí está. Demeter. En carne y hueso. Siento un escalofrío al mirarla.

Está sentada en el porche, sola, con el *outfit* perfecto, justo lo que saldría en una revista sobre cómo vestirse para ir al campo. Pantalones anchos de lino gris, camisa sin cuello y babuchas de piel estilo marroquí.

—No, no hemos ido a Babington House esta vez —dice por el móvil—. Granja Ansters. Es muy muy nueva. ¿No la viste mencionada en el *Guardian*?

Suena tan petulante... Pero claro que suena así: ha descubierto «lo próximo».

—Sí, actividades artesanales. Una experiencia real de la vida en una granja. Y ya sabes lo que me apasiona la comida orgánica... ¡Absolutamente! Cosas simples. Comida local, artesanía local... Ah, sí, claro que las haremos. —Demeter escucha un momento—. *Mindfulness*, claro, es exactamente lo que le dije a James. Estas habilidades antiguas son tan buenas para los niños... lo sé. —Asiente con la cabeza con energía—. Una vuelta a los orígenes. Absolutamente... Y la gente es tan pintoresca. ¡Son la sal de la tierra!

Algo dentro de mí rompe a hervir. ¿Gente pintoresca? ¿Le parecemos pintorescos?

—Oye, te dejo que no tengo ni idea de dónde se ha metido mi familia... —Demeter se ríe ruidosamente—. Lo sé. Absolutamente. Bueno, te mantengo informada. *Ciao!*

Cuelga, hace *scroll* en la pantalla y le da unos toquecitos varias veces y luego se pasa la mano por el pelo. Parece estresada. Seguro que está superemocionada de volver a ser la primera en enterarse de algo, una vez más. Finalmente se guarda el móvil en el bolsillo y levanta la vista.

—Ay, hola —dice al verme.

Se me cierra el estómago, pero de alguna forma consigo mantener una

apariencia calmada.

—Hola, qué tal —la saludo con el acento más cerrado de Somerset que soy capaz de poner—. Bienvenida a la granja Ansters. Soy Katie, la hija del granjero. He vivido siempre aquí —añado para que quede claro.

¿Me estaré pasando? Estoy tan desesperada por que no se huela nada.

—Te he traído limonada —digo—. La hacemos aquí. Orgánica, claro.

—Ah, genial —dice Demeter, cuyos ojos se iluminan al escuchar la palabra *orgánica*—. ¿Me la puedes subir aquí?

Al subir al porche me tiemblan las manos. Seguro que me reconoce. Seguro que mira debajo de la visera de la gorra y dice: «Espera un momento...».

Pero no lo hace.

—Katie, tengo una pregunta. —Se para cuando le suena el móvil—. Perdona un segundo... ¿Hola? ¿Adrian? —Se le escapa una risita resignada —. No, no te preocupes, para qué son los sábados si no, ¿verdad? Sí, acabamos de llegar y he visto el correo de Rosa...

Noto un cosquilleo por todas partes. Es como si me hubiesen devuelto de golpe a la oficina. Rosa. Adrian. Nombres que no he escuchado en meses. Si cierro los ojos me veo ahí, sentada a mi mesa, escuchando el zumbido de la oficina, a mis compañeros tecleando, la silla de Sarah chirriando contra el suelo.

Y ahora recuerdo el último día: a Flora contándome que Demeter estaba en apuros. Algo sobre Sensiquo y una fecha de entrega. Pues parece que se deshizo del apuro bastante rápido. La voz de Flora vuelve a resonar en mi cabeza: «Cuando te estás tirando a uno de los socios de la empresa, nunca estás realmente en apuros, ¿no?».

—Sí, bien, eso son buenas noticias —dice Demeter—. ¿Puedes transmitírselo al equipo el lunes? Dios sabe lo mucho que necesitan que les suban la moral... Sí... De acuerdo. —Ahora está caminando arriba y abajo por el porche, como hacía en la oficina—. Lo sé, el concepto de las vacas felices es brillante. No recuerdo de quién fue la idea ahora mismo, pero...

Se me abren los ojos de la impresión. ¿Vacas felices? Fue mi idea. ¿Es que no se acuerda de nada?

Mientras la observo andar arriba y abajo, ignorándome por completo, me invade una oleada de angustia. Era mi idea; mi futuro; mi vida. Vale, no era una vida perfecta, pero era mi vida londinense y ahora está destrozada. Y lo

peor es que no ha servido de nada. Ni siquiera me recuerda. Y yo preocupándome por si me iba a reconocer... Menudo chiste.

Por un momento pienso en tirarle la limonada a la cabeza. Pero en vez de eso me quedo muy quieta, como una estatua de madera, con la bandeja en la mano, esperando a que acabe la conversación y suelte el móvil.

—Bueno —se dirige a mí—. ¿Por qué no dejas aquí la limonada? —Coge la hoja de actividades de la mesa y clava en ella sus uñas con manicura perfecta—. Soy alérgica al mimbre y veo que la actividad de mañana es tejer mimbre. También soy intolerante a las setas, así que tampoco puedo participar en la actividad de buscar setas del martes.

No sé si reírme o explotar directamente. ¿Quién es alérgico al mimbre? Solo Demeter.

—Ya veo. Bueno, las actividades son opcionales, así que...

—Sí, claro, pero si no tejo mimbre, ¿qué hago? —Demeter me clava los ojos—. ¿Hay actividades de sustitución? Obviamente, he pagado por tejer mimbre y por ir a buscar setas, así que creo que debería haber alguna otra actividad alternativa. Es lo que me parece a mí, vaya. Algo rústico. O yoga. ¿Ofrecéis yoga?

Dios, es una bruja cabezota.

—Encontraré una alternativa para usted —digo en mi mejor tono de atención al cliente—. Le encontraré una actividad a medida.

La expresión *a medida* le encanta, me lo había imaginado.

—¡Oh, algo a medida sería maravilloso! —Demeter coge un vaso de limonada—. La verdad —dice sonriendo ahora que sabe que lo tiene todo atado—, este sitio es precioso. Muy tranquilo. Creo que pasaremos una semana maravillosa y relajada.

Mientras vuelvo a la granja, soy un mar de emociones contrapuestas. No me ha reconocido. Me ha mirado a la cara y, aun así, no me ha reconocido. Eso está bien. Estoy a salvo. Mi secreto no saldrá a la luz. Todo va bien...

Pero... ¡dios! ¡Es que no la soporto! ¿Cómo voy a poder ser educada con ella toda una semana? ¿Cómo hago esto? Una sensación de injusticia me quema por dentro y no puedo aplacarla.

Podría inundar su yurta. Fácil. Esta noche. Salir con una linterna, arrastrar

la manguera hasta allí...

No. No, Katie. Basta.

Con un esfuerzo supremo, aparto las fantasías vengativas que han empezado a aparecer en mi mente. Puede que Demeter sea la clienta más influyente que ha venido hasta la fecha. No puedo dejar que vuelva a Londres diciendo que la granja Ansters es una mierda. Tenemos que hacer que ella y su familia lo pasen de fábula.

Oh, pero... pero...

Me siento sobre un tronco y me quedo contemplando el paisaje melancólica. Tengo que poner mi humor a raya antes de entrar; si no, Biddy lo notará. Al cabo del rato aparece Steve y, a mi pesar, sonrío.

Lleva los cascos puestos y camina haciendo extraños pasos de baile con los brazos. Los reconozco del baile de quinto grado. A lo mejor es que está practicando para su boda.

Ay, no, seguro que es eso lo que está haciendo. Me tapo la boca con la mano un segundo y luego vuelvo a controlarme.

—Eh, Steve. —Le hago una señal con la mano para captar su atención, se quita los auriculares y se acerca trotando—. Oye, puede que necesite una ayuda extra mañana. Una de las huéspedes quiere una actividad a medida.

—¿A medida? —Pone cara rara—. ¿Como qué?

—No sé. —Suspiro—. Tendré que inventarme algo. No puede tejer mimbre porque es alérgica.

—¿Qué huésped?

Steve mira las yurtas.

—Está en la yurta Prímula. Se llama Demeter.

—¿De-me-ter?

Steve parece tan desconcertado como papá.

—Lo sé. —Me encojo de hombros—. Es griego antiguo. Significa «diosa de las cosechas».

—¿De las cosechas? —Steve se queda pensativo—. Pues que coseche fresas si quiere.

Lo pienso. ¿Impresionaría a Demeter una actividad que consista en cosechar fresas?

—Puede. Aunque no es muy artesanal, ¿no? Quiere aprender habilidades de la granja. O hacer yoga, pero no ofrecemos yoga. —Lo miro—. ¿Tú qué haces mañana? ¿Podría ayudarte en lo que sea que tengas que hacer? Ya

sabes, ¿en actividades genuinas de la granja?

—Tengo que estercolar. —Se encoge de hombros—. No creo que quiera hacer eso.

—¿Estercolar? —No puedo evitar reírme—. Oh, eso sería ideal: «Hola, Demeter, bienvenida a tu mañana de esparcimiento de estiércol».

—Lo tendría que haber hecho ayer —añade Steve—, pero tu padre quiso que arreglase un par de vallas. —Me lanza una de sus miradas reprobatorias —. A ver, no es que culpe a los *glampers* ni nada, pero ¿has visto cómo están los escalones que dan al campo norte?

Asiento ausente, escuchándolo solo a medias. Me consume la imagen de Demeter en un estercolero. Demeter cayendo. Demeter cubierta de estiércol.

—Y la basura —prosigue Steve—, que ya sé que les gustan los pícnics y eso, pero...

O a Demeter recogiendo rocas. Demeter escardando un campo entero con la azada. Demeter recibiendo su merecido por fin...

De pronto, una idea crece en mi interior. Una idea malvada y retorcida. Una idea que hace que quiera abrazarme a mí misma. Porque *a medida* significa que yo estoy al cargo. Quiere decir que puedo ordenarle hacer lo que me dé la real gana.

Ya está. Por fin voy a devolvérsela. ¿Demeter quiere ser rural? ¿Quiere experimentar la vida en la granja? ¿Quiere algo auténtico?

Pues yo se lo voy a dar.

13

Según la rutina de la granja Ansters, tras el desayuno, a las diez en punto más o menos, hacemos sonar una campana y todo el mundo que quiere participar en las actividades se reúne en el patio. Hoy son todos los *glampers*, y cuando las familias se juntan se escucha un agradable alboroto. Son tan fotogénicos que tomo unas fotos para la web. Por supuesto, la familia de Demeter es la más fotogénica de todas.

Demeter lleva otro combo rural-chic de camiseta y pantalón de lino de corte Capri. Su hija Coco parece una modelo, con sus largas piernas, sus shorts vaqueros y la melena ondeando al viento. Supongo que algún ojeador de Topshop ya la habrá fichado. De hecho, seguro que es la portada del *Teen Vogue* del mes que viene. Su hijo, Hal, parece majo. Tiene el pelo rubio y de punta, y una cara atractiva y afable desprovista de un solo grano. Por supuesto. Seguro que Demeter conoce un remedio secreto milagroso (y orgánico) contra los granos que solo comparte la gente que vive en el distrito W12 de Londres.

El marido, James, es esbelto, tiene una sonrisa burlona y esas patas de gallo que hacen atractivos a algunos hombres a partir de cierta edad. Habla con los niños y estos se parten de la risa, así que supongo que encima deben de tener una relación fabulosa, además de ser guapísimos y tener un montón de ropa guay y mucho talento y muchas aficiones y todo. Lleva unos vaqueros cortados con una camiseta gris y unas deportivas marrones de ante de edición limitada que vi una vez en la revista *Style*. Está claro que es tan *early adopter* como Demeter: los dos se enteran de las tendencias antes que nadie. Mientras los observo, Coco empuja a su padre en el pecho, juguetona, y luego apoya la cabeza en su hombro, mientras que Hal sigue absorto en su iPhone. La última versión, claro.

—¡Buenos días! —saluda papá a la multitud—. ¡Y bienvenidos a la granja Ansters!

De la nada emerge un «¡Hurra!». Papá consigue que los *glampers* vitoreen cada semana y no tengo ni idea de cómo lo hace. Creo que en una vida

pasada debió de ser vocero para una feria. O a lo mejor maestro de ceremonias en un circo.

—Esperamos que tengáis muchas ganas de realizar nuestras divertidas actividades de hoy. —Papá sonríe—. Niños, vosotros haréis el circuito de obstáculos del granjero Mick, con premios para todos, ¡claro!

Se escucha otro «¡Hurra!» y papá sonríe de oreja a oreja.

—Vosotros los mayores tenéis la actividad de tejido de mimbre con Robin.

Papá empuja a Robin, que es muy tímido y tiene mucha barba, para que dé un paso al frente. Es nuestro experto local en tejido de mimbre. (También enseña canto de madrigales, produce su propia cerveza y cría hurones. Cosas que pasan en Somerset...)

—Y los adolescentes deberéis decidir: ¿tejer mimbre o el circuito de obstáculos? Solo os diré que a los que tejen no les dan dulces caseros...

Veo a Coco y a Hal frunciendo el ceño y mirándose para decidir qué es menos *cool*, si sortear obstáculos o fabricar cestos. Pero no puedo dejar que me distraigan: tengo que iniciar mi plan con Demeter. Aunque no me reconociese ayer, no voy a bajar la guardia. Así que anoche me teñí el pelo con un baño de color azul, algo que solía hacer para los festivales de música. Además, hoy llevo gafas de sol. De lejos parezco una completa desconocida.

—¡Buenos días! —digo en mi acento más cremoso de Somerset, y me dirijo adonde está—. Nos conocimos ayer, soy Katie y hoy te guiaré por tu programa a medida. Es un programa que abarca cuerpo, mente y espíritu, e intenta refrescar, relajar y restaurar. ¿Lista para empezar?

—¡Absolutamente! —dice Demeter, y saluda con la mano a su familia para despedirse—. ¡Adiós, chicos! ¡Que os divirtáis!

—Recuerdo que ayer me preguntaste si ofrecíamos yoga —empiezo a decir cuando nos apartamos del barullo—; por desgracia, no ofrecemos yoga en la granja Ansters. Pero en su lugar conocemos una antigua práctica druídica, Vedari. Se parece al yoga, pero es un poco más exigente.

—Vedari... —repite Demeter—. Ni siquiera había oído hablar de ella.

—Muy poca gente la conoce. Es muy especial, muy antigua, muy espiritual. Aunque creo que Gwyneth Paltrow la practica. —Veo que se le iluminan los ojos. Sabía que la carta de Gwyneth Paltrow tocaría algunas teclas con Demeter—. Así que primero haremos una sesión particular de Vedari a campo abierto. Luego cambiaremos de emplazamiento y empezaremos nuestra actividad ecuestre particular para combatir el estrés. Y,

finalmente, será hora de almorzar. —Sonrío.

—Suena fenomenal —dice Demeter, que ha estado escuchando muy atenta —. Es exactamente lo que tenía pensado. ¿Necesito algún equipamiento?

—Solo a ti misma. —Le sonrío inocente—. Solo tráete a ti misma. ¿Preparada?

Demeter está buscando algo en su móvil.

—Un minuto —dice ausente—. Quiero comprobar una cosa mientras todavía hay cobertura...

Apuesto a que sé lo que está haciendo. Y, por supuesto, un momento después levanta la cabeza.

—¡Vedari! ¡Aquí está! La Asociación Nacional de Vedari... Antiguo y poderoso... Para agilizar la mente y el cuerpo... Suena fantástico. ¿Cómo es que no he oído hablar de ello antes?

Porque me lo he inventado, querría contestar. Porque la web que acabas de encontrar la creé ayer y la colgó Alan anoche, en unos cinco minutos.

—Como te decía —sonrío—, es algo muy especializado. ¿Empezamos?

Guío a Demeter por los campos y abro los brazos mientras caminamos.

—Como ya sabrás, el sudoeste es una zona muy espiritual. Hay líneas ley por todas partes, antiguos círculos de piedras...

—Stonehenge —añade Demeter, al quite, en plan «soy superlista y estoy en un concurso de la tele».

—Eso es —asiento—. Stonehenge es el más famoso. Pero aquí en la granja Ansters tenemos suerte de tener nuestro propio círculo druídico. Ya no se puede ver, pero está ahí, y eso lo convierte en el lugar perfecto para iniciar nuestra práctica de Vedari.

Pasamos por el campo de olmos y unas cuantas vacas se ponen a andar hacia nosotras. Son de Jersey, de actitud muy dócil, pero también muy curiosas. Noto que Demeter se pone tensa a medida que se nos acercan. ¿Le darán miedo?

—¿Tienes experiencia con vacas? —le pregunto con educación.

Recuerdo a Demeter en aquella reunión de trabajo, dándonos una lección a todos sobre el campo.

—No exactamente... —dice tras una pausa—. Son muy grandes, ¿no? ¿Qué están haciendo? —añade con voz temblorosa cuando una vaca se acerca a ella y la observa con sus preciosos y enormes ojos oscuros—. ¿Qué quieren?

Se ha puesto pálida de golpe. Ay, dios. Después de todo el sermón que nos

pegó en la oficina ¡y resulta que a ella también le dan miedo las vacas, como a Flora!

—No te preocupes —digo, toda amabilidad—. Sigue caminando, ya casi estamos...

Subimos unos escalones y conduzco a Demeter a través de un campo de seis acres. Es un campo totalmente insulso. Se suele usar para que paste el ganado, así que hay boñigas de vaca secas por todas partes, y también un pequeño bosquecillo de robles. Pero, aparte de eso, no es nada del otro mundo. Ni siquiera tiene buena vista.

Al volverme hacia Demeter, adopto una expresión de reverencia.

—Este es el campo sagrado —digo—. Los druidas vivieron y rezaron aquí, y poderosas líneas ley recorren el subsuelo. Si te concentras, podrás notarlas. Aunque para ello debes estar abierta a tu yo espiritual, claro. No todos nuestros huéspedes son capaces de captar las vibraciones.

Vuelvo a tocar las teclas que sé que harán reaccionar a Demeter. Ni loca va ella a aceptar fracasar en nada, ni siquiera en captar vibraciones druídicas.

Cierra los ojos y, efectivamente, a los tres segundos más o menos los abre y proclama:

—Hay un aura especial aquí, ¿no es eso?

—Veo que lo has notado. —Sonrío—. Excelente. Debe de ser algo innato en ti. Ahora deberás ponerte el traje de Vedari. Si quieres, puedes hacerlo en aquel bosquecillo.

Meto la mano en mi bolsa de yute de la granja Ansters y extraigo un saco. Lo costumicé anoche recortando unos agujeros para la cabeza y las manos. Es la prenda más fea y que más rasca del mundo, pero mientras se la muestro a Demeter consigo poner cara de póquer.

—Yo no me lo voy a poner —digo—, porque soy la líder de la ceremonia. Solo lo llevan los discípulos. —Veo la cara que pone Demeter al tocar el saco y por un momento creo que se va a negar—. Me parece que Gwyneth Paltrow está pensando en venderlos en su web —añado como si tal cosa—, por si estás interesada en avanzar en Vedari, digo.

—Bien. —Los ojos de Demeter se abren como platos—. Vaya, es muy... auténtico, ¿no? —añade acariciando la rasposa arpillera.

—Es fácil encontrar imitaciones baratas —digo muy seria—. Pero este es de verdad. Si alguna vez adquieres un traje de Vedari, asegúrate de que provenga del sudoeste. Ahora, vayamos al bosque. —Señalo el bosquecillo

—. La primera parte de la ceremonia se llama Belleza. Esta va seguida de Verdad, y finalmente de Contemplación. —Le doy otra bolsa de la granja Ansters—. Si quieres, puedes poner tu ropa aquí. Quítate también los zapatos.

Estoy a punto de descomponerme de la risa cuando Demeter desaparece detrás de un árbol. Es increíble que una persona tan inteligente como ella pueda convertirse en una tontaina crédula en cuanto se le dicen las palabras *orgánico, auténtico* y *Gwyneth Paltrow*.

Pero no me río. Sigo metida en mi personaje y voy recogiendo barro y ramitas del suelo que meto en un bol de madera. Cuando aparece Demeter, visiblemente incómoda dentro del saco, aprieto los labios para no estallar.

—Perfecto —consigo decir—. Ahora, como he dicho, empezaremos con Belleza. El barro de este campo tiene propiedades nutritivas especiales para la piel. Los druidas lo sabían y por eso cada ceremonia empezaba con la aplicación de barro en la cara.

—¿Barro? —Demeter mira el bol y veo consternación en sus ojos—. ¿Ese barro?

—Piensa en ello como en una mascarilla facial druídica. Es totalmente natural y orgánica, con nutrientes antiguos. —Froto el barro entre las palmas —. Mira. Es precioso.

No es precioso. Es barro asqueroso, huele fatal y seguro que tiene un poco de boñiga.

—Bien. —Demeter sigue mirando el barro con cara de susto—. Entonces... ¿Gwyneth Paltrow también hace esto?

—Estoy segura de que sí —digo con expresión serena—. Y ¿has visto su piel? Cierra los ojos.

Casi me parece que Demeter se va a negar. Pero entonces cierra los ojos y empiezo a aplicarle barro en la cara.

—¿Ves? —digo animada—. ¿Notas las cálidas cualidades naturales del barro? —Cojo más y se lo sigo aplicando en la cara. Le pongo un poco en el pelo—. También se puede usar como mascarilla —añado—. Estimula el crecimiento y evita que el pelo se vuelva gris.

Dios, qué bien me siento. Empiezo a azotar la cabeza de Demeter cuando le aplico el barro en el pelo y aún me siento mejor. Plas, plas, plas. Venganza por hacerme teñirle las raíces.

—¡Ay! —exclama Demeter.

—Es para mejorar la circulación —digo con rapidez—. Y ahora, el

exfoliante de corteza.

—¿Qué?

Antes de que pueda decir nada más, empiezo a restregarle ramitas por la cara.

—Inhala —le instruyo—. Respiraciones largas y profundas. Así te beneficiarás de los aromas naturales de la corteza.

—¡Ay! —dice Demeter de nuevo.

—Esto está haciendo maravillas en tu piel —digo—. Ahora, otra mascarilla de barro para que penetre bien.

Le pego otra capa de barro en la cara y luego doy un paso atrás y echo un vistazo a Demeter. Está hecha un cromo. El saco le cuelga de lado por los hombros. Tiene el pelo apelmazado y la cara llena de gruesas capas de barro y, justo cuando la miro, le cae un pegote al suelo.

Una carcajada empieza a formarse en mi interior, pero no puedo dejarla salir. No debo.

—Muy bien. —Consigo seguir metida en mi papel—. Ahora, pasemos a la parte activa de la ceremonia. La llamamos Verdad.

Demeter se toca el pelo y la cara, y se encoge de dolor.

—¿Tienes agua? —pregunta—. ¿Me puedo quitar ya esto?

—¡Oh, no! —digo como si estuviese muy sorprendida—. Debes dejarte el barro puesto para obtener todos sus beneficios. Vamos.

La guío por el bosquecillo de vuelta al campo. La veo evitar cacas de vaca con los pies descalzos y otra carcajada crece dentro de mí. Ay, dios, no, no te rías.

—Bien —digo deteniéndome—. Colócate frente a mí. Quedémonos en silencio un momento. —Pongo las manos en una postura como de rezo de yoga y Demeter hace lo mismo—. Ahora, agáchate sobre tus manos y toca el suelo.

Acto seguido, Demeter se inclina hacia el suelo. La verdad es que es muy flexible.

—Muy bien. Ahora, levanta la mano derecha hacia el cielo. Esta postura es la del Significado.

Inmediatamente, Demeter eleva la mano bien alta hacia el cielo. Dios, cómo le gusta superar sus límites. Seguro que espera que le diga que lo hace mejor que Gwyneth Paltrow o algo así.

—Excelente. Ahora, levanta la pierna opuesta hacia el cielo. Esta postura

es la del Conocimiento.

La pierna de Demeter se levanta, esta vez algo más temblorosa.

—Ahora, levanta la otra pierna —digo—. Es la postura de la Verdad.

—¿Qué? —Demeter alza la cabeza—. ¿Cómo voy a levantar la otra pierna a la vez?

—Es la postura de la Verdad —digo con una sonrisa implacable—. Fortalece las extremidades y la mente.

—Pero ¡es imposible! ¡Nadie puede hacer eso!

—Es una postura avanzada —digo encogiéndome de hombros.

—¡Enséñamela!

—No llevo el traje de Vedari —contesto apesadumbrada—, así que no puedo. Pero no te preocupes, eres principiante, así que no te esfuerces demasiado. No intentaremos la postura de la Verdad hoy.

Esto es como enseñarle un paño rojo a un toro y Demeter responde como esperaba.

—Seguro que sí puedo hacerlo —dice Demeter—. Estoy segura de que puedo.

Intenta levantar la otra pierna hacia el cielo y se desmorona, aterrizando sobre una plasta de vaca.

—Mierda —suena totalmente decepcionada—. Vale, hay algo que no estoy haciendo bien.

Vuelve a intentarlo y a caerse, esta vez sobre una boñiga distinta.

—Cuidado con los excrementos de vaca —digo educadamente.

Demeter se esfuerza por adoptar la postura cinco veces más y en cada una cae sobre una caca distinta. Ahora va llena de excrementos por todas partes, tiene la cara roja como un tomate y está furiosa.

—Basta —digo con voz serena—. El Vedari dice que uno no debe intentar sobrepasar los límites impuestos por la edad.

—¿Edad? —Demeter se queda lívida—. ¡No soy ninguna vieja!

—Pasemos ahora a la fase de Contemplación. —Llevo a Demeter a una zona de hierba en la que no hay excrementos—. Túmbate y utilizaremos las antiguas piedras druídicas para relajar tus músculos y tu mente.

Los ojos de Demeter observan el suelo con cuidado y al final se tumba.

—Bocabajo —le digo.

Con cara de asco al ver el barro que hay bajo la hierba, Demeter se da la vuelta.

—Bien, esta es la versión druídica de un masaje con piedras calientes. Es muy similar, excepto que las piedras no se calientan artificialmente. Solo disponen del calor que les ofrece la Madre Tierra.

He recogido unas cuantas piedras y rocas, y las coloco sobre la espalda de Demeter.

—Ahora, relájate —le digo—. Siente las energías de las piedras penetrar tu cuerpo. Te dejaré sola para que puedas meditar. Libera tu mente —añado sobre mi hombro mientras me alejo—. Siente el aura antigua de las líneas ley. Cuanto más te concentres, más beneficios recibirás.

Camino hasta estar fuera de su campo de audición y luego me siento en la hierba, con la espalda apoyada en un árbol. Pese a que hace sol, hay un poco de brisa, así que me cubro con mi Barbour. Luego saco el iPad de mi bolsa de yute y veo un viejo episodio de *Friends* que ya tenía descargado. Lo estoy viendo, pero a cada poco echo un vistazo hacia donde está Demeter para comprobar qué tal va. Todo el rato espero que se levante, pero no lo hace. Está aguantando. Es más dura de lo que había imaginado. De hecho, no puedo evitar sentir admiración hacia ella.

Llego al final del episodio, me dirijo adonde está y veo que sigue tumbada. Solo dios sabe cómo se debe de sentir, bocabajo sobre un campo frío y ventoso, lleno de excrementos de vaca.

—Voy a quitarte las piedras. —Empiezo a apartarlas de su espalda—. Según la antigua creencia, tu estrés desaparecerá con ellas. ¿Qué tal tu meditación? —añado serena—. ¿Has podido entrar en comunión con un poder más elevado?

—Oh, sí —dice Demeter *ipso facto*—. He podido sentir un aura, definitivamente.

Cuando se levanta, noto algo de simpatía por ella. Tiene la cara aplastada de tenerla contra el suelo y barro seco por todas partes. Su pelo parece un nido de pájaro. Tiene la piel de gallina en las piernas y los brazos, y de repente veo que le castañetean los dientes del frío. Mierda. Tampoco quiero que coja una hipotermia.

—Ten mi chaqueta —le ofrezco alarmada, y le paso mi maltrecho y viejo Barbour—. Estás helada. Es una práctica muy exigente, quizá demasiado.

—No, gracias, qué va, no tengo nada de frío. —Demeter mira la chaqueta con cara altanera—. Y a mí no me ha parecido tan exigente —dice levantando la barbilla de esa forma tan arrogante y tan suya—. En realidad

me ha parecido muy estimulante. Creo que tengo aptitudes naturales para este tipo de cosas.

De golpe, cualquier simpatía que hubiese sentido por ella se desvanece. ¿Por qué tiene que ser siempre tan prepotente?

—Genial —digo con amabilidad—, me alegro de que te haya funcionado.

La guío de vuelta por los campos y veo que sigue teniendo la piel de gallina. Le ofrezco la chaqueta dos veces más, pero la rechaza en ambas ocasiones. Demonios, qué testaruda es.

—Por cierto —dice Demeter en tono autoritario cuando cierro la verja del campo de los olmos—, quería mencionarte algo. El muesli casero del desayuno está bueno, pero realmente creo que debería incluir semillas de chía. Es solo una sugerencia. O bayas de goji.

—Ya lleva bayas de goji —le digo, pero no me está escuchando.

—O ¿cómo se llama esa otra semilla nueva? —Frunce el ceño—. Es un nuevo superalimento. Supongo que no habrá llegado por aquí.

Me lanza una mirada amable pero paternalista y se me eriza el vello. No, claro que no, ¿cómo íbamos a conseguir la nueva semilla de la que todos hablan en el campo, que es precisamente donde crecen las semillas?

—Seguro que no. —Fuerzo una sonrisa educada—. Pasemos a la siguiente actividad.

De camino a los establos dejo que Demeter se vista de nuevo y cuando cree que no la veo, la pesco quitándose la mayor parte del barro de la cara. Luego insiste en que paremos para revisar su correo en el móvil.

—Trabajo en algo que se llama *branding* —me dice mientras salta de un correo electrónico a otro, y yo le sonrío con educación. *Branding*. Ya, sí, me acuerdo del *branding*—. Vale, hecho. —Deja el móvil y se dirige a mí con su habitual tono autoritario—: Llévame a los establos.

Los establos suena mejor de lo que es. Hay cuatro cuadras destartaladas y una pequeña sala para almacenar sillas y demás, pero solo un caballo. Tenemos a Carlo desde siempre. Es un gran caballo percherón y papá siempre amenaza con deshacerse de él, pero nunca acaba haciéndolo porque la verdad es que todos lo queremos un montón. Además, el viejo Carlo tampoco da demasiado trabajo. Vive fuera la mayor parte del año y es un

animal con muy buen carácter. Bastante vago también. Muy vago.

Ayer lo hice meter especialmente para esto. También pinté un letrero con la inscripción SANTUARIO EQUINO y lo puse en la puerta de la valla del establo.

—Pues bien —digo cuando nos acercamos—. Ahora toca la actividad ecuestre para liberarse del estrés. ¿Te gustan los caballos, Demeter? Ten, ponte esto.

Le paso un casco de montar que seguramente no le va bien, pero es para que se proteja un poco. Ya sé que Demeter no sabe montar porque una vez la oí mencionarlo en el trabajo. Pero seguro que se inventará una u otra historia y, por supuesto, ahí está ya levantando la barbilla bien alta.

—Ah, sí. Caballos. Montar, no he montado nunca, pero sé mucho sobre caballos. Tienen un alma muy especial. Muy sanadora.

—Totalmente —asiento—. Y ahí es donde queremos llegar hoy. Esta actividad versa sobre entrar en comunión con el caballo y continuar con esa tradición tan antigua.

—Maravilloso —dice Demeter, convencida—. Las tradiciones antiguas son maravillosas.

—Este caballo es particularmente místico. —Me acerco a Carlo y le acaricio el lomo—. Calma a la gente. Les provoca paz.

Esto es una gran mentira. Carlo es tan vago que la emoción que provoca en la mayoría de la gente es frustración. Pero ni pestañeo mientras continúo:

—Carlo es lo que llamamos un caballo Empatía. Clasificamos nuestros caballos según sus cualidades espirituales: Energía, Empatía y Detox.

Mientras lo estoy diciendo creo que he ido demasiado lejos. ¿Un caballo Detox? Pero Demeter parece estar tragándoselo todo.

—Increíble —murmura.

Carlo resopla y sonrío a Demeter.

—Creo que le gustas.

—¿En serio? —Demeter se sonroja un poco y todo, complacida—. ¿Lo monto?

—No, no. —Me río con ganas—. No es una actividad ecuestre, es una actividad de conexión. Y para ello usaremos algo que se forjó en esta granja hace muchas generaciones. —Cojo mi bolsa de yute y adopto una expresión de temor reverencial—. Esto —digo en un susurro— es un auténtico gancho limpiacascos. Ha sido usado en la granja Ansters desde la Edad Media.

Otra mentira. O a lo mejor no. ¿Quién sabe? Es un limpiacascos de hierro y

lleva en el establo desde que recuerdo. Así que, ¿sabéis qué? Que a lo mejor resulta que es medieval y todo.

—Limpiaremos las pezuñas de Carlo siguiendo el método tradicional y auténtico de Somerset.

—De acuerdo. —Demeter asiente atenta—. Entonces ¿hay métodos distintos dependiendo del condado?

—Esto es un ejercicio de confianza —prosigo ignorando su pregunta, que, por otra parte, era bastante sensata— y de empatía. Y de buen entendimiento. Coge la pata delantera de Carlo y levántala. Así.

Me apoyo en Carlo, muevo las manos por su pata para tranquilizarlo, le cojo la pezuña y la levanto. Luego la vuelvo a dejar.

—Tu turno —digo, y sonrío a Demeter—. Sentirás el poder del animal canalizándose a través de tus manos.

Con cara de aprensión, Demeter se pone en la misma posición, baja las manos por la pata de Carlo e intenta levantarle la pezuña. Pero, obviamente, él no le permite hacerlo. Está demasiado nerviosa y Carlo puede ser un viejales muy cabezota.

—Intenta hablar con él —sugiero—. Intenta acceder a su alma. Preséntate.

—Bien. —Demeter se aclara la garganta—. Esto... Hola, Carlo. Soy Demeter y estoy aquí para limpiarte las pezuñas.

Vuelve a estirar la pezuña de Carlo, pero no consigue nada. Una vez que Carlo pone la pata en el suelo, es como si estuviese pegado a él.

—No puedo hacerlo —afirma.

—Inténtalo otra vez —la animo—. Baja las manos con calma por su pata. Alábale.

—Carlo. —Demeter vuelve a la carga—. Eres un caballo magnífico. Ahora mismo me siento muy conectada contigo.

Demeter estira desesperadamente, con la cara aún llena de barro, pero sé que no lo va a conseguir en la vida.

—Espera, déjame a mí —digo, y levanto la pezuña de Carlo—. Ahora coge el limpiacascos y quítale el barro. Así.

Retiro una cantidad minúscula de barro y luego le paso el gancho a Demeter. Reprimo una risita al ver su cara de asco. A ver, no la culpo. Es un trabajo horripilante. Las pezuñas de Carlo son enormes y tiene el barro incrustado como si fuese cemento.

Ja.

—Bien. Allá voy. —Demeter empieza a rascar el barro—. ¡Vaya! —dice al cabo de un rato—. Es bastante... difícil.

—Es muy auténtico —digo en un tono superamable—. Algunas cosas es mejor hacerlas a la vieja usanza, ¿no crees?

«Como las malditas encuestas a boli —pienso—. Esas también eran a la vieja usanza.»

Para cuando Demeter ha acabado con las cuatro pezuñas, está toda sudada y respira con dificultad.

—Muy bien. —Le sonrío—. ¿No notas ahora una maravillosa conexión con Carlo?

—Sí. —Casi no puede ni hablar—. Creo... Creo que sí.

—¡Bien! Ahora ha llegado el momento de nuestra actividad de depuración con *mindfulness*.

Saco a Carlo y lo ato. Luego le doy a Demeter una escoba vieja y digo con cara seria:

—Esta escoba ha sido usada durante generaciones. A través de su mango sentirás la dignidad del trabajo honrado. Cuando eliminas las heces del establo, eliminas las heces de tu propia vida. —Le acerco una horca—. Puede que esto te ayude. Pon la paja sucia en el carro.

—Un momento. Espera. —Demeter tiene la mirada desconfiada que le recuerdo de la oficina—. No lo entiendo. —Coge la escoba—. ¿Esto es metafórico?

—Metafórico y real —asiento—. Es muy astuto por tu parte, Demeter.

—¿El qué?

Demeter parece confundida.

—Para poder barrer cualquier tipo de basura metafórica, uno debe barrer la basura real. Es entonces cuando la actividad se convierte en algo *mindfulness*, cuando estamos presentes, y podemos beneficiarnos de ella. Por favor, no esperes. Empieza —le digo, y señalo la paja llena de estiércol.

Demeter se queda quieta un momento, pasmada. Y luego, como una especie de esclava obediente, empieza a barrer de forma tan diligente que noto otra punzada de admiración.

La verdad, bien por ella: ni se ha quejado ni ha lloriqueado al ver el lío que hay aquí, como unos niños el otro día que querían aprender a cuidar a un poni y luego dijeron que olía muy mal y salieron corriendo, dejando que lo limpiase yo todo.

—¡Bien hecho! —digo para animarla—. Muy bien.

Voy afuera y saco de mi bolsa el termo de café que he preparado antes. Me estoy sirviendo una taza cuando aparece Steve Logan. Mierda. No quería que nadie fuese testigo de mis actividades a medida.

—¿Por qué está aquí? —dice al ver a Carlo atado. Luego ve a Demeter en el establo—. ¿Qué demonios...?

—¡Chis! —Lo cojo rápido y lo llevo donde no pueda oírnos Demeter—. No digas nada.

—¿Es una *glamper*?

—Sí.

—Pero está apilando mierda.

—Lo sé. —Pienso con rapidez—: Es que.. quería hacerlo.

—¿Quería hacerlo? —pregunta Steve, sorprendido—. ¿Quién quiere apilar mierda en sus vacaciones? ¿Está loca?

Lo veo tan fascinado que se me disparan las señales de alarma. Si no voy con cuidado es capaz de empezar a hacerle preguntas a Demeter. De repente decido confiar en él.

—Mira, Steve, hay algo más, ¿vale? Pero si te lo digo... —bajo la voz—. Es que es un secreto, ¿sabes?

—Claro. —Steve asiente con cara seria.

—Lo digo de verdad.

—Y yo. —Steve baja la voz hasta un susurro sepulcral—. Lo que se dice en el establo, se queda en el establo.

Eso es tan poco cierto que quiero poner los ojos en blanco, pero ya que he empezado a confiar en él, mejor paso. En su lugar, me lo llevo más lejos, al cobertizo donde guardamos las sillas, fuera de la vista de Demeter.

—Conozco a esta mujer —digo en voz muy baja—. De antes. De Londres. Y es... —Pienso en cómo decirlo—. Me la jugó. Así que se la estoy devolviendo.

Tomo varios sorbos de café mientras el mensaje llega al cerebro de Steve.

—Vale —dice por fin—. Lo pillo. Por eso la haces apilar mierda. Guay. —Luego frunce el ceño como si hubiese detectado un fallo en el plan—. Pero ¿cómo has conseguido que haya querido apilar mierda?

—Porque le he dicho que era una actividad *mindfulness*, supongo. —Me encojo de hombros—. ¡Yo qué sé!

Steve se queda tan perplejo que no puedo evitar reírme. Bebe un poco de

mi café y me mira pensativo.

—Ahora te cuento yo un secreto y así estamos en paz.

—Oh —digo asustada—, oye, no, Steve, no quiero saber...

—Kayla no me pone en la cama.

—¿Qué?

Lo miro espantada.

—Ya no —desarrolla—. Antes sí, pero...

—¡Steve! —Me llevo la mano a la boca—. No me cuentes esas cosas.

—Es que es verdad —dice con cara de lúgubre triunfo—. Ahora ya lo sabes. —Me mira de soslayo—. Puede que eso cambie las cosas.

—¿Qué? —Le miro—. Que cambie ¿el qué?

—Sacar los trapos sucios. —Me mira con sus ojos saltones—. Nueva información. Haz lo que quieras con ella.

Oh, dios. ¿Quiere decir que...? No, no quiero saber lo que quiere decir.

—No voy a hacer nada con ella —digo convencida.

—Pues solo piénsalo. —Se da un golpecito en la cabeza—. Tú piénsalo.

—¡No! ¡No voy a pensar en ello! Steve, tengo que irme. Te veo luego.

Me apresuro al establo y al llegar me quedo petrificada. Demeter ya no está barriendo, ni está al teléfono ni caminando arriba y abajo impaciente. Está de pie junto a Carlo, con las manos sobre su lomo, y él tiene la cabeza sobre el hombro de ella como para darle un abrazo.

Pestañeo sorprendida. Es algo que le enseñé a Carlo hace años, aunque rara vez lo hace de manera espontánea. Pero ahí está, abrazando a Demeter a su ecuestre manera. Me he inventado lo de caballo Empatía como broma... pero ahora veo que es verdad. Demeter tiene los ojos cerrados y los hombros caídos. Parece con la guardia baja, exhausta, como si hubiese estado fingiendo todo el tiempo, incluso en vacaciones.

El problema de Demeter, pienso al mirarla, es que nunca descansa. Nunca para. Incluso cuando se está relajando en vacaciones sigue siendo ultracompetitiva y se preocupa de las semillas de chía. A lo mejor tendría que pasarse un fin de semana viendo la tele y comiendo Corn Flakes, y descansar.

Le hago una señal a Steve para que se acerque al establo sin hacer ruido; luego me siento sobre un cubo puesto del revés. Los hombros de Demeter tiemblan un poco y me quedo impresionada. ¿Está llorando? A ver, que yo he llorado sobre la crin de diferentes ponis a lo largo de mi vida, pero ni en un millón de años me hubiese imaginado a Demeter...

Ay, dios, ¿no me digas que mi falsa actividad ecuestre para liberar el estrés ha funcionado de verdad? ¿He conseguido desestresar a mi exjefa?

Esa no era en absoluto mi intención de toda esta mañana. Pero al seguir sentada y observarlos a ella y a Carlo fundidos en su abrazo no puedo evitar notar un calorcillo por dentro. Como pasa cuando ves dormir a un niño o brincar a una oveja o beber un sorbo de agua a un corredor de maratón. Piensas: «Lo necesitaba», y notas cierta satisfacción por ellos, sean quienes sean.

Y lo único que me confunde es... ¿por qué? Si Demeter tiene la vida perfecta. ¿Por qué está llorando contra el lomo de Carlo, por el amor de dios?

Al poco levanta la cabeza y me ve y da un respingo. De inmediato coge un pañuelo y empieza a secarse las lágrimas.

—Estaba... tomándome un momento —dice rápidamente—. Ya he acabado de apilar. ¿Qué hago ahora?

—Nada —le digo acercándome—. Ya hemos acabado por hoy. Ahora iremos a la granja y podrás lavarte la cara o ducharte, lo que quieras, antes de almorzar. —Le doy una palmadita afectuosa a Carlo y luego me vuelvo de nuevo hacia Demeter—. Entonces ¿te ha gustado la actividad?

—Oh, ha estado muy bien —dice Demeter—. Muy desestresante. Deberíais ofrecerla a todos los huéspedes. Tendría que estar en el folleto. De hecho, deberíais tener un folleto separado con todas las actividades.

Su viejo talante autoritario vuelve a emerger, pero me interesa más la Demeter que acabo de ver hace un momento. La Demeter vulnerable, llena de lágrimas.

—Demeter —le digo con cautela mientras nos alejamos del establo—. ¿Estás... bien?

—¡Pues claro que estoy bien! —dice sin mirarme a los ojos—. Solo estoy un poco cansada, eso es todo. Siento haber perdido el control. Qué vergüenza. No es nada típico de mí.

Tiene razón. No lo es; al menos no de la Demeter que yo conozco. Pero ¿y si hay una Demeter distinta de la que no sé nada?, pienso durante todo el camino de vuelta a la granja.

El almuerzo se sirve en un granero y les da la oportunidad a todos de charlar

sobre las actividades de la mañana. Los adultos que han estado tejiendo mimbre ya están allí cuando nos acercamos y hay un alegre barullo. Miro a Demeter preguntándome si se sentirá un poco hecha polvo, si por una vez intentará pasar desapercibida.

Pero... ah, no.

Ya ha levantado la barbilla y ha acelerado el paso. Veo sus ojos brillar con la determinación de la Demeter de siempre.

—¡Hola! —interrumpe una conversación entre Susie y Nick con su energía habitual—. ¿Qué tal lo de tejer mimbre?

—Genial —responde Susie—, y ¿qué tal tu mañana?

—Oh, ha sido maravillosa —dice Demeter—, absolutamente maravillosa. ¿Sabéis que me han hecho unas actividades a medida? —le comenta a Susie con ínfulas—. Un programa especial cuerpo-mente-espíritu. Lo recomiendo al cien por cien. A ver, es exigente, pero merece mucho la pena. Me siento totalmente empoderada ahora mismo. Me siento radiante. Oh, ¿eso es lasaña vegetariana? ¿Es sin gluten?

A medida que avanza el almuerzo oigo a Demeter repetirle a cada uno de los adultos presentes lo maravillosa que ha sido su mañana. Mucho mejor y más auténtica que la del resto.

—Una antigua práctica, Vedari, ¿no habéis oído hablar de ella? Sí, es que es muy especializada. Pero yo he podido sentir el aura realmente... Claro que soy practicante avanzada de yoga...

Todo el mundo charla sobre sus experiencias de la mañana, pero la voz de Demeter resuena sobre el barullo, constante, atronadora, engreída.

—Una experiencia absolutamente empoderadora... Gwyneth Paltrow parece ser... he notado el calor natural que emanaba de las piedras...

¡Claro que no lo ha notado! La he visto con mis propios ojos. ¡Se estaba helando! Pero ahora habla de ello como si hubiese conocido al Dalai Lama y le hubiese dicho: «Muy bien, Demeter, eres la mejor».

Pero no ha mencionado a Carlo ni una vez, qué curioso. Ni, por supuesto, que haya llorado cuando lo ha abrazado. Es como si hubiese borrado de un plumazo la única parte real y honesta vivida en toda la mañana, escondiéndola donde nadie pudiera verla.

Luego se oye una explosión de gritos y risas: son los niños al acercarse. Cuando llegan en masa al granero, sudando y excitados tras el circuito de obstáculos, Demeter se levanta de su asiento.

—¡Coco! ¡Hal! Ahí estáis. Y James. ¿Estabas vigilando a los niños? Venid aquí, os he guardado sitio.

Cuando la familia de Demeter se sienta a su alrededor, mi fascinación por ellos crece aún más. Ahí están: la familia perfecta con sus modelitos perfectos, pasando las vacaciones perfectas. Supongo que ahora hablarán de algo inteligente como el calentamiento global. O sobre una banda *indie* supermolona y novedosa que vieron el fin de semana todos juntos, porque son una familia superunida.

Pero, en realidad, ninguno de ellos habla. Todos se ponen a mirar sus móviles. Incluido James.

—Pensaba que habíamos quedado en que nada de móviles durante las comidas —dice Demeter con una voz rara, medio juguetona, que no le había escuchado nunca—. Eh, chicos, ¿chicos? —Agita una mano para llamar la atención de los niños, pero la ignoran totalmente. Me quedo pasmada. Nunca había visto a nadie ignorar a Demeter—. Y bien, ¿qué tal el circuito de obstáculos?

Demeter tapa la pantalla del móvil de Hal con la mano y él la fulmina con la mirada.

—No ha estado mal —dice Coco—. Este teléfono es una caca. Necesito uno nuevo.

—Pronto es tu cumpleaños —dice Demeter—, así que perfecto. Iremos y escogeremos uno juntas.

—¿Para mi cumpleaños? —Coco le lanza a Demeter una mirada malévola —. ¿Quieres que espere hasta mi cumpleaños?

—Bueno, ya veremos —dice Demeter, y le ofrece a su hija una sonrisa que no he visto nunca, como ansiosa. Casi suplicante. ¿Desesperada incluso?

No, debo de estar imaginándome cosas.

—Prueba la ensalada. —Demeter se la pasa a Coco—. Es orgánica. Deliciosa.

—La abuela dice que la comida orgánica es un engaño —dice Coco con una voz repelente que me hace querer abofetearla—. ¿A que sí, papá?

—Es que lo es —dice James, ausente—. Es una chorrada.

Casi me caigo de culo. ¿Qué? ¿A James no le gusta la comida orgánica? ¿Cómo puede ser? Si es la religión de Demeter.

Coco apoya la cabeza en el hombro de James como la he visto hacer esta mañana, solo que ahora no parece un gesto amistoso. No sé, parece...

exclusivista. Como si intentase dejar a su madre fuera de su círculo o algo por el estilo. Miro a Demeter y veo una expresión de dolor cruzarle la cara. Tiene el ceño fruncido. Al final también ha sacado su móvil y mientras mira la pantalla parece agotada.

Es como si la máscara hubiese vuelto a caer: ahí está la otra Demeter. La Demeter cansada y estresada que necesita abrazar un caballo.

Y de repente soy consciente de una sensación desconcertante. ¿Siento... pena por Demeter?

Me quedo tan atónita que no me doy cuenta de que alguien me está estirando de la manga.

—¿Perdona? ¿Katie?

—¿Sí?

Me vuelvo con mi mejor sonrisa de atención al cliente y veo a Susie de pie delante de mí. Es una mujer menuda con el pelo corto y rubio, pantalones cortos de color beige, camiseta blanca y unas zapatillas estampadas de Cath Kidston. «Madre de Ivo y de Archie —me recuerdo mentalmente—. Nos conoció porque cogió el folleto en un parque infantil de Clapham.»

—¿Qué tal? —le pregunto afectuosamente—. ¿Estáis disfrutando de las vacaciones?

—¡Oh, sí! —responde entusiasmada—. Nos ha encantado tejer mimbre. Pero... —Duda—. Bueno, hemos estado hablando con Demeter sobre el Vedari, y nosotros, Nick y yo, querríamos probarlo.

—¿Perdona? —pregunto con la mirada perdida.

—¿Podemos practicar Vedari? —La cara de Susie es toda expectación y esperanza—. ¡Suena fantástico!

La miro sin poder hablar. Quiere practicar Vedari. ¿Es broma o qué?

—¿Katie? —me dice Susie.

—Sí. —Vuelvo en mí—. Pues... ¡claro! Seguro que podéis. Miraré el calendario. ¡Vedari! ¡Perfecto! ¡Lo haremos todos! ¿Por qué no? —Sueno un poco histérica, así que añado—: Discúlpame un momento.

Y salgo del granero hasta el patio, donde externalizo mis sentimientos dándole una patada a una bala de heno. No sé qué intentaba conseguir esta mañana, pero no parece que me haya salido muy bien que digamos.

14

A la mañana siguiente tengo una charla conmigo misma. Ya basta de obsesionarme con Demeter. Sí, es mi exjefa, ¿y qué? Ya me he centrado lo suficiente en ella. Ahora toca pasar página.

Pero el problema con Demeter es que, hagas lo que hagas, siempre monopoliza tu atención. Es ese tipo de persona. A las nueve y media, Biddy y yo ya corremos como locas para satisfacer todas sus peticiones durante el desayuno. «Leche de almendra... El café más caliente... ¿Hay pan de maíz...? ¿Podríais cocer mi huevo cinco minutos y medio exactamente?»

Sus hijos han llegado ya a la mesa del desayuno y los observo mientras comen. Es muy raro: parecían perfectos y encantadores de lejos. Pero de cerca no impresionan tanto. Coco siempre tiene el ceño fruncido y Hal no para de molestarla todo el rato.

Ambos son bastante exigentes también, como su madre. Piden Nutella (que no tenemos) y tortitas (que no hacemos).

—¿No hacéis *smoothies*? —pregunta Coco de una forma tan maleducada que me entran ganas de zarandearla.

Mientras hago una ronda por las mesas rellenando los vasos de agua, Demeter está mirando su móvil y de repente suelta un gritito.

—Ay, dios. —Mira la pantalla—. ¿Qué? No. —Desliza el dedo y vuelve a decir—: ¿Qué?

—¿Qué pasa? —pregunta James, y hasta a mí me ha entrado curiosidad: Demeter parece presa del pánico, como aquella vez en el ascensor, meses atrás; debe de ser por otra de sus épicas meteduras de pata.

—Una cosa del trabajo. Esto... esto no tiene ni pies ni cabeza. —Mira su móvil de nuevo—. Tengo que llamar a Adrian.

Con firmeza, aparto mi mente de ello. Hemos quedado en que iba a dejar de obsesionarme por Demeter. Voy a ver a los demás *glampers*. Voy hacia fuera y Susie me saluda con una sonrisa.

—¡Hola! —le digo—. ¿Qué tal? Ah, por cierto, quería decirte que no creo que podamos meter ninguna sesión más de Vedari esta semana. —Pongo cara

de lástima—. A lo mejor en otra ocasión.

—¡Oh! —La cara de Susie es un poema—. Sonaba muy energizante.

—Pero ¿qué tal fue lo de tejer mimbre? —pregunto para intentar despistarla del tema.

—¡Muy bien! Sí. Fue divertido. Quiero decir...

Susie se derrumba. Me doy cuenta de que está tensa. Algo pasa.

—¿Sí? —pregunto preocupada—. ¿Pasa algo malo?

—¡No! Es solo que... bueno. —Se aclara la garganta—. Bueno, es que me pareció que algunos de los participantes monopolizaron al profesor y...

Se calla de golpe cuando otra madre, Cleo, se acerca a nosotras.

Cleo es de Hampstead y es más práctica que Susie. Lleva un vestido sencillo y un colgante de cuero con una amatista, y los pies enfundados en unas botas para el desierto, por raro que parezca.

—¡Buenos días, Cleo! —digo intentando ignorar a Susie, que no disimula a la hora de observar a Cleo.

—Hemos cocido huevos y hojas de diente de león para desayunar en nuestro brasero exterior —dice Cloe con voz ronca—. Espolvoreados con zumaque. Deliciosos.

—Nosotros hemos tomado el desayuno de Biddy en la granja —contraataca Susie—. Absolutamente exquisito.

—¡Y el trenzado de mimbre de ayer! —exclama Cleo, ni remotamente interesada en el desayuno de Susie—. Hice tres cestos. Fue una maravilla.

—Una maravilla para la gente que se quedó el mejor mimbre —murmura Susie.

—Oh, y Susie... —Cleo se dirige a ella ahora—. Espero que Hamish no te haya molestado practicando con su violín esta mañana. Tiene mucho talento, por desgracia.

—Qué difícil para ti —responde Susie, molesta—. Seguro que si lo dejases en paz preferiría ser normal.

Vale. Definitivamente pasa algo entre Susie y Cleo. Esto precisa de algo de mediación. Me pregunto si debería avisar a la profesora de cerámica cuando veo a Demeter salir de la cocina. Lleva el móvil en la mano y parece estupefacta.

—¿Todo bien? —le pregunto simpática, pero no me responde. Ni siquiera sé si es capaz de verme—. ¿Demeter? —insisto.

—Oh. —Vuelve en sí—. Perdona. Yo... No. Estará bien. Seguro. Solo

necesito... ¡James! —grita al ver a su marido salir de la cocina, y se dirige hacia él con rapidez.

No oigo mucho del resto de la conversación, solo fragmentos que despiertan todavía más mi curiosidad.

—... ¡ridículo! —dice James—. Quiero decir, si tienes los correos...

—... no los encuentro, esa es la historia...

—... no tiene sentido...

—¡Claro! ¡Eso es lo que no paro de decir! ¡Mira!

Demeter le enseña el teléfono a James, pero él aparta la mirada, como si tuviese cosas más importantes en que pensar.

—Ya pasará —dice—. Estas cosas siempre acaban pasando.

—Vale.

Demeter no parece muy contenta con su respuesta. De hecho, parece bastante abatida, pero se recompone y se une al resto para esperar el minibús que los llevará a la clase de cerámica.

Y ya sé que ya no tiene nada que ver conmigo, pero toda la mañana, mientras repaso las cuentas con papá, no puedo evitar preguntarme: ¿de qué iría eso?

El día de la cerámica siempre es agradable. Primero, porque a todo el mundo le gusta la cerámica, da igual la edad. Y segundo, porque la profesora de cerámica, Eve, es muy buena ayudando a la gente lo justo para que su jarra o jarrón o lo que sea se mantengan derechos. Esta noche horneará todas las piezas y los *glampers* las tendrán el viernes, un bonito recuerdo para llevarse a casa.

Así que espero ver a un grupo de gente contenta bajar del autobús cuando vuelven a la hora de comer. Pero, en su lugar, aparece una lúgubre procesión. Demeter y Eve van juntas en cabeza, y Demeter parece estar hablando mucho. Detrás, a bastante distancia, están los demás, y veo que las miran de reojo. Cuando llegan a una altura a la que puedo oír a Demeter, entiendo por qué.

—... y luego tuvimos la suerte de conseguir una visita privada de la colección en Ortigia —dice en plan sabelotodo—. ¿Conoces a su comisario, el signor Moretti? ¿No? Un tipo encantador.

Se me había olvidado que la cerámica era una de las aficiones de Demeter. Seguro que ha estado dándole la tabarra a la pobre Eve toda la mañana.

—¡Bienvenidos de nuevo! —me apresuro a decir—. Eve, debes de estar agotada, ¡ven a tomar algo!

Siento a Eve junto a Susie y Nick, lejos de Demeter, y luego me lanzo a la habitual sesión de servir pan, ensalada y pastel de carne local mientras los huéspedes hablan de su mañana. Aunque me he prohibido hacerlo, no puedo evitar quedarme más rato cerca de la mesa de Demeter para observar a su familia.

Mi opinión no ha mejorado: son horrorosos. Coco no esconde lo maleducada e insolente que es. Hal simplemente ignora a su madre. Y James, quien debería apoyarla, está en otro planeta. Si pensaba que Demeter era dispersa, no lo es nada comparada con su marido. En lo único en lo que puede centrarse es en su móvil. Pero ¿es que no se ha dado cuenta de que está de vacaciones?

Cuando servimos el pudin, mencionan una obra de la escuela en la que actúa Coco, y Demeter alardea de sus conocimientos sobre Shakespeare. Empieza a hablar de una producción que vio de la Royal Shakespeare Company que fue tremenda e innovadora, mientras Coco pone los ojos en blanco y bosteza sin disimulo.

Tampoco es que Demeter ayude. ¿Es que no ve que está aburriendo a todo el mundo? Pero a la vez veo que lo que está haciendo es intentar ayudar.

—¡En serio, mamá! —acaba por soltarle Coco—. ¡Para ya de hablar de eso! Si seguro que al final ni vienes a verme.

—¡Pues claro que iré! —responde Demeter.

—No, no lo harás. Nunca vienes a nada. ¿Sabes cómo te llama la abuela? Doña Invisible —le dice Coco con una risita, mirando de reojo a James—. ¿A que sí, papá? Dice: «¿Qué tal está hoy doña Invisible?».

—¿Doña Invisible? —Demeter suena calmada, pero veo que le tiembla la mano cuando coge el vaso de agua—. Y ¿qué quiere decir con eso?

—Que eres la madre invisible —responde Hal, levantando la vista del móvil—. Venga, mamá. Si nunca estás.

—Pues claro que estoy. —Demeter suena más nerviosa de lo que la he oído nunca—. Voy a todos vuestros eventos, a las reuniones de padres...

—Y ¿qué hay de mi básquet? —Hal le lanza una mirada dolida—. ¿Sabes que estoy en un equipo de baloncesto?

—¿Baloncesto? —Demeter pone de nuevo esa expresión confundida y de mirada extraviada—. ¿Baloncesto? Yo no... ¿Cuándo...? James, ¿tú lo sabías?

—Papá no se pierde ni un partido —dice Hal—. Hasta me vitorea y todo.

—Basta, Hal —dice James, cortante—. Te está tomando el pelo, Demeter. No juega a baloncesto.

—Pero ¿por qué...? —Demeter explota, desconcertada—. ¿Por qué has hecho...? ¡James! —le chilla al ver a su marido volver a teclear algo en su móvil—. ¿Podrías, por favor, participar en esta discusión?

—Hal, vale ya —dice James—. Pide perdón.

—Perdón —murmura Hal.

Espero que James insista y le diga: «Pero pídelo bien», como haría papá, pero no lo hace. Ya ha vuelto a desconectar. No me importa lo cerebrito y lo importante que sea. Es un capullo. A lo mejor es uno de esos tíos que no sabe tener una mujer de éxito. No tengo ni idea de por qué debió de casarse con él Demeter.

Hal sigue comiendo mientras Coco coge un panecillo y lo hace trizas. Demeter está callada y apagada. Y todo lo que siento ahora mismo es lástima por ella.

Después de que hayamos servido el café, los dos adolescentes desaparecen del granero. Tendría que ir a ayudar a Biddy con la actividad de horneado de la tarde. Pero no me puedo ir. Estoy demasiado fascinada por el culebrón de Demeter y su familia. Me coloco cerca de ellos, junto al mueble de roble, y doblo y redoblo servilletas. Tampoco es que Demeter y James se enteren de que estoy allí. Están absortos en su propia burbuja.

—Así que tu madre me llama doña Invisible. —Demeter se lleva la taza de café a los labios y luego la vuelve a dejar sin beber—. Qué bonito.

James se encoge.

—Mira... lo siento. No tendrías que haberlo escuchado. Ya le dije a mamá que se había pasado.

—Pero ¿qué quiere decir con eso?

Demeter suena frágil.

—Oh, vamos. —James da una sonora palmada en la mesa—. Estás fuera todas las noches. Si no trabajas hasta tarde, estás en alguna ceremonia de

entrega de premios...

—¡Es mi trabajo! —se defiende Demeter, ansiosa—. Ya sabes que tengo que hacer esas cosas, James...

—Demeter, me quieren en Bruselas.

James se la lanza sin avisar y a Demeter se le escapa un grito ahogado. Se queda pálida. Se produce un silencio tan largo y tan espeso entre ambos que pienso que voy a desfallecer.

Finalmente, Demeter dice:

—Vale. —Traga saliva y se produce otra pausa interminable—. Vale —repite—. Vaya. Esta no la había visto venir.

—Lo sé. Lo siento. He estado... —Se pasa la mano por el pelo—. He estado ausente. Y es por eso.

Estoy helada junto al mueble. Esto es claramente una conversación muy personal. Tendría que hacerles notar mi presencia. Pero no puedo. No puedo romper el hechizo. Agarro una servilleta con tanta fuerza que tengo los dedos blancos. Demeter coge aire para hablar y noto que está avanzando a tientas.

—Pensaba que ya habíamos discutido lo de Bruselas, James. Pensaba que habíamos decidido...

—Ya sé lo que decidimos. Ya sé lo que acordamos. Ya sé lo que dije...

James se restriega los ojos con la palma de la mano. Demeter mira hacia otro lado, cabizbaja. Los dos forman la estampa de la verdadera desdicha.

No puedo evitar pensar en la foto de ambos que tenía Demeter en su tablón y que siempre solía mirar. Con los dos sobre una alfombra roja, de gala, en apariencia la pareja de más éxito y más glamurosa del mundo. Pero miradlos ahora. Cansados, destrozados, incapaces de mantener contacto visual.

—¿Y? —dice Demeter por fin.

—Mentí, ¿vale? —estalla James—. Te dije que no quería ir a Bruselas porque pensé que eso era lo que querías oír. Pero sí quiero ir, y de verdad me quieren allí, y estoy cansado de comprometerme. Esta es una oportunidad enorme. No me saldrá otra igual.

—Vale. —Noto los ojos de Demeter moverse a un lado y a otro nerviosos —. Ya veo. Sí. Bien. Entonces... ¿nos mudamos a Bruselas?

—¡No! Tú tienes tu trabajo... Y los niños sus colegios... —James extiende las manos—. Hemos hablado de un contrato fijo de tres años. Después de eso, ¿quién sabe? Espero poder encontrar otra gran oportunidad aquí en Londres, pero por ahora... —James se acerca a Demeter y espera que ella

levante la cabeza para mirarla a los ojos—. Quiero esto. Tú querías Cooper Clemmow... Yo quiero esto.

—Bien. —Tamborilea los dedos sobre la mesa—. Si lo quieres, ve por ello. Ya nos las apañaremos.

—¡Oh, dios! Eres siempre tan generosa. —Arruga la cara y se golpea la frente con el puño—. Lo siento. He sido un cabrón.

—No, no —dice Demeter enseguida—. No lo has sido. Has sido infeliz. Ahora lo entiendo.

—Y un cabrón.

—Un poco cabrón.

Demeter sonríe sin ganas y James le sonríe con sus atractivas patas de gallo. Durante un rato se quedan en silencio. Simplemente se miran. Siento que están arreglando las cosas mentalmente. Y ahora ya veo por qué se debieron de casar. Pero ¡dios bendito! Menuda montaña rusa.

—Tú me apoyaste —dice Demeter girando la taza de café sobre el platillo — cuando me cambié a Cooper Clemmow. Me apoyaste y rechazaste Bruselas. Y has sido infeliz desde entonces. Ahora lo veo.

—Creo... —James exhala con brusquedad—. Tendría que haber sido más sincero. Pensé que podría convencerme a mí mismo de que no lo quería si lo intentaba lo suficiente.

—No puedes convencerte a ti mismo de no querer algo que quieres. —Demeter le ofrece una sonrisa torcida—. Idiota.

—Pero es que este trabajo es muy grande.

—De acuerdo. —Demeter suspira—. Sabemos lidiar con cosas grandes. Sobreviviremos. Y ¿qué pasa ahora?

—Quieren hablar conmigo. —Hace una pausa—. Mañana.

—¿Mañana? —Demeter lo mira horrorizada—. Pero ¡si estamos de vacaciones! ¿Cuándo ibas a...?

—Iré hasta Gatwick esta tarde. Iré y volveré en... ¿qué, setenta y dos horas?

—¿Setenta y dos horas? ¿Por qué tanto?

—Quieren que asista a un par de reuniones... —James le toma las manos en las suyas—. Mira, ya sé que no es lo ideal. Pero aquí estás ocupada. Entretenida. Los niños ni se enterarán de que no estoy.

—Vale. —Demeter se hunde un poco—. Supongo que será mejor que me acostumbre a que no estés.

—Tendremos que acostumbrarnos. Pero será para bien. —La cara de James se ve muy animada de repente; hay una nueva energía positiva en todo él—. Iré a llamarlos, a confirmarles que es definitivo. Te quiero.

—Te quiero —repite Demeter negando con la cabeza arrepentida, como si lo hubiese dicho a su pesar.

James se acerca y besa a Demeter con una ternura que me sorprende. Y luego sale del granero sin verme siquiera. Demeter tarda un rato en moverse. Parece pasmada. Y su cara se ve más cansada que nunca.

Pero al final se incorpora, saca el móvil y empieza a escribir. Al hacerlo, algo de brillo vuelve a sus ojos. Incluso sonríe un poco y todo.

Uf, menos mal. Porque ya me estaba empezando a preocupar un poco por ella.

Acaba el texto, deja el móvil y se apoya en el respaldo de la silla... y entonces me ve.

—Oh, Katie —dice en su viejo tono autoritario—. Quería verte. ¿Haremos alguna otra actividad a medida mañana? Porque, obviamente, no puedo ir a recoger setas.

Me quedo mirándola como una boba sin saber qué responder. Ya no sé ni cómo es en realidad.

Antes solo veía a la jefa que era una pesadilla y que tenía la vida perfecta. Pero ahora ¿qué veo? A una persona, simplemente. Una persona con sus complejos y sus problemas y sus defectos como el resto de nosotros. Que básicamente intenta hacerlo lo mejor que puede, incluso si le sale mal. De repente la recuerdo en el barro, enfundada en su saco de arpillera, y me muerdo el labio. A lo mejor he sido un poco brusca con ella. A lo mejor todo ha sido un poco brusco.

—Vale, Demeter —digo—. Podemos hacer una actividad a medida.

Una actividad guay, decido. Algo divertido. Pasaremos la mañana juntas haciendo algo placentero. De hecho, casi me apetece y todo.

A las tres en punto llega un taxi para James y le veo subirse a él desde la ventana de la cocina. Demeter le da un beso de despedida y luego se aleja caminando despacio. Sigue mirando correos en su móvil y la oigo exclamar «¡No!» incrédula, como si de nuevo el mundo no tuviese sentido para ella.

Todavía absorta, se dirige a la mesa y al banco en el que están sentados sus hijos.

—Mamá. —Coco la mira—. Te olvidaste de meter en la maleta mi sudadera de Abercrombie and Fitch.

—¿Qué? —Demeter parece confundida—. ¿La sudadera? Si la llevas puesta.

—¡La otra sudadera! Esta está toda desgastada.

—Pero si te hiciste la maleta tú, cariño.

—¡Dijiste que comprobarías que lo tenía todo!

—Coco... —Demeter se lleva una mano a la cabeza—. No me puedo encargar de tu maleta y de todo lo demás también. Pero, bueno, trajiste una sudadera, eso es lo que importa.

—Oh, genial. Entonces tendré que hacerlo todo yo misma aunque deba estudiar. Algo que no paras de decirme que es importante. —Coco prácticamente muerde a su madre cuando habla—. Doña Invisible vuelve a las andadas.

—No me llames eso, por favor. —Noto que a Demeter le está costando mantener la calma—. Ya tienes una sudadera.

—Pero no quiero esta sudadera.

Coco tira con desprecio de la tela de su sudadera, que es de Jack Willis y debe de costar unas sesenta libras.

La escucho sin dar crédito. Pero ¿quién se piensa esa niña que es? ¿Y qué demonios le ha pasado a Demeter? ¿Dónde está la fuerte y poderosa *superwoman* que conozco del trabajo? Es como si desapareciese cada vez que está con sus hijos, dando paso a una persona ansiosa y pusilánime que no reconozco. Es muy raro. No está bien.

Mientras miro a Demeter, le suena el móvil y responde de inmediato.

—Hola, Adrian —dice en un tono que suena a la defensiva—. Sí, ya sé lo que pasa. Pero no lo entiendo. Tiene que haber algún tipo de confusión. ¿Has hablado con Lindsay de Allersons? —Escucha de nuevo y arruga la cara—. No, eso no puede ser —dice—. ¡Que no! ¡Eso es una locura!

Se levanta y se aleja para hablar en privado. Sus hijos se quedan en la mesa de pícnic, con la mirada absorta en sus teléfonos, como poseídos, y algo en su actitud hace que me hierva la sangre.

Ya sé que no es de mi incumbencia, pero, santo dios, si pensaba que Demeter era una niña mimada, no les llega a sus hijos ni a la suela de los

zapatos. Por impulso, abro la puerta de la cocina y salgo.

—¡Hola! —digo, animada, acercándome a la mesa—. ¿Qué tal estáis? ¿Lo estáis pasando bien en vuestras vacaciones?

—Sí, gracias —dice Coco sin molestarse en apartar la mirada del móvil.

—Y ¿qué habéis hecho para darle las gracias a vuestra madre? —pregunto como si fuese lo más normal.

—¿Qué? —contesta ella con cara de total incomprensión.

Hal no responde pero parece igual de perplejo.

—Bueno, ya sabéis —prosigo como si fuese obvio—. Trabaja muy duro para pagaros las vacaciones y compraros ropa de marca —señalo la sudadera de Jack Wills—, así que hay que agradecérselo.

Ambos niños se quedan pasmados al oírme.

—Le encanta su trabajo —replica Coco con desdén y poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, a Biddy le encanta hornear pasteles —digo encogiéndome de hombros—, pero cuando te da un bollito le das las gracias, ¿no?

—No es lo mismo —argumenta Coco, molesta—. Es nuestra madre.

—Y no se da las gracias por las vacaciones —añade Hal como si fuese un artículo incluido de la Convención de Ginebra que no está dispuesto a saltarse, por principios.

—Bueno, es que yo no sé cómo va eso —digo con cara amable—, porque cuando tenía vuestra edad nunca podíamos permitirnos ir de vacaciones. Me dais mucha envidia, ¿sabéis? Pudiendo ir de vacaciones siempre.

—Tampoco vamos tanto de vacaciones —dice Coco, malhumorada.

Me entran ganas de abofetearla. He visto fotos de ella en el despacho de Demeter. Esquiando. En una playa de arena blanca. Riendo en una lancha en algún lugar tropical.

—Yo ni siquiera viajé al extranjero hasta que cumplí los diecisiete —comento amable—. Y ahora tampoco me lo puedo permitir. Y nunca me podría pagar una sudadera de Jack Wills. Eres una chica con suerte, Coco. O sea, ¡Jack Wills!

Coco toca su sudadera con cuidado, la misma que estaba tironeando hace un rato. Luego mira mi camiseta, una vieja camiseta sin marca.

—Ya —dice con menos ínfulas—. Sí. Jack Wills es guay.

—Os veo por aquí —me despido y me alejo.

Me paro junto a un muro cercano, haciendo ver que miro mi listado de

actividades y preguntándome qué saldrá de todo eso. Sin embargo, si esperaba que ambos niños empezasen a reflexionar y hablar de lo desagradecidos que son siempre y a preguntarse cómo podían arreglarlo, es que estoy loca. Los dos se quedan sentados como estaban, con los mismos mohínes, mirando sus teléfonos como si no hubiésemos mantenido esa conversación.

Cuando Demeter vuelve a la mesa parece exhausta y un poco asustada. Se sienta con la mirada perdida, mordiéndose el labio. Por un momento nadie dice nada. Pero entonces Coco levanta la mirada de su teléfono un nanosegundo y murmura:

—Mamá, estas vacaciones están siendo muy guais.

Al instante, Demeter vuelve a la vida. El cansancio desaparece de su cara y mira a Coco como alguien cuyo amante le acabase de decir que al final sí que se quiere casar con ella.

—¿En serio? —pregunta—. ¿Lo estáis pasando bien?

—Sí. Así que... —Coco duda un instante, como si estuviese a punto de hacer un esfuerzo monumental—. Ya sabes, gracias.

—¡Cariño! ¡El placer es mío!

Demeter está absolutamente radiante solo porque su hija le ha dado las gracias de mala manera. Es penoso. Es trágico.

—Sí —añade Hal, y esa única sílaba hace el día de Demeter aún más perfecto.

—Pues sí, es muy agradable —dice—. Es agradable pasar tiempo juntos.

Le tiembla un poco la voz y se le mueven los ojos de esa forma nerviosa que conozco tan bien. ¿Qué le pasa a esta mujer? ¿Qué tiene?

En ese momento, papá aparece junto a su mesa con un montón de folletos en la mano.

—Chicos —empieza a decir en su tono más embaucador—, ¿me dejáis que os diga que sois unos huéspedes adorables? Adorables. Vemos a muchos *glampers* por aquí, pero vosotros —señala con su dedo tostado por el sol a Demeter, a Coco y a Hal—, vosotros estáis en el primer puesto del ranking.

—Gracias —dice Demeter con una risita, e incluso Coco parece encantada.

—Y por eso —prosigue papá— nos gustaría que invitaseis a todos vuestros amigos a que vengan a visitarnos el año que viene, porque seguro que son tan adorables como vosotros. —Le da a Demeter una pila de folletos de la granja Ansters—. ¡Que corra la voz! ¡Compartid la alegría! ¡Tenemos un descuento

de un diez por ciento para todos vuestros amigos!

Demeter coge los folletos y veo que le divierte la estrategia de papá.

—Así que somos los mejores huéspedes, ¿eh? —dice con la boca torcida.

—De largo —asiente papá con énfasis.

—Entonces ¿no le va a ofrecer el descuento a nadie más?

—Oh, bueno. —Papá le guiña un ojo—. No sería justo no decírselo a algunos de los otros huéspedes, claro. Pero esperamos que sean vuestros amigos los que vengan.

Demeter se ríe.

—¡Claro, claro! —Gira el folleto varias veces, lo abre y se fija en la maquetación—. Está muy bien —dice de repente—. Lo pensé cuando lo vi. Es muy atractivo, el diseño es bueno... ¿Quién os lo hizo?

—Es bueno, ¿eh? —Papá está encantado de oírlo—. Fue nuestra Katie quien lo hizo.

—¿Katie? —Demeter parece sorprendida—. ¿Katie... Katie?

—Eso es. —Papá me ve—. ¡Katie, a Demeter le gusta tu folleto!

—¡Ven! —me ordena Demeter en un tono tan autoritario que mis piernas le obedecen; me suelto el pelo azul rizado sobre la cara y me coloco bien las gafas de sol.

Estoy adentrándome en terreno pantanoso. Tendría que inventarme una excusa y salir pitando. Pero no puedo. Estoy sin aliento y también siento algo de esperanza. Me doy cuenta de que todavía la admiro. Todavía busco desesperadamente su aprobación.

Demeter está leyendo mi folleto. No solo se lo está leyendo, lo está estudiando con detenimiento. Se está tomando en serio mi trabajo. ¿Cuántas veces he soñado con esto?

—¿Quién escribió los textos? —pregunta dando un golpecito al folleto.

—Yo.

—¿Quién escogió la tipografía y el papel?

—Yo.

—También diseñó la página web —dice papá, orgulloso.

—Es que tengo un amigo friki que me ayudó —añado.

—Pero ¿tú dirigiste el contenido creativo?

Demeter me mira con los ojos entornados, pensativa.

—Bueno... sí.

—La web está muy bien —dice Demeter—. Y el folleto es espectacular. Y

yo sé de qué va el tema —le dice a papá—. Trabajo en esto.

—¡Esa es nuestra Katie! —exclama papá, y me atusa el pelo—. Y ahora, si me perdonáis...

Se aleja con sus folletos hasta otro grupo de *glampers* a los que les suelta el mismo rollo que a la familia de Demeter.

—Katie, una cosa —dice Demeter, que no puede apartar la vista del folleto —. ¿Tienes experiencia en esto?

—Pues... —Trago saliva—. Yo... estudié diseño.

—Tienes muy buen instinto —me comenta con énfasis—. No podría haberlo hecho mejor yo misma. Katie, creo que tienes un talento poco frecuente. ¡Ojalá mis júniors fuesen igual de talentosos!

La miro con la mente como nublada. Eso es surrealista, y me quedo corta.

—Trabajo para una empresa que se llama Cooper Clemmow —me cuenta Demeter—. Nos dedicamos al *branding*. Aquí tienes mi tarjeta. —Me pasa una tarjeta de Cooper Clemmow y la sostengo sin decir nada, medio con ganas de echarme a reír histérica—. Si alguna vez te apetece irte de aquí e intentar conseguir trabajo en Londres, llámame. Puede que te consiga una oportunidad. No pongas esa cara —añade, toda amabilidad—. La gente de nuestra oficina es muy maja. Seguro que encajarías.

—Gracias —digo; mi voz parece no funcionar bien—. Es muy... Gracias... Tengo que...

Me alejo con las piernas temblorosas hacia la casa, a través de la cocina, hasta mi cuarto. No miro a derecha ni a izquierda. Dejo la tarjeta de visita sobre mi cama y la miro un segundo. Luego grito:

—¡Nooo!

Me doy con la cabeza contra el viejo papel de pared. Me estiro del pelo. Vuelvo a gritar. Le doy puñetazos a los cojines. Muy fuerte. No puedo soportarlo. No puedo creerlo.

Por fin, por fin he conseguido lo que siempre quise: que Demeter viese mi trabajo. Lo ha alabado. Quiere darme trabajo.

Pero ¿de qué narices me sirve ahora?

Al final, jadeando, me siento en una silla y considero mis opciones:

1. Bajar hasta donde está Demeter y decirle: «¡Adivina! ¡Soy Cat!». Se asustará, retirará la oferta de trabajo y le revelará a papá y a Biddy que la

historia de mi excedencia es mentira y causará un montón de problemas. Una pesadilla.
2. Aceptar su oferta de trabajo con otra identidad, como Katie Brenner. Pero me descubrirán enseguida, me detendrán por fraude y no podré volver a trabajar nunca más. Una pesadilla.
3. No sé muy bien si hay una tercera opción.

Mi cabeza le da vueltas al tema frenéticamente durante media hora. Pero no da con una solución; solo consigo que me duela más, cansarme más y sentirme más estúpida. Y seguro que Biddy necesita ayuda. Así que me levanto, bajo a la cocina y empiezo a pelar patatas, algo que es agradable y me calma.

O al menos lo es hasta que entra papá, silbando contento y poniéndose el sombrero de granjero Mick para el espectáculo de magia que va a dar en un rato. (Se le da fatal la magia. Pero, por suerte, a los niños les parece graciosísimo todo lo que hace y los adultos están contentos de ver reír a sus hijos.)

—A esa Demeter le gusta lo que haces, ¿eh? —me saluda—. ¡Sabíamos que tenías talento!

—¿Qué decís?

Biddy levanta la mirada de la tarta a la que está dando forma.

—Demeter. Parece que es experta en folletos. Le he dicho que Katie había hecho el nuestro. Tendrías que haber visto su cara.

—¡Oh, Katie! —exclama Biddy, encantada—. ¡Es maravilloso! ¿Le has contado lo de tu trabajo en Londres, cariño? —añade inocente—. A lo mejor las dos deberíais, cómo se dice, hacer *networking*.

Noto una oleada de pánico.

—¡No! —grito—. Quiero decir que no sería lo más apropiado. No mientras está de vacaciones. Me guardaré su tarjeta y la llamaré más adelante.

—¿Más adelante? —Biddy parece escéptica—. Cariño, yo no lo dejaría pasar. Puede que luego se olvide de ti. Mira, si te parece violento, se lo comentaré yo. ¿Cómo se llama la empresa para la que trabajas? Es Cooper Clemmow, ¿no?

Me voy a desmayar. Esto no puede estar pasando. Biddy no puede ir a decirle a Demeter que tengo una buena posición en una empresa que se llama

Cooper Clemmow.

—¡No! —repito desesperada—. Por favor, la gente de Londres es muy quisquillosa. Siempre están estresados. Han venido aquí a relajarse y a apartarse de todo. Si les hablamos del tema en vacaciones irá en nuestra contra. Lo... ¡Lo colgarán en TripAdvisor! —añado, a lo loco, pero veo a Biddy poner cara de preocupación.

TripAdvisor es aterrador. De momento solo tenemos tres comentarios, y muy positivos, pero todos sabemos el daño que puede llegar a hacer.

—Creo que ahí tiene razón, amor —le dice papá a Biddy—. No queremos parecer desesperados.

—¡Eso es! Es muy muy importante —intento que le quede claro a Biddy —. No le menciones mi trabajo a Demeter. No le preguntes dónde trabaja ella. Y no... —Me siento mal solo de pensarlo—. No menciones Cooper Clemmow.

Vuelvo a las patatas sintiéndome algo frágil. Ha estado cerca. Y todavía lo está. Es todo muy precario. Le diga lo que le diga a Biddy, todavía puede que decida ir a hablarle a Demeter de mi trabajo en Londres. Solo una palabra fuera de lugar y todo podría salir a la luz. Dios... Cierro los ojos y respiro hondo. ¿Debería descubrir el pastel? ¿Debería contárselo todo a papá y a Biddy? Se preocuparían tanto... Y ya tienen demasiado en que pensar.

—¿Katie? —La voz de Biddy me hace saltar—. Cariño, creo que ya has pelado bastante esa patata —dice riendo, y miro la patata que tengo entre las manos; llevo un buen rato pelándola y pelándola, y ahora tiene el tamaño de una canica.

—Ay. —Sonrío—. No estoy concentrada.

—Por cierto —añade Biddy—. Te lo quería decir antes. ¿Sabes qué? ¡Mañana llega nuestro primer cliente de Bed & Breakfast!

—¡Oh, genial! —digo distraída por un momento—. ¡Gran noticia!

La habitación B&B ha sido idea de Biddy. Pensó que estaría bien tener una habitación extra en la casa para gente que no quiera acampar. Es un cuarto en la planta baja con su propia entrada. De hecho, solía ser una sala de estar que nunca utilizábamos. Biddy la pintó con pintura de Farrow & Ball (consejo mío) y papá convirtió el váter de fuera en un pequeño baño privado. Y también hay sábanas de cuatrocientos hilos, como en las yurtas.

—¿Quién es? —pregunto—. ¿Se va a quedar mucho?

—Solo una noche —dice Biddy—. A lo mejor quiere echar un vistazo a las

yurtas o algo. Quería quedarse en una, de hecho, pero le dije que estaban todas ocupadas.

—¿Quiere hacer alguna actividad?

—Oh. —Biddy parece preocupada—. No se lo pregunté. Bueno, ya lo decidirá cuando llegue. Tiene un nombre muy raro. Astalis —intenta descifrar su propia letra—. ¿Puede ser? ¿Astalis?

El mundo se vuelve negro un instante.

—¿Astalis? —repito en una voz que no suena como la mía.

—Alex Astalis. —Biddy frunce el ceño—. Me pregunto si será pariente de aquel Astalis famoso... ¿Cómo se llamaba?

Alex se va a quedar aquí... ¿Por qué vendrá aquí? Pero al segundo de preguntármelo, sé exactamente por qué viene.

—¿Cuándo...? —Intento no perder el control—. ¿Cuándo ha llamado exactamente?

—Antes —responde Biddy—. Como a las dos y media.

A las dos y media. Unos diez minutos después de que James le dijese a Demeter que se iba. Me vuelve la imagen de Demeter en la mesa del comedor, escribiendo un mensaje, con una media sonrisa. No ha perdido el tiempo, ¿eh? No ha perdido el maldito tiempo, no...

—Espero que encuentre cómoda la cama —dice Biddy, preocupada de nuevo—. A mí me parece un poco dura, pero tu padre dice que está bien.

—Seguro que estará bien —digo como anestesiada.

Es que no la va a necesitar, es lo que quiero decir. Ni la habitación. Estará en la yurta toda la noche, con Demeter.

Y yo que empezaba a sentir lástima por ella, pensando que su vida era muy dura. Y miradla: al minuto que su marido se quita de en medio, se trae a su amante. No ha esperado ni media hora desde que James la ha besado y le ha dicho que la quería. Es una bruja, una bruja egoísta...

Y ahora no puedo parar de torturarme con imágenes de Alex y Demeter en la yurta. Con velas. Retorciéndose atléticamente sobre la piel de cordero. Mi respiración es entrecortada y furiosa. Noto una mezcla de ira y frustración y... vale, envidia. Algo de envidia.

Mucha mucha envidia.

Y luego salto, presa del pánico. Mierda. ¿Y si Alex me reconoce? No tiene el problema de reconocimiento facial que tiene Demeter. Es más despierto. No puedo mostrarme ante él de ninguna manera, o si no todo estallará de

verdad...

Vale, que no cunda el pánico. Todo irá bien. Haré que estoy enferma o algo por el estilo. De todos modos, no quiero verlo. No se me ocurre nada peor.

—¿A qué hora llega? —pregunto como si tal cosa—. El tal Astalis, digo.

—No llega hasta las once más o menos. Tiempo suficiente para arreglar la habitación. —Biddy me sonríe—. ¿Y qué vas a hacer con Demeter? Me ha dicho que le ibas a preparar otra actividad a medida. ¡Menuda pareja formáis!

La miro petrificada, con el cerebro a punto de estallar. Se me había olvidado lo de la actividad. Se me había olvidado que tenía que pasarme otra mañana con Demeter. Me prometí que haríamos algo agradable. Algo divertido. Pero, claro, eso era antes de saber que era una perra centrada en sí misma, conspiradora y falsa.

—¿Queréis hornear pasteles? —sugiere Biddy—. Podría ayudaros con eso.

Niego con la cabeza.

—No, no te preocupes. Ya se me ocurrirá otra cosa. —Sonrío a Biddy con cara inocente—. Puede que sea la última actividad que Demeter haga conmigo. Quiero idear algo que sea absolutamente perfecto.

15

Me encuentro con Demeter a las diez de la mañana del día siguiente y hago gala de mi actitud más animada y amigable. Lleva un top de color gris y shorts vaqueros como los de Coco, además de botas de agua Hunter (menos mal que le he dicho que se pusiese algo cómodo para caminar), ¡cómo no! Seguro que cree que parece Kate Moss en el festival de Glastonbury. Aunque la verdad es que tiene buenas piernas. Seguro que se ha puesto esos minipantalones para estar supersexi para Alex.

Noto un arrebato de odio que se manifiesta en forma de bilis, pero consigo esconderlo tras una sonrisa.

—¡Bueno! —le digo al verla—. ¡Demeter! Bienvenida a nuestra caminata por la naturaleza a medida. Iremos hasta el bosque, estiraremos las piernas y observaremos gran variedad de animales salvajes. ¿Suena bien?

—Vale, de acuerdo. —Demeter no parece demasiado convencida—. ¿Hay mucho que ver en el bosque?

—Y tanto —afirmo con una sonrisa afable—. No te preocupes, no te aburrirás. ¿Has traído el protector solar? —añado—. Hoy hace mucho calor.

No solo hace mucho calor, hace un calor achicharrante. Biddy ha embadurnado a todos los niños con crema protectora y además ha preparado polos de hielo que estarán listos a la hora del almuerzo.

—Llevo factor cincuenta, de hecho —me responde Demeter en su habitual tono sabelotodo—. Uso una marca increíble que compro en Space NK, lleva aceite de neroli y leche de argán...

—¡Genial! —la corto antes de que me infle la cabeza con sus fanfarronadas —. Empecemos.

Solo he mencionado la crema solar para parecer más profesional, pero adonde se dirige Demeter no la va a necesitar precisamente, je, je, je.

Me abro camino enérgicamente a través de los campos y noto la sangre bombear con fuerza por todo mi cuerpo. Estoy un poco histérica esta mañana. Me he despertado a las cinco, muy alerta, pensando ya en Demeter.

Y en Alex. En los dos, supongo.

Vale, lo admito: pensaba sobre todo en Alex, y Demeter solo aparecía haciendo algún que otro cameo. Lo cual es ridículo. Se trata de un tipo al que solo he visto unas pocas veces. Un tipo que ya se habrá olvidado de mi existencia. ¿Por qué se me ha metido así en la cabeza? ¿Por qué me hará sentir... cómo exactamente?

Traicionada. Me doy cuenta de que así es como me siento. Me siento traicionada de que haya escogido a alguien como Demeter, tan casada, tan inapropiada, tan Demeter. Cuando podría haber tenido...

Vale. De acuerdo. Antes de ponerme trágica del todo me voy a explicar. No quiero decir que ojalá se hubiese enamorado de mí. Bueno, obviamente sí que me hubiese gustado, en parte. A lo que me refiero es a otra cosa. Del tipo: «¿De verdad eres una persona Demeter, Alex? Porque yo no lo veo. Ella no tiene tu sentido del humor. No tiene tu espontaneidad, ni tu irreverencia. No veo lo vuestro cuajando, no lo veo, no lo veo, no lo veo».

—¿Decías? —me pregunta Demeter, y me doy cuenta de que iba murmurando por lo bajo «No lo veo...».

—Nada, era un mantra de Vedari —respondo rápidamente—. Me ayuda a concentrarme. Por cierto, mantén los ojos bien abiertos, hay muchos topillos por aquí.

—¿Topillos? —pregunta Demeter.

—Son unas criaturas diminutas, como ratones de campo, pero mucho más especiales —asiento—. Y en este campo hay montones.

Ni por asomo va a conseguir ver un topillo, pero al menos así me dejará en paz un rato. Y así es: seguimos caminando en silencio, con Demeter ojeando el suelo obstinadamente.

—¡Bueno! —Al llegar al bosque, me giro como una guía turística—. Bienvenida al bosque de Ansters. En él encontramos un mundo biodiverso de animales, plantas e incluso peces trabajando juntos en harmonía.

—¿Peces? —inquiere Demeter, a lo que asiento.

—Los arroyos y estanques del bosque albergan algunas especies bastante infrecuentes.

Algo que puede que sea verdad y todo. Quién sabe.

He venido a propósito a la parte más espesa y enredada del bosque y veo a Demeter observando las zarzas con cara nerviosa. Menuda tonta, va y aparece con shorts.

—¡Ay! —grita Demeter de repente—. Me ha picado una ortiga.

—Mala suerte —digo en tono neutro. Y al seguir andando no puedo evitar añadir—: Lo que hay que hacer en estos casos es agarrarlas. Ya sabes, agarrar el toro por los cuernos, y entonces todo irá bien. ¿No te parece?

No estoy segura de que Demeter haya pillado la referencia. Mira impasible el camino frondoso que tenemos delante.

—No te preocupes —le digo para serenarla—. Buscaré un sendero un poco menos frondoso. Quédate cerca de mí y así te resultará más fácil.

Cojo una rama larga y flexible, y empiezo a agitarla contra los arbustos de forma tan vigorosa que por accidente alcanzo la pierna de Demeter también.

—¡Ay! —grita.

—Oh, lo siento —me disculpo inocente—. Ha sido sin querer. Sigamos. Mira a tu alrededor y verás abedules, olmos de montaña y sicomoros, además de robles. —Le doy unos treinta segundos para observar los árboles y le pregunto como si nada—: Y bien, ¿qué vas a hacer esta noche, Demeter? Estás sola con los niños, ¿verdad? Debes de sentirte muy triste ahora que tu marido se ha ido. Tan sola, con la yurta entera para ti. Solo para ti y para nadie más.

Al hablar noto una oleada de resentimiento. Miradla, con sus shorts vaqueros, tomando el sol, preparándose para una noche de sexo tórrido...

—Ya, es una pena. Son cosas que pasan —dice encogiéndose de hombros. Tiene la vista clavada en los árboles a nuestro alrededor—. Entonces ¿cuál es el sicomoro?

—Quiero decir que habíais venido toda la familia. —Mi sonrisa es tan forzada que me empiezan a temblar las mejillas—. Con tu adorable marido, el que te hizo todos esos juramentos. ¿Cuánto lleváis casados?

—¿Qué? —Demeter parece confundida—. Pues... dieciocho años. No, diecinueve.

—¡Diecinueve años! ¡Felicidades! ¡Tienes que quererle muchísimo!

—Pues... sí —dice Demeter, desconcertada—. Bueno, hemos tenido nuestras idas y venidas...

—Pues claro. ¿No las tenemos todos?

Se me escapa una risa aguda. Todos estos días he conseguido mantener la calma junto a Demeter, pero hoy se me está yendo un poco de las manos.

—¿Hay especies de pájaros interesantes en este bosque? —pregunta Demeter con su habitual expresión de chica lista y alerta que hoy precisamente me sienta como un tiro.

—Por supuesto —afirmo respirando muy fuerte—. Sin duda. —Cuando un cuervo echa a volar desde una rama, señalo hacia arriba—. ¡Mira! ¿Lo has visto?

—¡No! —dice Demeter mirando hacia arriba de inmediato—. ¿Qué era?

—Un pájaro muy raro —digo—. Muy difícil de ver. Una... jactanciosa crestada.

Casi digo una «jactanciosa Demeter».

—Está emparentada con el carricero común, pero es mucho menos frecuente —añado—. Es muy carroñera. Muy tóxica. Un mal bicho.

—¿En serio?

Demeter parece fascinada.

—Pues sí. —Ya no hay quien me pare—. Aparta a las hembras más jóvenes de su camino y no las deja prosperar. No te gustaría cruzarte con una por ahí. Es mala. Egoísta. Tiene muy buen aspecto, eso sí. Unas plumas preciosas. Pero es muy astuta y pretenciosa.

—¿Cómo puede un pájaro ser pretencioso?

Demeter suena confundida.

—Siempre se está acicalando —digo tras una pausa—. Y luego les saca los ojos a los demás pájaros.

—¡Oh, dios mío! —exclama, y parece a punto de vomitar.

—Porque tiene que ser el pájaro número uno. Tiene que tenerlo todo. No le importa si el resto de los pájaros del bosque están en dificultades. —Hago una pausa—. Pero cuando está con la guardia baja y es más vulnerable, el resto de los pájaros se vengan de ella.

—¿Cómo?

Tengo a Demeter comiendo de la palma de mi mano.

—Encuentran sus maneras —digo con una sonrisa misteriosa.

Espero a que Demeter me haga otra pregunta, pero no dice nada. En su lugar, me interroga con la mirada.

—Anoche estuve leyendo un libro sobre especies de aves locales —dice lentamente—. No mencionaba la jactanciosa crestada.

—Bueno, como te decía, es una especie muy rara. Una de las más raras que tenemos. ¿Seguimos?

Le hago indicaciones para que avancemos, pero Demeter no me sigue. Sus ojos me contemplan como si fuese la primera vez que me ve. Oh, no, no me digáis que sospecha algo... ¿Me he pasado con lo de la jactanciosa crestada?

—¿Siempre has vivido en el campo? —me pregunta.

—¡Oh, sí! —Me río aliviada de volver a tierra firme—. Nací en la granja —añado remarcando mi acento de Somerset un poco más—. Mi padre te puede enseñar las marcas en la pared de la cocina, las que hacía a medida que iba creciendo. Este es mi hogar.

—Ya veo.

Demeter no parece convencida del todo, pero al menos empieza a seguirme.

—Seguro que te gustarán los estanques —le digo por encima del hombro —. En los estanques hay mucha vida salvaje. Ahora iremos.

Siempre los hemos llamado los estanques, pero en realidad solo es un estanque. Uno bastante grande y profundo con una parte un poco menos profunda a un lado que a veces es un estanque y a veces una ciénaga. En esta época del año es una ciénaga. Con un metro de lodo pantanoso y lleno de ranas, cubierto de hierbajos de un verde brillante.

Y es hacia allí hacia donde se dirige Demeter, lo sepa o no. La quiero rebozada en el lodo, con hierba emplastada, chillando y, entonces, como toque final, inmortalizada en una foto que se hará viral, porque seguro que a Flora le encantará compartirla con el mundo. Llevo el móvil en el bolsillo, cubierto de un plástico protector. Estoy lista. Lo único que tengo que pensar es cómo hacerla entrar en la ciénaga. Pero si hace falta que me meta yo primero, me da igual, lo haré.

Mi respiración se acelera mientras caminamos. Me pitan los oídos; doy un respingo con cada ruido que oigo. De vez en cuando me entra un espasmo de nervios y pienso: «¿De verdad quiero hacer esto?».

«¿No sería mejor que volviésemos a la granja?»

Pero luego vuelve a aparecer en mi mente la imagen de Demeter escribiendo un mensaje en su móvil con aquella sonrisa burlona, convocando a Alex como si pidiese comida para llevar al minuto que su marido está fuera de juego. Demeter haciéndome teñirle las raíces... Demeter dándome sus cajas de Net-A-Porter para tirar... Quejándose de su trayecto hasta el trabajo... Demeter mirándome en el ascensor en Cooper Clemmow. Ni siquiera recordaba si me había despedido ya o no porque, claro, ¿qué importa en realidad la vida de una júnior sentada en un rincón?

Y yo que había llegado a sentir lástima por ella. Menuda broma. No necesita mi compasión. Miradla: con sus largas piernas y sus botas de agua

de diseño. Con sus andares confiados, como diciendo: «Soy la jefa». Si había tenido un momento de vulnerabilidad, se ha olvidado por completo, y fui tonta de apiadarme de ella al presenciarlo. Porque Demeter siempre ha sido una experta en utilizar a los demás para que le arreglen la vida. ¿Marido desaparecido? Llamamos al amante. ¿Correo crucial borrado? Hacemos que nuestra ayudante lo solucione. De algún modo siempre consigue aterrizar de pie.

Menos hoy.

—Somerset está lleno de aves fascinantes —digo dirigiéndola hacia los estanques—. Hay muchas especies raras por aquí, así que al caminar deberías alzar la vista todo el tiempo para no perdértelas. Mira siempre hacia arriba.

Y no mires por dónde pisas. Ni el barro ni el aceite resbaladizo que puede que haya vertido por aquí antes.

Al rodear una mata de arbustos, por fin podemos ver los estanques ante nosotras. La ciénaga es un terreno cubierto de hierba verde lima. No podría parecer más reluciente y pernicioso. No hay nadie por aquí. El resto de los *glampers* están a millas de distancia, recogiendo setas en el bosque de Warrenton, y nadie más tiene acceso a estos terrenos. El silencio que nos rodea es espeluznante. Lo único que oigo es mi propia respiración y nuestros pasos en el suelo cada vez más cubierto de lodo mientras bajamos la pendiente hacia la ciénaga.

—Mira hacia arriba —no paro de decirle—. Mira hacia arriba.

Aquí todo se vuelve pantanoso. Y muy resbaladizo. Lo era incluso antes de que vertiese aceite de cáñamo. No pasa nada si vas con cuidado, no caminas muy rápido y no se te ocurre correr.

Y por eso mismo estoy a punto de hacer correr a Demeter.

—¡Oooh! —murmuro como absorta—. ¿Has visto los martines pescadores? ¡Miles de ellos! ¡Corre! —Acelero el paso para que parezca que corro, pero tengo mucho cuidado de dónde pongo los pies y de mantener el equilibrio—. Pasa tú primero. —Me vuelvo y le hago este gesto de pura generosidad a Demeter—. Adelántame. Pero ¡corre! ¡Corre!

Como una compradora en las rebajas de Harrods, Demeter empieza a correr de puntillas con la vista fija hacia arriba, cogiendo impulso. No ve el punto en el que el lodo se vuelve aceitoso. No se da cuenta de que empieza a resbalar hasta que sus pies entran en contacto por fin con la parte más resbaladiza de la mancha de aceite y ya no hay vuelta atrás. Resbala hacia la

ciénaga agitando los brazos como si fuese una practicante de snowboard muy mala.

—¡Oh, dios! —grita—. ¡Oh, dios mío!

—¡Cuidado! —le digo alegremente—. Resbala un poco... ¡Oh, no!

La observo con toda mi atención, no me permito ni pestañear. Quiero disfrutar de esto al máximo. Quiero presenciar cada segundo. Demeter levantando los brazos, presa del pánico... Demeter deslizándose más allá de la orilla... Demeter saltando por los aires... El horror de Demeter al darse cuenta de lo que está a punto de suceder...

Y Demeter aterrizando en la ciénaga. No tanto salpicando, sino hundiéndose con un ¡plop! Un metro de lodo y da de bruces directa sobre él, y al hacerlo chapotea y se llena la cara y el pelo de pegotes marrones. La hierba le cae de la cabeza a las mejillas, y veo una especie de bicho subiéndole por el hombro.

¡Sí! No podía haber salido mejor. ¡Miradla!

De inmediato intenta levantarse, pero no es tan fácil y se cae varias veces antes de conseguir incorporarse. Ahora mismo está en medio del pantano, y si hubiese planeado sacar la foto perfecta, tendría que haberlo hecho ahora: Demeter empapada, llena de lodo, sin dignidad y furiosa.

—¡Ayúdame! —Me hace señales indignada—. ¡Estoy atrapada!

—¡Dios! —exclamo sacando el móvil.

Intentando esconder mi euforia, tomo algunas fotos y luego vuelvo a meter el móvil en su bolsa protectora.

—¿Qué haces? —me grita Demeter.

—Ahora voy a ayudarte —digo tranquilizadora—. Debes tener cuidado en los terrenos pantanosos. Nunca debes apresurarte.

—Pero ¡me has dicho que corriese! —explota Demeter—. Dijiste: «¡Corre!».

—No importa. Pronto estarás de vuelta en tu yurta, vamos.

—Estoy atrapada —repite Demeter lanzándome una mirada acusadora—. Mis pies se han hundido en el lodo.

—Solo levanta la pierna.

Hago el gesto de sacar la pierna de un lodazal con mímica y Demeter me imita, pero al sacar la pierna le falta la bota de agua.

—¡Mierda! —dice volviendo a agitar los brazos—. ¡Mi bota! ¿Dónde está mi bota?

Por el amor de dios.

—Yo la cogeré —le digo como una madre a su hija de tres años. Entro en el lodazal, llego hasta donde está Demeter y palpo a su alrededor en busca de la bota de agua. Mientras tanto, Demeter está de pie sobre una pierna y me coge del brazo—. Toma. —Consigo pescar la bota perdida—. ¿Salimos?

Me dirijo a la orilla, pero Demeter no me sigue.

—¿Por qué me has dicho que corriese? —me pregunta en tono plano y desconfiado—. ¿Querías que me cayese?

Noto un pequeño espasmo de alarma, pero lo calmo. No puede demostrar nada.

—¡Claro que no! ¿Por qué iba a querer eso?

—No lo sé —dice en el mismo tono—. Pero es raro, ¿no crees? Y ¿sabes qué? Tengo la impresión de que te conozco de antes.

Mira mi cara con atención y bajo la cabeza deprisa para esconderla bajo mi gorra de béisbol.

—Eso es ridículo —digo riendo—. Soy una chica de Somerset. No he estado en Londres en la vida. ¡Si no sé ni dónde está Chiswick!

—¿Has dicho Chiswick? —salta Demeter.

Me maldigo de inmediato. Mierda. ¡Idiota! Estoy perdiendo la concentración.

—¿No me habías dicho que trabajabas en Chiswick? —respondo tan inocentemente como puedo—. ¿O algo así?

—No, nunca he dicho eso. —Demeter me coge la muñeca tan fuerte que me hace daño—. ¿Quién demonios eres?

—¡Soy Katie! —Intento librarme de su mano—. Ahora vayamos a tomar una buena taza de té con un pastelito o tartaletas de mermelada.

—Escondes algo.

Demeter me da un empujón enfadada y pierdo pie.

—¡Ay!

Aterrizo en la ciénaga y noto el lodo dándome en la cara. Dios, esto es asqueroso. Consigo sentarme, me froto los ojos y miro a Demeter. Mi autocontrol ha desaparecido por completo. Noto como si la cuerda de mi cometa se hubiese roto y la cometa hubiese empezado a flotar por los aires.

—¡No te atrevas! —chillo, y le lanzo lodo a la cara.

—¡No te atrevas tú! —Me lanza lodo ella a mí—. No sé lo que intentas, pero...

—¡No intento nada!

Avanzo a gatas hasta la orilla y meto la cabeza en el agua fresca del estanque adyacente, procurando calmar el subidón de adrenalina. Vale. Reorganicémonos. Este no era el plan. Tengo que solucionarlo. Puede que sea Demeter, pero también es una huésped. No puedo tener una pelea en el barro con ella. Quiero decir que no sonaría muy bien en TripAdvisor, ¿no?

Aunque ¿por qué iba a creer alguien su palabra contra la mía? Llegado el caso, quiero decir.

Sintiéndome un poco más tranquila, saco la cabeza del agua fresca. Tengo la cara limpia, toda traza de lodo ha desaparecido. He perdido la gorra de béisbol por algún lado, pero da igual. Me echo el pelo hacia atrás y me lo ato en un moño. Vuelvo a mi rol de guía turística profesional.

—Mira... —Me vuelvo hacia Demeter—. Oye. Creo que deberíamos acabar aquí la caminata. Te pido perdón si...

—Espera —dice ella con voz temblorosa de repente—. Quédate quieta. ¡Cath! —El estómago me da un vuelco del susto—. No, ¡Cat! —se corrige Demeter con los ojos como platos—. Es Cat, ¿no?

—¿Quién es Cat? —pregunto consiguiendo controlar mi voz de algún modo.

—¡No me vengas con esas! —lo dice con tanta intensidad que noto cómo se me eriza el vello—. Cat Brenner. Eres tú, ¿no? Ahora lo veo.

Me doy cuenta para mi horror de que me he cargado mi disfraz. La gorra, el maquillaje y el pelo rizado. Todo fuera. ¿Cómo he sido tan idiota?

Durante unos segundos me quedo petrificada, pero mi mente corre al galope considerando todas las opciones posibles: negarlo, correr, otra cosa...

—Vale, sí, soy yo —digo por fin, intentando sonar despreocupada—. Me cambié el sobrenombre. No es ilegal, ¿no?

Un cuervo nos sobrevuela graznando, pero ninguna de las dos nos movemos. Estamos de pie en la ciénaga, cubiertas de lodo, mirándonos como si la vida estuviese en pausa. Se me ha acelerado el pulso del susto, pero también siento una extraña sensación de alivio. Al menos ahora ya lo sabe.

Demeter me mira con su típica expresión que parece indicar que el mundo se ha vuelto loco, con los ojos moviéndose de un lado a otro. Me mira, luego frunce el ceño, luego se queda con la mirada perdida como intentando recordar.

A partir de ahora puede pasar cualquier cosa. Cualquiera. Me siento casi

excitada y todo.

—Vale, no lo entiendo —dice Demeter, y noto que está intentando mantener la calma, aunque le está costando lo suyo—. No lo entiendo. Intento entenderlo, intento sacar algo en claro de todo esto, pero no lo consigo. ¿Qué demonios pasa?

—No pasa nada.

—¡Has hecho que aterrice en una ciénaga! —Demeter empieza a sonar agitada—. ¡Me has dicho que corriese para que me cayera! ¿Tienes algo en mi contra?

Parece tan ajena a todo, tan ignorante, que cojo aire. ¿Tengo algo en su contra? ¿Por dónde empiezo?

—¡Y me has dado con esa rama! —exclama antes de que pueda responder —. Eso también ha sido a propósito. Toda esta mañana ha sido una *vendetta*, ¿verdad? Un momento, ¿toda la semana ha sido una *vendetta*? —Veo que empieza a pensar en todo lo que ha pasado esta semana, analizándolo momento a momento, hasta que todas sus sospechas se confirman—. Oh, dios. ¿Existe de verdad el Vedari?

—¡Pues claro que no existe! —estallo de pura frustración—. Solo una *early adopter* pretenciosa como tú se tragaría algo así. ¡Es penoso! ¡Solo tuve que mencionar a Gwyneth Paltrow para que mordieses el anzuelo!

—Pero ¿y la página web?

—Lo sé —asiento satisfecha—. Buen trabajo, ¿eh?

Noto una punzada de orgullo al ver cómo se le desfigura la cara. ¡Toma! ¡Te pillé!

—Ya veo —dice Demeter en el mismo tono controlado—. Así que me has tomado por una tonta. Bueno, pues felicidades, Cat o Katie o comoquiera que te llames. Pero lo que todavía no entiendo es... ¿por qué? ¿Es porque perdiste tu trabajo? ¿Me culpas por eso? Porque, uno, no fue culpa mía directamente, y dos, perder el trabajo no es el fin del mundo, como ya te dije.

Se yergue bien alta pese a estar en una ciénaga, adoptando la pose de jefa tolerante, y mi ira vuelve a aparecer.

—¿Sabes una cosa, Demeter? —le digo intentando buscar mi propia versión de la dignidad—. Cuando no tienes dinero y preferirías morir antes que pedírselo a tus padres, entonces perder el trabajo sí que es el fin del mundo.

—¡Tonterías! —dice Demeter con rudeza—. Encontrarás otro.

—He respondido y respondido a ofertas, pero ¡nada! Al menos, nada remunerado. Pero yo no soy como Flora, no puedo permitirme trabajar sin cobrar. Todo lo que siempre he querido es vivir en Londres, y ese día mi sueño se hizo añicos, y claro que no fue por tu culpa. Pero ¡sí fue culpa tuya no acordarte de si me habías despedido o no! —Levanto la voz, indignada—. ¡Era mi vida lo que tenías en tus manos y ni siquiera te acordabas! Estabas ahí en plan: «Oh, persona júnior sin importancia cuyo nombre no recuerdo, ¿he destrozado tu vida hoy o no? Por favor, recuérdamelo tú».

—Vale —dice Demeter tras una pausa—. Lo acepto. Mi comportamiento fue... desafortunado. Pero las cosas eran muy difíciles para mí en esos momentos y...

—¿Cómo podría ser algo difícil para ti? —Lanzo lo que me quedaba de prudencia a la ciénaga—. ¡Si tienes la maldita vida perfecta! ¡Lo tienes todo!

—¿De qué hablas?

Demeter me mira atónita.

—¡Oh, venga! —estallo—. ¡No me mires así! ¡Tienes la vida perfecta! El trabajo, el marido, el amante, los niños, el dinero, el físico, la ropa de moda, los amigos famosos, las invitaciones a fiestas, el peinado, la puerta de entrada de Farrow and Ball, los escalones de tu casa, las vacaciones... —Me quedo sin aliento—. Todo, lo tienes todo. ¿Y te atreves a mirarme y a preguntarme que de qué vida perfecta hablo?

Se produce otro silencio. Oigo mi propia respiración entrecortada. Nunca había notado tanta tensión en este bosque. Nunca. Demeter sale de la ciénaga y se me acerca. Todavía tiene la cara llena de lodo, pero veo furia en sus ojos.

—Oh, Katie —casi me escupe—. ¿Quieres mi vida perfecta? ¿Quieres detalles sobre mi vida perfecta? Estoy cansada todo el tiempo. Todo el tiempo. Mi marido y yo luchamos muy duro para combinar nuestros respectivos trabajos porque necesitamos el dinero para pagar la gran casa familiar que decidimos comprar, con su gran hipoteca, y sí, la redecoramos, algo que seguramente fue un error, pero todo el mundo comete errores, ¿no? Voy a inauguraciones de restaurantes para hacer contactos para mi trabajo. También hago de jurado en concursos por lo mismo. Voy a fiestas por lo mismo. Llevo unos tacones que me destrozan la espalda y miro el reloj cada media hora deseando poder escapar.

Me quedo mirándola petrificada. Recuerdo las cajas de Net-A-Porter, las fotos de Instagram, los tuits animados. Demeter aquí, allí, en todas partes,

deslumbrante y brillando. Ni en un millón de años se me hubiese ocurrido que no lo disfrutaba.

—No tengo tiempo de ver a mis amigos —prosigue Demeter sin perder comba—. Cada vez que vuelvo a casa tarde mis hijos me lo hacen pagar. Me he perdido tantos momentos de su vida que lloraría si pudiese, pero ya no puedo llorar más por ello. Soy una mujer madura en un gremio de gente joven y un día perderé mi trabajo. Mi pelo se está volviendo gris y creo que estoy empezando a tener demencia. Así que, ¡que te jodan con lo de la vida perfecta!

—¿Demencia? —pregunto mirándola fijamente.

—Oh, y ¿esos escalones que mencionabas? ¡Odio esos escalones más que nada en el mundo! —Demeter empieza a temblar de arriba abajo. Parece que ha llegado a un nuevo nivel de furia—. ¿Has intentado alguna vez subir un cochecito de niño diez peldaños? ¡Porque es una pesadilla! Esos escalones me amargan la existencia. ¿Sabes qué pasó la Nochebuena en que mi hija tenía cinco años? Estaba metiendo los regalos desde el coche y subiendo los malditos escalones, que estaban helados, me caí y me pasé el día de Navidad en el hospital.

—Oh —añado nerviosa.

—Así que no me hables de mis jodidos escalones.

—Vale. —Trago saliva—. De acuerdo. Yo... siento haber mencionado los escalones.

Estoy un poco en shock, la verdad. Tenía una imagen tan instaurada de Demeter bajando sus preciosos escalones con su abrigo de diseñador, toda elegante, viviendo una perfecta vida de princesa. Pero ahora a esa la han sucedido otras imágenes: Demeter empujando un cochecito escaleras arriba; Demeter resbalando y cayéndose.

Nunca se me habían ocurrido ese tipo de cosas.

—No pasa nada. —Parece que Demeter se ha calmado un poco—. Y siento haberte despedido de esa forma tan insensible. De verdad que lo siento. Ese día estaba muy nerviosa, pero eso no tendría que haber sido excusa para no tratarte de forma justa y respetuosa. Me gustaría disculparme... ¿Cat?

—Katie —digo un poco incómoda—. Lo de Cat nunca llegó a cuajar.

—Pues Katie, entonces.

Levanta la mano llena de lodo y, tras una pausa, se la estrecho.

—No se lo digas a papá y a Biddy —digo abruptamente—. ¡Por favor!

—¿Que no les diga el qué? —Los ojos de Demeter me miran traviesos—. ¿Que me has hecho caer en una ciénaga? Tranquila, no tenía intención de hacerlo. Es bastante embarazoso para mí también.

—No, no me refiero a eso. No les digas que me despidieron. Se creen... —Miro al suelo—. Se creen que me he tomado seis meses sabáticos.

—¿Qué?

—Es que tenían sus propios problemas y no quise decirles la verdad. Estaba demasiado... —Me callo—. No pude.

—Entonces ¿les has dicho que todo este tiempo has estado de excedencia de Cooper Clemmow?

Demeter me mira incrédula.

—Sí.

—¿Y se lo han creído?

—Creen que... ya sabes, que soy alguien importante en la empresa —digo en un susurro.

—Ya veo. —Demeter lo digiere—. Y cuando acaben los seis meses, ¿qué vas a hacer?

—Encontraré trabajo —digo confiada—. Y si no... bueno, es mi problema, ya me las apañaré.

—Bien. —Demeter levanta las cejas escéptica—. Pues buena suerte con eso. —De repente se le ocurre algo—. Oye, ¿por qué sabes cómo son los escalones de mi casa?

—Ah, eso. —Noto cómo me sonrojo—. Bueno, es que Flora me dijo dónde vivías y... un día estaba por esa zona...

—Y decidiste ir a echar un vistazo a mi casa —dice Demeter, cortante—. Y pensaste: «Si vive en esa casa tiene que ser una zorra forrada».

—¡No! Bueno... tal vez un poco... —Hago una pausa, incómoda—. Es una casa increíble. La vi en *Livingetc*.

—Hicimos lo de *Livingetc* porque pensamos que así conseguiríamos alquilarla para sesiones de fotos —dice Demeter como si tal cosa—, pero nadie la quiso.

—Aun así, es fantástica.

—Yo la miro y lo único que veo son los pagos de la hipoteca —dice Demeter—. Aunque a los niños les encanta. Nunca podríamos mudarnos.

Tampoco había pensado en los pagos de la hipoteca. Suponía que Demeter vivía una vida tan regalada que no tenía que preocuparse por esas cosas.

—Siempre te comportas como si tu vida fuese perfecta —suelto de golpe.

—Bueno, intento poner buena cara y fingir que todo va bien —dice Demeter tras una pausa—. ¿No lo hacemos todos? Siempre he pensado que... ¡Un momento! —se interrumpe con un grito ahogado—. ¿Has dicho algo de un amante? ¡Yo no tengo ningún amante!

Noto una punzada de ira. ¿En serio? ¿Se va a atrever a negarlo incluso ahora? Pensaba que estábamos conectando de verdad y ahora va y se lo carga todo.

—Claro que lo tienes —digo cortante—. Lo sabe todo el mundo.

—¿Que todo el mundo sabe el qué?

—Que te acuestas con Alex Astalis.

—¿Qué? —Demeter me mira atónita—. ¿Qué estás diciendo? ¿¿Qué??

Por el amor de dios.

—Todo el mundo lo sabe —repito—. Por eso te fichó para Cooper Clemmow. A ver, es bastante obvio, Demeter. Cómo os comportáis el uno con el otro... siempre riendo y haciendo bromas...

—¡Es un viejo amigo! —protesta Demeter—. ¡Eso es todo! Dios, ¿quién te ha dicho eso?

—Pues... gente de la oficina. —No voy a meter a Flora en un lío—. Pero vaya, que es *vox populi*. No lo has escondido muy bien.

—¡Si no hay nada que esconder! —Demeter casi explota—. ¡Eso no son más que rumores ridículos! En serio, ¿Alex? Le adoro, pero cualquier mujer que se liase con Alex Astalis tendría que estar loca.

No me lo puedo creer. No lo va a admitir, ¿verdad?

—¡Deja de negarlo cuando todos sabemos que es verdad! —grito—. ¿Para qué iba a venir Alex aquí si no es tu amante?

Demeter parece sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—No ha sido muy sutil —digo con intención—. No ha reservado como el señor Smith. Lo llamaste en cuanto tu marido te dijo que se iba a Bruselas, ¿no? Biddy me confirmó que había llamado a las dos y media. Muy bonito.

—¿Qué?

Demeter da la sensación de estar horrorizada. ¿Es que no puede parar?

—¡Deja de fingir de una vez! —grito furiosa—. ¡Es muy cansino!

—¡No estoy fingiendo! —Cuando la voz de Demeter resuena por todo el bosque, parece al borde del ataque de nervios—. ¿Estás diciéndome que Alex

Astalis está de camino? ¿Es eso cierto?

Está tan nerviosa que me quedo pensativa. Sea como sea, parece totalmente conmocionada ante la noticia.

—Bueno... sí. Se queda en la granja. Llega hoy por la mañana. —Miro el reloj—. Son casi las once. Puede que ya haya llegado.

Demeter no contesta. Por un momento pienso que ni me ha oído. Pero unos segundos después, se deja caer dentro de la ciénaga como si sus piernas ya no fuesen capaces de sostener su peso.

—Ha venido a despedirme —susurra.

—¿Qué? —Me quedo pasmada. Casi quiero reírme de la idea—. No.

—Sí. —Tiene la cara pálida y la mirada perdida—. Alex ha venido a verme, es obvio. —Cuenta con los dedos como intentando resolver un problema de lógica—. Si hubiese querido programar una reunión hubiese contactado conmigo. Pero no lo ha hecho. Así que quiere pillarme por sorpresa. Y solo hay una razón para ello: me va a echar. O me va a pedir que renuncie yo. Es lo mismo.

—Pero... —Estoy tan pasmada que me dejo caer en el lodazal yo también —. Pero ¿por qué iban a prescindir de ti? ¡Si eres la jefa! ¡Eres el genio! ¡Lo eres todo!

Demeter se ríe y se gira para mirarme a los ojos.

—No has estado en contacto con nadie de la oficina, ¿verdad?

—En realidad no —digo incómoda—. Pero sé que las cosas no iban muy bien...

—Las cosas no van nada bien. Y ni siquiera entiendo por qué. No lo entiendo...

Demeter apoya la cabeza sobre las rodillas. Se le cae el pelo hacia delante y veo las raíces grises en la base del cuero cabelludo. Eso la hace vulnerable de nuevo. Muestra ese lado que intenta esconder al mundo, como cuando la encontré con Carlo. Y al verla acurrucada como un animal en su guarida noto una sensación extraña, desconocida. Como si quisiera darle una palmadita en la espalda para tranquilizarla.

—Oye —me atrevo a decir—, a lo mejor no es lo que piensas. A lo mejor ha venido de vacaciones. Igual vio el folleto en tu mesa y pensó en tomarse él también un respiro...

Demeter levanta la cabeza.

—¿Tú crees?

Veo la esperanza luchando contra la desesperación en su cara llena de barro.

—Bueno, podría ser. Al fin y al cabo, el folleto es excelente.

Me atrevo a guiñarle el ojo a Demeter y ella se ríe, eliminando un poco la tensión en el ambiente.

—Es muy bueno. Defiendo todo lo dicho anteriormente: tienes talento, Katie. La verdad es que nunca te tendría que haber dejado ir. Tendría que haber echado a Flora, que no sirve para nada. Tú siempre fuiste más proactiva, más viva. —De repente se da cuenta de algo—. Un momento. ¡Fuiste tú! —Me señala con el dedo—. Tú tuviste la idea de lo de las vacas felices, ¿verdad? Es la base de toda la renovación de la imagen de CCY.

—Pues sí, fui yo.

Oírlo me llena de esperanza. A lo mejor Demeter... A lo mejor...

—Me encantaría ayudarte en tu carrera —dice Demeter como leyéndome la mente—. Sobre todo ahora que ya sé quién eres. Pero no tendré mucha oportunidad de hacerlo si pierdo mi empleo... —Se interrumpe al ocurrírsele una idea—. Oh, dios, Katie. ¡Tienes que enterarte por mí! ¡Hazlo tú!

—¿Cómo?

No entiendo nada.

—Ve y habla tú con Alex cuando llegue. Dale conversación. Sonsácale si ha venido a despedirme. Puedes hacerlo, estoy segura de que puedes.

—Pero...

—Por favor... —Me coge las manos—. Por favor. Si sé que ha venido a despedirme, podré preparar mi defensa y tendré una oportunidad de salvarme. Por favor, Katie, por favor...

Y no sé si es porque por fin ha pronunciado mi nombre bien o por la cara de pena que pone o porque he decidido que ya he sido lo bastante mala con ella para unas solas vacaciones, pero me sorprendo a mí misma asintiendo.

16

Nunca antes había visto a nadie tambalearse de la impresión.

Pero Alex lo hace. Se tambalea en cuanto me ve. Se ha quedado tan pasmado que casi se cae. (Para ser justa diré que estaba andando sobre un banco de hierba bastante irregular, a lo mejor eso ha tenido algo que ver.)

Estamos en el único trocito de jardín propiamente dicho de toda la granja: no es más que un pequeño recuadro de césped con algunas flores y un banco que da al campo donde están las yurtas. Es donde recibimos a los *glampers* con el té de bienvenida. Biddy debe de haberle dicho a Alex que espere ahí.

—Jesús. —Se quita las gafas de sol y me mira con una mano haciendo visera sobre los ojos—. Katie. Quiero decir, Cat. Quiero decir... ¿eres tú?

Es mediodía y han pasado muchas cosas desde mi enfrentamiento con Demeter, y la mayoría han tenido que ver con algo de jabón y una esponja. Había mucho lodo que quitar.

En cuanto he vuelto a la granja me he enterado de que Alex había llamado para decir que estaba a una media hora de camino. La máxima preocupación de Demeter era que Alex la encontrase y la despidiese antes de tener ocasión de preparar una defensa. Así que le he buscado un escondite en un cobertizo y ella me lo ha agradecido con humildad.

Tengo la sensación de que quizá cuando estaba en Cooper Clemmow no conocía a Demeter. No a la Demeter real. Quiero volver a hablar con ella de nuevo para eliminar por completo esa fachada, saber quién es en realidad detrás de todos los éxitos, de la ropa de diseño y de dárselas de conocer a gente importante.

Pero esa no es mi máxima prioridad ahora mismo. Mi prioridad es que le he hecho una promesa, haya sido inteligente por mi parte o no, y debo hacer lo posible por cumplirla. Incluso aunque Alex me esté desequilibrando de forma considerable. Aunque haya una especie de titular repitiéndose en mi mente en bucle: «No se acuesta con Demeter después de todo...», «No se acuesta con Demeter después de todo...».

¡Ay! ¡Basta ya, cerebro! No se acuesta con Demeter después de todo, vale.

Y ¿qué significa eso? Nada. Puede que se acueste con otra persona. O puede que esté enamorado de otra persona. Puede que no me encuentre ni remotamente atractiva. (Es lo más probable, sobre todo después de nuestro último encuentro.)

En la ducha, rebobino; revivo en mi cabeza mi historia con Alex y me quiero morir. Reconozcámoslo, la última vez que lo vi le grité que era un niño mimado. Y también le dije que creía que había habido una chispa entre nosotros. (¿Quién hace eso? Respuesta: solo yo, Katie, la viajera menos adepta del mundo en el trayecto para encontrar-a-su-hombre-y-no-cagarla.)

Así que la situación no puede decirse que sea ideal. Pero tengo una promesa que cumplir, así que allá voy. Y no me voy a poner nerviosa ni nada...

Ay, dios. A medida que me acerco a él ya me noto nerviosa.

Me había olvidado de lo atractivo que es. Se ve igual de esbelto que siempre, enfundado en unos vaqueros viejos y un polo de color naranja gastado, con el pelo oscuro brillante a la luz del sol. Por un momento pienso: «¡No lleva traje! ¡No ha venido a despedir a Demeter!», pero entonces recuerdo que nunca lleva traje, así que eso no significa nada.

Su mirada es tan intensa y tan interesada que parece que esté leyendo todo lo que pasa por mi cabeza: mis sentimientos, el escondite de Demeter, todo. Pero no puede ser. A ver, cálmate, Katie.

He decidido utilizar un tono superrelajado, aunque no sé cómo de convincente va a quedar.

—Hola, ¿qué tal? —digo como si tal cosa.

(¿Debería añadir «Eras Alex, ¿no?» frunciendo el ceño, como si no recordase bien quién es?

No. Nunca se lo creería y sabría que estoy fingiendo y quedaría fatal.

Vale. Paso.)

—¡Sí que eres tú! —exclama—. Cat.

—Katie —le corrijo—. Llámame Katie.

—Estás distinta.

Arruga la frente como intentando pensar en qué he cambiado. (Algo muy masculino. Una chica lo pillaría al instante: lleva el pelo azul y rizado, ya no usa delineador, ha engordado unos kilos, le han salido pecas y ¿dónde están esas gafas que solía llevar?)

Se me acerca con un andar saltarín, como si caminar fuese algo demasiado

lento para él, pero tampoco quisiera echar a correr.

—Esto es una locura. ¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí.

—¿Vives aquí? —Alex se me queda mirando—. ¿Es este tu nuevo trabajo?

—Sí. Pero también es mi casa. Siempre lo ha sido.

—Pero... —Se pasa la mano por el pelo de esa forma tan suya—. Espera. ¿No vivías en Birmingham?

Y aunque he decidido que no voy a analizar todo lo que diga, no lo puedo evitar. Nunca le mencioné nada de Birmingham. ¿Quiere decir eso que ha hablado sobre mí con alguien?

No. Basta. No quiere decir nada de nada.

—Trabajé un tiempo en Birmingham —digo—. Demeter debió de entenderlo mal. Aunque, claro, tampoco es que le importen mucho los detalles. O sus júniors.

Cruzo los brazos y lo miro con expresión impasible. Voy a probar una estrategia. Cuanto más critique a Demeter, puede que menos le importe revelarme qué hace aquí. O al menos así nunca sospechará que estoy manteniendo esta conversación para beneficio de ella.

¿O sí?

Alex es tan avispado que no me sorprendería nada, pero intentaré hacerlo lo mejor que pueda.

—Sabes que está aquí, ¿no? —añado—. ¿Has venido a reunirte con ella? ¿O simplemente viste el folleto y decidiste hacer una escapada?

Tengo todos los sentidos alerta mientras espero su respuesta, pero Alex no parece haber oído la pregunta.

—¿Has hablado con ella? —me pregunta despacio—. Con Demeter, quiero decir.

—¡Con Demeter! Claro que no. Bueno, nos hemos saludado y eso. —Me encojo de hombros—. Al principio ni me reconoció. Típico de ella.

—¿Es eso típico de ella? —pregunta Alex, animado de repente—. ¿Lo es? Trabajaste para ella, tú lo sabrás.

Frena en seco y se frota la cara; de repente parece desolado.

—¿Saber el qué?

—Oh, no, nada, ya no importa. La suerte está echada.

Se sume en un silencio y veo que se le forman unas arruguitas alrededor de la boca de la ansiedad.

Tengo un mal presentimiento. No parece alguien que haya visto un folleto y haya decidido hacer una escapada. Parece más bien alguien con una misión que no quiere llevar a cabo.

Lo cual es bastante desconsiderado por su parte, en mi opinión. No va para nada con el espíritu de la granja Ansters. Ser despedido no está en nuestra lista de actividades relajantes que hacer en vacaciones.

—¿Está aquí con toda la familia? —pregunta tras una larga pausa.

—Sí, están todos —respondo con toda la intención—. Lo están pasando fenomenal. ¿Le digo a Demeter que estás aquí? Aunque no sé dónde andará, la verdad.

—¡No! —responde con rapidez—. No se lo digas todavía. Dame... —Se queda callado—. Mira, no tenía ni idea de que estabas aquí, Katie. Eso... Eso lo complica todo un poco.

—¿Complica el qué? —pregunto, y hago ver que estoy confundida.

—Demeter —empieza a decir, y luego se encoge de dolor—. Mierda. ¿Sabes?, no esperaba verte aquí. Me has descolocado.

Alex me lanza una mirada acusatoria.

—Bueno, no sé de qué va el asunto —digo consiguiendo parecer poco interesada en el tema—, pero, por favor, no os peleéis ni nada por el estilo. Molestaría al resto de los huéspedes.

—¿Que no nos peleemos? —repite con una sonrisa triste—. Pues me temo que es posible que lo hagamos. O peor.

Me fuerzo a encogerme de hombros y luego me quedo callada un rato. Tengo la sensación de que necesita desahogarse. Se lo veo en los ojos, en que no para de mover los dedos, en la forma en que me mira...

—Oye, creo que debo confesarte algo —dice de repente—. ¿Sabes ser discreta?

—Claro.

—Las cosas se van a poner un poco feas. Tengo que decirle a Demeter que vamos a prescindir de ella en Cooper Clemmow.

Y aunque sabía que era lo que iba a decirme, aun así me quedo en shock. No me imagino a Demeter despedida. Es como si no tuviese ni pies ni cabeza. Demeter es la creativa, la inspiración. La que hace sacar lo mejor del resto. Demeter lidera, los demás la siguen. Es la jefa. Simplemente lo es.

Me doy cuenta un poco tarde de que no me he mostrado nada sorprendida. Mierda.

—Estoy tan impresionada —digo a toda prisa— que no sé cómo reaccionar. Me he quedado muda.

Bueno, espero haberme salvado con eso.

—Lo sé. —Alex pone cara consternada—. Créeme, no ha sido una decisión fácil. Quiero decir que Demeter es genial, todos lo sabemos. Pero ha habido algunos problemas y Adrian cree, bueno, todo el mundo cree que las cosas no han ido todo lo bien que deberían, digámoslo así.

—Vale. —Me pregunto si podría sonsacarle algo más—. Pero ¿cuál ha sido, digamos, el factor determinante?

—Oh, dios. —Alex respira con fuerza—. Ha habido muchos. Pero la última cagada con Allersons es imperdonable. —Se interrumpe y se asegura de que nadie nos está escuchando—. Esto es confidencial, ¿vale?

—Claro, claro —digo muy seria—. Tenemos un lema por aquí: «Lo que se dice en el establo, se queda en el establo».

Aunque me reí de Steve cuando lo soltó, al final debo reconocer que su lema suena bastante bien.

Alex parece confundido.

—Pero no estamos en un establo...

—Bueno, lo aplicamos a toda la granja —le aseguro—. ¿Qué decías de Allersons?

—Ah, sí. Bueno, no sé qué habrás oído, pero, básicamente, hace unas semanas Demeter fue a ver a la gente de Allersons, ¿sabes? Los de Allersons Holdings —añade, y asiento—. Quieren un cambio de imagen total para la marca de su cadena de restaurantes Flaming Red. Un trabajo enorme. Y parece que Demeter los impresionó mucho. Les dio un montón de ideas sobre investigación, talleres, quería montar una gira de presentación de la marca, quiero decir que estuvo brillante en su reunión con ellos. Todo el mundo está de acuerdo en eso.

—¿Entonces?

—Luego no hizo nada más.

—¿Y tenía que haberlo hecho?

—¡Pues claro que tenía que haberlo hecho! Pero se hizo no sé qué lío que pensó que los de Allersons le habían dicho que lo dejase todo en *standby*, y es lo que les dijo a Rosa y a Mark. Así que nadie se molestó en presentarles nada.

—¿Y Allersons quería que lo dejase todo en *standby*?

—¡No! ¡Estaban esperando sus propuestas! ¡Nuestras propuestas! Le enviaban correos y ella les respondía tranquilizándolos. Pero está claro que ellos hablaban de una cosa y ella mientras tanto estaba en la luna. Así que al final acabaron por llamar a Adrian directamente. Esto fue ayer por la mañana, y él no pudo más.

—Pero... quiero decir... —Intento pensar con claridad—. ¿Le has dicho todo esto a Demeter?

—¡Pues claro! Ayer hablamos un montón de veces por teléfono sobre el tema. Pero, y esto es lo peor, parece totalmente confundida. Insiste en que no se equivocó, en que es culpa de los de Allersons, y dice que nos lo demostrará a la vuelta de sus vacaciones. Pero tenemos un hilo de correos que prueba lo contrario. Es todo un verdadero embrollo. Y Adrian ya se ha cansado de hablar con ella. Todo el mundo se ha cansado de hablar con ella. Me parece que ha perdido la cabeza.

Alex parece afectado de verdad.

—¿Y por eso la van a echar? —insisto—. ¿Por un solo incidente?

—Ha habido más cosas. —Se rodea el cuerpo con los brazos agobiado—. Envió un correo a quien no debía, seguro que te enteraste.

Asiento.

—Sí, me acuerdo.

—Tuvo que trabajar mucho para volverse a ganar a los de Forest Food. Y luego pasó lo de la cagada con Sensiquo...

—También me acuerdo —asiento al recordar a Rosa gritándole a Demeter en el baño—, más o menos. Bueno, algo escuché —añado deprisa.

—También se volvió a ganar la confianza de los de Sensiquo, pero de nuevo causó un montón de estrés innecesario. Y luego hemos tenido muchas quejas sobre su liderazgo, su forma de comportarse con los júniors, sus excentricidades... —Se lleva los puños a la frente en un gesto de frustración —. No lo entiendo. Trabajé para Demeter en mi primer trabajo y era fabulosa. Era brillante. Te animaba. Estaba muy al día de todo. Sí, era un poco impulsiva, un poco errática, pero así es Demeter. Lo soportabas por sus retazos de genialidad. Y siempre lo mantenía todo bajo control. Sabía crear equipo. Pero ahora... —Suspira—. No sé qué le ha pasado. Y yo he quedado como un idiota por contratarla, por defenderla...

—¿Llamas a esto defenderla? —No puedo evitar sonar incrédula—. ¿A venir aquí a despedirla en sus vacaciones?

—He hecho todo lo que he podido por ella, ¿vale? —dice a la defensiva, y se le oscurecen los ojos—. Y prefiero hacer esto aquí que no que llegue al trabajo el lunes, la llame Adrian y la despida delante de todo su equipo. Me he ofrecido voluntario para venir aquí, lo creas o no. Estoy intentando concederle una salida digna, algo de espacio... —De repente me mira sorprendido—. De todos modos, ¿qué más te da? ¿No la odiabas?

—Y la odio —digo con rapidez—. Fue ella la que me echó, ¿recuerdas? Perra. Se merece todo lo que le pueda pasar.

—No es ninguna perra —dice Alex—. Ya sé que todo el mundo cree que lo es, pero no es verdad. Todo el mundo tiene una idea equivocada de ella y no entiendo por qué.

Quiero decirle: «Sé a lo que te refieres». Quiero decirle: «Empiezo a ver a Demeter con otros ojos». Sin embargo, por razones obvias, no puedo decirle nada de eso. Así que en su lugar cojo un aciano y le quito todos los pétalos, un mal hábito que tengo.

—¡Katie! —La voz de Biddy resuena en mis oídos riñéndome—. ¡Deja tranquilas a las pobres flores!

Sonrío de oreja a oreja. Es tan típico de Biddy pescarme haciendo algo así. Se acerca al jardín con una bandeja llena y corro a ayudarla. En la bandeja hay una cafetera, una taza y un platillo, una jarrita de leche, dos bollitos con mermelada y crema, un trozo de pastel de limón y un par de galletas de chocolate.

—Ay, dios, Biddy —susurro mientras la ayudo a servirlo todo en la mesa de jardín de hierro forjado y abro una sombrilla—. ¿Crees que le estás dando suficiente de comer?

—¡Quería darle una buena bienvenida! —me susurra ella—. ¡Es nuestro primer huésped! Señor Astalis, venga a tomar un verdadero desayuno del sudoeste y luego le enseñaré su habitación.

Cuando Alex se sienta a la mesa se queda atónito. Pero sonríe a Biddy con amabilidad y alaba cada cosa:

—¡Menudos bollitos! Y la mermelada ¿es casera?

Finalmente, Biddy vuelve adentro y Alex deja el bollito.

—No me puedo comer todo esto —dice—. Lo siento, es imposible. He desayunado de camino, hace como una hora.

—No te preocupes. —Me río—. Biddy solo quería darte la bienvenida.

—¿Y bienvenida en Somerset quiere decir un infarto de miocardio? —

pregunta Alex mirando el platito de crema, y me vuelvo a reír.

—En serio, tienes que probar su pastel de limón. Está espectacular.

—Lo haré —la expresión de Alex se vuelve seria—, pero ahora no. —Coge el pastel y lo envuelve en una servilleta. Luego planta ambas manos planas sobre la mesa—. Basta ya de postergarlo. Tengo que hacer esto. ¿Sabes dónde está Demeter?

Se me retuerce el estómago. Espero que no se me note...

—Deja que Biddy te enseñe tu habitación primero —digo con calma—. Por favor. No tardará. Está tan contenta de tener un huésped. De hecho... —Dudo—. Eres el primer huésped del Bed & Breakfast.

—¿En serio? —Alex parece sorprendido—. Pensaba que el negocio iba viento en popa.

—Sí, el *glamping* sí, pero el B&B es nuevo, y Biddy está un poco nerviosa...

—No me gustaría decepcionarla. —Alex toma un sorbo de café—. Pero puede que ni acabe usando la habitación.

—¿No te quedas esta noche?

Intento no sonar decepcionada. Porque, obviamente, no lo estoy, claro.

—Solo reservé la habitación por si las cosas se alargaban más de lo previsto. La pagaré, por supuesto —añade apresuradamente—. Pero quedarme no es el plan. No quiero prolongar esto más de lo necesario.

—Igualmente, ¿nos dejarás una buena reseña en TripAdvisor? —suelto antes de pensar, y Alex se ríe.

—¡Claro! Diez estrellas.

Y sonrío yo también.

—Solo llega hasta cinco.

—Cinco y media entonces. —Se acaba la taza de café y me mira como si fuese la primera vez que me ve—. Y bueno, Katie Brenner, ¿qué tal has estado?

—Bueno, ya sabes —digo con ligereza—, desempleada sobre todo. —Arruga la cara y añado—: No, no ha estado tan mal. En serio. De hecho ha ido bien. He ayudado a mi padre a montar esto. Y a Biddy. Es mi madrastra —le explico.

—¿Empezasteis esto desde cero? —pregunta haciendo un gesto con el brazo para abarcar todo.

—Sí.

—¿Los tres solos?

Asiento, y Alex coge el folleto de la granja Ansters que Biddy ha dejado en la bandeja. Lo estudia un minuto y luego levanta la cabeza.

—¿Sabes qué? Lo he visto antes y he pensado: «Podría haberlo hecho Demeter». Parece que has aprendido mucho de ella. Felicidades.

Noto una punzada de orgullo, pero me limito a decir:

—Gracias. Ah, por cierto... Por favor, ¿podrías no mencionarles a Biddy o a papá que me conoces?

—¿Y eso?

—Es... complicado. Tampoco saben que conozco a Demeter. Es... —Me paro—. Bueno...

—Vale —responde Alex tras una pausa.

Parece confundido y hasta un poco ofendido, pero qué le vamos a hacer. No puedo explicárselo todo ahora. De todos modos, seguramente no se quedará lo suficiente como para hablar de nuevo con Biddy, y menos aún con papá.

Le sirvo otra taza de café y levanta la mano.

—No, en serio, debo irme.

Pero luego, pensativo, toma otro sorbo. (Algo que he aprendido aquí: el sesenta por ciento de la gente que te dice «No, gracias» cuando le ofreces café, luego acaba bebiéndose dos tazas más.) Durante un rato no se oye otra cosa que el sonido de la risa de los niños traído por la brisa. Creo que esta mañana los niños están con papá, haciendo algo con espantapájaros. Después irán a remar al Lago de los Pescadores. La verdad es que se lo pasan muy bien aquí, es innegable.

Me siento un poco incómoda, sin saber qué más decir, cuando Alex rompe el silencio:

—¿Sabes? Le di muchas vueltas a lo que dijiste en tu último día en Cooper Clemmow. Me llegó. Pasé una o dos noches sin dormir. Estuve a punto de llamarte y todo.

¿Que qué?

Me ha pillado completamente por sorpresa. Intentando ganar tiempo, aparto la mirada y luego empiezo a juguetear con una cucharilla. Quiero preguntarle: «¿A qué te refieres exactamente? ¿Qué querías decirme? ¿Por qué te quedaste sin dormir?». Pero a la vez no quiero entrar en eso. Me da demasiada vergüenza.

—Bueno...

Cometo el error de levantar la vista y lo descubro observándome con esa oscura mirada suya.

—Mírate —me dice en voz baja, y noto de nuevo cómo se me retuerce el estómago.

¿Qué quiere decir con eso? ¿Y por qué me mira así? Dios...

Vale, lo admito: la estrategia de no ponerme nerviosa se ha ido al garete. No sé ni por qué me estoy poniendo nerviosa de todos modos. ¿Son sus ojos? ¿Es su voz? ¿Es... todo él?

—En fin —digo en plan práctico—, lo siento, pero tengo que ir a... a hacer una cosa.

—Claro. —Alex parece volver en sí y el brillo de sus ojos desaparece—. Seguro que estás muy ocupada. Perdona por haberte entretenido. —Deja la taza de café—. Bueno, allá vamos. ¿Alguna idea de dónde puede estar Demeter? Tu padre me ha dicho antes que estaría contigo.

—¿Demeter? —pregunto encogiéndome de hombros—. Lo siento, no tengo ni idea. Pero si la veo, te la envío.

—Si la ves —me mira a contraluz y entorna los ojos—, no le comentes nada, ¿vale? Acuérdate del lema del establo.

—¿Comentarle nada? —repito, como si fuese una idea descabellada—. Claro que no. ¡Ni una palabra!

—¡Ha venido a echarte! —le suelto a Demeter tan pronto llego al cobertizo —. ¡Es todo verdad! Adrian ha decidido prescindir de ti por lo de Allersons y por el correo a Forest Food y por lo de Sensiquo y por cómo tratas a tus trabajadores y... ya sabes. Por todo.

—¿Por todo?

Demeter me mira desde el fondo del cobertizo como si fuese un rehén emergiendo tras un mes de cautiverio. Al contrario que yo, no ha podido ducharse porque le daba demasiado miedo toparse con Alex. Tiene barro seco en la cara, polvo por todo el pelo y trocitos de madera sobre los hombros que parecen caspa monstruosa. La veo muy afligida y me doy cuenta de que quizá he sido un poco brusca.

—Bueno, ya sabes —me corrijo intentando sonar más diplomática—. Por

todos tus errores. Y... Bueno. Por lo de tus empleados también.

—¿A qué te refieres con lo de mis empleados?

Me mira a través del barro con esa expresión miope y confundida tan increíblemente frustrante que pone siempre.

—Verás... —Me encojo de hombros incómoda—. No hace falta que te lo diga, ¿no?

Silencio. El pie de Demeter da golpecitos en el suelo de forma nerviosa y repetitiva. Sus ojos se mueven por el lugar como los de un animal enjaulado.

—Dime de qué va eso de mis empleados —dice con brusquedad—. Tú fuiste uno de ellos. Dímelo.

Dios, qué dolor.

—A ver —digo—. Si no es nada.

—¡No puede no ser nada!

—De verdad, no es nada, solo unas cosillas... —Intento escabullirme, sin éxito.

—Está claro que es algo más que unas cosillas —me dice Demeter calmada —. Katie, te lo pido de profesional a profesional. Evalúame. Evalúame honestamente. No te guardes nada.

Ay, no. ¿Esto va en serio?

—¡No puedo! —Cruzo las piernas—. Sería... muy raro.

—¿Raro? —ruge Demeter—. Y ¿cómo de rara crees que me siento ahora mismo, escondida en un cobertizo del hombre que solía ser mi júnior? ¿Viendo mi carrera desaparecer por el desagüe? ¿Sintiendo que me estoy volviendo loca? —Se sostiene la cabeza y veo lágrimas en sus ojos—. No sabes cómo es para mí. No lo entiendo. ¡No lo entiendo! —Esconde la cabeza entre las manos y me quedo boquiabierta—. Nada tiene sentido. De verdad que creo que tengo demencia. Pero no se lo puedo admitir a nadie. A nadie. Ni a James.

—No tienes demencia —digo paralizada—. ¡Es ridículo!

Pero Demeter niega con la cabeza de forma casi salvaje, como si no pudiese oírme.

—Las cosas cambian. Las cosas... no tienen sentido. Correos. Mensajes. —Se le arruga la frente al recordar—. Me paso el día en un estado de... pánico, básicamente. Sí. Pánico. Intentando estar al tanto de todo y fracasando. Fracasando claramente, como demuestra mi inminente despido. —Se seca los ojos con brusquedad—. Lo siento. Esto es poco propio de mí.

—Mira... —Trago saliva sintiéndome cada vez peor—. Eres genial en lo que haces. A mí me has inspirado mucho y tienes ideas brillantes.

—Dime lo de mis empleados —me interrumpe, cortante—. ¿Qué he hecho mal? ¿Por qué me odian?

Estoy a punto de darle la respuesta de manual: «No te odian». Pero hay algo en la expresión de Demeter que me impide mentirle. Respeto a esta mujer. Se merece algo mejor que eso.

—Bueno, pongamos a Rosa —digo escogiendo un nombre al azar—. Siente que... —Dudo al pensar en cómo explicarlo. «Siente que le pisas los dedos con tus zapatos Miu Miu.»—. Siente que no siempre la animas a que avance en su carrera —digo con cuidado—. Como cuando no la dejaste participar en el proyecto de la competición de atletismo convocado por el alcalde.

—¿Me acusa de eso?

Demeter parece incrédula.

—Bueno, le hubiese servido para dar a conocer su talento.

—Dios. —Demeter cierra los ojos—. No me lo puedo creer. ¿Quieres saber la verdad? No la quisieron para el proyecto.

—¿Qué?

Ahora soy yo la incrédula.

—Escribí un correo para recomendarla y enviamos su porfolio, pero no pasó la criba.

—Y ¿por qué no se lo dijiste? —pregunto.

—Rosa es muy sensible. Demasiado sensible, diría. —Se encoge de hombros—. Pensé que era mejor protegerla diciendo que la necesitaba. Para no minar su confianza.

—Ah. —Lo pienso—. Bueno, quizá no minaste su confianza, pero a cambio...

—A cambio me odia. —Demeter acaba la frase por mí—. Sí, ya veo cómo pudo pasar. Consecuencias inintencionadas y todo eso. —Su cara tiembla ligeramente; creo que está más afectada de lo que quiere dejarme ver—. No volveré a cometer el mismo error. ¿Quién más?

—Vale —digo sintiéndome peor todavía—. Pues... Mark. Te odia porque le robaste el protagonismo con la nueva imagen de marca de la hidratante Drench.

—¿En serio? —Demeter se queda de piedra—. Pero si fue un éxito

rotundo. Ganamos premios con ello. Dio un buen empujón a su carrera.

—Sí, lo sé. Pero él tenía sus propias ideas y tú te entrometiste y presentaste las tuyas dejándolo en ridículo. —Me muerdo el labio—. Solo digo lo que he oído decir a la gente.

Me callo al ver la cara de enfado de Demeter.

—Le salvé —dice indignada—. Le salvé el culo. Los diseños que iba a presentar no eran buenos y los había hecho a toda prisa. Mark tiene talento, pero hace demasiado trabajo de *freelance* por su cuenta. Sé que eso es lo que hace en su casa. Es avaricioso; coge demasiados proyectos y eso repercute en los resultados. —Se queda en silencio reflexionando—. Aunque es cierto que podría haber sido más diplomática —añade—. Cuando tengo una buena idea se me olvida todo lo demás. Es un defecto que tengo.

No sé qué decir ante esto, así que me quedo callada un rato. Demeter parece estar rumiando toda la información. No me extraña.

—Así que Rosa me odia y Mark me odia —dice con una voz muy rara—. ¿Alguien más?

—*Odio* no sería la palabra correcta —digo a toda prisa, aunque es exactamente la palabra correcta—. Es solo que... supongo que no se sienten respetados. Por ejemplo, ¿te enteraste siquiera de que Mark ganó el premio Styledesign a la Innovación?

Demeter se vuelve y me mira como si estuviese loca.

—Pues claro que me enteré. Si fui yo quien presentó su proyecto. Estoy en el panel de selección. Y le envié una postal para felicitarle. —Frunce el ceño —. Se la envié, ¿no? Sé seguro que la escribí...

—¿Que qué? —La miro con la boca abierta—. ¿Le dijiste que le habías nominado tú?

—¡Claro que no se lo dije! —responde—. Las nominaciones son anónimas.

—¿Así que nadie en toda la oficina tiene idea de que le ayudaste?

—Y yo qué sé —dice Demeter con impaciencia.

—¡Pues deberías saberlo! —le grito—. ¡Deberían saberlo! Tendrían que agradecértelo. Demeter, me estás volviendo loca, ¡eres mucho más maja de lo que haces ver! ¡Tienes que ayudarte a ti misma un poco más!

—No lo entiendo —vuelve a decir Demeter, y me pone tan de los nervios que exploto.

—¡De verdad! No hagas a la gente meterte en un corsé. No hagas a la gente teñirte las raíces. No le digas a Hannah que es una exagerada porque tuvo un

ataque de pánico.

—¿Qué? —Demeter me mira horrorizada—. Nunca dije eso. Nunca diría algo así. He apoyado mucho a Hannah con todos sus problemas...

—Lo recuerdo perfectamente —la corto—. Le dijiste a Hannah: «Nadie piensa que seas una reina del drama». Y a ella le sonó como «Eres una reina del drama».

—Oh... —Demeter parece entenderlo de pronto—. Oh, ya veo.

Nos quedamos en silencio y noto que está repasándolo todo mentalmente.

—Creo que no siempre comunico lo que intento comunicar —dice por fin.

—Teníamos una expresión para ello —le digo; si voy a ser honesta con ella, mejor que se lo confiese todo—. Lo llamábamos *demeterizarse*.

—Oh, dios mío.

Parece más impresionada todavía. Si es que eso es posible.

Se produce otro largo silencio y sé que le debe de estar dando vueltas a alguna otra cosa. Y, como había previsto, al poco exclama:

—¡Y lo de las raíces! ¿Me odias porque te pedí que me tiñeras las raíces?

—Bueno...

No sé muy bien cómo responder a eso, pero por suerte parece que no necesita una respuesta.

—Porque eso sí que no lo entiendo —continúa enfática—. Pensaba que se trataba de solidaridad femenina, de sororidad. Si tú, Katie, me pidieras que te tiñese las raíces y yo tuviese tiempo, lo haría. ¡Pues claro que lo haría!

Me mira sin pestañear y me doy cuenta de que la creo. Creo que lo dice en serio. Me teñiría las raíces en un santiamén y no se sentiría nada ofendida por ello.

Con cada nueva respuesta ha ido asomando lo que parece un patrón. Creo que en la mayoría de los aspectos Demeter es justo lo opuesto a lo que pensábamos todos. A lo mejor es dejada, pero no es vengativa. No intenta pisotear a nadie con sus zapatos Miu Miu, lo que pasa es que no mira con cuidado dónde pone los pies. Es obvio que se cree que todo el mundo es como ella, cuya máxima preocupación es conseguir grandes ideas y hacerlas funcionar, sin importarle los detalles. El problema es que a la gente, a los empleados, sí les importan los detalles.

Cuanto más me doy cuenta de la verdad, más frustrada me siento por ella. Podría ser todo tan diferente si fuese un poco más cuidadosa...

—¿Sabes? Tampoco ayuda mucho que no te acuerdes nunca de los

nombres de la gente —le digo con brusquedad—. Y que los mires como si no te acordases de quiénes son. Eso da muy mala impresión.

Por primera vez en toda la conversación, Demeter parece realmente avergonzada.

—Tengo un pequeño problema de reconocimiento visual —afirma con dignidad—. Pero no es nada. He conseguido esconderlo con éxito toda mi vida. Nunca me ha afectado en el trabajo.

Dios, a veces es perversa. ¡Me entran ganas de estrangularla!

—¡Claro que no has conseguido esconderlo con éxito! —le replico—. ¡Y te ha afectado en el trabajo! Porque, mira, están a punto de echarte, y ese es uno de los factores principales. Si simplemente le dijeses a todo el mundo que tienes un problema... —Me callo al ocurrírseme una idea—. A lo mejor es por eso por lo que te confundes con las cosas. Quiero decir que podría ser dislexia o algo similar. Podrías pedir ayuda, ir a ver a un especialista...

Me paro al ver que Demeter mueve la cabeza.

—Ojalá. No es eso, es peor que eso. —Me sonríe muy triste—. He buscado «demencia prematura» en Google. Tengo todos los síntomas.

—Pero ¡si estás muy al día de todo! —exclamo consternada—. Estás cuerda, estás lúcida, eres joven, por el amor de dios...

Demeter niega con la cabeza.

—Envío correos que no recuerdo haber enviado. Me confundo de fechas. No me acuerdo de haber pactado cosas que sí he pactado. Eso es lo que ha pasado con los de Allersons. Yo estoy segura de que ellos me pidieron que lo dejase todo en *standby*. Porque estaban esperando no sé qué resultados de una investigación que habían encargado. —Frunce el ceño—. Pero ahora todo el mundo alega que nunca me dijeron nada de eso. Así que debo de ser yo. Debo de estar perdiendo el juicio. Por suerte, pienso rápido en el momento y así me he salvado en muchas situaciones. Pero no en todas.

Tengo un *flashback* de Demeter en la oficina, mirando su móvil como si nada en el mundo tuviese sentido, mirando a Sarah con esa expresión tan suya, tan desamparada, y luego desviando la atención anunciando algo totalmente aleatorio en voz alta. Y ahora me doy cuenta de que se trataba de una estrategia de supervivencia.

Pensarlo hace que me sienta un poco avergonzada. No me puedo acabar de creer que Demeter sea algo distinto a la mujer poderosa e inteligente que está en la cima de su carrera y que solo es un poco desastre llevando un equipo.

Ahora está caminando arriba y abajo por el cobertizo con cara torturada, como si estuviese intentando resolver un problema que tiene que ver con Pitágoras y la teoría de cuerdas, todo en uno.

—Sé que vi ese correo —declara de repente—. Lo imprimí. Lo tenía.

—¿Y dónde está?

—Vete tú a saber. No está en mi ordenador, lo he comprobado mil veces. Pero... —Se le abren mucho los ojos—. Espera. ¿Lo puse en mi cesto de rafia?

Está paralizada. No me atrevo ni a respirar para no desconcentrarla.

—Sí, lo puse ahí. Creo que lo puse ahí. Me llevé una pila de correos a casa... —Demeter se rasca la cara—. Pero no están en mi mesa. Lo he comprobado. ¿Podrían estar en ese cesto? Lleva colgado en el pomo de la puerta de mi habitación semanas. Ni se me había ocurrido... ¿Es ahí donde acabó?

Me mira como si esperase una respuesta. A ver, en serio. ¿Y yo qué voy a saber sobre su cesto de rafia? Por otra parte, dejar un montón de correos en un cesto suena como algo muy propio de Demeter.

—A lo mejor —asiento—. Totalmente.

—Tengo que intentarlo al menos. —De repente empieza a sacudirse—. Tengo que probarlo.

—¿Probar el qué?

—Me voy a Londres. —Me mira a los ojos—. Solo es mediodía. Puedo subir y bajar, y estar de vuelta esta noche. Los niños están ocupados, ni se enterarán de que no estoy.

—¿Vas a la oficina? —pregunto confundida.

—¡No! —me dice casi ladrando, pero divertida—. No puedo arriesgarme a poner un pie en la oficina. No, me voy a casa. Tengo que ver qué puedo encontrar allí. Si me queda una oportunidad de luchar contra ellos, necesitaré munición.

—Pero ¿y qué pasa con Alex? Está aquí. Te está esperando.

—Dile lo que he ido a hacer cuando me haya ido. O bien saldrá detrás de mí o, conociendo a Alex, no lo hará... —Demeter me mira con cara de preocupación—. Tengo que pedirte otro favor, Katie. Dame algo de ventaja, ¿vale?

17

Algo de ventaja. ¿Cuánta ventaja es algo de ventaja?

Hace veinte minutos que me lo ha pedido y ya se ha ido. He conseguido meterla en casa, me he quedado vigilando la puerta mientras se daba la ducha más rápida de la historia y luego me he asegurado de que nadie la veía salir con el coche. Ahora tengo que averiguar por dónde anda Alex.

Ya no está en el jardín y, cuando llamo a la puerta de su habitación, no responde. Así que me dirijo a la cocina y lo veo sentado a la mesa de formica, observando los botes de mermelada de Biddy. Al entrar me mira con una extraña expresión de... ¿de qué, exactamente? No sé descifrarla. ¿Me mira divertido? ¿Inquieto?

¿Con cara de pena?

Miro a Biddy a toda prisa. ¿Qué está pasando aquí? Pero ella me sonríe. Está claro que no se ha enterado de nada de lo que no tenía que enterarse.

—Hola —digo sin ganas.

—Hola, Katie —dice Alex en un tono forzado—. Estaba hablando con tu padre y me he enterado de que trabajas en una empresa que se llama Cooper Clemmow y te estás tomando unos meses sabáticos.

Es como si alguien hubiese dejado caer una caja llena de platillos en mi interior, que caen con un sonoro estruendo, pero mi exterior se muestra absolutamente impasible. Todo lo que consigo es mirarlo desamparada y pensar: «No, por favor. Nooo».

—Aunque no es que te estén dejando descansar demasiado, ¿verdad, cariño? —dice papá con una risita—. La llaman todo el rato para pedirle consejo sobre esto y aquello...

—¿En serio? —pregunta Alex en el mismo tono forzado—. Qué desconsiderados.

Quiero acurrucarme en un rincón. Hacerme invisible.

—Siempre está con el portátil o con el móvil, hablando de ese *branding* que hacen —añade Biddy metiendo baza—. Todo el mundo se pelea por nuestra Katie.

—Esos jefes de Londres... —dice Alex negando con la cabeza.

—Son demasiado exigentes —se queja papá—. Cuando en realidad está de excedencia, ¿o no lo está?

—Muy buena pregunta —dice Alex asintiendo—. Yo creo que has dado en el clavo, Mick, si me permites decirlo.

—Bueno —de algún modo consigo hablar, aunque me tiemblan los labios —. No está... no está tan claro.

—Ya, eso es lo que me parecía a mí. —Alex me mira a los ojos y veo que está intrigado, que está preocupado y que no me va a exponer delante de Biddy y de papá. O al menos no ahora mismo—. Por cierto, ¿sabes dónde está Demeter? —añade.

—Ella... esto... no parece estar aquí —digo mirando por la cocina, haciéndome la tonta, aunque no he dicho ninguna mentira.

—¿Por qué no le haces a Alex un tour de la granja? —sugiere Biddy—. A lo mejor os cruzáis con Demeter por ahí. ¿Habías estado en Somerset antes, Alex?

—Nunca —afirma—. No sé nada del campo. Para mí es un misterio. Ni siquiera tengo botas de agua.

—¡Pues no puede ser! —Biddy abre la puerta de la cocina y obliga a Alex a salir—. Respira este aire —le instruye—. Eso te limpiará los pulmones del aire de la ciudad.

Una expresión divertida cruza la cara de Alex y, obediente, respira. Se queda mirando la vista de colinas y campos como si algo hubiese captado su interés y de repente se adelanta, entornando los ojos.

—No sé nada sobre campos —repite—. Y esto es solo una idea. Pero si podases aquel montón de arbustos de allí... ¿la vista no sería aún mejor?

Señala un matorral que hay hacia el este. Supongo que es verdad que hace daño a la vista, pero ya nos hemos acostumbrado a él.

—Oh —dice papá, un poco desprevenido—. A lo mejor tienes razón. Sí. Creo que tienes razón. —Mira a Biddy—. ¿Tú qué crees?

—Nunca lo había visto de esa forma, pero es verdad. —Biddy suena desconcertada—. Dios, con todas esas discusiones que hemos tenido sobre cómo mejorar la vista.

—Y llega él y lo ve enseguida —añade papá, animado.

Tanto él como Biddy contemplan a Alex admirados.

—Como comentaba —dice Alex educadamente—, es solo una idea. El

campo es un misterio para mí. —Me mira—. ¿Vamos a hacer ese tour, entonces?

No hay un tour oficial de la granja Ansters, así que llevo a Alex al patio. Cualquier cosa para alejarlo de papá y de Biddy.

—Y bueno, chica sabática —dice Alex cuando estamos lejos de ellos.

—Para —le ordeno sin mirarlo ni detenerme.

—¿Por qué?

—Pues... por muchas razones. Bueno, sobre todo una. Papá.

—¿Te echaría bronca por haber perdido tu trabajo? —Alex parece sorprendido—. Tiene pinta de comprensivo.

—¡Y lo es! No me echaría bronca. Es que...

Arrugo la cara e intento separar todo lo que siento para poder articularlo. Nunca he hablado con nadie sobre papá. Me siento fuera de mi zona de confort.

—No podría soportar decepcionarlo —digo por fin—. Y no podría soportar su desilusión. Es demasiado aprensivo, ¿sabes? No lleva bien que las cosas me vayan mal. Odia Londres; odia que haya escogido vivir allí. Si le digo lo del trabajo, para él será una confirmación más de que Londres es un lugar horrible. Y el tema es que a lo mejor no tengo ni que contárselo. —Me obligo a sonar más animada—. A lo mejor consigo otro trabajo y pueda evitarlo. Y así nunca lo sabrá.

Incluso cuando las estoy pronunciando me doy cuenta de que mis palabras suenan demasiado optimistas. Pero hay que tener esperanza, ¿no? Tiene que haber miles de trabajos en Londres. Y yo solo necesito uno.

—¿No es esto un trabajo? —Alex extiende los brazos—. ¿Llevar este sitio?

—No es el trabajo que deseo. —Me muerdo el labio—. Sé que para mucha gente sería un sueño hecho realidad, pero yo adoro el mundo del *branding*. Me encanta el trabajo en equipo y la creatividad y... No sé. La chispa. Es divertido.

—A veces lo es.

Alex me mira con un brillo en los ojos y me acuerdo de los dos en la azotea de Cooper Clemmow. Eso fue divertido. Todavía recuerdo el aire estimulante del invierno en las mejillas. ¿O era estimulante estar con Alex? Incluso ahora

noto un cosquilleo en la cara mientras caminamos juntos, solos los dos.

Me pregunto si él notará un cosquilleo también. Seguramente no. Lo miraría para ver qué cara pone, pero de repente el ambiente parece un poco cargado.

—¿Y qué vas a hacer si acaba tu tiempo sabático y no has encontrado un trabajo? —Alex rompe el silencio—. ¿Qué le vas a decir a tu padre?

—No lo sé. No lo he pensado todavía. —Acelero un poco. No quiero enfrentarme a ese pensamiento—. Pero, bueno, ¿quieres ver... —Escojo algo al azar—. ¿Ovejas? Tenemos ovejas, vacas...

—Espera un minuto. ¿Qué es eso? —Hemos llegado al patio y Alex parece interesado en el granero más grande, en el que papá ha metido todos sus trastos—. ¿Es eso un kit para fabricar cerveza? ¿Puedo verlo?

—Eh... sí, claro —digo distraída al ver a Denise llegar a la granja—. Eh, Denise —la llamo—. ¿Puedo hablar contigo un momento? ¿Sabes que Susie no se encuentra bien hoy? Quizá podrías ir a verla y ofrecerte a cambiarle las sábanas si quiere, asegurarte de que esté todo bien.

—¿No se encuentra bien? —replica Denise con esa expresión suya tan sarcástica—. ¿Has visto todas las botellas que hay fuera de su yurta? Ya te digo yo por qué no se encuentra bien...

—Da igual —la corto—. Te agradecería mucho que hicieras eso por mí. Gracias, Denise.

—Prosecco. —Denise pronuncia la palabra con cara de asco—. Cinco botellas de prosecco.

He oído la opinión de Denise sobre el prosecco miles de veces. Por no hablar del queso de Parma.

—Beba lo que beba, es una clienta. No juzgamos a los clientes, ¿vale?

Estoy a punto de darle un sermón sobre la atención al cliente cuando oigo estrellarse algo metálico en el granero.

—¡Mierda! —oigo decir a Alex, y me alarmo: no me digáis que se ha hecho daño, lo que me faltaba...

—¿Estás bien? —Corro hacia el granero—. Quizá es mejor que no entres ahí.

—¡Este lugar es una locura!

Cuando entro, Alex se vuelve con una sonrisa de oreja a oreja. Está cubierto de polvo y tiene una telaraña en la cara. Levanto la mano para quitársela, pero me quedo quieta, muerta de la vergüenza. ¿Qué iba a hacer,

acariciarle la cara?

Alex lanza una mirada furtiva a mi mano alzada y veo que ha pensado lo mismo. Luego me mira a los ojos. Hay motas de polvo flotando a nuestro alrededor y me digo a mí misma que es por ellas por lo que no puedo respirar bien. Y no porque sienta...

¿Qué? Deseo suena mal, pero es la verdad. Hay algo entre nosotros, un cosquilleo seductor. Estaba ahí en Londres y vuelve a estar aquí ahora. Sé que no me lo estoy imaginando. Poco a poco, Alex se quita la telaraña de la cara y sus ojos castaños brillan como si él también se hubiese dado cuenta.

—Este lugar es una cueva llena de tesoros —dice—. ¡Mira esto!

Acaricia el enorme barril que compró papá para elaborar la cerveza artesana de la granja Ansters. Menuda forma de tirar el dinero.

Me encojo de hombros.

—Mi padre solía elaborar cerveza.

—¿Y eso? —Señala el artilugio que hay detrás del barril—. ¿Es un telar?

—Íbamos a tejer lana de alpaca y hacernos millonarios. Mi padre es algo así como un...

—¿Un emprendedor? —apunta Alex.

—Yo iba a decir un chiflado. —Me río—. Nunca sacamos ni un penique de nada de esto.

—¿Y aquello de allí? —Señala la máquina de discos de los cincuenta.

—Oh, es que íbamos a organizar fiestas de temática rockabilly. —No puedo evitar troncharme al recordarlo—. Papá hasta se hizo un tupé.

—¿Funciona?

—Buscaré un enchufe.

Paso por su lado en busca del final del cable y noto que mis costillas rozan las suyas. Es que es un espacio muy reducido. (Vale, lo confieso: a lo mejor he arqueado un poco la espalda hacia él al pasar.)

—Perdona —digo.

—Tranquila —responde en un tono que no sé descifrar muy bien—. ¿Te echo una mano?

Cuando me coge la mano no puedo evitar sentir un escalofrío. Con todas las veces que he fantaseado con él, y aquí estoy, con mi mano en su cálida mano. Aunque no es que estemos haciendo manitas, me digo. Solo estamos cogidos de la mano. Algo momentáneo. Ha sido un movimiento práctico y necesario.

No obstante, por otro lado, no me la ha soltado todavía. Y yo tampoco. Lo cual es... ¿raro? Lo miro a través del ambiente oscuro y polvoriento, y su mirada es tan difícil de descifrar como su tono de voz. O a lo mejor ambos son fáciles, pero yo no me atrevo a creerme lo que me comunican. Porque lo que me está intentando transmitir es bastante explícito.

—¿Katie? —La voz de papá penetra la oscuridad y doy un salto, soltando la mano de Alex a la vez—. ¿Qué hacéis aquí?

Nos observa desde el patio, con el sombrero del granjero Mick en la mano.

—Le estoy enseñando a Alex algunas cosas —digo apartándome de él en un acto reflejo.

—¿Ah, sí? —Papá vuelve a mirar a Alex con cara sospechosa—. ¿Y qué exactamente?

Su tono es tan reconocible como su expresión. Quiere decir: «Os he pillado a los dos en el granero». De verdad, ¿solo porque estoy aquí dentro sola con un hombre?

A ver, sí que es cierto que papá me ha pillado muchas veces haciendo cosas que no debía en el granero (la fiesta de después de los exámenes; aquella vez después de la feria de la sidra; la vez con Steve... ¡Dios! Aquel día sí que fue embarazoso). Pero ahora, ¿hola? ¡Soy una mujer adulta!

—Al señor Astalis le interesa el equipo para fabricar cerveza.

—Te voy a coser a preguntas, Mick —dice Alex—. Siempre he querido aprender a elaborar mi propia cerveza. De hecho... —Se le ocurre una idea—. ¿Te puedo comprar el equipo? Lo instalaría en mi garaje.

—¿Comprarlo? —La cara de papá se ilumina un nanosegundo y luego adopta lo que yo llamo su cara de hombre de negocios (esto es, una expresión de desconfianza malhumorada)—. Bueno, el tema es que justamente quería volver a involucrarme en la fabricación de cerveza. Es un equipo muy valioso, la verdad. Primero tendría que escuchar tu oferta.

Me quema la cara de la humillación. Papá nunca ha querido volver a involucrarse en la fabricación de cerveza y seguro que Alex lo ha pillado. Pero no pierde la compostura.

—Tienes razón —dice muy serio—. Bueno, seguro que encontramos un precio que nos convenga a los dos. ¿Recuerdas lo que pagaste por él?

—Lo buscaré. —Los ojos de papá resplandecen—. Dame unos minutos para comprobar mis archivos.

Se da la vuelta entusiasmado y prácticamente sale volando del granero.

—¿De verdad quieres elaborar tu propia cerveza? —le pregunto sin creérmelo del todo.

—¡Pues claro que quiero! —dice Alex—. Y tu padre podría enseñarme.

Me muestra una sonrisa tan beatífica que no puedo dejar de sospechar que en parte quiere hacer esto por algún otro motivo. Aunque no se me ocurre qué motivo podría ser, más allá de simple generosidad.

(A no ser que haya visto que el equipo de elaboración de cerveza cuesta una fortuna, cosa que dudo.)

—Ah, otra cosa que quería comentarte —añade de repente—. Tu obra benéfica.

—¿Mi obra benéfica? —repito sin entender.

—¿El centro comunitario de Catford? Hemos decidido que entrará en el programa oficial de obras benéficas de la empresa.

—¿Qué?

Lo miro con la boca abierta.

—Quería comunicártelo de algún modo, pero, bueno, ya te lo he dicho. —Abre las manos—. Es oficial. El año que viene recaudaremos dinero para el centro comunitario de Church Street en Catford y para la investigación contra el cáncer.

Me he quedado muda. Me escuchó. Se acordó.

—Fui a visitarlos, de hecho —sigue Alex con la mirada iluminada—. Hablé con los niños. Conocí a los que lo llevan. Y tienes razón. Son lo más.

—¿Fuiste a Catford? —Esto es tan asombroso que casi no puedo ni procesarlo—. ¿Fuiste a Catford?

Por un momento, Alex no responde. Está jugueteando con los botones de la máquina de discos, con la mandíbula encajada.

—Como te he dicho, me llegó... —dice por fin, un poco brusco—. Lo que me dijiste en la oficina. No quiero ser un maldito niño mimado incapaz de ver más allá de su burbuja privilegiada. Me sentí bastante humillado, si quieres que te diga la verdad. Ahí estabas tú, haciendo algo por tu comunidad local, forjando lazos, marcando la diferencia.

Ay, dios. ¿Es eso lo que piensa de mí? Me siento superculpable. ¿Yo? ¿Forjando lazos con mi comunidad?

—Alex —le interrumpo—. Mira... Yo... Yo no forjé ningún lazo. La verdad es que... ni siquiera tuve tiempo de ir a ver el centro comunitario.

—¿Qué? —Niega con la cabeza, extrañado.

—Una chica me dio un folleto y me contó de qué iba. —Me muerdo el labio, avergonzada—. Eso es todo.

—¿Un folleto? —Se me queda mirando—. ¡Pensaba que estabas superinvolucrada en ello! No me extraña que no hubiesen oído hablar de ti. No entendía por qué no.

—Pero ¡hubiera ido! —me defiendo—. Si no me hubiese mudado. Quiero decir que seguro que es un gran proyecto y todo eso.

—¡Lo es! Joder, es un proyecto maravilloso. —Me mira, incrédulo—. ¿Por qué te estoy hablando yo a ti del que se supone que era tu proyecto benéfico?

—Porque... eres... ¿muy buena persona? —me atrevo a decir con una pequeña sonrisa.

Para mi alivio, veo que le tiembla un poco la boca. Creo que es capaz de ver el lado divertido del asunto.

—Bueno, ya me dejarás que un día te haga un tour por tu propio proyecto —añade sarcástico.

—Claro... ¡gracias! —Lo miro a los ojos—. Va en serio. Gracias.

He encontrado el enchufe de la máquina de discos y estoy a punto de preguntarle si quiere que probemos si funciona cuando mira su reloj.

—Mierda. —Frunce el ceño—. Me he distraído. ¿Tienes idea de dónde puede estar Demeter?

El estómago me da un vuelco al mirar mi propio reloj. Hace casi media hora que se ha ido. Eso es algo de ventaja, ¿no?

—Mira —digo—. Alex, tengo que decirte algo. —Me rasco la nariz y aparto los ojos de los suyos—. Demeter... Ella...

—¿Qué?

—Pues que... en realidad...

—¿Qué? —insiste.

Vale, lo admito: estoy bastante nerviosa. En el momento me ha parecido obvio que debía ayudar a Demeter, pero ahora que tengo que hacerme cargo del asunto...

—Se ha ido... a Londres.

—¿A Londres? —La mirada de Alex se oscurece—. ¿Cuándo?

—Hace unos veinte minutos más o menos.

—Pero... qué... por qué... —De repente su expresión se endurece—. Espera. La has visto. ¿Se lo has contado?

—La he avisado, sí —murmuro intentando controlar los nervios.

—No me lo puedo creer —dice Alex—. ¿Quieres decir que después de nuestra conversación fuiste derecha adonde estaba y le dijiste que la iba a despedir?

Es exactamente lo que ha pasado, no tiene mucho sentido que lo niegue.

—¡Merecía saberlo! —le suelto acaloradamente—. Demeter es mucho más de lo que deja ver. Ha aportado mucho a Cooper Clemmow, no podéis simplemente darle la patada...

—No me importa lo que pienses de Demeter, no tenías que ser tú quien la avisara. —Alex está furioso—. Y si cree que puede evitar la bala huyendo de ella...

—¡No cree eso! ¡Ha ido a buscar el modo de salvarse! Un e-mail o no sé qué... —Me callo al ver a papá acercarse—. Oye, en realidad no nos conocemos de nada, ¿recuerdas?

Alex me lanza una mirada mortífera y luego se vuelve hacia papá y le dedica una amplia sonrisa.

—Bueno, Mick —dice—. ¿De cuánto estamos hablando?

—Esto es lo que pagué. —Papá le muestra una cantidad garabateada—. Digamos... ¿la mitad?

—Deja que lo piense. —Alex se guarda el papel—. Tengo que hacer unos cálculos. Katie, ¿podrías seguir enseñándome la granja? Me parece que no hemos acabado.

Usa un tono amenazador que hace que se me retuerza el estómago, pero entonces me recuerdo a mí misma que ya no es mi jefe, ¿a que no?

—Claro —digo sin muchas ganas—. ¿Qué más quieres saber?

—Oh, muchas cosas, diría —añade, y me mira sin sonreír.

Alex sale del granero a toda prisa y papá tras él.

—¿Eres un hombre de negocios, Alex? —le pregunta.

—Algo así. —Alex le sonríe de nuevo—. Gracias por tu tiempo, Mick, pero ahora tengo muchas ganas de que Katie me enseñe... —Me mira a mí—. El establo era, ¿no?

—Podemos ir a ver el establo, sí —digo encogiéndome de hombros.

—Nuestra Katie te enseñará lo que tú quieras —le dice papá, animado—. Cualquier cosa que quieras saber, tú pregúntale.

—Oh, sí, lo haré —responde Alex en el mismo tono amenazador—. Sin duda.

Echo a andar en silencio y nos dirigimos al establo. Ninguno habla hasta

que estamos lejos de papá. Entonces Alex se para de golpe. Saca el móvil, que está emitiendo un aviso luminoso, y se pone a leer los últimos mensajes mientras espero sin ganas.

—Vale, esto es un maldito fiasco —estalla por fin—. Conduzco hasta aquí porque quiero hacer esto de la mejor forma para Demeter. Y ahora tengo a Adrian preguntándome: «¿Has hablado ya con ella?». —Le da un golpe al teléfono—. ¿Y tú me dices que estaba aquí y se ha pirado?

—No se ha pirado —le replico—. Hablará contigo, pero quería tener la posibilidad de defenderse. Cree que hay un correo de Allersons que debe de estar en el despacho de su casa.

—¿Se ha ido a casa? —Los ojos se le iluminan ante esta nueva información —. ¿A Shepherd's Bush?

Me maldigo. No tendría que haberle proporcionado ese detalle.

—Mira, ¿importa tanto dónde esté? —contraataco—. No vas a conducir hasta Shepherd's Bush por si acaso, ¿no? Seguro que no la pillas. Deberías quedarte aquí. Llegará más tarde, y entonces podrás... —Dudo. No quiero decir: «Y entonces podrás despedirla»—. Entonces podrás arreglar las cosas —concluyo—. Dile a Adrian que se ha ido a hacer una caminata y que no puedes contactar con ella. No se va a enterar.

Alex me lanza otra mirada matadora, pero veo que se ha dado cuenta de que tengo razón. No va a ir hasta Shepherd's Bush conduciendo como un loco. No parece muy contento de todos modos. De hecho, sigue furioso.

—No tenías derecho a interferir —dice—. Ningún derecho. Ninguno. Ya no trabajas para Cooper Clemmow. No tienes ni idea de los problemas que...

—¡Sé que Demeter merece una oportunidad! —No sé de dónde saco la fortaleza para seguir—. ¡No es tan mala como piensa todo el mundo! Y pillarla por sorpresa de esta forma es... No está bien. Merece que le concedáis tiempo para poder juntar las pruebas que necesite para un juicio justo. Todo el mundo merece un juicio justo.

Me paro, respirando con dificultad. Creo que me está entendiendo. Lo noto en sus ojos, que no paran de moverse.

—Y lo que es más —aventuro. ¿Me arriesgo a contárselo?

—¿Y lo que es más qué? —suelta.

—Creo que estarás de acuerdo conmigo, si te atreves a admitirlo, de que corréis el riesgo de cometer una gran injusticia. Y no querrás formar parte de eso, ¿no?

Alex se queda en silencio, pensativo. Y le entiendo. Le acabo de complicar bastante la vida. Y la gente odia que le hagan eso.

—Vale —dice por fin, y golpea de nuevo el móvil, irritado—. Demeter puede tener un juicio justo. Le concederé su tiempo. Y ¿qué hago yo mientras tanto?

—Lo que quieras —contesto extendiendo los brazos—. Tú eres el huésped.

Alex mira el establo, todavía enojado, como si nada de lo que viese pudiese hacerle cambiar de humor.

—¿Tenéis wifi?

—Claro que tenemos wifi. Te puedo encontrar un rincón en el que trabajar. Pero qué pena, ¿no? —añado.

—¿Qué? —Casi me muerde.

—Pues que estás aquí, has venido al campo. Podrías intentar divertirte. —Hago una pausa—. ¿O es que despedir a la gente es tu forma de divertirte?

No lo he podido evitar y veo que he puesto el dedo en la llaga. Se encoge de dolor y me mira.

—Muy bonito. Gracias. Está claro que soy un déspota obsesionado con el poder.

—Bueno, has dicho que te habías ofrecido voluntario para encargarte tú. ¿Cómo sé que no es tu hobby? Hacer volar cometas, elaborar cerveza casera, despedir a gente.

Sé que me la estoy jugando, pero me da igual. Me pasé tanto tiempo en Londres sintiéndome como la pobrecita Katie. Sin decir nada, demasiado asustada de todos para levantar la voz. Pero ahora que estoy en mi territorio, voy a hacer lo opuesto. Puede que sea temerario o directamente una idiotez, pero me da igual. Quiero poner a Alex contra las cuerdas. Quiero obtener una reacción por su parte. Es un juego arriesgado, pero mi instinto me dice que sé exactamente hasta dónde puedo llegar.

Y, como esperaba, por un momento Alex parece a punto de estallar. Pero al final veo un rayo de sol, un atisbo de la más mínima sonrisa.

—¿Es así como tratas a todos los clientes del Bed & Breakfast? —dice por fin—. ¿Encuentras su punto débil y los haces picadillo?

—No lo sé todavía —digo encogiéndome de hombros—. Como te he dicho antes, eres nuestro primer huésped. ¿Qué te parece de momento?

Siento una pequeña victoria en mi interior: le he juzgado correctamente. Alex no dice nada durante un rato, solo me mira con esa minisonrisa. El pelo

se me agita al viento, y seguramente en Londres estaría alisándomelo como una histérica. Pero aquí ni me molesto.

Como si me hubiese leído la mente, la mirada de Alex se dirige a mi melena.

—Se te ha rizado el pelo —dice—. Y se te ha puesto azul. ¿Es eso lo que se lleva en Somerset?

—Oh, sí —le respondo—. Tenemos nuestras propias microtendencias por aquí. Soy la chica de portada del *Somerset Vogue*, ¿no lo sabías?

—Seguro que lo eres —dice Alex, y algo en su expresión hace que note un calorcillo en mi interior.

Nos estamos tomando el pelo, ¿no? Trago saliva con dificultad, con la melena todavía ondeando al viento, y los ojos fijos en los suyos. Por un nanosegundo no sé qué decir.

—Vale. —Alex vuelve en sí—. Tienes razón. Ya que he venido hasta aquí debería apreciar lo que me rodea. Y bien: cuéntame de qué va esto del campo.

Se da la vuelta para observar la vista panorámica más allá de las construcciones de la granja.

—¿Que te cuente de qué va el campo? —No puedo evitar sonreír—. ¿Como si fuese un nuevo cliente cuya marca tuvieses que actualizar?

—Exactamente. ¿De qué va todo esto? Está lo verde, obviamente —dice como si estuviese delante de una pizarra en Cooper Clemmow—. Las vistas... Turner... Hardy... Aunque la verdad es que no soporto a Hardy. —Alex se para en seco cuando algo atrae su atención—. Espera. ¿Qué es eso?

—¿Eso? —Sigo su mirada más allá del establo hasta el patio trasero—. Es nuestro Defender.

—Es espectacular. —Alex se dirige hacia él y enseguida acaricia con cara de admiración el viejo Land Rover. Tiene unos veinte años, está cubierto de barro y la ventana pegada con cinta porque tiene mil grietas—. Es un todoterreno de verdad, ¿no?

—Hombre, no es uno de esos que conducen por Chelsea para fardar, no.

Le brillan los ojos.

—Nunca he conducido fuera de la carretera. Fuera de cualquier camino.

—¿Quieres conducir? —digo enseñándole las llaves—. Adelante, chico de ciudad, ¡déjate llevar!

Alex se pone en marcha y avanza con cuidado hasta la puerta de la valla trasera, y luego acelera cuando nos metemos en los campos.

—Cuidado —no paro de decirle—. No corras tanto. Y no atropelles a ninguna oveja —añado cuando se mete en el campo de seis acres.

En realidad debo decir que se mantiene a un lado y va a una velocidad razonable. Pero en cuanto cerramos la verja y estamos en campo abierto, Alex es como un niño en los autos de choque.

Es un campo enorme sin cultivar, lleno de baches. De hecho el gobierno nos da dinero por dejarlo crecer salvaje. Alex recorre muy rápido un lado, luego retrocede a toda pastilla, y empieza a dar vueltas como un loco. Si no estuviese tan seco, a estas alturas ya estaría patinando. Se precipita sobre un montículo en un ángulo tal que tengo que agarrarme, luego encara un bancal algo empinado y lo sube acelerando hasta arriba para saltar por el otro lado. Hasta grita cuando volamos por los aires (apenas un segundo o dos), y no puedo evitar reírme, aunque me he golpeado el hombro en el despegue.

—¡Por dios! —exclamo cuando aterrizamos—. Te vas a...

Me callo. Mierda. Va directo a la zanja. Pero no ve que es una zanja porque está cubierta de hierba muy alta y de juncos.

—¡Más despacio! —le grito muy tensa—. ¡Ve más despacio!

—¿Despacio? ¿Estás loca? ¡Esto es lo mejor que he hecho en mi... aaaah!

El Defender se tambalea y por un momento temo que vayamos a volcar. Me he golpeado la cabeza contra el techo. Alex se ha dado con el marco de la ventana abierta. Acelera el Defender para intentar sacarlo de la zanja.

—¡Vamos! —grito—. ¡Vamos!

Con un zumbido de los neumáticos de mil demonios conseguimos salir y avanzar a trompicones unos metros. Luego Alex para el coche. Lo miro y se me escapa un grito ahogado. Tiene la cara llena de sangre que le cae por la barbilla. Apaga el motor y ambos nos miramos, jadeando.

Al fin digo:

—Cuando he dicho «Déjate llevar» no me refería a que lo hicieras en sentido literal.

Alex me dedica una media sonrisa y luego frunce el ceño, observando mi cara con detenimiento.

—Estoy bien. Pero ¿y tú? Ahí tienes un buen chichón. Lo siento, no me había dado cuenta...

—Sobreviviré. —Me toco la frente, donde noto que me está empezando a

salir ya un moratón—. Ay.

—Oh, dios, lo siento —me dice avergonzado.

—No lo sientas —me apiado de él—. A todos nos ha pasado alguna vez. Yo aprendí a conducir en este campo. Y me quedé atascada en la zanja. Tuvieron que sacarme con un tractor. Toma. —Me saco un pañuelo del bolsillo—. Tienes sangre por todas partes.

Alex se seca la sangre de la cara y luego mira por la ventanilla.

—¿Dónde estamos?

—En el campo. Venga, salgamos.

Hace un día espectacular. Debe de ser ya la una y el sol está muy arriba en un cielo sin nubes. La hierba está alta y seca, parece heno. Se respira tranquilidad. Todo lo que se escucha son las alondras sobre nuestras cabezas con sus incesantes cantos entrelazados.

Saco la manta que siempre tenemos en el maletero del Defender y la extiendo sobre la hierba. También guardamos siempre un caja de sidra, bien atada con una red, y saco dos latas.

—Si quieres conocer Somerset —digo lanzándole una lata—, entonces tienes que beber nuestra sidra local. Pero cuidado...

Demasiado tarde. Ha abierto la lata y se ha salpicado entero.

—Perdona. —Le sonrío—. Te iba a avisar. Se han agitado un poco.

Abro mi lata con los brazos extendidos y durante un rato simplemente nos quedamos sentados al sol, dando sorbitos a la sidra. Luego Alex se levanta.

—Vale, quiero conocer Somerset —dice con los ojos brillantes—. ¿Cómo se llama esa colina? ¿Y de quién es esa casa que se ve en el horizonte? ¿Y qué son estas flores amarillas tan pequeñas? Lo quiero saber todo.

No puedo evitar reírme ante su intensidad. Siempre muestra mucho interés por todo. Me lo imagino perfectamente parando a un astrofísico en una fiesta y pidiéndole que se lo cuente todo sobre el universo.

Pero a mí también me gusta hacerlo. Así que me levanto igualmente y lo sigo por el campo, hablándole del paisaje y de la granja y de las flores y de cualquier otra cosa que le llame la atención.

Al cabo del rato, hace demasiado calor para seguir deambulando, así que nos sentamos sobre la manta.

—¿Qué son esos pájaros? —pregunta Alex estirando las piernas, y me alegra que los haya visto; hay gente que ni se entera de su existencia.

—Son alondras.

Tomo otro sorbo de sidra.

—No se callan, ¿no?

—¡No! —Me río—. Son mis pájaros favoritos. Cuando te levantas temprano y sales y las oyes... —Hago una pausa dejando que el familiar sonido me invada—. Sientes como si el cielo cantase contigo.

Los dos nos quedamos en silencio y Alex parece escuchar el canto de las alondras con toda su atención. A lo mejor nunca las había oído. No tengo ni idea de dónde creció.

—Antes te he llamado «chico de ciudad» —digo—, pero ¿lo eres? ¿Dónde creciste?

—Mejor dicho, chico de ciudades. —Ladea la cabeza como para recordar —. Londres, Nueva York, Shanghái por un tiempo, Dubái, San Francisco, Los Ángeles durante seis meses a los diez años. Íbamos adonde nos llevaba el trabajo de mi padre.

—Vaya.

—He tenido treinta y siete direcciones en mi vida. Y he ido a doce colegios.

—¿En serio?

Me lo quedo mirando. Eso es más de una por año.

—Vivimos en la torre Trump unos meses. Eso fue guay. —Me mira a la cara y se encoge—. Perdona. Lo sé. Soy un maldito privilegiado.

—No es culpa tuya. No deberías... —Me callo mordiéndome el labio. Tengo que aclarar algo que me ha estado atormentando desde que lo he vuelto a ver—. Oye, siento lo que te dije en la oficina. Que tu famoso papaíto te había regalado una carrera.

—No pasa nada —contesta ofreciéndome una sonrisa burlona, algo que indica que se lo han debido de decir miles de veces.

—No, sí que pasa. —Niego con la cabeza—. No está bien. No fui justa. No sé nada de cómo empezaste, de si jugabas con ventaja o no.

—Bueno, claro que jugaba con ventaja —dice con calma—. Me pasé la infancia observando a mi padre. Iba a su oficina, a su estudio... aprendí de él. Así que, por supuesto, jugaba con ventaja. Pero ¿qué iba a hacer si no? ¿No compartir su trabajo conmigo? ¿Es eso nepotismo?

—No lo sé. —Me siento confundida—. No exactamente. Pero no es... — Me callo.

—¿Qué?

—Bueno —digo algo incómoda—. No es justo, supongo.

Se produce un silencio. Alex se estira y mira el inacabable cielo azul con una expresión indescifrable.

—Tú conoces los nombres de los pájaros —dice—. Viviste en la misma casa toda tu niñez. Tienes detrás una tradición de doscientos años de granjeros que te mantiene firme, centrada. Tu padre te quiere más de lo que nadie podría querer a nada en el mundo. Te das cuenta de ello a los treinta segundos. —Hace una pausa—. Eso tampoco es justo.

—¿Mi padre? —pregunto un tanto sorprendida—. ¿Qué quieres decir? Seguro que tu padre también te quiere.

Alex no dice nada. Observo su cara de lado y no se inmuta, excepto por un pequeño tic en el ojo. ¿He tocado un tema que no debería? Aunque en realidad ha sido él quien lo ha sacado.

—¿Tu padre no...? —Me callo. No puedo preguntarle: «¿Tu padre no te quiere?»—. ¿Cómo es tu padre? —me corrijo.

—De lo más talentoso —dice despacio—. Impresionante. Y un mierda. Es muy calculador. Muy frío. Trataba fatal a mi madre. Y, por si te interesa, no me dio mi primer trabajo.

—Pero llevabas su apellido —digo antes de pensar.

—Sí. —Arruga la cara como si le hubiese hecho gracia, pero no sonríe—. Llevaba su apellido. Y eso era de ayuda y un impedimento a la vez. Mi padre se ha granjeado un montón de enemigos a lo largo de su carrera.

—¿Y tu madre? —pregunto con vacilación.

—Tiene... problemas. Se deprime. Se aleja del mundo. No es culpa suya —añade enseguida, como un chiquillo que defendería a su madre a toda costa.

—Lo siento. —Me muerdo el labio—. No sabía...

—Me pasé la mayor parte de mi infancia asustado. —Alex sigue mirando el cielo—. Me daba miedo mi padre. Y a veces mi madre. Me pasé casi toda la infancia como un pez. Zigzagueando, intentando esquivar... cosas.

—Pero ahora ya no tienes que hacerlo —le digo.

No sé ni por qué lo he dicho. Supongo que porque me parece que sigue zigzagueando y esquivando. Y parece cansado de hacerlo. Alex se gira, apoya la cabeza en la mano y me mira con una sonrisa un poco extraña.

—Una vez que te acostumbras a zigzaguear y a esquivar, es difícil dejar de hacerlo.

—Supongo —digo despacio.

Mi mente se ha quedado pillada en lo de las treinta y siete direcciones. Me mareo solo de pensarlo.

—Mientras que tu padre...

Alex interrumpe mis pensamientos y pongo los ojos en blanco.

—Oh, dios. Mi padre. Si intenta venderte unos muebles de baño, dile que no.

—Tu padre es adorable —dice Alex, ignorándome—. Es fuerte. Tendrías que decirle la verdad sobre tu trabajo, ¿sabes? Todo este secretismo... está mal.

Tardo un momento en asimilar las palabras de Alex. Pero, cuando lo hago, respiro hondo y le pregunto:

—¿Tú crees?

—¿Cómo piensas que se va a sentir cuando se entere de que le has estado ocultando algo así?

—A lo mejor nunca se entera. ¿No?

—Pero ¿y si se entera? ¿Si se da cuenta de que sentiste que no podías recurrir a él cuando tuviste problemas? Le destrozará.

—¡No lo sabes! —No puedo evitar protestar un poco—. No sabes nada de mi padre.

—Sé que te crio él solo. —El tono de Alex es implacable—. Biddy me lo ha contado antes.

—¿Biddy te lo ha contado?

—Supongo que le he hecho unas cuantas preguntas al ver que vivías aquí. Me interesaba. Me ha dicho que se unió a vuestra familia y, al ver lo mucho que te quería tu padre, pensó que sería feliz de recibir aunque solo fuese una décima parte de ese amor.

Si sé cómo dar en el clavo cuando se trata de Alex, está claro que él es capaz de hacer lo propio conmigo.

—Ya sé que mi padre me quiere —digo con un hilo de voz—. Y yo le quiero. Pero no es tan simple. Se sintió muy traicionado cuando me fui; nunca aceptará que sea londinense...

—Pero ¿lo eres? —pregunta Alex, y noto una puñalada de humillación: ¿qué más va a desmontar de mi ya precaria vida?

—¿Crees que no soy londinense? —digo con voz temblorosa—. ¿Crees que no conseguiré llegar a nada en Londres?

—¡No he dicho eso! —dice Alex como pillado por sorpresa—. Claro que

podrás conseguir llegar a lo que quieras en Londres, ¿una chica guapa y con talento como tú? Pero no se trata de eso. Es solo que —duda—, creo que estás más dividida de lo que te gusta admitir.

Vale, ya he oído bastante.

—¡Si casi ni me conoces! —digo furiosa—. ¡No puedes llegar aquí y sermonearme acerca de mi vida!

—¿A lo mejor es porque la veo con otros ojos? ¿Con perspectiva?

Me corta en tono amable y de repente me acuerdo de hace un rato, cuando ha visto nuestro paisaje y enseguida ha captado lo que sobraba para mejorar la vista. Pero eso era un paisaje. Y esto soy yo.

—Todo lo que sé —prosigue— es que tienes tu granja, tu familia, gente que te ha conocido desde siempre, y eso tiene un valor. ¿Sabías que una piedra rodante nunca acumula moho? Pues así soy yo. —Se señala—. Ni una jodida mota de moho. Pero ¿tú? Eres una bola de moho andante y parlante.

Aparto la mirada.

—Eso no tiene importancia.

—Sí que la tiene. Y, además, no se trata solo de tu familia. —Hace una pausa—. No sé, es cómo te mueves por el campo. Las alondras. Está en ti. Es tu herencia. Eres una chica de Somerset, Katie. No tendrías que negarlo. No tendrías que perder tu acento, cambiarte el pelo. Eres tú.

Me quedo en silencio un rato, sumida en mis pensamientos, intentando responder sin enfadarme.

—¿Sabes por qué perdí mi acento? —digo por fin—. Estaba en el baño en mi primer trabajo en Birmingham y oí a dos chicas burlándose de mí. Me llamaron «la granjera Katie». Quise salir y abofetearlas.

Me dejo caer sobre la espalda, respirando con dificultad al acordarme.

Alex lo piensa un momento y dice:

—Estaba en el baño del colegio un día y oí a dos chicos de sexto grado. Acababa de ganar el premio de diseño. Asumieron que había sido mi padre quien me había hecho el proyecto. Quise salir y darles de puñetazos.

—¿Lo hiciste? —no puedo evitar preguntar.

—No. ¿Y tú?

—No.

Alex bebe un sorbito de su sidra y yo hago lo mismo. El cielo está en su momento más azul y más tranquilo del día. No se escucha nada salvo los incesantes cantos de las alondras.

—No tienes por qué escoger entre Londres o Somerset —comenta Alex al poco—. Seguro que puedes ser ambas cosas.

—Mi padre me hace sentir que debo escoger. —Noto un estrés familiar apoderarse de mí—. Siempre hace que todo deba ser blanco o negro.

—Pues entonces tienes que hablar con él más que nunca, Katie. No menos.

—¿Puedes parar de tener razón todo el tiempo?

Me salen las palabras antes de saber que voy a pronunciarlas siquiera. De golpe, con la respiración desbocada, me levanto de un salto y empiezo a caminar para rodear el campo. La cabeza me da vueltas; me pitan los oídos. Ya no puedo seguir escuchando a Alex y su voz de la razón. Pero al mismo tiempo necesito seguir escuchando otras cosas. Las que creo que debo de haber oído mal.

«Una chica guapa y con talento como tú. Guapa.»

Al doblar la esquina veo que él también se ha levantado de la manta. Hace tanto calor que noto el sudor bajándome por los brazos y de forma impulsiva me quito la camiseta, dejando a la vista un brevísimo top de tirantes. Veo a Alex pestañear al darse cuenta; lo noto mirarme con deseo. ¡Ja! Así que no me he equivocado antes en el granero. Y ahora lo sé de veras: hubo una chispa entre nosotros en Londres. No hacía falta que le pidiese disculpas ni que me sintiese avergonzada por ello.

Al acercarme a Alex, noto mis niveles de deseo subir como un cohete. Pero no es tan simple. No solo lo deseo, quiero tener el control. Para deshacerme por fin de la pequeña Katie, insegura y siempre a la defensiva, con todos sus complejos y sus humillaciones. Quiero sentirme empoderada. Nunca he sido de esas chicas que dan el primer paso, pero ahora mismo veo para qué sirve.

Voy hasta el Defender, saco dos latas de sidra más y le paso una.

—Hace mucho calor —digo—. ¿Te importa que tome el sol?

Y antes de poder arrepentirme, me quito el top.

Toma. ¿Qué tal eso como primer paso? Nunca he hecho nada así de atrevido en mi vida, y me noto sin aliento.

Llevo un sujetador bonito, eso sí, uno de balconcillo de encaje negro muy favorecedor, y Alex no puede evitar mirarme las tetas como si estuviese en una especie de cielo de las torturas. Cuando abro la lata de sidra, coge la suya y la abre también, sin mediar palabra.

El ambiente está insoportablemente cargado. Todo es confuso, no puedo casi ni respirar. Todo en cuanto puedo pensar es que estoy ahí, en sujetador, y

que espero no haber malinterpretado la situación y... y ¿qué hago ahora?

—A lo mejor yo también podría tomar el sol —dice Alex por fin, y se quita el polo. Su torso es más delgado de lo que pensaba, casi como el de un chaval, con una franja de vello negro que le baja del ombligo. No puedo apartar la vista—. Tenemos bastante tiempo hasta que vuelva Demeter —añade.

Él tampoco puede apartar la mirada de mí y noto mi respiración acelerarse como respuesta. Y yo que me obsesionaba con la química electrizante que debía de tener con Demeter. Bueno, pues aquí hay bastante chispa, la verdad.

—Mucho tiempo —consigo decir, pero mi voz suena muy rara—. Y nadie que nos moleste por aquí. Podemos pasarnos la tarde tomando el sol —añado —. Todo lo que queramos.

—Por suerte llevo crema protectora —dice Alex muy despacio.

Sus ojos se encuentran con los míos y sé exactamente lo que ha querido decir, así que casi me reiría si no fuese por lo desesperada que estoy.

—¿Qué factor? —le pregunto dando un paso al frente y pasándole la mano por el pecho—. Porque aquí el sol pica mucho.

Como respuesta, me toma por la cintura y junta su pecho al mío; sus manos se meten con agilidad bajo la cinturilla de mis vaqueros. Mientras inhalo su fragancia —mezcla de sudor, jabón y Alex—, noto una punzada aguda de hambre. Dios, cómo necesito hacer esto.

Hacía tiempo que no le prestaba demasiada atención al sexo y noto mi cuerpo despertar de nuevo, como un dragón después de hibernar. Cada terminación nerviosa. Cada parte de mí.

—¿Sabes? Quise tomar el sol contigo desde el momento en que te conocí —dice Alex contra mi cuello, y sus labios recorren mi piel, haciéndome estremecer.

—Y yo —murmuro desabotonándole los vaqueros, intentando hacer avanzar las cosas.

—Pero era tu jefe, hubiese sido muy jodido. —Duda y se echa atrás con el ceño fruncido—. Oye, un momento. Te parece bien esto, ¿no? Quiero decir que no... —Vacila otra vez—. ¿Esto es un sí?

Cuando estaba en el instituto practiqué judo durante tres años. Sin pensarlo dos veces, entrelazo mi pie con la pierna de Alex, le hago perder el equilibrio y lo tiro al suelo ignorando su grito.

Me subo a horcajadas sobre él y lo miro. Hacía mucho tiempo que no

sentía que llevaba las riendas de mi vida como ahora mismo. Me agacho, le cojo la cara con las manos y le beso en la boca largamente. Por primera vez, pienso: «Tú, ahí estás». Las bocas de los hombres son como sus personalidades, creo. (Por eso nunca me gustó besar a Steve.) Luego me siento, me desabrocho el sujetador y lo tiro a un lado, contenta de notar la inmediata e inconfundible reacción de Alex.

—Es un sí —digo agachándome para besarlo de nuevo—. No te preocupes. Es un sí.

18

Nos despertamos por la tarde, cuando se alza una brisa que nos hace sentir frío. Alex me mira y veo que sonríe, adormilado. Pero enseguida vuelve a la realidad.

—¡Mierda! —Se pone en pie de un salto—. ¿Qué hora es? ¿Nos hemos quedado dormidos?

—Es el aire del campo —digo—. Noquea a todo el mundo.

—Son las seis. —Lo veo haciendo cálculos mentalmente—. Puede que Demeter haya vuelto ya.

—Puede...

Noto que mi buen humor se apaga un poco. No quiero que la burbuja estalle todavía. Pero Alex está listo para salir de la burbuja, la cara alerta, los dedos moviéndose con rapidez al abrocharse los botones.

—Bien. Tenemos que volver. Tengo que...

Se calla y acabo la frase en mi cabeza: «... despedir a Demeter».

Parece estresado solo de pensarlo. A lo mejor hay jefes a los que les gusta echar a la gente y hacer ver quién manda, pero eso no va con Alex.

Esta vez conduzco yo y, mientras volvemos dando botes hasta la granja, no puedo evitar decirle lo que pienso:

—No te apetece mucho hacer lo que tienes que hacer, ¿no?

—Espera, ¿despedir a una amiga y a mi mentora? —responde en un tono neutro—. Pues, por curioso que parezca, no. Y ya sé que va a intentar escapar de ello, lo cual lo hará todavía más difícil.

—¿Y si no fuese tu amiga y tu mentora?

Alex se queda en silencio con la cara tensa mientras pasamos una pequeña cuesta. Luego suspira.

—Vale. Me has pillado. No estoy hecho para ser jefe.

—¡Si no he dicho eso! —respondo sorprendida—. No es a lo que me refería.

—Pero es verdad —me interrumpe—. Esto de llevar equipos... Lo odio. No soy yo. Nunca tendría que haber aceptado el puesto.

Sigo conduciendo. Me he quedado muda. ¿El famoso Alex Astalis se siente inseguro en su trabajo?

—¿Alguna vez has agitado una brújula y has visto la aguja moviéndose a lo loco, intentando detenerse en un lugar? —me pregunta Alex de pronto—. Pues bien, así es mi cerebro. Está siempre agitado.

—Demeter también es así —comento—. Es muy dispersa.

—Si crees que Demeter es dispersa, yo soy diez veces peor —confiesa Alex con una sonrisa burlona—. Pero los jefes no son así. Son capaces de centrarse. Y de compartimentar. Les gustan los procesos. Y las reuniones largas y aburridas. —Tiembla—. Todo lo que yo odio es lo que les gusta a los jefes. Y aquí me tienes, siendo uno de ellos.

—A nadie le gustan las reuniones largas y aburridas —protesto—. Ni a los jefes.

—Vale, quizá no les gusten a todos los jefes —concede—, pero a mucha gente en posiciones de *management* les encantan. A la gente galleta.

—¿A la gente galleta?

Me parto de la risa.

—Es como los llamo. Entran en la sala de reuniones, se sientan, cogen una galleta y se repantigan en la silla con ese aire de satisfacción, como si pensaran: «La vida no podría ser mejor, ¿a que no?». Es como si se acomodaran para un vuelo de larga distancia y estuviesen encantados de contar con espacio extra para las piernas y les diese igual lo que sucede a su alrededor.

Sonrío.

—Entonces tú no eres una persona galleta.

—Ni siquiera me siento en las reuniones —comenta avergonzado—. Y eso vuelve loco a todo el mundo. Y no puedo enfrentarme al conflicto. No sé llevar a la gente. Me aburre. Interfiere con las ideas. Y por eso no debería ser jefe. —Suspira mirando el paisaje por la ventana—. Cada vez que te suben de categoría acabas haciendo menos de lo que te gustaba hacer, ¿no crees?

—No —digo con brusquedad—. Si a mí me subieran de categoría haría más de lo que me gusta hacer. Pero, claro, estoy exactamente en el otro extremo del espectro que tú.

Alex se encoge de dolor.

—Eso me hace sonar viejísimo.

—Eres viejísimo. Lo has conseguido en años prodigio.

—¿Años prodigio? —Alex empieza a reír—. ¿Qué es eso, como los años de los perros, que cuentan por siete? ¿Quién dice que yo sea un prodigio?

—Te inventaste lo de Whenty a los veintiuno —le recuerdo.

—Ah, sí —dice como si se le hubiese olvidado—. Bueno, eso fue simplemente... suerte. ¿Abro la verja?

Lo veo abrir la verja, entro con el Land Rover y luego espero a que la cierre y vuelva a subirse. Tengo el motor en marcha, pero por un instante no me muevo. Estamos en una especie de limbo ahora mismo y quiero aclarar algo con Alex mientras tenga la oportunidad.

—¿Fue suerte realmente? —pregunto con cautela—. ¿O crees que quizá estabas intentando impresionar a tu padre?

Y me gustaría añadir: «¿Es por eso por lo que no soportas enfrentarte a los conflictos?». Pero tampoco hace falta que me convierta en Freud.

Se queda en silencio unos minutos y noto que lo está pensando.

—Puede —dice por fin—. Puede que todavía siga intentándolo. —De repente se vuelve hacia mí con una sonrisa—. ¿Puedes parar de tener razón todo el tiempo?

Le devuelvo la sonrisa y empiezo a conducir de nuevo. Tengo la sensación de que quiere seguir desahogándose y, efectivamente, tras unos instantes coge aire y dice:

—A veces me preocupa que se me acaben las ideas —comenta en un tono que no le es propio—. No estoy seguro de qué sería sin ellas. A veces creo que soy un simple recipiente vacío flotando por ahí, descargando ideas y no mucho más.

—Eres un tipo divertido, atractivo y sexi —digo de una vez, y me sonríe como si lo dijese en broma.

Veo que no está fingiendo: lo siente de verdad. No me puedo creer que tenga que reforzarle el ego a Alex Astalis.

—¿Qué harías —pregunto impulsivamente— si no tuvieras que estar recorriendo el mundo de aquí para allá, creando multipremiados conceptos de *branding*?

—Buena pregunta. —La cara de Alex se ilumina—. Viviría en una granja. Conduciría un Defender. Es lo más divertido que he hecho en años. Y me comería los bollitos de Biddy. —Nos paramos en el patio y Alex pone su mano sobre la mía en el volante—. Besaría a una chica guapa todos los días.

—Tendrías que encontrar una granja con una chica guapa —señalo.

—Ah, pero ¿no vienen todas las granjas con chicas guapas incluidas? —Sus ojos oscuros resplandecen al mirarme—. Esta sí.

Guapa. Otra vez esa palabra. Quiero cogerla con las manos y guardarla en un tarro para siempre. Pero en su lugar le sonrío y, como si no hubiese oído eso último, digo:

—No, todas no.

—La buscaría en Google. Baño en suite, campos de ovejas, chica guapa con pecas como el cielo estrellado. —Me toca la nariz—. De hecho, creo que solo hay una que reúna todas esas características.

Se agacha para besarme y ahí está de nuevo. El dulce y gentil Alex que ha sido toda una sorpresa. La verdad es que me estoy enamorando de este tipo y no se me ocurre ni una sola razón por la que no debería hacerlo, excepto quizá por lo que dijo Demeter: «Cualquier mujer que se liase con Alex Astalis tendría que estar loca».

Loca ¿por qué? Tengo que hablar con ella.

—A lo mejor tendrías que dejar de ser jefe —digo cuando nos separamos finalmente, con la cabeza zumbándome un poco—. Creo que no te está haciendo feliz.

—A lo mejor tienes razón —asiente con la mirada ausente, y luego la deposita en mí—. Sin embargo, tú, Katie, deberías ser jefa. Y lo serás algún día. Lo sé. Una gran jefa.

—¿Qué?

Lo miro incrédula.

—Oh, sí —asiente prosaico—. Tienes lo que hay que tener. Lo que yo no tengo. Sabes cómo tratar a la gente. Te he visto antes, dando indicaciones a la chica de la limpieza. Sabes lo que quieres y haces que suceda, y nada se rompe en el proceso. Eso es un arte.

Miro a Alex un poco abrumada. Nunca me habían dicho nada así antes, no puedo evitar que se disparen mis habituales inseguridades y mi talante defensivo: ¿estará simplemente siendo amable? Pero no parece que esté intentando hacerme un favor. Su voz no suena en absoluto paternalista: solo parece que está diciendo lo que cree.

—Venga. —Abre la puerta—. No puedo retrasar más el momento de la verdad. Vayamos a ver si ha vuelto Demeter.

Casi espero que Demeter ya esté de vuelta en la granja y nos salude con su garbo habitual, acercándose dando zancadas con sus piernas largas, y que nos diga que ha conseguido arreglarlo todo y que ha hablado con Adrian y que todo es maravilloso. Pero no hay ni rastro de ella.

El brillo dorado de la tarde ha desaparecido y papá ya ha encendido una hoguera en el centro de la villa de las yurtas. Los martes por la noche siempre hacemos una hoguera, asamos salchichas y malvaviscos al fuego y cantamos canciones. A todo el mundo le encanta sentarse alrededor tras unas cervezas, aunque las canciones que se cantan dependen de qué huéspedes tengamos. (Una vez vino un tipo que le había hecho coros a Sting. Eso fue increíble. Pero la semana pasada tuvimos al típico padre que se sabía todo el repertorio de Queen y no paraba de cantarlas todas. Y eso fue un horror.)

Biddy va encendiendo las linternas del camino y me mira con una sonrisa cuando me acerco.

—Hola —digo sin aliento—. ¿Has visto a Demeter?

—¿A Demeter? No, cariño. Pensaba que se había ido a Londres.

—Sí, pero suponía que ya habría vuelto...

Suspiro ansiosa y miro a Alex, que se ha quedado al principio del camino y mira su móvil con cara incrédula. Debe de estar leyendo sus correos.

—Mira, no hay nada que puedas hacer por ahora —le digo dándole un golpecito en el hombro—, así que ¿por qué no te sientas junto a la hoguera y, ya sabes, te relajas?

Las hogueras suelen sacar al niño que todos llevamos dentro, y espero que eso conecte con el lado divertido y juguetón de Alex que tanto me gusta. Al sentarnos sobre la hierba, las llamas crean una luz que ilumina su rostro. El crepitar familiar del fuego me calma los nervios al instante y el olor es el mismo que el de todas las noches con hoguera que he vivido. Veo que él también lo está disfrutando, aunque su cara sigue tensa y preocupada. Teniendo en cuenta la situación, no le culpo.

En el lado positivo, todo el mundo parece estar divirtiéndose. Los *glampers* están tostando malvaviscos, acercándose al fuego con sus pinchos de hierro. De vez en cuando, Giles lanza pastillas de encendido para obtener una llama mayor, y pronto me acerco a él y le digo:

—En realidad... eso es un poco peligroso para los niños.

—Es para hacerlo un poco más divertido —dice, pero deja de echar pastillas y toma un sorbo de cerveza.

Respiro más tranquila. Lo último que necesitamos es una llama gigantesca achicharrándole las cejas a alguien. A ver, que tenemos unos cubos de agua enormes colocados en lugares estratégicos, pero aun así.

Al otro lado del fuego parece que está teniendo lugar una disputa.

—¡Para ya! —grita de repente Susie, y veo que se ha desatado una superpelea—. ¡Nadie más puede ver nada! —le está diciendo a Cleo acaloradamente—. Tus hijos se han colocado en los mejores sitios, han cogido los mejores pinchos...

—Por el amor de dios —dice Cleo arrastrando las palabras—. Es una hoguera. Relájate.

—Me relajaré cuando mis hijos tengan las mismas oportunidades de tostar malvaviscos que los tuyos.

—¡Allá vamos! ¡Allá vamos! —La animada voz de papá penetra en el ambiente y todos levantamos la mirada al escuchar un ruido como de campanillas. Lleva pantalón blanco, un chaleco, cascabeles atados a las piernas y bastones en las manos. Se oye música de acordeón desde un reproductor de CD que ha dejado en la hierba—. La, la, la —empieza a cantar —. La, la, la... y uno y dos...

—¡Granjero Mick! —gritan los niños como si fuese toda una *celebrity*—. ¡Es el granjero Mick!

Me tapo la boca con la mano para intentar no reírme. Papá me había dicho algo sobre intentar bailar la danza Morris, pero ¡no pensaba que fuese a hacerlo en serio! De verdad, ¿qué demonios sabrá él de la danza Morris?

Sigue tarareando una melodía sin sentido y baila dando saltitos, y de vez en cuando golpea los bastones. No se le puede llamar exactamente bailar. Es más bien... bailotear. Los adultos lo miran con cara de no saber si se trata de una broma o no, pero los niños no paran de aplaudir y de gritar.

—¿Quién va a ser mi ayudante? —Papá saca un bastón cubierto de cascabeles de su chaleco y se lo muestra a los niños—. ¿Quién quiere bailar?

—¡Yo! —gritan todos, y se levantan corriendo a agarrar el bastón—. ¡Yooo!

Veo a Poppy levantarse a toda prisa. Es la niña que está aquí con su padre divorciado y parece muy mona. Pero Cleo empuja a Harley y la coloca al frente de todos.

—Harley, baila tú, cariño. Harley hace ballet y danza jazz y hip hop todos los sábados...

—¡Por dios santo, déjalo ya! —estalla Susie—. Poppy, ¿por qué no bailas tú, preciosa?

—¿Que deje el qué? —pregunta Cleo, ofendida—. Solo estoy diciendo que mi hija es una bailarina experimentada...

Miro a papá y me entiende sin necesidad de hablar.

—¡Todos a bailar! —exclama—. ¡Todos los niños arriba! Y uno y dos y tres...

—Katie...

Una voz en el oído me hace volverme y veo al hijo de Demeter, Hal, a mi lado.

—¡Hola, Hal! —lo saludo—. ¿Has tostado algún malvavisco ya? —Luego lo miro mejor. Está pálido y parpadea mucho—. Hal —digo asustada—. ¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien?

—Es Coco. —Parece un poco desesperado—. Está... Está borracha.

Menos mal que le ha dado tiempo a salir de la yurta. La encuentro vomitando en un trozo de hierba cercano y le pongo una mano en la espalda para reconfortarla mientras aparto los ojos pensando: «¡Uf, qué asco!».

Cuando parece que está algo mejor, la llevo a la ducha de fuera. No voy a meterla debajo, aunque resulta muy tentador; solo mojo una esponja y le limpio un poco la cara antes de hacerla volver a entrar en la yurta.

A ver, podría ser peor. Podría estar en coma etílico. Al menos puede andar y hablar, y ya le vuelve el color a las mejillas. Sobrevivirá.

—Lo siento —no para de decir con voz temblorosa—. Lo siento mucho.

Al entrar en la yurta, alucino con lo que veo. Así que esto es lo que pasa cuando dejas a dos adolescentes a su aire un día entero. Hay platos y restos de comida por todas partes. Tienen que haber ido a saquear la despensa de Biddy. También hay papeles de caramelos y chocolatinas, móviles, un iPad, revistas, maquillaje... y, en medio de todo ello, una botella de vodka medio vacía. Genial.

Meto a Coco en la cama, le coloco unos cuantos almohadones detrás de la espalda y me siento en la cama. Señalo la botella de vodka y le pregunto:

—¿Por qué?

—No sé —dice Coco con el ceño fruncido y encogiéndose de hombros a la

defensiva—. Me aburría.

Se aburría. Miro las revistas y el iPad. Pienso en la hoguera y en los malvaviscos, y en papá bailoteando como un loco para entretener a todo el mundo. Pienso en Demeter, dejándose las pestañas trabajando para pagar sudaderas de Jack Wills.

Tendría que haber hecho a Coco limpiar el establo, eso es lo que tendría que haber hecho.

—¿De dónde la has sacado?

—La traje yo. ¿Se lo vas a contar a mamá?

La voz de Coco se acelera de preocupación.

—No lo sé. —La miro severa—. ¿Sabes? Tu madre os quiere muchísimo. Trabaja muy duro para pagar todas las cosas guais que tenéis. Y no sois muy agradecidos con ella.

—Le dimos las gracias por las vacaciones —dice Coco, de nuevo a la defensiva.

—Ah, ¿y ya está? ¿Le dais las gracias una vez y listo? ¿Y qué es todo eso de doña Invisible que he oído? Si hay algo que vuestra madre no es precisamente, es invisible. Y ¿sabéis qué? Es doloroso. Muy doloroso.

Veo a Coco y a Hal intercambiando una mirada de culpabilidad. Creo que en el fondo son buenos niños, lo que pasa es que han cogido el mal hábito de meterse con su madre. Y su padre no es que haya ayudado demasiado tampoco. Y ahora encima no está aquí.

Pero de pronto se me ocurre algo. Si Demeter ha conseguido esconder todas sus buenas cualidades a sus empleados, seguro que hace lo mismo con sus hijos.

—Escuchad —digo—, ¿sabéis lo que hace exactamente vuestra madre en su trabajo?

—*Branding* —dice Coco en un tono que indica que para ella no es más que una palabra sin sentido.

—Vale. ¿Y sabéis lo genial que es? ¿Sabéis lo lista y brillante que es?

Tanto Coco como Hal me miran ausentes. Está claro que nunca se les ha ocurrido pensarlo.

—¿Cómo sabes tanto del trabajo de mamá? —pregunta Hal.

—Solía trabajar en el mismo sector. Y, creedme, vuestra madre es una leyenda. Una auténtica leyenda.

Doy una palmadita en la cama y al poco Hal se sienta a mi lado. Me entran

ganas de contarles a los dos un cuento para antes de ir a dormir. Había una vez un monstruo temible llamado Demeter, solo que al final resultó que no era tan temible. Ni un monstruo.

—A vuestra madre se le ocurren muchísimas ideas —les digo—. No para de tenerlas. Ve el diseño de un envase de algo e inmediatamente sabe lo que funciona en él y lo que no.

—Ya. —Coco pone los ojos en blanco—. Lo sabemos. Cuando vamos al supermercado tiene que dar su opinión de, o sea, cada caja que ve.

—Eso es. ¿Sabíais que ha ganado muchos premios por esas opiniones? ¿Sabíais que puede inspirar a grandes equipos de gente para que hagan un trabajo increíble? Puede coger un montón de ideas y convertirlas en un concepto, y tan pronto te lo dice, piensas: «¡Pues claro!».

Los miro y veo que ambos me están escuchando con atención.

—Vuestra madre puede hacer que una habitación llena de gente cobre vida —continúo—. Ayuda a la gente a pensar. No se puede ser perezoso cuando estás con ella. Es original, es inspiradora... A mí me ha inspirado mucho. No sería quien soy si no fuese por ella.

Digo eso más como golpe de efecto que otra cosa, pero cuando las palabras salen de mis labios me doy cuenta de que lo creo de veras. Si no, no hubiese ideado el folleto y la web de la granja Ansters del mismo modo. Hasta puede que nunca hubiésemos empezado este negocio.

—Tenéis mucha suerte de que sea vuestra madre —concluyo—. Y sé lo que digo porque yo no tengo madre.

—¿No es Biddy tu madre?

Coco parece confundida.

—Es mi madrastra. Y no estaba por aquí cuando yo era pequeña. Crecí sin mamá, así que me fijaba mucho en las mamás de los demás. Y la vuestra es una de las mejores. Ahora mismo lo está pasando bastante mal en el trabajo, ¿lo sabíais? —añado.

Coco y Hal me observan sorprendidos. Pues claro que no lo sabían. Otro problema de Demeter, me doy cuenta, es su instinto de protección hacia los demás. Protege a Rosa para que no sepa que ha sido rechazada. Protege a sus hijos para que no se enteren de que está estresada. Le encanta mantener vivo el mito de que su vida es perfecta.

Bueno, pues creo que ya va siendo hora de cambiar. Estos niños no son bebés. Podrían empezar a apoyarla un poco.

—A lo mejor no os lo ha dicho, pero hacedme caso. Las cosas son muy complicadas para ella ahora mismo. Y la mejor forma de ayudarla es siendo amables y agradecidos con ella, teniendo la yurta limpia y ordenada, y no pidiéndole cosas todo el rato ni emborrachándose con vodka.

Miro a Coco y aparta la vista.

—No lo voy a hacer más —dice tan bajito que ni la oigo.

—Yo limpiaré la yurta —se ofrece Hal, parece que con ganas de portarse mejor.

—Genial. —Me levanto para irme—. Y, Hal, cuida de Coco. No la dejes sola. Si surge cualquier problema, ven a buscarme a mí o al primer adulto que veas. Volveré dentro de media hora o así para comprobar que estáis bien. ¿De acuerdo?

Hal asiente con energía.

—¡Vale!

—¿Se lo vas a contar a mamá? —oigo la voz suplicante de Coco—. No, por favor.

Tiene la cara pálida y ha perdido esa expresión con el ceño fruncido tan habitual en ella. Ahora parece que tenga diez años. Pero no la voy a dejar librarse tan fácilmente.

—Depende —digo, y salgo de la yurta.

Al cruzar el campo, veo a papá sentado solo en un banco dando sorbos a una lata de cerveza. Se ha quitado el sombrero de granjero Mick, los cascabeles descansan a su lado y parece exhausto.

—Hola, papá —saludo, y me siento junto a él.

—Hola, cariño. —Se vuelve para mirarme con los ojos llenos de afecto—. ¿Dónde has ido tan deprisa?

—Coco. —Pongo los ojos en blanco—. Ha bebido demasiado. He tenido que espabilarla un poco.

—¿Bebido demasiado? —Los ojos de papá se abren como platos, pero luego se encoge de hombros—. Todos los adolescentes lo hacen. Recuerdo una vez que volviste de una fiesta en un estado terrible. Tendrías más o menos su edad.

—Yo también me acuerdo —digo con cara de dolor.

Me había tomado demasiados black velvets. No es uno de mis momentos más memorables.

—Me preocupé mucho. Me quedé toda la noche despierto cuidándote, menudo tonto. —Sonríe divertido—. Por la mañana te levantaste como una rosa ¡y te comiste un buen plato de huevos con beicon!

Se me había olvidado que papá se pasó la noche a mi lado. Debió de preocuparse de verdad. Y estaba solo, sin nadie con quien compartirlo.

—Lo siento —digo, y le abrazo en un impulso.

—No tienes que decir que lo sientes. ¿Para qué están los padres?

Da un sorbito a su cerveza y, cuando se mueve, los cascabeles resuenan a su lado.

—Me gusta lo de la danza Morris —digo—. Es divertido.

—Bueno, les entretiene un poco, ¿no?

Papá me sonríe de nuevo, pero lo noto cansado.

—Oye, papá, no hagas sobresfuerzos, ¿vale? Ni tú ni Biddy. Estáis poniendo demasiada energía en esto.

—Pero da resultados, ¿no? —Extiende un brazo en dirección a la hoguera, el agradable barullo de los *glampers*, las yurtas—. Por fin he acertado con algo, Katie, cariño. Tú acertaste.

—¡Todos acertamos! —le corrijo—. Creo que el granjero Mick es el cincuenta por ciento de nuestro éxito.

—¡Ja! —Papá se ríe complacido—. Me mantiene joven. —Vuelve a darle un sorbito a su cerveza y durante un rato nos quedamos callados. Luego añade, en un tono más serio—: Tú también tienes que tener cuidado con los sobresfuerzos, cariño.

—¿Yo?

—Te vi tecleando furiosa al ordenador el otro día. Te vi estresada. No tendrían que hacerte trabajar así. Ya tienes bastante que hacer aquí.

Me pone una mano en el hombro y se me retuerce tanto el estómago que tengo que cerrar los ojos un momento. Me doy cuenta de que Alex tiene razón. Esta situación no está bien. No puedo seguir mintiéndole a papá acerca de mi trabajo. No puedo.

—De hecho... Papá... —comienzo a decir, sintiéndome fatal.

¿Cómo le digo esto? ¿Cómo empiezo? ¿Y si se enfada?

—¿Sí, cariño? —responde ausente.

Está intentando ver quién es la figura distante que se acerca entre la niebla.

Seguro que solo es uno de los campistas dando un paseo.

—Papá, necesito contarte algo. —Trago saliva con dificultad—. Es sobre mí... y sobre mi trabajo en Londres...

—¿Ah, sí?

La cara de papá se endurece un poco. Está claro que no tiene ganas de hablar de mi trabajo de Londres. Si supiese lo que estoy a punto de contarle.

—Bueno, el asunto es que... —Me rasco la nariz, sintiéndome todavía peor —. Es que... Lo que pasó...

—¡Dave! —La exclamación de papá hace que me calle—. ¡Dave Yarnett! ¿Qué haces aquí, viejo bribón?

¿Dave Yarnett? Mis ojos se clavan incrédulos en la familiar figura de Dave Yarnett, con su habitual cazadora de cuero negro. Se le marca la panza en la camiseta falsa de Calvin Klein, lleva la barba recién recortada y le brillan los ojos al acercarse.

—¡Mick! —Le da una palmadita a papá en la espalda—. No me puedo quedar mucho. Solo quería dejarte echar un vistazo a mi último lote. ¿Te interesan las alfombras? ¿Alfombras persas?

—No necesitamos alfombras —digo de inmediato, y Dave me lanza una mirada de reproche.

—A ver, Katie, le estoy ofreciendo a tu padre una muy buena oportunidad. Todos esos *glampers* de ahí tendrán casas que amueblar, digo yo, ¿no? Conseguí este lote de alfombras de un tipo en Yeovil. Antigüedades persas. Y algunos muebles también. Tú échales un vistazo.

—Lo siento, Katie. —Papá me da otra palmadita en el hombro—. Solo será un vistazo rápido. Vuelvo en un minuto.

Conozco a papá. Nunca puede resistirse a echar un vistazo a la furgoneta de Dave Yarnett.

—Vale, no hay problema. —Me encojo de hombros y siento que me invade un alivio culpable. Luego se lo cuento, cuando sea mejor momento. Cuando haya podido preparármelo mejor. Y beberme un par de vodkas—. Oye, pero no compres ninguna alfombra —le digo cuando desaparece con Dave—. No sin consultarme. ¡Ahora somos socios!

Me quedo sentada un rato más viendo el cielo pasar gradualmente del azul

claro intenso a un suave añil. La furgoneta de Dave desaparece por el camino de la entrada y veo a papá volviendo hacia la hoguera. Espero que no esté planeando convertirnos en la granja Ansters, *glamping* y paraíso de las alfombras.

Decido dirigirme también hacia la hoguera, tostar un malvavisco y darme un subidón de azúcar. Pero mientras camino en esa dirección, veo un coche que me resulta familiar subiendo por el camino de la entrada. Oh, dios. Es Demeter.

Acelero hasta que empiezo a correr y llego a la entrada de la granja cuando está saliendo del coche. Está pálida y parece exhausta. Tiene el ceño fruncido y lleva un papel en la mano que no deja de mirar.

Estoy a punto de saludarla cuando otra voz se me adelanta:

—Hola, Demeter.

Es Alex saliendo de la cocina. Lleva el móvil en la mano y mira a Demeter sombríamente. Como un asesino.

—Me gustaría reunirme contigo. Biddy dice que podemos utilizar la sala de estar.

Me quedo petrificada. O sea, que eso es lo que ha estado haciendo. Preparando la cámara de ejecución.

—¿Ahora? —Demeter parece sorprendida—. Alex, acabo de volver. Necesito un momento, una oportunidad...

—Has tenido un montón de tiempo. Un montón de oportunidades. —Su voz está tensa y noto que está luchando consigo mismo para poder hacer esto —. Las cosas llevan meses empeorando. Y ahora ya han colmado el vaso. Demeter, lo sabes. Todo es un gran embrollo. Y por eso tenemos que hablar.

—Necesito preparar unas cosas primero. —Demeter cierra la puerta del coche y sale con las piernas temblorosas y los ojos como dos sombras en su cara pálida—. Por favor, Alex. Dame hasta mañana.

—Demeter... —Avanza hacia ella con la cara tensa, evitando su mirada—. No quiero tener que hacer esto, sabes que no quiero, pero debo. Las cosas se han salido de madre y ya no podemos seguir así. Inventaremos una historia para la prensa. Y obtendrás un buen finiquito. —Se para—. Es mejor que lo hablemos todo en la sala de reuniones.

—No voy a ir a ninguna sala de reuniones. —Demeter niega terca con la cabeza—. Alex, hay otra cara en este asunto. Hay cosas que no tienen sentido. Tengo que enseñártelo.

Pero Alex no la escucha.

—Lo que pensamos es que cogiste un trabajo que te venía grande —prosigue como si estuviese leyendo un guion—. Era demasiado, no es culpa tuya, pero...

—¡Para ya con el discursito, Alex! —grita Demeter—. ¡Escucha lo que te quiero decir! Hoy he ido a casa y he rebuscado en correos antiguos. No sé. He estado intentando averiguar qué ha pasado.

Señala una enorme bolsa de basura negra que no había visto antes llena de correos impresos.

—Pero ¿qué demonios? —exclama Alex, incrédulo, cuando la brisa empieza a arrastrar algunos de los papeles.

—Estaban en mi buhardilla. Imprimo muchos e-mails —dice Demeter a la defensiva—. Ya sé que es anticuado, pero, bueno, he encontrado esto.

Le enseña un papel y Alex lo mira sin interés.

—Es un correo.

—¡Léelo! —exclama Demeter agitándolo—. ¡Léelo con detenimiento!

Alex se lleva los dos puños a la cara.

—Me vas a matar —dice en un tono ahogado. Levanta la mirada—. Vale, ¿qué? —Coge el papel, lo lee y luego vuelve a levantar la vista sin entender nada—. Es un correo de Lindsay, de Allersons, que te reenvía Sarah, de hace dos semanas. ¿Y?

—Léelo en voz alta.

Por un momento parece que Alex va a entrar en combustión espontánea. Pero al final empieza a leer:

—«Querida Demeter, muchas gracias, debo decir que te agradecemos la inagotable paciencia...»

—Para ahí. —Demeter levanta una mano—. «La inagotable paciencia.» ¿Lo ves? «La inagotable paciencia.»

Alex frunce el ceño sin entenderlo.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Por qué iba la gente de Allersons a apreciar mi inagotable paciencia si nos hubiesen dicho que avanzásemos con el proyecto directamente? ¿Por qué iba a tener que ser paciente?

—¡Y yo qué sé! —Alex le resta importancia—. Es una forma de hablar.

—¡No lo es! ¡Es crucial! Este correo encaja con mi versión de los hechos, en la que me dijeron que lo dejase todo en pausa hasta que me avisaran.

Recuerdo haberlo leído. ¡Y haberlo respondido! ¿Es que no te das cuenta de que creía que me estaba volviendo loca? —Agita el papel—. Pues bien, ¡no lo estoy!

—Dios, Demeter. —Alex suena exasperado—. Ya hemos hablado de esto mil veces. Sarah nos ha enseñado toda la correspondencia y nada casa con tu versión...

—Bueno, ¡a eso me refiero! —le corta ella temblando.

—¿A qué? ¿A qué te refieres?

—No lo sé exactamente. Al menos... —De repente duda a la vieja manera típica de Demeter—. Ya sé que suena un poco inverosímil, pero a lo mejor alguien ha entrado en mi ordenador y... no sé, ha estado interfiriendo en mi correo.

—Por dios...

Alex lo dice como si esto fuese lo último que necesitaba oír.

—Alex, sé que recibí un correo de Lindsay en que me decía que los de Allersons querían pararlo todo. Decía que estaban esperando los resultados de una investigación. —La voz de Demeter tiembla de nervios—. ¡Lo leí! ¡Lo vi!

—Vale, pues enséñamelo ahora mismo. ¿Está en tu portátil?

—No. —Demeter parece abatida—. Ha... desaparecido. He ido a Londres a buscar la impresión, pero no la he encontrado, solo he encontrado este otro. Pero este último tampoco está en mi ordenador. Lo sé, sé que suena a locura, pero mira. Es la prueba. ¡Mira! —Le muestra el papel de nuevo y él lo coge sin ganas—. Si me das tiempo para que revise todas las viejas impresiones... es que seguro que me han hackeado o algo así.

—¡Para de decir eso! —Alex está preocupado de verdad—. Demeter, te lo pido como viejo amigo tuyo que soy: no vayas por ahí diciendo esas cosas. Pareces una... —Se calla—. De todos modos, ¿quién iba a hacer algo así? Y ¿por qué?

—No lo sé. —Demeter suena desesperada—. Pero no tiene sentido, nada tiene sentido...

—Un momento —intervengo. He estado mirando el correo por encima del hombro de Alex y algo me ha llamado la atención—. Mirad la dirección. Tendría que ser <demeter.farlowe@cooperclemmow.com>, pero este ha sido enviado a <demeter_farlowe@cooperclemmow.com>, con guion bajo y no punto. Es una cuenta totalmente distinta.

Incluso Alex se queda callado. Lee la dirección de cerca con el ceño fruncido.

—Dios... —Demeter le quita el papel—. Ni me había dado cuenta de eso.

—Hay un montón de explicaciones posibles —empieza Alex—. Podría ser... no sé, un experimento del departamento de informática. O a lo mejor te creaste otra cuenta de correo y se te ha olvidado...

—¿Yo? ¿Crearme una cuenta de correo? —le replica Demeter, irónica—. ¿Es broma? ¡Si no sabría ni por dónde empezar! Es Sarah quien hace todas esas cosas. Me organiza los correos, reenvía las cosas, es la única que...

Demeter se calla y ambas intercambiamos una mirada. De repente noto una sacudida.

Sarah.

Es como si hubiese caído un velo, revelándolo todo. De repente veo con claridad. Sarah. Oh, dios mío.

Demeter se ha quedado petrificada. Veo que le da vueltas a la idea en su mente tan deprisa como yo en la mía. Sarah.

Tiene todo el sentido del mundo. Correos que cambian, mensajes que se pierden. Sarah y su paciencia hostil. Demeter de pie en la oficina mirando su móvil como si se estuviese volviendo loca...

—¿Sarah? —pregunto por fin.

—Sarah —repite Demeter con cara de preocupación—. Oh, dios.

—¿Qué? —Alex mira a Demeter, luego a mí y luego a Demeter de nuevo —. ¿Quién es Sarah?

Demeter se ha quedado muda, así que cojo aire e intento ordenar mis pensamientos desbocados.

—Es la asistente personal de Demeter. ¿Sabes? La de la coleta. Básicamente lleva la vida de Demeter. Escribe correos en su nombre; a menudo es la voz de Demeter. Y siempre está reenviándole a Demeter los correos que se le borran. Así que fácilmente podría... bueno... —Saco el aire —. Falsear uno.

—¿Por qué? —pregunta Alex, incrédulo—. ¿Por qué iba a hacer nadie eso?

De nuevo, Demeter y yo nos miramos. Es difícil hacer entender lo que pasa en una oficina a alguien que no se pasa cuarenta horas a la semana allí.

—Para joderme —dice Demeter, la voz monótona—. Supongo, vaya.

—Pero, de nuevo, ¿por qué?

—Mi relación con ella no es... perfecta.

Demeter se frota las manos nerviosa.

—Nunca te ha perdonado que despidieses a su novio —me atrevo a decir —. Me escribió toda una carta al respecto. Parecía muy amargada. Y si te ha guardado rencor todo este tiempo, si ha querido vengarse...

—Vale, vamos a parar aquí —interrumpe Alex, alarmado—. Eso son acusaciones muy serias.

—Piénsalo, Demeter —sigo diciendo, ignorando a Alex—. Ella lleva tu bandeja de entrada. Podría habilitar dos cuentas; controlar qué correos ves y cuáles no, escribir respuestas en tu nombre, enviar unas cosas y borrar otras. Si quisiera, podría llevar una conversación entera sin que te enterases.

Recuerdo a Sarah alardeando del montón de correos que solía enviar en nombre de Demeter. «Hoy he sido Demeter toda la tarde», solía decir con esa expresión de mártir. Y ¿quién comprobaba esos e-mails? Seguro que Demeter no.

—¡Basta! —espeta Alex—. No tenemos pruebas.

—¡Esto es una prueba! —Demeter le muestra la página—. ¡Lo es! ¡No tiene sentido! Y había más correos así. ¡Los vi!

—Pero dices que los respondiste —objeta Alex.

—Sí. —A Demeter se le cambia la cara—. Lo hice. —Se lleva desesperada los dedos a la frente—. Dios, nada tiene sentido.

—¿Alguna vez comprobaste a qué dirección estabas respondiendo? —pregunto—. ¿La dirección de Lindsay?

—¿Qué? —Demeter me mira—. Pues claro que no. Aparece sola porque la tengo en mis contactos.

—Pues ahí lo tienes —me encojo de hombros—. Seguro que tus respuestas nunca le llegaron. Y eso se puede demostrar —añado al ocurrírseme una idea —. Pregúntale a Lindsay si alguna vez le envió este correo a Demeter. —Señalo el papel—. Y si dice que no...

—¿Que contacte con los de Allersons? —pregunta Alex, incrédulo—. ¡No quieren volver a hablar con nosotros en la vida!

—Pues entonces registrad el ordenador de Sarah, ahí podréis encontrar todos estos...

—¿Estás loca? —Me mira fijamente—. ¿Tú sabes cómo está la moral del equipo en estos momentos? ¿Crees que voy a aparecer por allí contando estas historias fantasiosas? Demeter, eres una vieja amiga y te respeto mucho, pero se acabó. Se acabó.

—¿Me estás diciendo que todavía vas a prescindir de Demeter? —pregunto sin poder creerlo—. ¿Después de esto?

—¡No hay ningún esto! —estalla—. Demeter, cuando dijiste que tenías pruebas, pensé que te referías a... pruebas. A algo sólido. No a un correo y a una teoría conspiranoica. Lo siento. Has tenido tu oportunidad, pero hasta aquí hemos llegado.

Y por el modo en el que lo dice, mi corazón se pone a latir con fuerza.

—Alex, déjame hasta mañana —dice Demeter, desesperada—. Consúltalo con la almohada.

—Tengo a gente presionándome. Necesito acabar con esto. —Se rasca la cara con expresión de absoluta tristeza—. Así que si de verdad te niegas a ir a la sala de reuniones, si no quieres que hagamos esto bien...

—¡Para! —Levanto la voz, presa del pánico—. ¡Espera, no lo hagas!

—Estás despedida. —La voz de Alex es como una bala—. Fin de la historia.

—¡No puedes hacer eso! —grito ultrajada—. ¡Des-despídela!

Pero Alex se aleja por el patio hacia la villa de las yurtas. El fuego sigue vivo y algunos de los *glampers* están cantando al son de una guitarra. Steve Logan se les ha unido y lo veo meciéndose al escuchar «Brown Eyed Girl».

—¡No puedes hacer eso! —grito mientras salgo corriendo tras Alex—. ¡Ni siquiera ha sido un despido legal! ¡Va en contra de las regulaciones de la UE!

No tengo ni idea de si eso es verdad o no, pero seguramente debe serlo.

—Por favor, Alex —dice Demeter apresurándose detrás de nosotros—. Este correo prueba que han estado pasando cosas raras. Y si ni siquiera puedes...

Se para de golpe y aparece papá de la nada, agitando sus cascabeles de la danza Morris ante ella.

—La, la, la... y uno y dos...

Junta los bastones animado, y Demeter da un respingo y suelta el papel.

—¡Mierda! —grito cuando el papel echa a volar al viento.

—¡Cógelo! —grita Demeter intentando atraparlo desesperadamente—. ¡Cógelo!

Las dos corremos como locas tras el papel volador, hacia la hoguera, tropezando con los pies de los niños en la oscuridad, dejando una hilera de gritos y de quejas a nuestro paso, pero nos da igual. Tenemos que atrapar ese correo.

—Perdona... Dejadme pasar, por favor —les digo a Cleo y a Giles, que están sentados delante del fuego mientras Nick toca la guitarra.

—Bueno —dice Cleo, ofendida—, hay sitio para todos, ¿eh?

—Oh, dios —exclama Demeter mientras pugna por alcanzar el papel, pero lo pierde por los pelos.

—¡Cógelo!

—¡Lo estoy intentando! ¡No! —grito al ver a Giles coger una pastilla de encendido para avivar el fuego—. No, espera, ¡no!

Pero es demasiado tarde, ya la ha echado. Las llamas se elevan con renovada energía y abrasan el papel que revoloteaba por el aire. En veinte segundos ya no queda de él más que un poco de ceniza.

Se quemó.

Me quedo tan petrificada durante unos treinta segundos que no me puedo mover. Luego miro a Demeter y parece un fantasma.

—Demeter, todo irá bien —digo a la desesperada—. Yo te creo, está claro que han pasado cosas raras. ¡Mierda! —grito al ver una llama saliendo de su pantalón—. ¡Tu pierna! ¡Fuego! ¡¡¡Fuego!!!

Para mi horror, el pantalón ancho de lino de Demeter ha empezado a arder por los bajos. Se habrá encendido cuando estaba intentando pescar el correo.

—¡No! —grita como si solo le faltara eso, y empieza a patalear intentando apagar las llamas.

—¡Los cubos! —grita papá soltando el bastón de los cascabeles y corriendo—. ¡Fuego! ¡Coged los cubos!

—¡Ya va, ya va, ya va, ya va!

La voz estridente y cantarina de Steve se oye sobre el murmullo. Lo siguiente que oigo son chillidos de sorpresa y luego veo a Demeter empapada con agua helada de la cabeza a los pies, y a Steve con un cubo vacío y una sonrisa de satisfacción en la cara.

No me puedo creer que haya hecho eso.

—Vaya... gracias —dice Demeter temblando y apartándose el pelo mojado de la cara—. Supongo. Aunque no hacía falta que me mojases entera, ¿no?

—Normas de seguridad —dice—. Y además, te lo mereces, ¿a que sí, Katie?

Me guiña orgulloso el ojo y yo lo miro muerta de vergüenza.

—Serás idiota, Steve. —Casi estoy demasiado enfadada para hablar—. Eres un maldito idiota.

—Lo he hecho por ti —dice sin arrepentirse—. Te trató mal, ¿no? Pues ya está. Ojo por ojo. Nadie puede tocar a Katie —le dice a Demeter con cara de odio—, a no ser que no quiera que yo... no me entere.

—¡Eso ni siquiera tiene sentido! —digo con ganas de pegarle un puñetazo —. ¿Qué has querido decir?

—Lo que he querido decir, Katie. —Steve me lanza una de sus típicas miradas—. Lo que he querido decir.

—¿Le has dicho tú que me haga eso? —pregunta Demeter, incrédula.

—¡No! —grito alarmada.

Pero no estoy segura de que me haya oído. Está al límite, no parece darse ni cuenta de que hay gente a su alrededor.

—¿Es que no me has hecho bastante? —Niega con la cabeza—. ¿No me has castigado bastante? ¿Qué más vas a hacer, atarme y tirarme a los perros? Dios mío, Katie, ya sé que te despedí de un modo insensible y que crees que te arruiné la vida, pero era lo que tenía que hacer, ¿de acuerdo? ¡Era mi trabajo! —Está gritando prácticamente—. Tuve que despedirte. Y ya sé que fue difícil, pero a veces hay que superar las cosas, deberías...

—¿Despedirte? —interrumpe papá—. ¿De qué habla, cariño?

Salto como un gato escaldado y veo a papá detrás de mí observando a Demeter con rostro inquisitivo.

—Mierda —dice Demeter, y se lleva una mano a la cabeza—. Katie, no quería decir eso.

—¿Te conoce de Londres? —Papá parece más desconcertado todavía—. Katie, ¿quién es?

—Trabaja para Cooper Clemmow —le dice Steve dándose importancia—. La he buscado en Google, ¿sabes? Demeter Farlowe se hace llamar por allí. Y él también trabaja allí. —Steve señala con el dedo a Alex, quien lo ha estado observando todo, manteniéndose al margen—. Son los jefes de Katie, de Londres. Eso son ellos.

Papá no para de mirar de Demeter a Alex y de Alex a Demeter, con la mandíbula tensa.

—¿Por qué no nos podíais decir quiénes erais? —les dice a los dos—. ¿Por qué tanto secreto?

—Bueno... —Demeter me mira a mí—. Es algo... delicado...

—¿Habéis venido aquí a echar a Katie? —pregunta con una ira repentina —. Porque eso no está bien. ¡No está bien! —grita—. Nuestra Katie ha sido

una buena empleada. —Se vuelve hacia Alex, que da un respingo—. Está todo el rato al ordenador, respondiendo llamadas, a todas horas... incluso durante su excedencia... ¿Qué clase de jefes sois vosotros? ¡Eso es explotación! ¡Eso es lo que es!

—Papá, ¡para! —Levanto desesperada una mano—. No lo has entendido bien. No han venido a despedirme. La verdad es que... —Trago saliva y me tiemblan las piernas—. Te lo iba a contar antes...

Me empiezan a caer lágrimas por las mejillas. Noto a todos los *glampers* mirándome impresionados, y Demeter está ahí de pie, empapada todavía, y Alex... Alex me contempla con la expresión más amable y triste que le he visto nunca.

—Papá, tengo que hablar contigo —consigo decir—. Contigo y con Biddy. Ahora mismo.

Explicarles el qué es fácil; el porqué, ya no tanto.

Tras contarles exactamente lo ocurrido, los motivos de mi despido y cómo he intentado volver a colocarme en el mercado de trabajo, siento que todavía no les he dicho nada en realidad. Papá y Biddy están sentados en nuestro viejo y roído sofá de flores de color rosa, en la sala de estar (pensé que era una conversación que había que mantener en una sala de estar), ambos en silencio.

—Pero, Katie —dice papá por fin.

Y no necesita decir más. Parece totalmente en shock, como si el mundo no fuese ya lo que siempre había sido. Y es por mi culpa.

—Papá... —Empiezo con las mejillas tensas por el esfuerzo de intentar no llorar—. No quería preocuparte. Pensé que pronto encontraría otro trabajo y...

—Así que eso era lo que hacías —dice Biddy, cariñosa.

—He respondido a tantas ofertas de trabajo. ¡A tantas! —Me canso solo de acordarme—. Pensé que nunca haría falta contároslo. —Me muerdo el labio y cierro los ojos, deseando volver a hace unos meses para poder hacerlo todo de otra forma, mejor—. Lo siento. —Vuelvo a abrir los ojos por fin—. Lo siento mucho, papá.

—Katie, no lo sientas —dice de inmediato con la voz tintada de una emoción que no reconozco—. Cariño, no hace falta que te disculpes por nada.

Lo has pasado mal, solo me gustaría haberlo sabido para haberte podido ayudar... pero ya está. —Se adelanta y coge con sus manos enormes las mías —. Katie, todo lo que nos importa es que seas feliz. Que le den al resto. Que les den. Vuélvete aquí y lleva la granja Ansters por nosotros. Eres una chica brillante, muy brillante, y si no lo saben ver, bueno, pues nosotros sí, ¿no, Biddy?

No sé cómo responder. Miro a Biddy y la veo negando con la cabeza y frunciendo el ceño.

—Pero, Mick —dice en ese tono calmado tan suyo—. No creo que sea tan simple como eso. No creo que Katie quiera hacer carrera aquí. ¿Verdad, cariño? ¿O me equivoco?

Nunca había sentido tanta tensión en esta habitación. Es como si el aire se hubiese vuelto espeso. Tengo que hablar, tengo que decir la verdad. Pero sin herir a mi padre.

—Papá... —Me tiembla tanto la voz que no me salen las palabras—. Quiero vivir en Londres. Todavía quiero intentarlo. Ya sé que nunca lo entenderás, pero es mi sueño. —Me froto la cara con fuerza, desesperada—. Pero tampoco quiero romperte el corazón. Y si me voy a Londres sé que lo haré. Así que me siento dividida. No sé qué hacer. No sé... No puedo...

Las palabras se me mezclan en la cabeza incoherentes. Vuelvo a llorar. Miro a papá y parece consternado.

—¡Katie! —dice, y suspira—. Cariño, ¿qué te ha hecho pensar que no quiero que vivas en Londres?

¿Va en broma?

—Bueno, ya sabes. —Trago saliva—. Siempre dices que Londres es muy caro y que está sucio y que es peligroso... y me dijiste que me comprase un piso en Howells Mill...

—¡Mick! —exclama Biddy—. ¿Por qué le dijiste a Katie que se comprase un piso en Howells Mill?

—Solo se lo sugerí —dice papá con cara de culpabilidad.

—Me siento culpable todo el tiempo. Todo el tiempo...

Al pronunciar las palabras en voz alta noto una gran sensación de alivio. Y de miedo. Me estoy atreviendo a tocar temas que nunca me hubiese atrevido a tocar. Pero quizá hace falta que lo haga.

—¿Sabéis qué? Ahora quiero decir algo yo. —La voz de Biddy me hace dar un respingo. Cuando me vuelvo hacia ella, sorprendida, veo que tiene las

mejillas más rojas que de costumbre. Se la ve nerviosa, pero decidida—. Siempre intento apartarme cuando os enfrentáis. Intento no meterme donde no me llaman. Pero creo que ahora es necesario que me meta. Porque veo a dos personas a las que quiero... Porque os quiero mucho a los dos, eso lo sabéis, ¿no? —pregunta con las mejillas más coloradas si cabe—. Veo a dos personas haciéndose daño y ya no lo soporto más. Mick, ¿no ves la presión que pones en Katie diciéndole que se compre un piso en Howells Mill, por el amor de dios? ¿Para qué iba ella a hacer eso? Y ya sabes lo que pienso de nuestra última visita a Londres. —Biddy me mira y añade—: Le dije a tu padre que debía disculparse contigo por algunas de las cosas ridículas que dijo. —Levanta la mano cuando papá abre la boca para protestar—. Ya sé que te preocupas por Katie, Mick. Pero en Londres viven ocho millones de personas, ¿no? Y no creo que a todas las hayan asaltado o atracado a punta de pistola, ¿no?

Papá parece un poco avergonzado. Y yo estoy tan sorprendida ante la elocuencia de Biddy que no soy capaz de hablar.

—Pero hay algo más, Katie. —Ahora se dirige a mí—. ¿Sabes? No somos tontos. Sabemos que la vida en Londres es dura y muy cara y todo eso. Leemos los periódicos; vemos las noticias. Siempre suenas muy positiva, como si todo fuese un sueño hecho realidad... Pero es imposible que sea tan fácil todo el tiempo, ¿no?

Hay una larga pausa. Me siento como si quisiera lanzarme a las rodillas de Biddy y abrazarla.

—No —admito por fin—. No lo es. No lo es para nada.

—Ninguna vida tiene que ser perfecta —Biddy se me acerca y me rodea muy fuerte con el brazo—. No te presiones tanto, cariño. No sé quién empezó con el rumor de que la vida tiene que ser perfecta, pero debía de ser una persona muy malvada, si quieres que te diga la verdad. ¡Claro que no hace falta que lo sea! Y olvídate de eso de romper el corazón de tu padre —añade —. ¿Cómo ibas a ser nunca capaz de algo así?

Despacio, casi sin atreverme, levanto la vista para mirar a papá a los ojos. Los ojos de papá. Siempre han sido mi faro, toda mi vida. Mi estrella polar. Observo sus ojos azules y me permito ver el amor intenso que se refleja en ellos.

Creo que Biddy no tiene razón en todo. Creo que sí que he roto un poco el corazón de papá. Pero puede que lo haya hecho simplemente al hacerme

mayor.

—Cariño —dice papá despacio—, lo siento. Ya sé cómo lo verás desde tu perspectiva. Y es verdad que no soy el mayor fan de Londres que existe. Pero si a ti te gusta, a lo mejor acaba gustándome. —Mira a Biddy y se corrige—: Seguro que acaba gustándome.

—Bueno, a lo mejor ni hace falta ya —intento reír, pese a todo—. Si no encuentro trabajo.

—¡Esos bastardos!

Papá cierra el puño por instinto y Biddy le pone una mano en el brazo para calmarlo.

—Mick —le dice—, Katie es una mujer adulta. Ya se las apañará. Deja que lo haga. Y ahora será mejor que nos movamos, ¿no?

Cuando se levanta y me guiña el ojo no puedo evitar guiñárselo yo también.

19

Todavía no estoy lista para unirme de nuevo a la sesión de canciones alrededor del fuego. Así que me meto en la cocina para hacerme una taza de té y me encuentro con Demeter allí, vestida con ropa seca y con una toalla enrollada en la cabeza.

—Oh. —Me sorprendo al verla—. Hola.

—Me acabo de topar con Biddy —comenta Demeter—, y me ha dicho que te encontraría aquí. Katie, debo pedirte disculpas. No quería traicionar tu confianza.

—No te preocupes, no pasa nada. —Me encojo de hombros—. Se lo iba a contar a papá de todas formas. Solo ha acelerado un poco las cosas.

—Aun así. No debería haberlo hecho y lo siento mucho. —Demeter juguetea con su manga unos segundos; su cara es un poema—. Creo que debería agradecerte algo también —añade mirándome—. Me han dicho que has ayudado a Coco. Me lo ha dicho Hal.

—Sí —asiento.

Lo entiendo. El pobre Hal parecía un poco superado por la situación. Seguro que al ver a su madre no ha soportado mentirle.

—Y no sé qué les debes de haber dicho, Katie, pero Hal me había dejado un ramo de flores en la cama. Flores que había cogido del jardín... Supongo que tendré que disculparme con Biddy por ello —dice riendo—. Y Coco estaba... —Se interrumpe con los ojos casi llorosos—. Nunca había visto a Coco tan conciliadora. Tan madura.

—Bueno, supongo que han aprendido un poco a ponerse en tu lugar. Demeter... —Dudo. ¿Cómo le digo esto? A ver—. Creo que podrías ser un poco más estricta con tus hijos —le sugiero por fin—. Creo que no te respetan.

Hay una larga pausa. Demeter sigue jugueteando con su manga. Si no para, al final la va a deshilachar.

—Lo sé. —Suspira—. Pero no es fácil. Si casi no los veo. Me siento tan culpable. Y entonces, cuando me piden algo, se lo compro para complacerlos.

—Eres una persona totalmente diferente con tus hijos que en la oficina. —Intento impresionarla con esto—. Totalmente diferente. Y no lo digo como algo bueno.

—Lo sé. —Parece herida—. Pero es que pasamos tan poco tiempo juntos que lo último que quiero cuando los veo es pelearme con ellos.

—No será fácil —digo—, con tu marido fuera y todo... Escuché vuestra conversación en el comedor —añado a lo bruto—. Lo siento.

—No. No te preocupes. No fuimos muy discretos que digamos —Demeter suspira profundamente—. La situación es un trabajo en curso.

—Lo siento —repito—. Quiero decir que siento que estés pasando por una situación tan dura.

—Está bien. —Se apoya en el respaldo de la silla y cierra los ojos cansada. Veo las finas patas de gallo alrededor de sus ojos—. No, no es fácil, no. Es muy difícil compaginar dos carreras y dos niños —dice volviendo a incorporarse—. James ha estado intentando desesperadamente no desear el supertrabajo que le habían ofrecido para no poner toda la presión en mí. Y mientras, yo he estado tan ocupada con el trabajo que ni me había dado cuenta. Pero lo solucionaremos. A lo mejor hay que replanteárselo todo —se detiene—. Pero, bueno, ¿de qué hablo? Ya no va a ser un problema, porque a partir de ahora voy a estar siempre en casa. —Me sonríe triste—. Es una de las ventajas de que te despidan.

—¿Qué? —pregunto horrorizada—. No digas eso. No va a pasar.

—Katie, eres muy amable, pero ya no voy a poder esquivar la bala más tiempo. Alex y yo hemos decidido dejar el tema por esta noche, pero mañana... —Se encoge de hombros—. Quiere que nos reunamos mañana a las diez para revisar los formalismos. El finiquito, las condiciones, esas cosas. Hay todo un proceso cuando alguien deja una empresa —añade—, como ya sabes.

—Entonces ¡tienes otra oportunidad! —exclamo ilusionada—. Todavía puede des-despedirte. Nadie le ha oído antes, ningún testigo que pueda ser considerado oficial. Y no has firmado nada. Es decir, que legalmente no te ha despedido, ¿no?

—Eso es irrelevante. —Demeter niega con la cabeza—. Lo hará.

—Solo si lo aceptas. Solo si te quedas de brazos cruzados. ¿Has mirado el resto de los correos de la bolsa?

—Sí. Pero la mayoría son muy antiguos. No me había dado cuenta. Así

que... —Deja caer las manos—. No tengo nada.

—Escucha, Demeter. —Enciendo el calentador de agua y noto la energía regresar a mi cuerpo—. Creo que Sarah te la ha estado jugando. No solo con el correo, también con tu agenda, con los mensajes, con todo. Quería conseguir que dudases de ti.

Recuerdo a Sarah diciendo con calma: «Era los martes, Demeter, siempre los martes», y Demeter mirándola con pánico en los ojos.

—He estado pensando lo mismo —dice Demeter tras una larga pausa—. Tiene sentido. No me di cuenta porque fue de un modo muy gradual. Al principio eran pequeños olvidos. Correos que se perdían, documentos que se borraban, confusiones con las citas. Creía que le había dicho algo a Sarah y ella insistía, y me lo decía a la cara, que no había sido así. Pero poco a poco los errores fueron siendo cada vez mayores. Peores. Vergonzosos. —Veo una expresión angustiada en su cara—. No me atrevía a llamar la atención sobre mis cagadas porque pensaba de verdad que me pasaba algo. Buscaba cosas sobre la demencia en Google todos los días.

—¡Eso es muy retorcido! —digo furiosa—. ¡Debería perder su empleo!

—Pero ¿quién me iba a creer? —Demeter suena desesperada—. Si casi no me lo creo ni yo. A ver, sé que soy dispersa, sobre todo cuando estoy estresada. Y se me olvida enviar correos, hasta me olvido de decirle cosas a James. Y la forma en que te traté a ti, Katie. —Se lleva las manos a la cara—. De nuevo, lo siento mucho. Aquel día estaba histérica. Me parecía que todo el mundo se estaba volviendo loco, incluida yo.

—Está bien —digo, y lo siento de verdad.

—Volví a mirar mi agenda de ese día, ¿sabes? —añade Demeter, sombría —. Sarah había puesto una crucecita junto a «Hablar con Cat», como si ya lo hubiese hecho. Y a esas alturas dudaba tanto de mí que pensé... De verdad que pensé... —Vuelve a poner la misma expresión angustiada—. ¿Cómo he podido dudar tanto de mí?

—Pero ¿no lo ves? —digo encolerizada—. ¡Es lo que ella intentaba conseguir! Eres despistada y eso te hace sentir insegura, y ella lo sabía. Es mala y tenemos que pillarla.

—No hay pruebas. —Demeter niega con la cabeza—. Sería su palabra contra la mía. Y seguro que ha sido muy lista y ha eliminado todos los rastros.

—Nadie es tan listo —respondo—. Podríamos contratar a un forense

experto en delitos informáticos.

—¿Tú crees que alguien va a dejar entrar a un forense en el edificio? —Demeter suelta una carcajada—. Ya has visto la reacción de Alex, y se supone que él está de mi lado. Todo el mundo en Cooper Clemmow querrá que me vaya haciendo el menor ruido posible. Solo soy una persona de mediana edad que causa problemas. Me darán bastante dinero para quitarme de encima...

Suena vencida. Esta no es Demeter. Esta mujer derrotada no puede ser Demeter. No voy a permitir que lo sea.

—Demeter, ¡tienes que luchar! Cuando esperan que te des por vencida es justo cuando tienes que pisar el acelerador y doblar la velocidad.

—Eso me suena de algo. —Demeter frunce el ceño, pensativa—. ¿Es una cita?

—Es de *Agarra el toro por los cuerno*s —admito algo avergonzada—. Al final me lo compré. Con descuento.

—¡Oh! —A Demeter se le ilumina la cara—. Es bueno, ¿eh?

—Sí, lo es, sobre todo el capítulo «No dejes que la perra de tu asistente gane la batalla, porque no puedes dejar que gane, no puedes dejar que el eje del mal gane».

Demeter se ríe, pero yo no. Esto va muy en serio.

—Si no luchas esta batalla, lo haré yo por ti. Lo que haga falta. —Voy hasta la mesa intentando contagiarle mi espíritu—. No puedes dejar que te tiren a la basura así. Eres la jefa, Demeter.

—Gracias. —Demeter me coge la mano y la aprieta—. Te lo agradezco mucho.

—¿Se lo has dicho a tu marido? —pregunto; se me acaba de ocurrir.

—Sí, se lo he dicho. —Suspira—. Pero no lo entiende. Bueno, su primera reacción fue: «Pues demándalos». Así es James. Aunque no hay mucho que pueda hacer desde Bruselas, la verdad —añade con una sonrisa.

—Vale —asiento—. Esto es lo que vamos a hacer. Pensaremos toda la noche y nos reuniremos mañana muy temprano.

Demeter niega con la cabeza, sin acabar de creérselo.

—¿De verdad crees que podremos convencer a Alex?

—¡Tenemos que hacerlo! —Me fuerzo a hacer una pausa antes de preguntar, como quien no quiere la cosa—: ¿Sabes dónde está?

—¿Ahora mismo, quieres decir? No lo sé. —Demeter me mira fijamente

—. Oye, me he estado preguntando una cosa. ¿Estáis...?

—¡No! —Noto que me sonrojo—. Quiero que decir que... Bueno, nosotros...

Me aclaro la garganta y me levanto para prepararme por fin mi taza de té.

—¡Oh, dios! —dice Demeter observándome—. ¡Lo estáis! Lo pensé. Dios mío. No estarás enamorada, ¿no?

—¡No! —digo en tono saltarín a mi pesar—. ¡Claro que no! No seas ridícula...

—Katie, escúchame bien. No te enamores —me dice muy seria—. Protégete. No le abras tu corazón.

—¿Por qué no? —pregunto intentando sonar tan desafectada como puedo.

—Porque te hará daño. Alex es... —Demeter se calla y arruga la frente—. Es adorable. Pero es incapaz de comprometerse. Lo que le gusta es la novedad. Nuevas ciudades, nuevas ideas, sin parar. Ahora eres la novedad, pero puede que en poco tiempo...

Recuerdo a Alex en la azotea de la oficina, entusiasmado con las experiencias virtuales como si fuesen algo real. Pero luego aparto ese pensamiento de mi mente. Porque es irrelevante.

—Mira, Demeter, está bien —digo con tanta seguridad como puedo—. No es nada serio. No espero que llegue a ninguna parte, es solo un poco de, ya sabes, de diversión.

—Bueno, siempre que sea solo eso. —Me mira sin acabárselo de creer—. Porque he conocido a muchas de sus novias y he visto muchos corazones rotos. ¿No sabes cómo le llaman? «Alex solo ida.» Porque una vez que se va, nunca vuelve. Es como un viaje solo de ida por el mundo. Nunca pisa el mismo lugar dos veces. He visto a chicas guapas e inteligentes esperarlo, llenas de esperanza... —Niega con la cabeza—. Aunque en el fondo siempre saben que no regresará.

—¿Y por qué siguen esperándole?

—Porque la naturaleza humana nos hace desear cosas imposibles. —Me mira de reojo—. Estás en el mundo del marketing, tendrías que saberlo.

—Bueno, no te preocupes. —Aparto la mirada de ella—. No creo que salga nada de todo esto ni tengo esperanzas ni nada. Como te he dicho, es solo un poco de diversión. Diversión.

—Vale. —Asiente una vez y luego mira su reloj—. Será mejor que vaya con Hal y Coco. Te veo por la mañana. Gracias, Katie.

Se levanta, se me acerca y me besa en la mejilla. Al hacerlo se escucha a alguien llamar a la puerta.

—Hola —dice Alex entrando—. Ah, hola, Demeter.

—Hola, Alex. —Le mira desconfiada—. ¿Qué quieres?

—Venía a ver a Katie.

Sus ojos se encuentran con los míos y la intención tras ellos es tan visceral que me quedo sin aire. De inmediato me vienen a la mente imágenes de los dos en el campo. Por un momento no puedo hablar, invadida por el deseo.

—Hola —consigo decir al final.

—¿Estás bien?

—Bien.

Me tiembla todo el cuerpo. Quiero una noche entera deliciosa e ininterrumpida con este hombre que me vuelve de gelatina. Quiero que me toque. Y también quiero oír su voz. Quiero sus pensamientos y sus bromas... sus preocupaciones y su tristeza... sus teorías y sus reflexiones. Todas las partes secretas que no me había imaginado que existían.

—Bueno, os dejo con lo vuestro —dice Demeter saliendo—, sea lo que sea.

Y le lanza una mirada tan reprobatoria a Alex que casi me entra la risa.

—Demeter, estoy bien —digo cuando llega a la puerta—. En serio. Lo que has dicho antes... —Señalo mi corazón sin que se note mucho—. No lo haré.

Pero Demeter niega incrédula con la cabeza.

—Eso es lo que tú te crees.

20

A las seis de la mañana le doy un empujoncito a la pantorrilla desnuda de Alex con el pie.

—Eh, tú, chico de ciudad.

No hemos dormido en toda la noche. Nos hemos adormilado a ratos y nos hemos reído y nos hemos devorado el uno al otro inmersos en una burbuja en la que estamos él y yo y nada más. Pero los pájaros ya han empezado a cantar y ha salido el sol y la vida real empieza de nuevo.

—Mmm —murmura solo medio despierto.

—Tienes que irte a dormir a tu cama.

—¿Qué? —Alex me mira con la cara arrugada—. ¿Me estás echando?

—Biddy se pondrá muy triste si no lo haces. Eres su primer cliente. Al menos ve y pruébala. Y, de todos modos, no vas a querer usar mi ducha. Caen dos gotas cada vez.

—Un minuto —dice Alex succionando la piel desnuda de mi hombro, acercándome hacia él, a lo que sucumbo porque no puedo resistirme; es como una fuerza magnética que me atrapa.

Pero al cabo del rato, cuando los dos estamos sentados de nuevo y me pregunto un poco demasiado tarde si no habremos hecho mucho ruido, le doy una patada más fuerte.

—Anda, vete. Sé un buen huésped del B&B. Te veo en el desayuno.

—Vale.

Pone los ojos en blanco y aparta el edredón. Creo que ha sido la descripción de mi ducha lo que le ha acabado de convencer. Me parece que es de esos hombres con unos estándares sobre duchas muy altos.

—Te veo en el desayuno, entonces —dice dirigiéndose a la puerta en calzoncillos, lo cual no es muy discreto, pero, bueno, si se encuentra con Biddy siempre puede decirle que...

Bah, ¿qué más da? Que le diga lo que quiera. No es tonta.

Espero para asegurarme de que se ha ido antes de moverme. Luego salto de la cama y tomo una ridícula ducha. Me pongo unos vaqueros y un top, y

salgo de casa en la dirección opuesta. Me apresuro hasta la yurta de Demeter y digo: «Toc, toc» antes de entrar.

Demeter está sentada en su cama con cabecero de la granja Ansters. Lleva un pijama gris pálido y una de nuestras mantas de alpaca en los hombros. Bebe de una botella de agua y teclea furiosa en su portátil.

—Vale, mira —dice continuando con la conversación de la noche anterior como si no la hubiésemos interrumpido—. Me he acordado de algo. Hay otro montón de correos impresos en mi despacho.

—¿En la oficina? —Me acuerdo de las pilas de papeles en el suelo de Demeter—. Pero ¿no los habrá mirado Sarah y habrá tirado los que pudiesen incriminarla?

—No los que están en el armario. —Demeter me mira con los ojos brillantes—. Porque no sabe que existen.

—¿No lo sabe? —repito sorprendida.

¿Hay algo de Demeter que Sarah no sepa?

—Se enfadaba tanto conmigo por imprimir los correos que empecé a hacerlo a escondidas. Y luego los guardaba en ese armario tan grande que tengo. Tiene que haber cientos ahí dentro. Y, además, está cerrado con llave. —Hace una pausa—. Y la llave la tengo yo. Está en mi llavero.

—¿Cientos? —La miro—. Y ¿para qué guardas cientos de correos impresos?

—¡No empieces tú también! —salta a la defensiva—. Supongo que pensaba que algún día los necesitaría.

—Bien —admito tras una pausa—. Pues al final tenías razón.

—Sí —añade cortante—. Al final tenía razón.

Me mira y la noto más confiada. Más convencida. Estoy segura de que va a ganar esta maldita batalla. Mientras teclea en su ordenador veo sus ojos llenos de ideas de nuevo. De ideas y de furia.

—Pareces distinta esta mañana —digo con cautela—. Parece que... realmente quieres ganar.

—Oh, y tanto que quiero —dice con una voz tan sólida que me entran ganas de vitorearla. ¡La mujer fuerte y decidida que yo conocía ha vuelto!—. No sé qué me pasó anoche, pero esta mañana me he levantado y he pensado... ¿Qué?

—¡Eso! —asiento—. ¿Qué?

—No me va a joder mi propia asistente personal.

—¡Eso, eso!

—Lo que he pensado —hace una pausa y frunce el ceño— es que Sarah tiene que haberse compinchado con alguien más. Alguna de la información con la que ha jugado provenía de reuniones a las que no asistía.

—Vale —digo tras una pausa, pensando ya en las diferentes posibilidades —. ¿Quién crees...?

—Rosa —dice Demeter enseguida—. Tiene que ser ella.

—O Mark —digo.

—También. —Demeter se encoge de dolor—. Mark. Pueden ser los dos. ¿Algún otro?

De repente me doy cuenta de que no he tenido mucho tacto. No tiene que ser muy divertido pensar en que tanta gente te la quiera jugar.

—Oye, no pienses en eso ahora —añado a toda prisa—. En quién fuese... Ya nos enteraremos. Ahora necesitamos idear un plan.

Demeter y yo vamos juntas a desayunar media hora más tarde. Hemos pensado en una estrategia y ahora tenemos que encontrar a Alex. Algo que no nos cuesta demasiado, porque está sentado a la mesa de la cocina, un poco sorprendido cuando Biddy le echa champiñones en su plato. Un plato que ya tiene tres salchichas, cuatro lonchas de beicon, dos huevos fritos, dos tomates y un poco del famoso pan frito de Biddy, que, la verdad, sabe delicioso.

—Esto es increíble. —Traga saliva—. Ya es bastante. ¡No! —casi grita al ver a Biddy avanzar con la otra sartén—. No quiero más beicon, gracias.

—Como te decía, Alex —papá parece estar acabando una conversación—, es una oportunidad única que un hombre de negocios como tú sabrá apreciar a la primera. —Me mira a mí mientras mastica una tostada—. Pero dejemos ese tema por ahora. ¿Un poco de salsa HP?

—¿Qué oportunidad? —pregunto.

—¡Nada! —dice papá con una sonrisa inocente—. Estaba de charla con Alex, pasando el rato.

—¿No habrás intentado venderle algo? —Lo miro fijamente—. Papá...

—Tu padre me estaba hablando de un negocio de tiendas indias —comenta Alex muy serio.

—¿Un negocio de tiendas indias? Papá, ¿de qué va esto ahora?

—¡Intento expandir la franquicia! —exclama papá a la defensiva—. Si te quedas sentado, te quedas atrás, cariño. Hay un sitio en Old Elmford; Dave Yarnett podría conseguirnos unas tiendas indias...

Niego con la cabeza, desesperada.

—¡Pensaba que te había quitado de la cabeza lo de comprarle tiendas a Dave Yarnett!

—¡Podría ser el Gran Jefe Mick! —Papá hace un saludo a lo indio nativo americano—. ¡A los niños les encantaría!

—Papá, déjalo ya. No vamos a comprar tiendas indias y no te vas a vestir de Gran Jefe indio... —Me planteo si debo pegarle un sermón sobre corrección política, pero decido que, ahora mismo, paso. No es el momento —. ¡Por muchos motivos! Y, además, tenemos que hablar con Alex. Así que si podéis... —le empiezo a decir a papá—. ¿Podríais evitar que entren los demás *glampers*? —le pido a Biddy—. Solo serán cinco minutos.

—Buenos días, Alex —saluda Demeter, y se sienta delante de él.

Se ha puesto una camisa blanca y se ha secado el pelo en mi habitación. Se la ve fantástica: calmada, centrada y a tope.

—Buenos días. —Alex no parece muy entusiasmado de tenerla delante—. Mira, Demeter, no hay prisa, podemos hacer esto luego.

—Necesito otro día —le corta Demeter—. Dame un día.

—Oh, por el amor de dios. —Alex la mira con cara amenazadora y luego me mira a mí—. Sabía que estabais tramando algo.

—Un día —la secundo—. Eso es todo. No es nada.

—No te puedo dar un día —salta—. Ya le he confirmado a Adrian que te lo había dicho.

—Pero no hemos tenido una reunión —le replica Demeter—. No me has explicado mis derechos como trabajadora. No hay nada oficial. Puedes darme otro día. Tienes que dármelo.

—Sí, tienes que dárselo —afirmo—. Si no...

Alex me mira con cara de sospecha.

—Si no, ¿qué?

—Si no, estarás siendo un capullo. ¡Lo siento, papá! —añado.

—¡Bien hecho, Katie, cariño! —Papá levanta su tostada animado—. ¡Enséñale lo que vales!

—Estamos hablando de mi carrera —dice Demeter—, y no va a acabar así. Tras todas las oportunidades que te he dado, Alex, todo el apoyo, me debes

más que esto. Y lo sabes.

Demeter suena feroz, casi despectiva.

Por un momento nadie se atreve a respirar. Por cómo mueve los ojos Alex, noto que eso le ha llegado. Lo piensa... Sigue pensando... Y, por fin, rompiendo el silencio, suspira.

—Vale. Supongamos que te doy un día más...

Se encoge de hombros como preguntando: «Entonces ¿qué?».

—Tengo más correos impresos en la oficina. Cientos de ellos, escondidos en mi armario. —Demeter pone las manos sobre la mesa, como un político—. Deja que vaya a buscarlos.

Alex niega con la cabeza.

—Demeter, no podrás poner un pie en esa oficina sin que Adrian se te eche encima. Te llevará a Recursos Humanos en dos segundos y te habrá echado antes de que puedas respirar.

—Hemos pensado en ello —digo—. Lo haré yo. Haré ver que he vuelto a recoger algo. Nadie sospechará de mí.

—Le daré la llave del armario. —Demeter saca la llave y se la muestra—. Escribiré una carta para que la dejen entrar. Pondré una fecha antigua. Igualmente, ¿quién le va a negar la entrada a Katie?

—Puede que funcione —concede Alex.

—Funcionará.

—¿Magdalenas? —Biddy se acerca a la mesa con una cesta de magdalenas —. Tengo de avena, de manzana, de arándano... ¿Alex? —Mira su plato consternada—. ¡Si no estás comiendo!

—Sí que como, sí —dice Alex a toda prisa metiéndose un montón de comida en la boca. Se echa hacia atrás mientras mastica y luego niega con la cabeza—. Otra cosa. Adrian espera que le llame esta mañana para confirmarle que he concluido el proceso. Que lo he hecho todo bien. Caso cerrado.

—Bueno, pues bloquéalo —dice Demeter con impaciencia.

—¿Cómo?

—Mantente fuera de cobertura.

—¿Todo el día?

—O envíale un correo. Ponle alguna excusa.

—¿Qué excusa?

—¡Y yo qué sé! —grita Demeter—. ¡Usa tu inventiva! ¿No es eso a lo que

nos dedicamos?

—Perdonad que os esté escuchando —interviene Biddy con una sonrisa—. Pero ¿necesitáis ayuda?

Alex y Demeter miran a Biddy como si de repente fuese la tetera la que hubiese empezado a hablar.

—Bueno —dice Demeter educadamente—. No sé cómo podrías ayudarnos, Biddy. Obviamente, si pudieras conseguir que mi jefe se olvide de mí un día entero, te lo agradecería. —Suelta una carcajada.

Alex asiente.

—Y yo.

—Fácil —contesta Biddy—. ¿Tenéis su número?

Alex mira a Demeter, confundido, y luego una sonrisa traviesa aparece en su cara al darle su móvil a Biddy.

—Es este. Aunque todavía debe de estar en casa.

—Mejor. —Biddy le guiña el ojo—. Así le pillaremos desprevenido. Ah —se dirige a Demeter—, sabe que tu apellido de casada es Wilton, ¿verdad?

—Sí.

Demeter parece intrigada.

—¡Bien!

Todos miramos a Biddy, expectantes, mientras marca el número y coge aire.

—¿Hola? —dice—. ¿Es usted Adrian? Soy Biddy, la mujer del granjero de la granja Ansters. —Noto que está acentuando más su deje de Somerset, como hice yo—. Siento comunicarle que tanto la señora Wilton como el señor Astalis se han puesto enfermos. Muy enfermos.

Oigo una especie de grito quejumbroso al otro lado de la línea, mientras Biddy sigue escuchando paciente.

—Sí, ha sido terrible —insiste—. Menuda noche hemos pasado, señor, con los dos sufriendo, pobres criaturas. Y me han pedido que se lo hiciese saber.

Se oye otra queja y Biddy nos guiña el ojo.

—Oh, no, señor —dice con calma—. Es imposible que se levanten y vengan hasta el teléfono. Aunque —añade animada— tengo un mensaje para usted. El señor Astalis me ha pedido que le comunique que, como estaba tan mal, no ha podido acabar del todo el trabajo que vino a hacer aquí. —Escucha plácidamente otro estallido de Adrian—. Eso es. No ha podido acabar del todo, pero tan pronto como pueda lo hará. Sea lo que sea —añade

inocente.

Miro a Alex. Niega con la cabeza con una expresión a la vez avergonzada y a punto de troncharse de la risa.

—Una pena —prosigue Biddy—. Y en vacaciones. Pero, bueno, es mejor que se queden en la cama, y luego llamaré al médico para que pase. ¿Les doy a ambos saludos de su parte? ¿Quiere que les dejemos flores también? ¿Un *bouquet* de Somerset para cada uno?

Sigue escuchando y luego cuelga.

—Os envía un abrazo —dice con un guiño, y le devuelve el móvil a Alex.

—Biddy, eres increíble —responde Alex levantando la mano para chocarle los cinco, y noto una punzada de orgullo. Luego se vuelve hacia Demeter y se encoge de hombros—. Bueno, ya está, ya tienes tu día.

21

Se me había olvidado el olor de Londres, su ajetreo, la multitud. Se me había olvidado la sensación de subir las escaleras del metro y salir a la calle soleada, rodeada de gente de todo tipo, y pensar: «Podría hacer cualquier cosa, ir a cualquier lugar, ser cualquiera».

La granja Ansters es como un círculo. Eso es lo que es. Y básicamente das vueltas y más vueltas a un ritmo tranquilo, sin desviarte nunca. Pero Londres es como una tela de araña. Hay millones de posibilidades, millones de direcciones, millones de destinos. Se me había olvidado esa sensación de ¿qué? De estar al borde de algo.

Y ahora mismo no podría sentirme más al borde de algo. Todo depende de mí, Katie Brenner. Cuando dirijo mis pasos a las oficinas de Cooper Clemmow, tengo un nudo en el estómago de los nervios, pero me obligo a calmarme.

Ni Demeter ni Alex están conmigo. Se han quedado en un café a dos paradas de metro de distancia porque lo último que querían era toparse con Adrian. Pero están con el móvil. Estamos todo el rato en contacto. Como si me leyese el pensamiento, Demeter me escribe:

¿Estás ahí ya? x

A lo que le respondo:

Casi. Todo bien. x

Cuando me abro paso a través de las grandes puertas de cristal, Jade, la recepcionista, me mira sorprendida.

—Oh, hola —dice—. Cat, ¿verdad? ¿No te habías...?

—¿Marchado? Sí —asiento—. Pero tengo que ir un momento arriba, si no es un problema. Me dejé cosas en la oficina que nunca recogí. Así que pensé que simplemente podía volver un momento y...

Oh, no, ya estoy empezando a hablar por los codos, de los nervios.

Jade asiente.

—Está bien.

—Tengo una carta de Demeter en que me da permiso —digo antes de pensar.

—Te he dicho que está bien —me repite Jade mirándome raro, garabatea algo en un pase de visitante y aprieta un botón para abrir el torno.

Vale. Primer obstáculo superado. Cuando me meto en el ascensor, noto un cosquilleo de aprensión, pero no hay nadie más dentro, así que llego a nuestra planta sin problemas.

Al andar por el viejo pasillo, la situación parece surrealista. Está todo como antes. El mismo suelo reluciente; la misma grieta en la pared al pasar el lavabo de caballeros; el mismo olor particular a café y a friegasuelos y a los difusores de ambientador Fresh'n Breezy. (Solían enviarnos muestras gratuitas que Sarah colocaba por todas partes. Supongo que todavía lo hacen.)

Y por fin, ahí estoy, en nuestro departamento. Está exactamente igual, con la pared de ladrillo visto, las mesas blancas y el perchero en forma de hombre desnudo, aunque hay una cafetera roja nueva en una esquina con un montón de cápsulas de Coffeewite encima. Miro hacia mi mesa, pero ya no está. Las han movido todas de sitio. No queda ni rastro de mi paso por allí.

La oficina está bastante vacía. No están ni Rosa, ni Flora, ni Mark ni Liz. Y Sarah tampoco está en su mesa. Menos mal. He calculado mi llegada a una hora prudencial, la una y cuarto, porque sé que a esa hora están todos comiendo, pero es un alivio ver que efectivamente no hay casi nadie.

Hannah está en su mesa y me mira cuando entro.

—¡Ay, hola! —Pestañea tras sus gafas—. Vaya, Cat. ¿Cómo estás?

—Bien —asiento—. Y vosotros, ¿qué tal?

—Oh, bien, todos bien. —Mira alrededor—. Me temo que casi todos están comiendo, se te han escapado.

—Ah, no te preocupes. —Dudo, pero luego añado como si nada—: En realidad solo tengo que coger unas cosas del despacho de Demeter. Me las dejé aquí y me dijo que me las había guardado.

—Oh, perfecto —asiente Hannah, tragándose la historia por completo—. Bueno, les digo hola de tu parte cuando vuelvan, ¿vale?

—Sí, por favor.

—Debe de ser raro para ti volver por aquí —añade como si se le acabase de

ocurrir.

—Sí. —Fuerzo una sonrisa—. Lo es.

Es más que raro; me estoy poniendo bastante histérica. Me sorprende mi propia reacción. Pensaba que estaría bien, pensaba que ya lo habría superado. Pero ahora, aquí de pie, es como si los últimos meses no hubiesen existido y el dolor vuelve a ser el mismo de antes.

Al observar las mesas vacías de repente caigo: es miércoles. Flora, Rosa y Sarah estarán tomando algo en su cita semanal en el Blue Bear. El club al que hubiese acabado perteneciendo si me hubiese quedado. Parece que hace una eternidad de todo eso.

—¿Has conseguido otro trabajo?

La voz de Hannah me devuelve a la realidad.

—No.

—¡Oh, vaya! ¿Todavía vives en Catford?

—No, tuve que mudarme.

—Jo, qué rollo —dice Hannah, incómoda—. Ostras, lo siento mucho. Aunque seguro que encontrarás otra cosa. ¿Has respondido a alguna oferta?

Es una pregunta tan estúpida que creo que hasta la propia Hannah se da cuenta al hacerla y se sonroja.

—Voy a por mis cosas —digo cortándola—. Me ha gustado verte.

Al caminar hacia el despacho de Demeter, me doy la vuelta y veo que Hannah ya está concentrada en su tarea de nuevo. Es obvio que no le pica nada la curiosidad sobre qué hago aquí, y a Jon, que está sentado en una esquina, tampoco. Nunca llegué a hablar con él.

Intentando parecer natural, voy hasta el armario. Esto tendría que llevarme treinta segundos como mucho. Apilo los correos impresos y los meto en una bolsa sin molestarme en revisarlos; solo los cojo y ya. Desdoblo la bolsa de la lavandería que he traído y la pongo en el suelo. Saco el llavero de Demeter y abro la puerta del armario con cuidado, lista para extraer pilas de papel.

El armario está vacío.

Por un momento no me puedo creer lo que veo. Me había hecho una idea tan clara de lo que me iba a encontrar: pilas y pilas de papelotes impresos, en un desorden típico de Demeter. Pero no esto.

Cierro la puerta del armario y la vuelvo a abrir, como si con eso fuese a romper el hechizo. Pero sigue igual de limpio y de blanco y de vacío. Luego miro por el resto del despacho de Demeter con un mal presentimiento.

Está ordenado. Muy ordenado. No hay pilas de nada, en ningún lugar. ¿Qué ha pasado?

Saco la cabeza por la puerta y le sonrío a Hannah con expresión divertida.

—Oye, qué ordenado está esto, ¿qué ha pasado aquí?

—Oh, fue Sarah —dice Hannah sin apartar la vista de la pantalla—. Ya sabes cómo es. Demeter se fue de vacaciones y ella pensó: «¡Por fin! ¡Por fin puedo ordenar su despacho!».

—Pero es que el armario también está vacío —intento decirlo sin ponerme nerviosa—. Ahí es donde se suponía que estaban mis cosas, pero no hay nada.

Cuento con que Hannah sea tan poco curiosa como para no preguntarme por qué dejé cosas en el armario de Demeter y, como pensaba, no lo hace.

—Oh. —Se encoge de hombros—. Lo siento, no tengo ni idea.

—Entonces ¿Sarah tiene llave del armario?

—Pues... supongo —dice Hannah—. Tiene que tenerla porque la vi ordenándolo ayer. Sacó montones de papeles de ahí. —Hannah por fin levanta la vista al darse cuenta de lo que pasa—. Ay, no, ¡no me digas que eran tus cosas!

Me la quedo mirando atónita. Montones de papeles. Los ha tirado. Todos los correos, todas las pruebas, todo ha desaparecido. Tengo un nudo en la garganta. No puedo respirar. ¿Y ahora qué le digo a Demeter?

—Mira, si quieres le digo a Sarah que estás aquí, a ver si puede ayudarte.

—No te preocupes —digo a toda prisa—. No molestes a Sarah por esto.

—No es molestia. O podría hablar con Demeter. —Hannah baja la voz—. De hecho, se rumorea que a Demeter le van a dar la patada.

—¿Qué dices? —consigo exclamar—. Bueno, pues echaré otra mirada en su despacho, por si acaso...

Pero al cabo de diez minutos, lo sé. Aquí no hay nada de nada. Ningún resto físico de nada. Sarah lo habrá eliminado todo, como un tornado.

No me puedo quedar aquí para siempre. Tengo que irme. Tengo que pensar... Cuando salgo y bajo las escaleras hasta la calle noto una presión muy fuerte en el pecho provocada por el pánico. Veo una señal luminosa en mi teléfono. Es un nuevo mensaje de Demeter:

¿Cómo vas? x

Se me escapa un gritito. Mis piernas se mueven como con piloto automático. Soy su única esperanza ahora mismo. No le puedo decir que el plan ha fracasado. Tengo que pensar en algo. ¿Ir a la papelera de reciclaje y buscar? Aunque siempre la vacían el martes por la noche. ¿Entrar en el ordenador de Sarah y encontrar alguna prueba allí? Pero ¿cómo voy a hacer eso delante de Hannah? Y ¿cómo voy a adivinar su contraseña?

Vamos, Katie, piensa, piensa...

De repente, lo veo claro. El Blue Bear. Sarah estará allí ahora. Puede que diga algo que la inculpe. Si consigo hablar un rato con ella, si consigo que se relaje y confíe en mí...

Un poco fuera de pista. x

No es que haya esquiado en mi vida, ¿cómo me lo iba a pagar?, pero sé que ella captará la referencia. Envía una respuesta de inmediato:

¿¿¿Qué???

No obstante, guardo el móvil y la ignoro. Ahora no puedo hablar. Tengo que concentrarme.

Al entrar en el ambiente cargado y con tufo a cerveza del Blue Bear, veo a Rosa y a Sarah de pie en la barra y me da un vuelco el estómago. Qué nervios.

—¿Cat? —Sarah me ve de inmediato—. ¡Cat! ¡Oh, dios mío!

Tras todas mis conversaciones con Demeter había empezado a imaginarme a Sarah como un demonio. Pero claro que no lo es. Es la misma chica guapa con la cola de caballo pelirroja peinada hacia atrás, los ojos azules perfilados y la gran sonrisa de dientes blancos y perfectos.

—Mira, Rosa, ¡es Cat! —dice.

Abre los brazos y Rosa hace lo mismo, y al minuto siguiente todas nos fundimos en un gran abrazo como si fuésemos viejas amigas.

—¿Cómo estás? —no para de decir Sarah—. ¡Te hemos echado de menos!

Me siento un poco abrumada ante sus muestras de afecto. Pensaba que todo el mundo se habría olvidado de mí. Pero aquí están, genuinamente interesadas en mí y en mi vida y... bueno, resulta agradable.

Aunque ahora mismo *Cat* me parece una especie de palabra extranjera.

—¿Qué haces aquí? —quiere saber Rosa, y me encojo de hombros como si nada.

—Estaba por la zona y me he acordado de que siempre veníais a tomar algo los miércoles.

—Pero tú nunca viniste, ¿no? —Sarah me mira fijamente—. Aunque te invitamos.

—¿Dónde trabajas ahora? —me pregunta Rosa, y siento una punzada de humillación.

—En realidad no estoy trabajando. Al menos, no en publicidad. Estoy... Trabajo en Somerset, en una granja.

Las caras de terror que ponen me harían reír si no me hiciesen sentir tan avergonzada. Nunca hubiese pensado que esto fuese a afectarme tanto: aquí estoy, sin trabajo, mientras que ellas siguen disfrutando de los suyos. No es una sensación demasiado agradable. De hecho, si he de ser sincera, si no fuese por Demeter ahora mismo me inventaría una excusa, me levantaría y me iría.

—Cat. —Rosa parece muy preocupada—. Eso es terrible. Tienes mucho talento.

—Talento que Demeter jamás supo ver —dice Sarah dándome un apretón en el brazo—. Perra.

—¿Qué tal está Demeter? —pregunto intentando sonar casual.

—Oh, dios, no lo sabes. —Una expresión de triunfo inunda la cara de Sarah—. ¡La han echado!

—¡No!

Me tapo la boca con la mano para ahogar un grito. De hecho, estoy bastante impresionada. Porque en realidad todavía no la han echado, al menos no oficialmente. Pero parece que el cotilleo es que ya se ha ido.

—¡Lo sé! —Sarah vuelve a mostrarme su blanca sonrisa—. ¿No es genial? Ahora todo cambiará. Rosa llevará el departamento, que es como tenía que haber sido desde el principio.

Le pasa un brazo a Rosa por los hombros y la abraza.

—Bueno. —Rosa se encoge de hombros—. Eso no lo sabemos. Lo llevaré

yo hasta que decidan qué hacer.

—¡Y decidirán que lo sigas llevando tú! —insiste Sarah—. Te tenían que haber dado el puesto en el primer momento. Habrá un ambiente completamente distinto. No más dramas.

—Y ¿por qué han echado a Demeter? —pregunto con tiento.

—Por todo. —Sarah pone los ojos en blanco—. Ya sabes cómo es. Adrian por fin se ha dado cuenta, en plan: «Ah, ya lo entiendo. Es una bruja chiflada. Se tiene que ir de aquí».

—Oye... —Rosa ha estado callada pensando—. Cat, ¿sabías que Flora se va?

—¿En serio? —pregunto sorprendida—. No, no tenía ni idea. Perdimos el contacto, digamos. ¿Dónde va?

—A viajar. Se va en un mes. Así que...

Me mira expectante.

—Así que... ¿qué?

—Así que ¿te gustaría presentarte a su puesto?

La miro sin creer lo que acabo de oír. ¿Presentarme al puesto de Flora?

—¡Oh, claro! —exclama Sarah, encantada—. ¡Es perfecto! ¡Es genial que hayas aparecido hoy por aquí, Cat!

—Tendrías un salario mejor que el que tenías antes —dice Rosa—. Puedes hacerlo, Cat. Te he visto trabajar. Y te diré algo: yo no soy como Demeter. Yo quiero ayudar a la gente a crecer. Tienes un gran futuro, ¿sabes?

Noto una especie de zumbido en la cabeza. Nada parece real. Un trabajo. Un salario mejor. Un gran futuro. Quiero decir que si Demeter no consigue ser readmitida... y si Rosa quiere que trabaje para ella... tengo que pensar en lo mejor para mí, ¿no?

Me reconcomo por dentro. Es como si tuviese un pulpo anudado en mi interior y lo estiraran en todas direcciones.

El barman ha dejado tres copas y una botella de champán en la barra, y Rosa la paga. Luego me mira.

—Venga —dice—, tómate una copa con nosotras. Siempre vamos a un reservado que hay atrás. Flora ya está allí.

—No siempre tomamos champán los miércoles —añade Sarah guiñándome el ojo—. Pero hoy es un día especial: ¡la bruja ha muerto!

Mi móvil empieza a vibrar en el bolsillo. Siento como si Demeter me estuviese dando golpecitos, y de repente mi cerebro vuelve a ponerse en su

lugar con una punzada de culpabilidad. ¿En qué estaba pensando? Aquí no hay dos opciones, solo hay una: hacer lo correcto. Miro a Sarah y a Rosa intentando aclarar mis ideas, intentando empezar una conversación.

—Tiene que haber sido horrible trabajar para Demeter —le digo a Sarah—. Nunca pensaste en, no sé, ¿vengarte de alguna forma?

Sarah se me queda mirando alarmada.

—¿A qué te refieres?

Se me revuelve el estómago al ver la expresión de su cara. ¿Lo habrá adivinado? No. Imposible. Pero necesito probarle que estoy de su parte, y rápido.

—Bueno, no os lo vais a creer —intento sonar natural y parlanchina—, pero Demeter apareció por la granja de mi familia en sus vacaciones. ¡Y me pude vengar de ella! ¡Mirad!

Me retuerzo de dolor internamente al sacar el móvil. A Demeter no le haría ninguna gracia saber que estoy enseñando esta foto de ella, espatarrada y llena de lodo en una ciénaga. Pero, por otro lado, no se me ocurre una forma mejor de ganarme la confianza de Sarah.

—¡No! —exclama Sarah al verla—. ¡Esto es impagable! ¡Tenemos que oírlo todo! ¿Me enviarás la foto?

—¡Claro! —le digo a la ligera.

No se la voy a enviar ni en un millón de años.

—¡Eres la bomba, Cat! —dice Sarah mientras Rosa coge mi móvil para echar un vistazo—. Nos podrías haber ayudado.

Me rodea con el brazo y me estrecha contra sí.

—Vamos —dice Rosa indicándome que lleve las copas—. Coge otra para ti. Flora nos espera.

Es uno de esos pubs con pequeños reservados y pasadizos y escalones por todas partes. Bajamos por un pasillo destartalado pintado de un rojo oscuro, con viejas láminas de Londres colgadas en las paredes. Al llegar al final, Rosa abre una puerta que da a una salita con las paredes forradas de madera que tiene sofás y estanterías con libros viejos.

—¡Vaya! —Flora le da la bienvenida a Rosa alzando el puño—. ¡Champán! ¡Me parece estupendo!

—¡Y mira a quién nos hemos encontrado en el bar! —dice Sarah señalándome.

—¡Cat! —grita Flora, y se levanta para darme un abrazo—. ¡Te he echado de menos! ¡Esto es genial!

—¡La bruja ha muerto! —grita de nuevo Sarah al abrir la botella de champán—. ¡Por fin!

—¡Brindemos por ello! —dice Flora acaloradamente.

—¡Y mira a lo que se ha dedicado Cat! —Sarah coge mi móvil y le enseña la foto de Demeter llena de lodo—. ¡No me habías dicho que habías contratado a agentes especiales en el campo para DA!

—Oh, dios. —Los ojos de Flora se abren como platos y de repente estalla en carcajadas—. Oh, Cat, ¡eres un genio!

—¿Da? —repito—. ¿Qué es eso?

—DA —dice Sarah, irritada—. Ya lo sabes.

—Cat no lo sabía —comenta Flora pasándome una copa de champán.

—¿No lo sabías? —Sarah parece atónita—. Pero si Flora dijo que estabas con nosotras.

—¡Pues claro que estaba con nosotras! —salta Flora en tono impaciente—. Estaba totalmente con nosotras. Solo que nunca le conté del todo lo que pasaba. —Me mira—. Y justo entonces le dieron la patada. Esa bruja malvada. ¿Has estado bien? ¡No respondiste a mis mensajes!

—En realidad no he estado tan mal, de verdad. Pero... ¿qué ha pasado? ¿Qué es eso de DA?

Miro a Sarah a los ojos y veo que ha bajado la guardia conmigo.

—Demeters Anónimos, por supuesto —dice con una risita—. Compartimos nuestras historias de terror sobre Demeter y nos ayudamos mutuamente.

—¿Qué creías que hacíamos los miércoles? —pregunta Flora antes de acabarse la copa de champán de un trago—. En serio, lo necesitábamos. Si no, nos hubiésemos vuelto locas.

—Lo peor fue cuando le hizo a Sarah cocinar aquellas hierbas chinas. —Rosa arruga la nariz—. ¿Os acordáis? Menuda peste. Creo que eso fue antes de que llegases, Cat.

—¡No! —Flora levanta una mano y la agita porque tiene la boca llena de champán, pero se lo traga y dice—: ¡Teñirle las raíces!

—¡Oh, dios! ¡Las raíces! —exclama Sarah tapándose la boca con la mano.

—¡Las raíces! —explota Rosa—. ¡Se me había olvidado lo de las raíces! Cat, ¡tú ganas! Es la peor experiencia con Demeter de la historia.

Choca su copa con la mía y sonrío tanto como puedo, aunque mi mente trabaja sin cesar. Mientras Rosa está rellenando las copas saco mi móvil como para mirar mis mensajes, le doy a GRABAR, y vuelvo a metérmelo en el bolsillo.

—Entonces ¿qué ha pasado? —pregunto inocente—. ¿En qué la ha cagado Demeter para que la echen al final?

Las tres intercambian miradas conspiradoras y triunfantes.

—Vamos —le dice Flora a Sarah—. Cuéntaselo. Sarah es un genio —me dice—. Ella ha conseguido que echen a Demeter. —Flora choca su copa con la de Sarah—. Sarah es la estrella.

—Fuimos todas —dice Sarah con modestia—. Fue un trabajo en equipo. Y nos ha llevado nuestro tiempo. ¿A que sí, Rosa?

—Demasiado —responde Rosa.

—¡Vaya! —Abro mucho los ojos—. Pero ¿cómo demonios habéis...? Quiero decir, ¿qué ha pasado? Creo que escuché algo sobre lo de Allersons...

—Sarah es muy lista —dice Flora, orgullosa—. Le envió a Demeter un montón de información falsa para que no siguiera con el proyecto. Y luego se aseguró de que la gente de Allersons nunca pudiese hablar con Demeter por teléfono; si no, se habría sabido todo. ¿Ves? Brillante.

—Les di el número equivocado —me dice Sarah con una sonrisa angelical —. Y en la oficina siempre soy yo quien responde al teléfono de Demeter, así que fue fácil.

—Pero el modo en que la liaste con los correos —añade Rosa—. Todavía no entiendo cómo lo conseguiste.

—Bueno, Demeter es tan inepta con la tecnología —explica Sarah— que es hasta patético lo fácil que resulta engañarla.

Su voz suena tan odiosa que me estremezco.

—Pero enviar «el correo» a los de Forest Food... —dice Flora—. Eso fue un golpe de genio.

—Bueno, estaba en su carpeta de borradores —comenta Sarah con una sonrisa maliciosa—. Solo lo ayudé a salir de ahí.

—¿Te acuerdas de eso, Cat? —Flora me mira—. ¿Del «correo»?

—¡Algo me suena! —Me fuerzo a sonreír—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Bueno, pues que Demeter escribió un correo furiosa, ya sabes, para

desahogarse, y lo dejó en Borradores. Así que Sarah se metió en su ordenador y le dio a ENVIAR. —Flora se troncha—. Le costó como diez segundos ¡y Demeter jamás se cuestionó si había sido ella misma quien lo había enviado o no!

—Entérate siempre de lo que hay en la carpeta de borradores de tu jefa —dice Sarah con esa sonrisa de medio lado que le recordaba.

Intento sonreír, pero recuerdo la cara que tenía Demeter en la época del «correo». Su expresión de pánico y de desesperación. Y aquí están las tres, asumiendo que Demeter no tiene sentimientos, brindando por sus desgracias con champán.

La han convertido en un monstruo. Se han olvidado de que es un ser humano, literalmente.

—¿Y también le cambiabas las citas de la agenda? —digo forzando otra sonrisa—. Porque siempre se liaba un montón con eso...

—¡Uf, todo el tiempo! —Sarah coge su móvil e imita a Demeter hasta en la mirada perdida—. Mierda. Mierda. Sé que esa reunión era el viernes... ¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Cómo ha podido pasar?

La imita tan bien que todas se parten de la risa. Pero yo noto una especie de furia en mi interior que me da miedo que surja en cualquier momento. ¿Cómo pueden ser tan crueles?

—Pero ¿y si te pillan?

—Imposible —dice Sarah, engreída—. Lo negaré todo. No hay pruebas, ni una. Borraba siempre los correos falsos de todos los dispositivos una vez que los había leído.

De repente me viene a la cabeza una imagen de Sarah quitándole a Demeter el teléfono de las manos. Lo hacía todo ella. Lo controlaba todo ella.

—Y en cuanto a lo de la agenda... —Se encoge de hombros—. Es su palabra contra la mía. Todo el mundo sabe que es un desastre. ¿Quién creería a Demeter?

—¡Podrías escribir un libro! —le dice Flora a Sarah—. *Cómo vengarte de la jefa que te hace bullying*. Lo has hecho genial y lo sabes.

—Todas lo hemos hecho genial —dice Sarah, convencida—. Rosa, tú lo bordaste con lo de la fecha de entrega de Sensiquo. La convenciste del todo. Y Flora, tú no has parado de pasarme información todo el tiempo.

—No tienes ni idea, Cat —dice Flora—. Ha sido un superesfuerzo de equipo. Ha sido épico.

—¡Ya lo veo! —De algún modo consigo sonar amable—. Así que supongo que lo que no entiendo del todo es... ¿por qué?

—¿Por qué? —Flora repite con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo que por qué? Teníamos que conseguir que la echasen. Quiero decir que era ya un tema de salud mental, ¿no? —Mira al resto para que la secunden—. ¡La de terapia que hemos tenido que hacer desde que se convirtió en nuestra jefa!

—Sí, Demeter es mala para la salud —dice Sarah—. Es una pesadilla. Es solo que sus jefes no lo veían.

—Sé que lo que hemos hecho es un poco extremo. —Rosa parece ser la única con algo de remordimientos—. Pero iba a pasar de todos modos. A ver, Demeter no sabe llevar un departamento. ¡Es tan dispersa! ¡Si no se aclara!

—Solo hemos acelerado lo inevitable —añade Sarah, animada—. Su trabajo lo tendría que haber hecho Rosa desde el principio.

—Pero ¿y Demeter? —lo pregunto en el mismo tono conversacional—. ¿Y si creyó que realmente le pasaba algo? ¿Y si creyó que se estaba volviendo loca?

Se produce un silencio. Veo que a ninguna se le había ocurrido antes.

—¡Por dios santo! —dice Flora al final—. ¡Estamos hablando de Demeter!

Como si Demeter no contase para nada, como si no tuviese derechos, ni un punto de vista propio, como si fuese una especie de ser menor. La miro y siento un escalofrío.

«No digas nada, no las provoques, solo vete...», pienso, pero ya sé que no lo voy a poder evitar.

—Antes has dicho que hacía *bullying*, pero yo nunca la vi acosando a nadie, ¿no?

—¡Claro que sí! —Rosa se ríe—. Ya lo viste, ¡era una pesadilla!

—No, no lo vi. Sé que solía ser asertiva y que tenía poco tacto, pero no recuerdo que acosara a nadie. —Cojo aire intentando mantener la calma—. Y ahí estáis, acorralándola como un grupo de linchadoras.

—¿Un grupo de linchadoras? —pregunta Sarah, que parece ofendida.

—¿No es lo que sois?

—Por dios, Cat —dice Flora mirándome—. Pensaba que estabas de acuerdo.

—¿De acuerdo con qué? ¿Con echar a alguien de un trabajo jugando con su cabeza? ¿Destruyendo su cordura? Bueno, siento sonar aburrida, pero, no, gracias.

—Mira, Cat —salta Rosa a la defensiva—, con todos los respetos, pero tú te fuiste de Cooper Clemmow, ya no estabas allí, no sabes cómo es Demeter en realidad...

—Sí lo sé —digo cortante—. Y la preferiría como jefa antes que a vosotras. —Me dirijo a la puerta con el corazón desbocado, desesperada por marcharme. Pero al abrirla, me vuelvo y veo las caras agresivas de las tres, y digo—: ¿Sabéis lo más triste de todo? Que os admiraba mucho. Quería ser una de vosotras, más que nada en el mundo. Pero ahora me doy cuenta de que... solo sois una panda de abusonas.

—¿Qué? —pregunta Flora, ofendida.

—Ya me has oído, de abusonas.

Dejo que la palabra flote en el aire unos segundos y luego cierro la puerta.

Ya hace casi una hora de eso. A Demeter y a Alex no les ha costado demasiado rato llegar a Chiswick. Ni unirse a mí en un pequeño café, oír mi grabación y darse cuenta de la verdad. Al finalizar la escucha, ninguno hemos dicho nada. Yo me he sentido justificada. Alex un poco culpable. Pero Demeter... Demeter se ha quedado impresionada.

En cierto modo tendría que haber sido una victoria dulce para ella. Tendría que haber empezado a dar saltos. Pero ¿cómo hacerlo cuando acabas de enterarte de que hay tanta gente dispuesta a jugártela?

Al final, Alex ha cogido aire y ha dicho:

—Vale, tenemos que llevarle esto a Adrian.

—Sí —ha dicho Demeter en un extraña voz monótona—. Vamos.

Yo no he dicho nada, me he limitado a levantarme de la mesa con ellos.

Y ahí es donde están ahora: en el despacho de Adrian, en las oficinas de Cooper Clemmow. Yo estoy sentada fuera, en su salita de espera privada. La asistente de Adrian, Marie, está en su mesa escribiendo. Se ha sorprendido bastante al vernos entrar a todos juntos, pero no me ha hecho ni una sola pregunta al respecto. Marie es así de discreta. No tengo ni idea de lo que está pasando ahí dentro, pero me lo puedo imaginar. Y entonces, cuando casi estoy en trance, perdida en mis pensamientos, escucho mi nombre.

—¿Cat?

—¡Es Cat!

Son ellas. Rosa, Flora y Sarah. Deben de haberme visto entrar al volver de comer y ahora vienen todas hacia mí con caras recelosas y hostiles.

—¿Qué haces aquí? —me exige Flora en tono acusatorio cuando me levanto del sofá—. ¿Estás esperando a Adrian?

—¿Vas a hablar con Adrian de lo del puesto de Flora? —Rosa niega con la cabeza—. Porque eso no está bien. No puedes saltarme así.

Le lanzo una mirada fulminante.

—No diriges el departamento, así que no tiene nada que ver contigo.

—Pero lo dirigirá —dice Sarah, leal.

—Lo dudo —le suelto, y Rosa coge aire enfadada.

—Dios, Cat —exclama Flora lanzándome una mirada de desdén—. ¿Cuál es tu problema?

—¿Que cuál es mi problema?

Y como si fuese parte del guion, la puerta de Adrian se abre. Al salir con Alex y Demeter parece muy consternado, en shock. Tiene el pelo gris despeinado y la cara arrugada, y dice:

—Esto es increíble. Es increíble.

Se calla al ver a Rosa, Sarah y Flora de pie ante él, y se le frunce aún más el ceño. Se le juntan las cejas un instante y creo que está a punto de gritar. Pero en su lugar las mira con severidad a cada una y ordena:

—Tenemos que hablar. No volváis a vuestras mesas, ninguna. Quedaos aquí. —Señala las sillas que hay en el área de recepción y luego se dirige a Marie—. Libérame el resto del día.

—Por supuesto —contesta ella de ese modo imperturbable tan suyo, y acto seguido coge el teléfono.

Rosa me mira y de repente lo entiende todo. Se le ha puesto la cara verde y casi siento pena por ella. Solo casi. Flora contempla a Demeter como si hubiese resucitado. Sarah sigue enseñando los dientes con su característica expresión desafiante, pero veo que le aparece un tic en el ojo y no para de juntar y separar las manos. No tengo ni idea de lo que debe de estar pensando ahora mismo, y ¿sabéis qué? Me da igual.

Me alejo del trío y camino hacia Demeter, que tiene los ojos llorosos y parece un poco conmocionada también tras la reunión.

—¿Estás bien? —murmuro.

—Estoy bien. O, bueno, al menos lo estaré. —Cierra los ojos un momento —. Katie, no sé qué decir. Eres increíble. Si no fuera por ti... Quiero decir...

Ven aquí. —Demeter me abraza, exaltada—. Gracias —me dice al oído—. Un millón de gracias.

Al separarnos, veo a Flora mirándonos boquiabierta. Al contrario que las otras dos, todavía no parece asustada. Creo que no es del todo consciente de la que se le viene encima.

—No lo entiendo —suelta—. ¿Sois amigas? ¿Habéis sido siempre amigas?

—Bueno, no exactamente amigas —digo justo cuando Demeter responde:

—Hemos tenido nuestras idas y venidas.

Me viene un *flashback* de Demeter gateando por la ciénaga, cubierta de lodo y de ortigas. La miro y sé que se está acordando de lo mismo.

—Creo que nuestro amor compartido por el yoga nos unió de verdad —añade Demeter con un humor socarrón—. Si es que se le puede llamar yoga.

Levanta una ceja al mirarme y no quiero echarme a reír, pero no puedo evitarlo. Cuanto más pienso en todas las cosas por las que le hice pasar —el saco, las piedras, barrer el establo—, más me río.

—Lo siento —consigo decir—. Lo siento mucho, Demeter. No me puedo creer que hiciera todo eso.

—Ni yo —contesta ella, y de repente se echa a reír también.

Al mirar de reojo a Flora veo que se ha quedado más atónita todavía.

—Demeter y yo tenemos que hablar —dice Alex acercándose a mí—. Pero luego, ambos queremos invitarte a la mayor copa que puedas consumir sin intoxicarte. ¿Quedamos aquí dentro de una hora?

—¡Genial! —asiento intentando ignorar las miradas de Flora, Rosa y Sarah —. Nos vemos entonces.

—Y de nuevo, gracias, Katie. —Demeter me coge de las manos para darles un apretón final—. Muchas muchas gracias.

—Ni ahora puedes decir su maldito nombre correctamente, ¿no? —dice Sarah, y me doy la vuelta, sorprendida. Sarah mira a Demeter temblando, pero desafiante y desdeñosa, incluso ahora—. Es Cat.

—No, no lo es, Sarah. —Le dedico la mirada más fulminante que puedo—. Es Katie.

Paso por delante de las tres con la cabeza bien alta y noto una ligereza apoderarse de mí al alejarme de su ambiente tóxico. Cuando cruzo las puertas de cristal hacia la calle, por fin reacciono. ¡Lo hemos hecho! ¡Demeter ha sido exculpada!

Casi bajo los escalones dando saltitos y sonrío de oreja a oreja. Me estoy

preguntando qué hacer durante la hora que tengo libre hasta que vayamos Demeter, Alex y yo a tomar esa copa, con ganas de que llegue ya, cuando me vibra el móvil al recibir un nuevo mensaje. Al sacar el teléfono me pregunto, y casi deseo, que sea Demeter diciéndome que vuelva a entrar en la oficina.

Pero el mensaje no es de Demeter. Es de una marca de *branding* digital que se llama Broth, cuya oferta respondí hace semanas. Me quedo sin aire cuando abro su e-mail y lo leo en diagonal:

> Querida Srta. Brenner... reciente respuesta a la oferta para el puesto de asociada júnior... impresionada por su correo... nos gustaría hablarlo en más detalle... llámenos para concertar una entrevista...

Me quedo petrificada con el móvil en la mano y la sangre bombeando muy deprisa por mis venas. Una entrevista. Una entrevista de verdad. ¡Oh, dios mío!

22

Empiezo el mes que viene. El salario es más o menos el mismo que cobraba antes y las oficinas están en Marylebone, así que estoy pensando en vivir en algún lugar del oeste esta vez. He estado mirando por Hanwell, que es bastante barato.

Las dos mujeres que me entrevistaron fueron muy amigables. Les encantó mi porfolio y convinieron en que tenía que unirme a su equipo de concursos del pub. Parece un lugar genial en el que trabajar, lo noto. Y me llamaron cuando estaba en el tren de vuelta a casa para ofrecerme el trabajo. ¡Les intereso de verdad! Tengo todo lo que siempre había querido. No sé por qué no me siento más eufórica.

Vale. Lo confieso: sé exactamente por qué no me siento más eufórica.

Primero de todo, han pasado dos semanas y no he visto a Alex desde que estuvimos juntos en Londres. Tras aquel día tan extraordinario acabé pasando la noche en su casa y fue todo tan como siempre había soñado que casi pensé que me debía de haber tomado alguna droga que altera la conciencia. Vive en un piso enorme y luminoso en Battersea, con un balcón y vistas al río (si te apoyas sobre la balaustrada para verlo) y tuvimos sexo toda la noche con todas las luces de Londres brillando como acompañamiento. Y luego, a la mañana siguiente, tomamos el desayuno perfecto con cruasanes, y luego más sexo. Y entonces me dijo que me llamaría, pero...

Vale. Basta ya.

No voy a ser esa persona. Ni voy a sumar las veces que le he escrito mensajes (cinco). O las veces que me ha contestado (una).

De todos modos, esto no tiene solo que ver con él. La verdad es que no ha sido solamente Alex quien me ha dejado sintiéndome pequeñita y decepcionada. También ha sido Demeter. Ella, al contrario que Alex, sí que ha mantenido el contacto. Hemos hablado por teléfono casi a diario, de hecho. Pero sus reacciones han sido un poco raras.

Pensé que cuando le dijese lo de mi nuevo trabajo se alegraría por mí. Pero se puso muy quisquillosa. Incluso me dijo al principio que no debía aceptarlo

porque estaba segura de que podía encontrar algo mejor. (¿Qué exactamente? ¿Está loca?) Pero luego se desdijo y pensó que sí debía aceptarlo. Después me hizo un montón de preguntas sobre mis funciones y cuánto me iban a pagar, y al final pareció que perdía del todo el interés. Y en los últimos días ya no hemos vuelto a hablar del tema.

Y todo el rato le doy vueltas en mi cabeza a la misma gran pregunta sin responder: ¿por qué no me ha ofrecido ella un trabajo? Cada vez que lo pienso me siento un poco vacía.

Podría haberlo hecho. Quiero decir que necesitan gente. Ha habido una verdadera carnicería en Cooper Clemmow desde que se destapó todo. Han echado a Sarah. Han echado a Rosa. Flora ya se iba a ir de la empresa para viajar, así que no la han echado, pero no le van a dar referencias. A ninguna de las tres se las darán, de hecho. Algo que hará que les cueste mucho, pero que mucho, conseguir un empleo.

Aunque mejor eso que el hecho de que las denuncien, que es lo que podría haber pasado. Lo que debería haber pasado. Se lo merecen, sobre todo Sarah, y se lo he dicho a Demeter miles de veces. No sé si es que estoy más enfadada yo que ella por todo lo que ha sucedido. A mí me encantaría ver a Sarah sentada ante un tribunal, llorando en su pañuelo retorcido, con el maquillaje corrido.

Sin embargo, Demeter ha decidido que prefiere no denunciarlas. A su modo de ver a veces hay que ser pragmática. No quiere que toda la historia aparezca en la prensa; no quiere testificar en el juzgado; no quiere ser conocida como la mujer a la que hundió su propio equipo. Quiere pasar página. Y Adrian está decidido a apoyarla en lo que decida. Así que caso cerrado.

Aunque lo que sí que hizo Demeter fue llevarse al resto del departamento a comer y les contó algunas cosas. Le dijo a Mark que había sido ella quien le había nominado para el premio Styledesign. Comentó que a Rosa nunca la habían seleccionado para el proyecto del alcalde. Se disculpó por ser despistada y por no tener tacto. Y luego les explicó exactamente por qué habían despedido a las otras tres. Parece ser que todo el mundo se quedó en silencio como unos tres minutos ininterrumpidos. Ojalá hubiese estado allí.

Así que el departamento vuelve a estar a pleno rendimiento, y parece ser que todo el mundo es mucho más feliz que antes. Pero hay algunas vacantes, está claro. Y no sé qué van a hacer para cubrirlas. Ni me atrevo a preguntar.

Pero, bueno, ¿qué importa? Tengo trabajo. Un trabajo fabuloso. No tiene sentido sentirme dolida con Demeter. Ni con Alex. Tengo cosas más importantes que hacer, como enseñarle a Denise a que haga mi trabajo aquí.

—Vale, vamos a intentarlo otra vez. —Me pongo en el papel de *glamper*, con los ojos muy abiertos mirándolo todo—. ¡Hola! ¡Acabamos de llegar! ¿Es esta la granja Ansters?

Estoy en la cocina haciéndole un poco de *training* a Denise, que necesita pulir un poco sus expresiones para ser más amable.

—Pues claro que es la granja Ansters —responde antipática—. Lo pone en el letrero.

—No, no digas eso. Solo di: «Sí, lo es, ¡muy bien!».

—¿Muy bien? ¿Por venir de vacaciones? —pregunta sarcástica, pero la ignoro.

—Vale, ahora sonríe. Di algo como: «¡Qué bonito perro!».

—Uf, los que traen perro son los peores —suelta Denise—. Son de un cansino...

—Bueno, pero pagan tu sueldo, así que sonríes y acaricias el perro. ¿Lo captas?

—¡Vale! —estalla—. Qué bonito perro —dice con una sonrisa perturbadora—. Tenemos muchas ganas de darle la bienvenida a vuestro maravilloso perro. De hecho, lo queremos ya, porque es un perro maravilloso. ¿Ves? Sí sé hacerlo —añade altiva—. Y ahora, ¿puedo seguir limpiando?

Sonrío para mí. Creo que al final acabará por hacerlo bien.

—¿Qué tal va?

Biddy entra en la cocina con un manojo de zanahorias que ha cogido del huerto y noto una punzada de culpabilidad. Me pasa cada vez que veo a papá o a Biddy, es decir, unas cien veces al día.

No es que se lo demuestre. Biddy nunca me dejaría sentirme culpable. Ni un solo momento. En el mismo minuto que empecé a decir que me sentía mal por abandonarlos, se enfadó bastante. «Estamos muy orgullosos de ti —me dijo sosteniéndome las manos—. Nos has dado tanto, Katie. Sin ti no tendríamos nada de esto, nada. Ya has hecho tu parte, cariño. Ahora ve y persigue tus sueños. Te lo mereces.»

Y sé que lo dice en serio. Pero esa es otra razón por la que no me siento tan eufórica como esperaba. Adoro este lugar. Quizá ahora me permito más a mí misma adorarlo. Estoy orgullosa del negocio, de papá con su traje de granjero

Mick, de las yurtas iluminadas con linternas por las noches. La granja Ansters se ha convertido en algo tan increíble que va a ser duro abandonarla.

—¿Necesitas ayuda con eso? —le pregunto a Biddy señalando las zanahorias.

Y estoy subiéndome las mangas cuando oigo una voz detrás de mí que me hace pensar que estoy alucinando.

—Hola, Katie.

¿Es... Alex?

—¡Katie! Oh, qué bien que estés aquí —me saluda otra voz.

No puede ser. ¿Demeter?

Me vuelvo y no, no estoy alucinando. Están aquí los dos, en Somerset. De pie junto a la puerta de la cocina. Demeter lleva uno de sus impecables *outfits* londinenses y veo que Alex se ha cortado el pelo. Me he quedado tan parada que casi no puedo hablar.

—¿Qué...? —Miro a uno y a otro—. ¿Qué hacéis aquí?

Alex sonríe.

—Como siempre, directa al grano. Ha sido idea de Demeter, así que échale la culpa a ella. Podríamos haberte llamado por teléfono...

—Katie se merece más que una llamada de teléfono —dice Demeter.

—Querías una excusa para venir aquí otra vez a comerte los bollitos, de Biddy. —Alex le da un golpe a Demeter en el hombro—. Admítelo. Los dos queríamos.

—Puede... —contesta Demeter, y se echa a reír.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —vuelvo a preguntar.

—Vale —dice Demeter—. Déjame que haga esto bien —anuncia, y luego mira a Alex—: y sin interrupciones. —Me mira a mí de nuevo—. Katie, le he hablado a Adrian de ti y nos gustaría mucho que vinieses a Cooper Clemmow a hacer una entrevista.

Se me abre mucho la boca. Intento pensar en algo sensato que decir, pero no me viene nada.

—«Por favor.» —Alex le da un codazo a Demeter—. No le has dicho «por favor». No tienes educación.

—Pero si ya tengo trabajo —consigo decir.

—Con Broth —asiente Alex—. No te preocupes, esos tipos me deben una. Lo podemos arreglar si es necesario. No has firmado nada todavía, ¿verdad?

—No, todavía no.

—¡Genial! —exclama Demeter, animada—. Como sabes, tenemos varias vacantes en Cooper Clemmow y esperamos que tú cubras alguna de ellas. Siempre que consigas impresionar a Adrian, claro. Algo que seguro harás. ¿Por favor? —añade dedicándome una de sus deslumbrantes sonrisas.

—¡A por ellos! —exclama papá al entrar en la cocina—. ¡Esa es mi Katie!

—¡Mick! —Alex lo saluda, encantado—. Mick, cómo te he echado de menos. ¿Qué tal van las tiendas indias?

—No muy bien. —El humor de papá se ensombrece—. Ese Dave Yarnett es un canalla mentiroso. Tiendas indias para niños, ¿sabes? ¿De qué nos iban a servir? —Niega con la cabeza, pero luego se le iluminan los ojos—. ¿Le estáis ofreciendo a Katie un trabajo?

—Es solo una entrevista —digo rápidamente.

—Si nos la prestas durante una tarde —dice Demeter mirando mi combinación de vaqueros y camiseta de propaganda—. ¿Tienes otra cosa que ponerte?

—¿Quieres decir... ahora? —Caigo en la cuenta de a lo que se refiere—. ¿Vamos ahora?

—Después de comer —dice Alex, firme—. Biddy, apúntanos a los dos para un buen atracón estilo granja de Somerset.

—Pero ¿y mi ropa? —Intento pensar en si tengo algo limpio y planchado, y de repente me llevo las manos a la cabeza—. Mi pelo...

—Nada que no se pueda arreglar con un lavado y secado rápido. Aunque... —Demeter me mira más de cerca—. Katie, ¿qué le ha pasado a tu color?

—Ah, eso. —Me muerdo el labio—. Quería librarme del azul, así que me di un baño rojizo, pero... —Casi no puedo soportar admitir la verdad—. Era un envase de tinte barato de Dave Yarnett.

—¡No! —exclama Alex, horrorizado.

—¡Ya lo sé! ¡No entiendo en qué estaba pensando! Pero es que vino y tenía las cajas en el coche y... al final no había suficiente en una caja para hacerme todo el pelo. ¿Tan mal está?

—Hombre, mal no, pero... —Demeter duda, diplomática—. A lo mejor podríamos retocar la parte de arriba. —Me lanza una sonrisa—. Yo te lo hago, si quieres.

Teñirle el pelo a alguien es algo bastante íntimo. Sirve para romper el hielo, eso seguro. Mientras Demeter me aplica el tinte, parloteamos como dos viejas amigas.

Le hablo de la noche que pasé con papá la semana pasada mirando fotos antiguas. Había fotos de mamá que nunca había visto, fotos de mi infancia que ya no recordaba. Biddy se quedó en la cocina un rato, manteniéndose ocupada con las sartenes, como si le costase unirse a nosotros, pero luego la llamé para que viese una foto de mí sobre un burro y la hice quedarse a mi lado. Nos pasamos el resto de la noche los tres contemplando fotos y escuchando las historias de papá, y me sentí como si fuésemos una familia más que nunca antes.

Luego Demeter me cuenta que James ya se ha ido a trabajar a Bruselas.

—La primera noche me sentí muy sola —dice con una mueca de dolor—. Tenemos una cama muy grande, ¿sabes? De roble francés, hecha a medida. Pero cuando solo estamos uno de los dos... Bueno —suspira—, no es más que una vieja cama vacía.

—Seguro —digo mordiéndome el labio al pensar en la cama de roble francés hecha a medida.

Estoy a punto de preguntarle si el roble es orgánico, pero me muerdo la lengua. Demeter me está abriendo su corazón y es una sensación agradable.

—Pero la noche siguiente me sentí distinta —continúa—. Apilé un montón de cojines en la cama y dejé que nuestro nuevo cachorro durmiese conmigo. Aunque en realidad se supone que no puede subir a la planta de arriba. Y estuve bien.

—¿Qué pensará James de lo del cachorro? —no puedo evitar preguntar.

—Oh, se pondrá furioso. —Me dedica una sonrisa a través del espejo—. Bueno, pues que no se hubiese ido a Bruselas.

Tiene pinta de estar más animada de lo habitual. Su ceño está menos fruncido; no se ha quedado con la mirada perdida ni una sola vez. Su vida parece manejable y agradable, aunque James esté lejos. Parece otra Demeter.

Y entonces me sorprendo pensando que quizá la Demeter que conocí yo no fuese la real. Era la versión de Demeter estresada, acosada, víctima del *bullying*. A lo mejor esta mujer alegre y confiada es la Demeter real. Esta es la persona que contrató Alex; es quien se supone que debía ser todo el tiempo.

Cuando el tinte ha hecho su magia y me lo he aclarado, montamos un set

de secado delante del espejo de mi tocador. Demeter empuña el secador y mientras me echa un montón de productos al tuntún, le cuento cosas sobre mi vida en Londres. Mi vida real en Londres. Lo del piso en Catford, lo de la hamaca, lo de las cajas de suero de Alan. Lo de salir de compras con Flora y entrar en pánico por los precios y escapar y que me confundiesen con una sintecho. Las dos acabamos tronchándonos de la risa y recuerdo que una vez hace tiempo pensé: «¿Es Demeter capaz de reír?». Pues sí, es muy capaz. Cuando hay algo de lo que reírse.

Pero luego se pone seria.

—Miré tu cuenta de Instagram —dice, y me sonrojo. Hace meses que no cuelgo nada en mi perfil personal—. Proyectabas una imagen bastante diferente en ella.

—Bueno. —Me encojo de hombros—. Ya sabes. Así es Instagram.

—Es verdad —asiente—. Siempre tan guay y a la última. Pero no te puedes creer todo lo que ves. Ni de ti, ni del resto de la gente.

Me mira y luego vuelve a apartar la vista.

Sé a lo que se refiere. Ha querido decirme: ¿por qué te tragaste lo de que mi vida era perfecta cuando sabías que tu vida perfecta era una invención? Y tiene razón en eso.

He tenido bastante tiempo para reflexionar sobre el tema. Y creo que me lo creí porque necesitaba mucho creérmelo. Quería creer que Londres estaba lleno de princesas perfectas como Demeter, viviendo sus vidas perfectas.

—En esta entrevista... —digo mirándola a través del espejo—. ¿Qué digo?

—Solo sé tú misma —me aconseja Demeter, firme—. No hay nada de qué preocuparte. Alex y yo ya sabemos que eres brillante. Solo necesitamos que Adrian lo vea con sus propios ojos, cosa que hará.

—Eso es fácil de decir para ti.

En realidad estoy bastante nerviosa.

Vale, lo admito: estoy petrificada.

—Te diré una cosa, Katie —dice Demeter jugueteando con el cable del secador—. Volví al trabajo y te echaba de menos. Me apetecía consultarte, saber tu opinión sobre cosas. Quería que estuvieses allí.

—Yo también te he echado de menos —admito.

Y es verdad. He echado de menos su voz. Su voz intransigente, molesta, pero enérgica. Nadie aborda la vida exactamente igual que Demeter.

—Vale, ahora la espuma. —Demeter empieza a coger espuma con los

dedos—. El truco con la espuma es cómo la aplicas —añade con su habitual fanfarronería.

—Demeter —digo poniendo los ojos en blanco—, ¿qué sabes tú de peluquería?

—Nada —responde sin pestañear. Me atusa el pelo un par de veces—. Genial, ¿no?

No puedo evitar reírme.

—Está perfecto, gracias. Vamos —Y es solo cuando llegamos a la puerta que pregunto lo que me lleva rondando por la cabeza pero no me había atrevido a preguntar—: Entonces ¿la entrevista es para mi antiguo trabajo?

—Todo ha cambiado —dice Demeter tras una breve pausa—. Así que no, no exactamente.

Noto que mi humor mejora de golpe, pero lo intento esconder. No me irá a ofrecer un horror de puesto no remunerado, ¿verdad? No me haría eso. Nunca lo haría.

—¿Es más o menos de la misma categoría? —logro preguntar en un tono liviano y casi indiferente.

Pero Demeter está rebuscando algo en su bolso y no parece oír la pregunta.

—Vamos —dice levantando la cabeza—. El tiempo corre. Debemos irnos.

No hablamos del trabajo durante la comida, ni cuando nos despedimos de papá y de Biddy, ni durante el trayecto hasta Londres. Alex cuenta historias increíbles de su infancia y Demeter atiende a varias llamadas de trabajo a través del altavoz y luego ambos quieren saber qué tal va el negocio del *glamping*.

A las cuatro ya estamos en el distrito W6. A las cuatro y media estoy sentada en el despacho de Adrian, intentando acordarme de la poca jerga de *branding* que sabía, hecha un manojo de nervios, mientras él y Demeter hojean mi porfolio. Adrian está muy tranquilo, como siempre, y lo mira todo con detalle, sin prisa.

—Me gusta esto —dice de vez en cuando señalando una página, Demeter asiente, y yo abro la boca y luego la vuelvo a cerrar. Agradezco el respiro.

Mi última entrevista no fue nada parecida a esta. No fue ni la mitad de intensa. Adrian ya me ha acribillado a preguntas sobre un montón de temas,

algunos muy técnicos, y me siento exhausta. No paro de repasar mis respuestas: ¿he respondido bien a la pregunta sobre el logo?, ¿tendría que haber aportado más ideas sobre la actualización de marca de Fresh'n Breezy?, ¿uso demasiado la expresión «ADN del diseño»? (¿Es eso posible?)

Y ahora hay un silencio tenso mientras los dos juzgan mi trabajo. Casi creo que me voy a poner enferma de lo nerviosa que estoy, de expectación, de esperanza...

—Bueno. —Adrian levanta la vista de golpe y doy un salto—. Demeter me ha dicho que desde que nos dejaste has empezado un negocio de la nada. —Saca el folleto de debajo de mi porfolio—. He visto esto. Es bueno —asiente —. ¿Y tienes labia?

—Katie sabe mentir como nadie —dice Demeter—. Yo estaba convencida de que habías ido a todos los mejores restaurantes de Londres. —Me guiña el ojo—. Y la he visto tomar decisiones rápidas en el momento. Es un rayo.

—Como sabes, tenemos que reconstruir el departamento —prosigue Adrian—. Todavía estamos en ello. Mientras tanto, la carga de trabajo puede ser un poco dura. ¿Estás dispuesta a hacer el esfuerzo?

—Absolutamente —intento no tartamudear—. Claro.

—¿Y sabes llevar un equipo?

Me mira fijamente, como si esta fuese la pregunta más importante de todas.

Interiormente pienso: «¿Por qué me pregunta eso?». Pero no puedo dejar que el pensamiento me distraiga. Solo respondo de la forma más profesional que puedo.

—Sí —asiento—. He llevado y he hecho formación al equipo de la granja. Y he llevado a los huéspedes. Se me da bien la gente.

—Créeme —dice Demeter, convencida—: puede conseguir que la gente haga cosas que no quiere hacer. Esta chica puede llevar un equipo.

—Bien —Adrian echa otro vistazo a mi porfolio y luego me mira, su cara arrugada muta en una sonrisa—, entonces es un sí. Bienvenida otra vez, Katie. Pensaremos unas condiciones que seguro que te gustarán.

Condiciones. Eso quiere decir... Una sensación de alivio invade todo mi cuerpo: que es remunerado. ¡Es trabajo remunerado! No me he atrevido a preguntarlo durante toda la entrevista, pero ¡me van a pagar! Gracias a dios...

—Es un sí, pero... —Demeter lo mira con cara de alerta—. ¿Es un sí, sí?

Está claro que habla en una clave que solo Adrian y ella entienden.

—Es un sí, sí —asiente Adrian—. Sin duda.

Demeter está en éxtasis.

—Buena decisión —dice. Y luego se acerca a abrazarme tan fuerte que casi me ahoga—. Bien hecho, Katie. —Su voz suena extraña, llena de emoción—. Estoy muy orgullosa de ti.

—¡Gracias! —Cuando me suelta, me rasco la nariz algo confundida—. Pero no entiendo... ¿por qué me habéis preguntado si sé llevar un equipo? Los asociados de investigación no llevan equipos.

—No —dice Demeter, y me mira con afecto—. Pero los directores creativos, sí.

Estoy en shock. Directora creativa. ¡Directora creativa!

En el despacho de Demeter, sostengo una taza de té pero no me atrevo a beber de ella por si me lo tiro encima.

Directora creativa. Yo. Katie Brenner.

—No tienes ni idea de lo que he luchado por esto —dice Demeter, que está dando vueltas por su despacho, más feliz que yo—. Sabía que tenías el potencial, pero tenía que convencer a Adrian. —Niega con la cabeza—. Los hombres son tan cerrados. Le dije: «¡Tendríamos que habernos quedado a esta chica y haber despedido al resto!». Aunque bueno, ahora ya las hemos despedido —añade como si no hubiese caído en la cuenta hasta ahora.

—No me lo puedo creer —digo—. ¿Estás segura? Quiero decir, ¿crees que puedo hacer esto?

—Claro que puedes —responde Demeter con ligereza—. Me reportarás a mí y yo te lo enseñaré todo. Eres rápida. Y tienes el instinto que hay que tener, eso es lo más importante. Eso es lo que no se puede enseñar. Irá perfecto con las dos trabajando en tándem. Sé que funcionará. Serás una segunda yo.

No puedo evitar reírme.

—Demeter, nadie puede ser una segunda tú.

—Yo te formaré para que lo seas. —Me mira con brillo en los ojos—. Así podrás empezar a ir a algunos eventos por mí. Y yo me podré quedar en casa con Coco y Hal.

—Suena bien...

Intento esconder mi excitación para no parecer desesperada. ¡Iré a eventos!

—Creo que necesito espacio en mi vida para... otras cosas —comenta Demeter—. Para mi familia. Mis hijos.

Ando hacia el tablón de Demeter, con el familiar *collage* de imágenes. Éxito en su carrera, éxito en su familia, atractivo generalizado... Y entonces veo unas fotos nuevas que me hacen quedarme parada. Son de toda la familia en la granja Ansters. Están Demeter y James en su yurta, con copas de champán y las banderolas detrás ondeando al viento. Luego está Coco sentada en una bala de paja con sus infinitas piernas bronceadas, como si fuese algo de un catálogo. Y está Hal contra una verja, sonriéndole a una vaca curiosa. Al mirar las fotos, pensaríais: «Esa familia no tiene ni una preocupación en el mundo».

Al menos, eso es lo que pensaría otra gente. Pero yo no. Ya no.

—Eh. —Una voz en la puerta hace que las dos nos volvamos. Es Alex. Me sonríe—. Llevo un montón de rato dando vueltas —se queja a Demeter—, ya podrías haber venido a darme la noticia. Bien hecho, Katie. Bienvenida de nuevo a Cooper Clemmow.

—¡Gracias! Oh, dios. —De repente se me ocurre algo—: Tengo que decirles a los de Broth que al final no puedo aceptar su oferta.

—¡Que os den, Broth! —dice Alex, enfático, haciéndome reír—. No te preocupes —añade al ver mi expresión culpable—. Solo piensa que otra persona afortunada ocupará ese puesto, así que todos ganamos.

No puedo evitar imaginarme a una persona igual de desesperada que yo, buscando trabajo, sentada en su cama con una hamaca sobre su cabeza, sintiéndose desolada... y que de repente le entra una llamada para darle la gran noticia. Alex tiene razón: todos ganamos.

—Esto... —Mira a Demeter con intención—. ¿Nos das un minuto?

—Este es mi despacho —dice Demeter poniendo los ojos en blanco—. Vale, un minuto.

Pasa por su lado y sale por la puerta. Alex la cierra y nos quedamos solos.

—Un buen día, ¿no? —dice, y me mira con los ojos haciendo chiribitas.

—¡Muy buen día!

—Te lo mereces, Katie Brenner. Más que nadie. Ven aquí.

Me abraza. Y a los diez segundos nos estamos besando y ya estoy perdida. Me he vuelto de gelatina.

No, no puedo ser de gelatina en el trabajo.

—¡Para! —Lo aparto con un grito—. ¡Me van a echar antes de empezar!

—Eres deliciosa, ¿lo sabías? —Me acaricia el pelo.

—Tú también.

Sus manos tocan las mías, juguetean con mis dedos, y no puedo parar de sonreírle. Creo que nunca me he sentido tan feliz como ahora mismo.

—Has hecho mucho por mí, Katie —dice Alex rompiendo el silencio—. ¿Lo sabes?

—¡Lo mismo digo!

—No. —Niega con la cabeza—. No lo entiendes. Me llegaste. Me hiciste pensar en cosas.

—Ah, vale. ¿Qué cosas?

—En lo que tienes en Somerset. Tu montaje. Tu moho.

—¿Mi moho? —Me río.

—Biddy. Tu padre. —Extiende los brazos—. Moho, moho, moho. Yo quiero moho. —Al mirarme veo que no está de broma. Va en serio—. Tuve la infancia más mierda para el moho. —Un espasmo recorre su cara, como si estuviese intentando deshacerse del recuerdo—. No es demasiado tarde, ¿verdad?

—No, claro que no, solo tienes que... —Hago una pausa al adentrarme en terreno peligroso—. Decidir quedarte. Comprometerte. Acercarte a la gente y estar con ellos y, bueno, convertirlos en tu moho.

Hay un silencio. Alex me mira con el ceño fruncido, como si estuviese intentando sacar de mí algo muy difícil e impenetrable.

—Tienes razón —dice de golpe—. Huyo. Siempre huyo. Bueno, pues ya no quiero huir más. Quiero estabilidad. Quiero amor —añade, y noto un escalofrío cuando dice la palabra—. ¿Sabes? Amor real y duradero. Quiero decir que de eso es de lo que se trata al final, ¿no?

—Sí, creo que sí. —Noto una oleada de júbilo en mi interior—. Creo que así serías feliz. Y también... —Dudo—. Lo sería la gente a la que amas.

Hay un silencio tenso entre los dos. Sus ojos oscuros siguen mirándome inquisitivos; nunca me había parecido tan intenso.

—Estoy de acuerdo —dice en un susurro—. Tengo una perspectiva nueva de las cosas. Me quiero comprometer. Lo he decidido. —Se golpea la mano con el puño, como si le hubiese venido la inspiración—. Me voy a Nueva York.

¿Qué?

¿Lo he oído bien?

—Iré a ver a mi padre —dice con repentina pasión—. Porque le he estado ignorando. Le he estado odiando. Y eso está mal, ¿verdad? Quiero decir que estamos en el mismo negocio. A lo mejor podríamos intentar trabajar juntos.

—¿Te vas a vivir a Nueva York?

Estoy tan decepcionada que se me quiebra la voz.

—No lo sé todavía. Todo lo que sé es que quiero tener la misma relación que tú tienes con tu padre. A lo mejor los dos somos unos capullos insoportables, pero ¿por qué no intentarlo al menos?

—Pero... —Todavía estoy luchando por digerir el golpe—. ¿Y tu trabajo?

—Oh, Cooper Clemmow me necesita otra vez en Nueva York la semana que viene —dice como si nada—. Los de American Electrics quieren que vuelva a trabajar en su actualización de marca, no en mi puesto actual —añade con firmeza—, eso olvidémoslo. Me he dado cuenta de que no sirvo para ser mánager. Pero lo que sí puedo hacer es crear. Y quiero crear una nueva vida. Una vida basada en la familia. Estable. Para siempre.

Se queda en silencio. De algún modo consigo esbozar una sonrisa, aunque noto una enorme tristeza. Pensaba...

No. Basta. No importa lo que pensaba.

—Vaya. Nueva York. O sea... Eso es... —Me callo, mi voz suena frágil—. Es una idea genial.

—Lo es, ¿verdad? —Alex asiente, convencido—. Y fuiste tú la que me la dio.

—¡Guay! —digo animada—. Me alegro mucho.

Cuanto más contenta intento mostrarme, mayor parece el nudo que tengo en la garganta y más me cuesta parpadear. Estoy en shock. No me había dado cuenta, pero sí que le he abierto mi corazón. Lo he hecho. No vi que lo estaba haciendo, pero de algún modo, ahí está, conectado con todo aquello a lo que quiero.

De repente veo a Demeter mirándonos desde la puerta. Debe de llevar allí un rato, porque por su expresión sé que lo ha escuchado. Y aunque no dice nada, oigo su voz en mi cabeza: «Alex solo ida... nunca va al mismo lugar dos veces... muchos corazones rotos... no te enamores... protégete».

Protegerme. Noto mis murallas alzándose de nuevo. Noto que se despierta en mí el instinto de protección. Porque lo que tengo que recordar es que la vida me sonríe en este momento. Y no voy a destrozarlo llorando por un hombre. No soy de las que desean cosas imposibles. Por muy bien que

pareciera que funcionásemos juntos.

—De hecho, ¿Demeter? —digo en el tono más impasible que consigo—. ¿Nos podrías dar otro minuto?

Antes de irse me lanza una última mirada de apoyo. Miro a Alex y cojo aire; tengo el corazón desbocado.

—Bueno, no sé cómo ves tú las cosas entre nosotros, pero... ya sabes —Fuerzo una gran sonrisa—. Seguro que ambos emprenderemos... caminos distintos a partir de ahora. Así que. Bueno. Sin rencor. Fue divertido, ¿no?

—Oh. —Alex parece un poco turbado—. Ya veo. De acuerdo.

—Quiero decir que Nueva York está un poco lejos. —Me río como si no me afectase lo más mínimo—. Estarás ocupado... Muy ocupado.

—Sí. Quiero decir, que había pensado... —Se calla y niega con la cabeza, como apartando un pensamiento incómodo—. Pero, vale. Bueno. Lo entiendo.

—Bueno. —Me aclaro la garganta—. Pues ya está. Solucionado.

Hay un silencio incómodo entre los dos. Respiro varias veces con la mirada perdida, intentando mantenerme fría. Me siento casi con ganas de chocarme los cinco a mí misma por ser capaz de solucionarme la vida con tanta eficiencia, pero a la vez también tengo ganas de llorar.

—No me voy de aquí hasta dentro de una semana o dos —dice Alex al final con cautela—. Te iba a decir si querías... venir a mi casa esta noche.

—Ah.

Trago saliva intentando mantener una apariencia desafectada y no dejarle ver lo mucho que lo necesito.

No es solo por el sexo y porque me hace reír y por sus ideas repentinas, aleatorias y siempre divertidas. Es por lo que hemos compartido, por la confianza, por las capas de él que he ido pelando. Que es como, supongo, le he ido dejando entrar en mi corazón. Y en realidad debería decirle: «No, dejémoslo aquí». Pero no soy tan fuerte.

—Vale, de acuerdo —digo por fin—. Puede que sea divertido. Solo diversión —añado para que quede claro—. Diversión.

—Claro, solo diversión. —Alex parece querer decir algo más, pero le suena el móvil. Al sacarlo del bolsillo mira la pantalla y dice—: Perdona, ¿te importa si...?

—¡No, claro, adelante!

La interrupción es justo lo que necesitaba para poner mis pensamientos en

orden y restablecerme. Me dirijo a la ventana, con la barbilla bien alta, y me sermoneo internamente.

Vale. Esto es lo que está pasando. Es divertido. Es un interludio. Y lo voy a disfrutar simplemente como lo que es. Repito: la vida me sonríe en este momento. Y cuando Alex vuelva a desaparecer, no me afectará. Porque lo que pasa con la gente a la que le abres el corazón es que se lo puedes volver a cerrar cuando haga falta y ya está. Fácil.

23

Lo he llamado <@unavidanotanperfecta> y ¡ya tengo 267 seguidores! Cuelgo imágenes sin filtros, sin postureo, muy poco típicas de Instagram, con pies de foto, y se ha convertido en uno de mis hobbies más divertidos.

Una foto de la multitud malhumorada en el andén: «Un viaje al trabajo no tan perfecto». Una foto de una ampolla asquerosa en la planta del pie: «Unos zapatos nuevos no tan perfectos». Una foto de mi pelo, empapado: «Un tiempo londinense no tan perfecto».

Lo más sorprendente es que la gente ha empezado a interactuar. Mark, del trabajo, colgó una imagen suya comiéndose un dónut con el pie de foto: «Una dieta *detox* no tan perfecta». Biddy colgó otra de un pantalón rasgado con un alambre de púas y puso: «Una existencia rural no tan perfecta», algo que me hizo reír mucho.

Incluso la novia de Steve, Kayla, ha colgado una foto de la factura por el depósito de una carpa (¡3.500 libras!) y la ha llamado: «Una boda no tan perfecta». Espero que Steve lo sepa y encuentre la parte divertida del asunto.

Fi ha inundado mi perfil con fotos suyas de Nueva York y eso ha ayudado a cambiar la idea que me había hecho de su vida allí. Para empezar, no me había dado cuenta de lo pequeño que es su piso. Ha colgado muchas fotos de su ducha, que debo admitir que es muy poco atractiva, todas con el pie: «Un alquiler en Nueva York no tan perfecto». También colgó una foto del mensaje de un tipo plantándola justo cuando llegaba a la cita que tenían (lo vio en el bar hablando con otra chica): «Una cita neoyorquina no tan perfecta». Recibió como treinta comentarios con historias parecidas.

Cuando Fi había colgado ya unas seis publicaciones, la llamé por teléfono y hablamos un rato. Bueno, ¡toda la tarde! No me había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos su voz. Las palabras en pantalla no son lo mismo.

Y tampoco me dijo en ningún momento: «¿Sabes qué? Que mi vida fabulosa era una invención, no tengo amigos estrafalarios ni bebo margaritas rosas en los Hamptons». Porque sí que tiene amigos así y sí que ha bebido

margaritas rosas en los Hamptons. Al menos una vez. Pero hay más cosas en su vida. Cosas que hacen de contrapeso a todo lo alegre y radiante. Como nos pasa a todos. Hay una cara alegre y radiante, y luego está la dura realidad.

Y creo que por fin he aprendido a sentirme bien respecto a la vida. Cada vez que veáis la cara alegre y radiante de alguien, recordad esto: también tiene su dura realidad. Claro que la tiene. Y cada vez que os enfrentéis a vuestras duras realidades y os desesperéis y penséis: «¿Mi vida es esto?», recordad: no, no lo es. Todo el mundo tiene una cara alegre y radiante, aunque a veces cueste encontrarla.

—¿Katie?

Levanto la cabeza y sonrío. Ahí está mi cara alegre y radiante, frente a mí. O al menos, dos grandes porciones de ella. Papá y Biddy han entrado en la cocina ataviados con sus prendas de turistas en Londres. Los dos llevan vaqueros tiesos (Dave Yarnett) y nuevas zapatillas de deporte blancas (Dave Yarnett). Papá lleva una camiseta en la que se lee I LOVE LONDON que compró ayer en la torre de Londres, mientras que Biddy viste una sudadera con el Big Ben. Papá tiene el mapa del metro y Biddy, una botella de agua. Se van a los Kew Gardens, creo que les van a encantar.

Me prometieron que vendrían cuando hubiese tenido tiempo de instalarme y pensé que se referían a otoño, al acabar la temporada alta. Pero solo llevo seis semanas en mi nuevo puesto y aquí están. Han dejado a Steve y a Denise a cargo de los *glampers* durante un par de días. Eso tiene que haber requerido de un montón de formación, así que se lo agradezco mucho.

La única pega es que no he podido tomarme tiempo libre, pero insisten en que no les importa. Así pueden disfrutar de Londres, como no paran de decir. Papá me ha comentado unas cinco veces que Londres le está pareciendo absolutamente agradable en esta visita y que cree que antes nunca lo había mirado de la forma adecuada.

Les sonrío y les pregunto:

—¿Listos?

Biddy asiente.

—¡Listos! Madre mía, sí que te levantas pronto, cariño.

Luego se calla, se sonroja y mira a papá.

Creo que Biddy y papá deben de haber hecho un pacto: no vamos a decir nada ni remotamente negativo. Noto que creen que mi nueva habitación es demasiado pequeña (porque no vieron la anterior) y que mi trayecto hasta el

trabajo es un poco largo (a mí me parece un suspiro). Pero lo único que han hecho desde que llegaron es agasajarme con comentarios positivos sobre Londres, los londinenses, el trabajo de oficina y básicamente todo lo que hay en mi vida.

—Qué práctica es esta ventana —comenta papá mirando la insulsa y diminuta ventana de mi cocina—. Hace que la cocina sea muy luminosa.

—¡Sí, muy bonita! —le secunda Biddy, animada—. Y he visto que hay un restaurante japonés al final de la calle. ¡Muy exótico! ¡Muy glamuroso! ¿A que sí, Mick? Eso es lo que tienen en Londres. Muchos restaurantes.

Quiero darle a Biddy un superabrazo. Mi pequeña callejuela de Hanwell no es exótica. Ni glamurosa. Pero el precio es correcto y tardo menos de la mitad que antes en llegar al trabajo, y encima tengo sitio para un sofá cama. Esos son los mayores atractivos de mi piso, además de no tener que compartirlo con compañeros chiflados. Pero si Biddy quiere llamarlo exótico y glamuroso, yo también lo haré.

La verdad es que Biddy y papá nunca verán ni sentirán ni entenderán ese no sé qué londinense que me da energía cada día. Es algo intangible. No se trata de ser fabulosa y no se trata de vivir de acuerdo con una imagen; se trata de quién soy. Adoro la granja Ansters y siempre lo haré y, ¿quién sabe?, a lo mejor un día acabaré volviendo. Pero hay algo en la vida que llevo ahora que me hace sentir muy viva. La gente, los horizontes, las conexiones... Como, por ejemplo, tengo una reunión esta tarde con gente de Disney. ¡De Disney!

Vale, lo confieso: no es exactamente que yo tenga una reunión. La tienen Adrian y Demeter, pero me han dicho que podía asistir. Así que de todos modos conoceré a gente de Disney, ¿no? Y aprenderé cosas, ¿verdad?

Me miro al espejo y me pongo un poco más de espuma en los rizos. Esta vez me estoy tomando Londres de otra forma. Con más confianza en mí. No intento ser la chica con el pelo liso y extraño y difícil de manejar. Estoy siendo yo misma.

—Vamos, pues.

Cojo mi bolso y guío a papá y a Biddy fuera del piso, a través del pasillo comunitario, hasta la puerta principal y... los escalones.

¡Sí! ¡Tengo escalones!

No son tan espectaculares como los de Demeter. Y tiene razón: son un rollo para subir la compra. Pero son de piedra gris y casi elegantes, y cada vez que abro la puerta de entrada por las mañanas me dan un subidón de

alegría.

—Bonita... ¡parada de bus! —dice papá gesticulando hacia delante—. Muy práctica, cariño.

Me mira para comprobar si le estoy escuchando y noto una punzada de amor hacia él. Ya lo ha alabado todo en esta calle, de las casas a los árboles y al banco que hay al lado del kiosco. ¿Ahora se va a poner también a adular las paradas de bus?

—Es práctico, sí. Llego antes al trabajo.

(Mejor no mencionemos la contaminación ni los niños pesados que van al colegio en él.)

Cuando llega el bus está bastante lleno, y para cuando estamos dentro me he quedado un poco separada de papá y de Biddy. Les hago un gesto para que no se preocupen y aprovecho la oportunidad para leer un mensaje que acabo de recibir.

Hola, Katie, ¿qué tal todo? JEFF

Parpadeo un momento. Jeff es un tipo con el que he quedado, no sé, un par de veces. Nos conocimos en una convención. Y es... educado. Mono. Un poco soso.

Bueno, no. Un poco soso, no. Me obligo a que mis pensamientos vayan por otros derroteros más positivos y animados. Genial. Me ha escrito Jeff. Solo hemos quedado un par de veces, así que es muy amable por su parte. Es muy amable, sí. Mucho. Muy considerado. En realidad es un tipo bastante considerado. Es una muy buena cualidad suya lo de ser considerado, sí.

Este es el nuevo principio por el que me rijo. Debo encontrar un hombre con cualidades. No un hombre que me excite, sino uno que me valore. No un hombre que me lleve a la luna pero luego desaparezca para irse a Nueva York, sino uno que me lleve a... no sé, a Bracknell por ejemplo. (Jeff es de Bracknell y no para de decirme lo guay que es.)

Vale, sí. Es obvio que la luna sería mejor que Bracknell. Pero a lo mejor Jeff es capaz de llevarme a la luna. Solo tengo que conocerlo un poco mejor. Le respondo:

Hola, Jeff, ¿qué tal tú?

Al escribir me viene un *flashback* que no debería venirme a la cabeza. Es de cuando me mudé aquí y Alex se acababa de ir a Nueva York y yo le escribí desde una reunión de la escalera muy aburrida que se celebraba en el piso de mi vecino de arriba y le dije:

¡Socorro! ¡Estoy rodeada de gente galleta!

Me empezó a enviar fotos de todo tipo de galletas. Luego les ponía caras con Photoshop. Y me entró la risa y noté aquel calorcito, aquella sensación que me viene de solo entendernos el uno al otro.

Pero esa sensación no es más que un espejismo, me digo a mí misma, un espejismo. Centrémonos en lo práctico: Alex está en Nueva York, en su viaje solo de ida por el mundo. No he vuelto a saber nada de él. Mientras que Jeff está aquí, en Bracknell, y se interesa por mi vida.

Para ser justa con Alex debo decir que no fue él quien zanjó la comunicación. Fui yo. Más instinto de supervivencia. En serio, tendría que haberlo cortado todo aquel día en el despacho de Demeter, cuando me soltó lo de Nueva York por primera vez. Pero fui débil. No me pude resistir a pasar otra noche en su piso, y luego otra... y otra...

Así que pasamos unos pocos días de oro, maravillosos, el uno con el otro, viviendo el momento presente. No me atrevía a proyectarme hacia el futuro. No me atrevía a pensar demasiado en las cosas. Nos lo tomamos todo como diversión. Los dos usamos esa palabra un montón, hasta que empezó a sonar vacía. Donde otra gente hubiese utilizado *amor* o *conexión* o *relación*, nosotros usábamos con cabezonería la palabra *diversión*. «Me he divertido tanto.» «Eres tan divertido.» «Esta noche ha sido, uf, ¡pura diversión!»

Un par de veces lo pillé mirándome raro, como si notase que no lo decía en serio. Me cogía la mano y se la llevaba a los labios. Otro par de veces no puede evitar susurrarle cosas dulces al oído, algo que sonaba más a amor que a diversión.

Pero la palabra *amor*, incluso pronunciada para mis adentros, hacía saltar todas mis alarmas. «No, no, no, no, ¡no caigas! Protégete. Se va a ir. Te va a dejar.»

Y lo iba a hacer. Y lo hizo.

—Oye, Katie, ¿de verdad que no te importa que me vaya? —me preguntó

una vez Alex cuando estábamos estirados juntos como si acabase de darse cuenta—. Quiero decir que esto ha sido... divertido. Es divertido. Pero...

—¿Importarme?

Y yo me reí fingiendo que me había hecho gracia el comentario, sin mostrar ningún interés. Podría haber ganado el Oscar por ello.

Pues aquí, corriendo un poco.

El mensaje de Jeff me saca de mis pensamientos. Esta es la realidad, me recuerdo. Jeff es la realidad. Alex se ha ido. Es un recuerdo. Un mito.

Intento pensar una respuesta ocurrente a lo de «corriendo un poco», pero la propia frase parece haber aburrido hasta a mis dedos. «Corriendo un poco.» Dios. Despacio, empiezo a teclear:

Suena...

No tengo ni la más remota idea sobre qué decir a continuación. ¿Suena qué? ¿Suena genial? ¿Suena como mi idea del infierno?

Y ahora, pese a mis esfuerzos, me viene otro recuerdo doloroso de un momento mágico con Alex. De una noche que bebimos martinis y Alex de repente dijo, un poco borracho:

—Te admiro, Katie Brenner. Te admiro mucho.

—¿Admirarme? —Se me desencajó la mandíbula. Nadie me había admirado antes—. ¿Por qué demonios...?

—Eres fuerte. Y eres... —Pareció buscar la palabra exacta—. Eres justa. Luchaste por Demeter porque creíste que era lo correcto. No tenías por qué hacerlo, de hecho, tenías muchos motivos para no hacerlo, pero... lo hiciste.

—En realidad fui un poco mercenaria —respondo encogiéndome de hombros—. ¿Nunca te lo he contado? Me llevé cincuenta mil al año como resultado.

Y Alex se echó a reír y a reír hasta que le empezó a salir martini por la nariz. Siempre conseguía hacerle reír. No sé ni cómo.

Recuerdo que entonces nos quedamos en silencio y lo miré mientras sonaba jazz de fondo y las luces tenues jugueteaban sobre su cara. Y aunque tenía muy claro que se iba a marchar, en ese instante me pareció imposible

que no fuese a quedarse siempre a mi lado. Entreteniéndome con sus comentarios alocados y sus planes impulsivos y su sonrisa contagiosa. Simplemente no podía contemplar la idea de que se fuese.

La cabeza contra la cabeza, supongo.

Por suerte hemos llegado a la parada del autobús en la que debemos cambiar, así me distraigo un poco de mis pensamientos. Muevo la cabeza para librarme de las antiguas promesas y las esperanzas y cualquier otra basura que quede por ahí. Me guardo el móvil y ayudo a papá y a Biddy en mi habitual ábrete-paso-por-entre-los-niños-que-van-al-colegio. (Puedo verlo desde su punto de vista: Londres es estresante. Aunque debo decir que ambos están mejorando mucho en lo de manejar la tarjeta Oyster.)

El segundo bus se dirige rápidamente (todo lo rápido que puede ir un bus en Londres) hacia Chiswick, entra el sol veraniego por las ventanas y Biddy hasta consigue sentarse. Podría ser peor. En Turnham Green meto a papá y a Biddy en el metro hasta Kew, les digo que tengo muchas ganas de que me cuenten luego qué tal les ha ido, y camino alegremente el resto del trayecto hasta Cooper Clemmow.

—Buenos días, Katie —me saluda Jade desde la recepción cuando entro.

Ese es otro cambio que he hecho. Ahora soy Katie, y no sé por qué se me ocurrió nunca querer ser otra cosa.

—Buenos días, Jade. —Le sonrío—. ¿Ha llegado Demeter?

—Todavía no —dice.

Y estoy a punto de salir hacia los ascensores cuando se aclara la garganta y me señala a una chica sentada en la recepción. Me vuelvo y parpadeo varias veces al verla, me viene una oleada de recuerdos. Soy yo. Vale, no soy yo. Pero es como si me viese a mí.

Sentada, jugueteando con el asa de su bolso, está nuestra nueva asociada de investigación, Carly. Lleva un pantalón negro barato y el pelo sujeto con una pinza de plástico, y su expresión es ansiosa. Al verme se levanta de un salto y casi tira su vaso de agua.

—Hola —dice sin aliento—. Hola, era Katie, ¿no? Nos conocimos en mi entrevista. Quería llegar pronto el primer día... Hola.

Parece tan nerviosa que quiero abrazarla. Pero seguro que eso la asustaría.

—Hola. —Le estrecho la mano afectuosamente—. Bienvenida a Cooper Clemmow. Te va a encantar trabajar aquí. Demeter no ha llegado todavía, pero te ayudaré a instalarte. ¿Qué tal el trayecto hasta aquí? —añado cuando

nos dirigimos al ascensor—. ¿Un drama?

—No tanto —dice Carly, convencida—. Estoy en Wembley, así que no está tan mal.

—Sé cómo es. —La miro—. De verdad.

Asiente.

—Ya, lo sé. He visto tu perfil de Instagram. «Un trayecto no tan perfecto» —se ríe, nerviosa—, y todas las otras fotos. Son geniales. Son realmente... reales.

—Bueno, sí. —Sonrío—. Esa es la idea.

Al entrar en el departamento veo a Carly mirando con cara de sorpresa la pared de ladrillo visto, el perchero del hombre desnudo y las enormes flores de plástico increíbles que nos han enviado de Sensiquo.

—Qué guay —exclama.

—Lo sé. —No puedo evitar que me llegue su entusiasmo—. Está muy bien, ¿verdad?

La semana pasada vinieron unos chicos del centro comunitario de Catford; organizamos un día de visita para complementar nuestra obra benéfica. Y se quedaron bastante impresionados al ver las oficinas. Incluso Sadiqua, aunque intentó hacer ver que no y no paró de preguntarle a todo el mundo: «¿Podríais enchufarme en algún *reality*? Quiero ser presentadora».

Esa chica va a llegar lejos. No sé en qué dirección exactamente, pero lejos.

—Y bueno —añado al llegar a la mesa de Carly—, ¿de dónde dijiste que eras?

—De las Midlands —dice un poco a la defensiva—. Un sitio cerca de Corby, no habrás oído hablar de él. —Mira el vestido estampado de diseño que me compré con el primer salario—. ¿Tú eres londinense? No suenas como si fueses de Londres... ¿Eres —arruga la frente— del sudoeste?

Esta vez no he intentado perder mi acento. Estoy orgullosa de él. Mi acento es parte de mí, como papá y mamá. Y la granja. Y la leche fresca de vaca que ha hecho mi pelo tan fuerte y tan rizado. (Al menos eso es lo que siempre solía decir papá para que me la bebiese, aunque seguro que se lo inventaba.)

Soy lo que soy. Lo que me entristece es haber tardado tanto en darme cuenta.

—Soy una chica de Somerset de los pies a la cabeza. —Le sonrío—. Pero ahora vivo en Londres, así que... supongo que soy las dos cosas.

Demeter tiene reuniones fuera toda la mañana, así que le echo un ojo a Carly. Parece que está bien, pero sé lo que se siente al ser la nueva, intentando poner cara de que todo va perfectamente. Por eso a la hora de comer me acerco a su mesa.

—Vente a tomar algo —le digo—. Vamos al Blue Bear. Así los conocerás a todos.

Leo sus emociones como si fuesen un libro abierto. Primero ilusión, luego duda. Mira el bocadillo hecho en casa que lleva en el bolso y sé lo que piensa: le preocupa el dinero.

—Paga la empresa —añado de inmediato—. Todo. Es algo que hacemos.

Ya lo solucionaré después con Demeter y Liz. Ahora que el eje del mal ha desaparecido me llevo bastante bien con Liz.

De camino al pub escribo a Demeter y le cuento nuestros planes. Dice que está de camino y luego me envía una imagen de una tipografía *vintage* que ha visto. «¿Qué te parece?» Le escribo una respuesta entusiasta y seguimos chateando un rato más.

Demeter y yo nos comunicamos mucho por mensaje. De hecho, nos comunicamos mucho, punto. Muchas tardes somos las últimas en irnos, y nos quedamos haciéndonos infusiones y charlando de una u otra cosa. Una vez incluso pedimos comida china para llevar, como en mi antigua fantasía. Ideamos cosas. Encontramos soluciones. (Para ser sincera, debo decir que la mayoría de las veces es Demeter la que encuentra la solución y yo solo la escucho toda oídos y digo: «Oh, dios, vale, lo pillo».)

Siempre intenté aprender de Demeter, pero antes solo me llegaban retazos de su trabajo. Ahora estoy expuesta totalmente a su proceso creativo y es increíble. No, es genial. No me malinterpretéis: sigue teniendo sus defectos. Es despistada e impredecible y la mujer más desorganizada del planeta. Pero, madre mía, lo que se llega a aprender de ella.

Otras veces me meto en su despacho y nos relajamos un poco y hablamos de nuestras familias. Le cuento las novedades de la granja Ansters y oigo lo último de los Wilton. El trabajo de James en Bruselas va bien y parece que son más felices incluso. Demeter dice que verlo solo una vez a la semana tiene sus ventajas. (No me ha dicho cuáles, pero me lo imagino.)

Coco tiene novio y Hal quiere practicar lucha libre, a lo que Demeter se opone. («¿Lucha libre? En serio, Katie, ¿lucha libre? ¿Qué hay de malo en el esgrima?»)

Incluso fui a cenar con su familia una noche entre semana, a su supercasa de Shepherd's Bush. Fue muy agradable. Coco y Hal se portaron genial y hasta hicieron un pudin de limón para la ocasión. Nos sentamos a una mesa de roble con velas de Dyptique por todas partes y cubertería francesa. Hasta el lavabo parecía sacado de una revista, con su papel de pared pintado a mano y el lavamanos *vintage*. Y me hubiese vuelto a creer lo de que la vida de Demeter es perfecta si no fuese porque Coco se puso a gritar desde la cocina y todos nos dirigimos allí corriendo y vimos que el cachorro había vomitado por todas partes.

(Coco quiso ganar el premio «Una vida no tan perfecta» con una foto que colgó en mi Instagram de todo el lío. Vaya, muy bien.)

Al llegar al Blue Bear veo a Demeter viniendo desde el otro lado con su nueva chaqueta de cuero y un aspecto impresionante mientras escribe algo en su móvil.

—Hola, Demeter —la saludo—. ¿Te acuerdas de Carly, nuestra nueva asociada de investigación?

—¡Hola, Carly! ¡Bienvenida!

Demeter le estrecha la mano a Carly, le dedica una de sus sonrisas un poco intimidatorias y veo a Carly tragar saliva. Demeter puede intimidar mucho si no la conoces. (Aunque no tanto si la has visto revolcándose en el lodo o vestida con un saco.)

En el Blue Bear pedimos tres botellas de vino y repartimos copas congregados alrededor de dos mesas altas. Y me estoy preguntando si Demeter debería hacer un discurso dando la bienvenida a Carly o no, por si a la pobre le da corte ser el centro de atención, cuando se abre la puerta que da a la calle, todo el mundo se calla y alguien dice: «¿Alex?».

¿Alex?

¡Alex!

Noto un nudo en la garganta y me vuelvo muy despacio.

Es él. Es Alex. Lleva una americana de lino bastante arrugada y va despeinado y sin afeitar. Me mira a mí directamente y noto que se me remueve algo dentro.

—Ya sé que dijiste que solo era diversión —me suelta sin más preámbulos —. Lo sé, pero...

Niega con la cabeza como intentando poner orden a sus pensamientos. Luego me vuelve a mirar con los ojos oscuros, francos, sin ningún destello, y

cuando se encuentran con los míos todo se para. Siento que he adivinado al instante todo lo que quiere decirme con solo una mirada. Pero no me lo puedo creer, no puedo permitirme a mí misma creerlo.

Mientras nos quedamos mirándonos sin decirnos nada, Alex se tambalea un poco y se agarra a un taburete para sostenerse.

—¿Estás bien?

Doy un paso al frente, alarmada.

—Hace varios días que no duermo —dice—. He estado pensando. Tampoco he dormido en el vuelo. Katie, me equivoqué. Me equivoqué tanto. En todo. —Se frota la frente y espero en silencio. Parece devastado, desesperado—. Estoy cansado de zigzaguear y de esquivar —dice de repente —. De dar vueltas. De dar vueltas constantemente. De no parar nunca, de no tener nada sólido...

—Pensaba que tu padre te iba a ofrecer solidez —comento con cautela—. Pensaba que tu padre era tu moho.

—El moho equivocado —dice, y me mira a los ojos como si no quisiera volver a apartar su mirada de mí nunca más—. El moho equivocado. —De repente parece darse cuenta de que tenemos a todo Cooper Clemmow mirándonos—. ¿Podemos ir a un rincón más tranquilo?

No hay ningún rincón más tranquilo, pero al menos nos apartamos un poco del resto de la gente. Me late el corazón con fuerza. Casi me mareo. ¿Qué estamos haciendo? ¿Qué es esto? Ha volado hasta aquí... ¿por mí?

—¿Las cosas no fueron bien con tu padre? —pregunto con cuidado.

—Que los follen a él y a todas las que se lo follan —dice Alex con un gesto de desdén—. Pero eso es otra historia.

Me dedica una sonrisa, pero noto su dolor. Me pregunto qué habrá pasado estas semanas en Nueva York. Y también siento una repentina oleada de furia hacia su padre. Si se ha atrevido a herirle, aunque sea un poco...

—Katie, por fin me he dado cuenta. No quiero lo que tenéis tú y tu padre. Quiero... —Alex se calla y me mira fijamente a los ojos—. Te quiero a ti.

Al instante noto que me quedo sin aire. Pensaba que tenía el control de la situación, pero ahora mismo no me siento nada bajo control. Me siento como si me fuese a disolver.

—Todo en lo que he pensado ha sido en ti —prosigue—. Todo el tiempo. En ti. Nadie es tan divertida como tú. Ni tan lista como tú. Eres muy lista, ¿sabes? Además de tener unas piernas increíblemente fuertes —añade

mirándome las piernas—. Quiero decir, son sobrehumanas.

Abro la boca y la cierro. No sé qué decir.

—Alex...

—No, espera. —Levanta la mano—. No he terminado. Eso es lo que quiero, fui un idiota al marcharme, tendría que haberme dado cuenta —se interrumpe—. Pero, bueno, no sé si te puedo tener. Y por eso estoy aquí. Para preguntártelo. Si dices que no, entonces me iré, pero es por eso por lo que estoy aquí. Para preguntártelo. Me estoy repitiendo, ¿no? —añade con repentina lucidez—. Estoy nervioso. Este no es mi estilo. No es mi estilo para nada. Esto de volver.

—Lo sé —consigo decir con un hilo de voz—. Es... es lo que he oído.

—Y sí, estoy nervioso, y sí, me siento algo avergonzado ahora mismo, pero ¿sabes qué? Que no me avergüenzo de mi vergüenza.

Nos quedamos en silencio, y el resto del bar también. Está claro que todo el mundo se ha callado para escucharnos. Miro hacia mis compañeros y veo a Demeter con la mirada fija en nosotros. Se ha tapado la boca con la mano, incrédula, y le brillan los ojos.

—No me avergüenzo de mi vergüenza —repite Alex, que parece no darse cuenta de que tenemos público—. Aquí estoy, Alex Astalis, enamorado de ti. Y tampoco me avergüenzo de eso.

Estoy petrificada. ¿Acaba de decir que está enamorado de mí?

—Pero está claro que hay muchas muchas razones por las que puede que esto no sea una buena idea —continúa antes de dejarme decir nada—, y he escrito la mayoría de ellas en una lista, en el avión, para torturarme. —Saca una bolsa de papel de una línea aérea garabateada por todas partes—. Y a lo que siempre vuelvo es a que tú solo querías divertirte. Me lo dijiste. Era lo que querías. Y que yo haya aparecido así de la nada no es divertido, ¿no? —Da un paso hacia mí con una expresión tan agónica, tan expectante, tan típica de Alex, que tengo que luchar para no echarme a su brazos—. ¿Lo es? —repite—. ¿Es divertido? ¿Esto?

—No —empiezo a llorar al hablar—. No es divertido. Somos... nosotros. Es lo que somos. Y es lo que siempre quise yo también. No diversión. Nosotros.

—Nosotros. —Alex da otro un paso hacia mí—. Suena bien. —Su voz es ronca, entrecortada—. Suena... a lo que quiero.

—Y yo.

Ya no puedo hablar. No puedo casi respirar y me pica la nariz. Nunca conseguí cerrarle mi corazón. ¿Cómo podría alguien cerrarle su corazón a Alex?

Y me repito a mí misma, nerviosa: «Estamos en un lugar público, compórtate con dignidad...». Pero su cara está a un metro... a unos centímetros... y noto su fragancia y luego me rodea con sus fuertes brazos y... oh, dios, estoy perdida.

Estoy casi segura de que besar a tu jefe en público va contra el protocolo. Aunque... ¿sigue siendo mi jefe?

Finalmente nos separamos y todo el mundo nos está mirando descaradamente. ¿Es que no tienen vida o qué? Cuando el barullo se reanuda, miro a Demeter, quien entrelaza las manos con fuerza, nos lanza un beso a los dos y luego se seca los ojos con un pañuelo, como si fuese mi hada madrina.

—Katie Brenner. —Alex me coge la cara entre las manos como para comerme—. Katie Brenner. ¿Por qué me fui a Nueva York cuando te tenía aquí?

—No me puedo creer que me dejaras —digo escondiendo la cara en su chaqueta.

—No me puedo creer que no me lo impidieses.

Me besa de nuevo, larga y profundamente, y me sorprendo a mí misma pensando si podría tomarme la tarde libre. Circunstancias especiales.

Alex me pasa una copa de vino y brindo contra la suya y vuelvo a apoyarme en su pecho. Y algo se relaja en mí, algo que ni me había dado cuenta que estaba tenso. Siento como si quisiera decir: «Por fin. Por fin. Por fin».

—Katie Brenner —dice Alex de nuevo, como si pronunciar mi nombre le hiciese feliz—. Deja que te lleve a cenar esta noche. Nunca te llevo a cenar. —Frunce el ceño como si fuésemos un viejo matrimonio—. ¿Dónde te gustaría ir?

—Tengo a papá y a Biddy en casa estos días —digo un poco apesadumbrada, pero su cara se ilumina.

—¡Mejor todavía! Reunión familiar. Sabes que solo te quiero por la cocina de Biddy, ¿no?

—Claro que lo sé. —Me río—. No soy tonta.

—Bueno, pues cena familiar, luego volvemos a mi casa y... ¿vemos qué

tal? Vayamos a un sitio muy especial.

Le brillan los ojos con entusiasmo. Noto la felicidad que emana de él.

—¿Un lugar realmente especial? —Lo miro muy seria—. ¿Te refieres a eso?

—Totalmente —asiente—. Un sitio real y verdaderamente extraordinario. ¿Hay algún sitio al que te haga ilusión ir?

¿Si hay algún sitio al que me haga ilusión ir?

—Espera.

Rebusco por mi bolso. En el fondo encuentro mi antigua lista de restaurantes, la que he seguido acarreando todo este tiempo.

—Cualquiera de estos —señalo—. Este. O este. O quizá este. ¿O a lo mejor ese de ahí? A ese no. Y este... no sé...

Alex mira la lista, atónito, y me doy cuenta de que quizá no es el modo en el que reaccionarían la mayoría de las chicas cuando las invitan a cenar.

—O donde sea —me corrijo con rapidez, arrugando la lista—. Quiero decir... Tú eliges. Seguro que tienes un montón de ideas...

—Y una mierda. —Sonríe—. Tú eres la experta. Tú decides.

—Oh —digo incómoda—, pero ¿no quieres? ¿No debería el hombre...?

—Katie, créetelo —me interrumpe—, disfrútalo. Tú escoges, ¿vale? Te dejo el honor, mi preciosa chica de Somerset. —Me besa las puntas de los dedos y luego me acerca hacia él, su voz dulce en mi oído—. Tú eres la jefa.

AGRADECIMIENTOS

Ninguna vida es perfecta. Pero la mía fue mucho más perfecta gracias a la gente brillante que me ayudó a crear este libro.

Jenny Bond y Sarah Frampton me ofrecieron su conocimiento y sus ideas sobre la vida en la ciudad y en el campo. Gracias sobre todo a Jenny por su ayuda especializada en el mundo corporativo de la publicidad, el marketing y las marcas.

Mientras tanto, me maravilla constantemente el increíble trabajo del *Equipo Kinsella* en el Reino Unido, Estados Unidos y por todo el mundo. Gracias a todos los que trabajáis tan duro en mis libros, y un agradecimiento especial a mis agentes y editores en el Reino Unido y en Estados Unidos:

En LAW: Araminta Whitley, Peta Nightingale, Jennifer Hunt.

En Inkwell: Kim Witherspoon, David Forrer.

En ILA: Nicki Kennedy, Sam Edenborough, Jenny Robson, Katherine West, Simone Smith.

En Transworld: Francesca Best, Bill Scott-Kerr, Larry Finlay, Claire Evans, Nicola Wright, Alice Murphy-Pyle, Becky Short, Tom Chicken y su equipo, Giulia Giordano, Matt Watterson y su equipo, Richard Ogle, Kate Samano, Judith Welsh, Jo Williamson, Bradley «Bradmobile» Rose.

En Penguin Random House US: Gina Centrello, Susan Kamil, Kara Cesare, Avideh Bashirrad, Debbie Aroff, Jess Bonet, Sanyu Dillon, Sharon Propson, Sally Marvin, Theresa Zoro, Loren Noveck.

Que vuestras vidas se parezcan a vuestros *posts* de Instagram.

© Sophie Kinsella, 2017
© Traducción: Patricia Valero Mous
© Los libros del lince, S. L.
Gran Via de les Corts Catalanes, 657, entresuelo
08010 Barcelona
www.linceediciones.com

Título original: *My (Not So) Perfect Life*

ISBN DIGITAL: 978-84-17302-12-2
Primera edición: marzo de 2018

Imagen de cubierta: © Malpaso Ediciones, S. L. U.

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

· ALIOS · VIDI ·
· VENTOS · ALIASQVE ·
· PROCELLAS ·


GORRIÓN
JASON MATTHEWS
ROJO
EL LIBRO
EN EL QUE SE BASA
LA PELÍCULA

Gorrión rojo

Matthews, Jason
9788417302108
464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un thriller magistral al más puro estilo James Bond cuyo autor ha sido agente de la CIA durante 36 añosLa oficial Dominika Egorova es un "gorrión" (una especie de cortesana en la inteligencia de la Rusia postsoviética) que deberá operar contra Nathaniel Nash, un joven y ambicioso agente de la CIA entrenado para infiltrarse en el espionaje ruso. Pero ambos se enamorarán y pondrán en peligro sus carreras y la seguridad del topo más valioso de Estados Unidos. Buscando venganza contra sus desalmados jefes, Dominika se dejará reclutar por la CIA y entrará en un perverso juego que desembocará en un clímax electrizante.En marzo de 2018, la FOX estrena en cines Gorrión rojo, película basada en el libro y protagonizada por Jennifer Lawrence y Jeremy Irons."La prosa de Matthews encandilará a los fans de los maestros John le Carré e Ian Fleming."USA Today"La excepcional ópera prima de Matthews hará las delicias de los aficionados a las novelas de espionaje clásicas. La trayectoria del autor en la CIA dota al libro de una autenticidad que los lectores agradecerán."Publishers Weekly"La primera novela de Matthews tiene la suficiente acción como para satisfacer a los más exigentes adictos a la adrenalina. La experiencia del autor en la CIA y los inteligentes diálogos hacen de este libro una historia perfecta para los entusiastas de las novelas de espionaje."Kirkus Reviews"Un descenso al torbellino de las pasiones carnales y la brutalidad, este thriller evoca la gran era del espionaje que sucedió a la Guerra Fría. Los lectores sedientos de sangre, espionaje y suspense darán la bienvenida al debut de este magnífico escritor."Library Journal

Cómpralo y empieza a leer


LA VIDA ESCONDIDA ENTRE LOS LIBROS
Stephanie Butland
«Una novela única y hermosa que logra crear con ingenio un desenlace absolutamente conmovedor.»
TRACY BUCHANAN

La vida escondida entre los libros

Butland, Stephanie
9788417302092
272 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Siempre puedes confiar en los libros para mantener tu secreto.Loveday Cardew prefiere los libros antes que las personas.Si te acercas a ella lo suficiente, podrás ver que lleva tatuadas las frases iniciales de las novelas que más le gustan. Sin embargo, hay secretos de su pasado que jamás te revelará. Quince años atrás, Loveday perdió todo lo que tenía y amaba en una fatídica noche. Aquel horrible acontecimiento la llevó a convertir la librería en la que trabaja en su único refugio, pero todo está a punto de cambiar: alguien que conoce su pasado está tratando de enviarle un mensaje, y no hay nada que ella pueda hacer para evitarlo.La vida escondida entre los libros es una novela tierna, irresistible, desgarradora y de una gran intensidad emocional; es un canto de amor a los libros, un bonito homenaje a la lectura y a todos quienes encuentran en ella su redención."Una novela única y hermosa que logra crear con ingenio un clímax conmovedor"Tracy Buchanan"Insólita, inteligente… es imposible dejar de leerla."Katie Forde"Loveday es un personaje maravilloso, me sedujo desde la primera página […] y su librería es el sueño de todo lector."Julie Cohen, Autora de Dear Thing"Loveday es atrabiliaria y encantadora. Me he enamorado de Archie y Nathan, de la librería y de la intriga."Carys Bray, Autora de A song for Issy Bradley y The museum of you"Una prosa exquisita y evocadora. Loveday es una heroína temeraria y frágil a partes iguales. La inquietante historia de su pasado está narrada de una manera asombrosa."Tracy Rees, Autora de Amy snow

Cómpralo y empieza a leer


Las
MUJERES
en el CASTILLO
Jessica
Shattuck
«Poderoso y profético, un libro esencial
que todo el mundo debería leer.»
JAMIE FORD

Las mujeres en el castillo

Shattuck, Jessica
9788494740091
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un retrato de la guerra y sus repercusiones. Una novela desgarradora sobre lo que significa perdonar para poder seguir viviendo.Cuando la Segunda Guerra Mundial llega a su fin, entre las cenizas de la derrota nazi, Marianne von Lingenfels regresa al castillo bávaro de los antepasados de su esposo, una imponente fortaleza ahora en ruinas. Viuda de un resistente asesinado tras el fallido complot para matar a Hitler, Marianne decide mantener la promesa que una vez hizo a los valientes que murieron junto a su marido luchando por una Alemania mejor: encontrar y proteger a sus hijos y mujeres, las viudas de la resistencia ahora convertidas en sus compañeras. Marianne está convencida de que las circunstancias y el dolor compartido mantendrán junta a esta improvisada familia, pero no tarda en descubrir que el mundo en el que ha crecido se ha vuelto infinitamente más complejo, lleno de secretos y pasiones oscuras que amenazan con destruirla.Las tres mujeres deberán aprender a vivir con las elecciones que condicionaron sus vidas anteriormente, y cada una deberá enfrentarse a sus propios desafíos tras un conflicto que ha destruido su país y sus vidas. Escrita con una emoción devastadora, 'Las mujeres en el castillo' explora lo que significa amar y perdonar para poder seguir viviendo."¡Costaba tanto no juzgar! En lo más profundo de su ser había una semilla que buscaba sin cesar un veredicto, que se abría paso entre los matices y la complejidad para obtener una simple respuesta: ¿estaba mal o estaba bien?""Una epopeya magistral."People Magazine"Una lectura llena de belleza. Un libro magnífico y esencial."Cynthia D'Aprix Sweeney, autora de 'De buena familia'"Una historia emotiva, sorprendente y arrolladora."The New York Times Book Review"Fascinante. 'Las mujeres en el castillo' revela nuevas verdades sobre uno de los periodos más trágicos de la historia."USA

Today"Este libro hará que te preguntes: "¿Qué haría yo si estuviese en el lugar de estos personajes?"."Jamie Ford, autor de 'Hasta que volvamos a vernos'

Cómpralo y empieza a leer


MEGAN MIRANDA
LA CIUDAD DE LAS MUJERES DESAPARECIDAS
«Llega el *thriller* de suspense que todos estábamos esperando desde *Perdida* de Gillian Flynn y *La chica del tren* de Paula Hawkins.»
COSMOPOLITAN

La ciudad de las mujeres desaparecidas

Miranda, Megan
9788494740084
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Un thriller que te pondrá a prueba con sus adictivas páginas. No podrás parar de leer."ELLEHan pasado diez años desde que Nicolette Farrell abandonó Cooley Ridge después de que Corinne, su mejor amiga, desapareciese sin dejar rastro. Ahora lleva una exitosa vida en Filadelfia, donde vive con su prometido lejos de todo lo que dejó atrás. Nicolette tendrá que regresar a su ciudad natal para cuidar de su padre enfermo y vender la casa familiar, y pronto se verá inmersa en un drama atroz que abrirá viejas heridas. A los pocos días de su regreso desaparece otra persona de su entorno más cercano, su vecina Annaleise. A partir de entonces Nic intentará descubrir la verdad sobre este nuevo suceso y, mientras tanto, se destaparán secretos acerca de sus amigos, su familia y lo que en realidad le pasó a Corinne diez años atrás.'La ciudad de las mujeres desaparecidas' es una estremecedora historia sobre la desaparición de dos mujeres jóvenes que nos lleva a preguntarnos hasta dónde seríamos capaces de llegar para proteger a quienes amamos. Con este thriller tan adictivo como inteligente, que cuenta con una estructura cronológica inversa, Megan Miranda pone a prueba al lector más ávido."Tenía que centrarme, reunir las piezas y darles sentido, y luego tenía que irme. Tenía que irme cuanto antes. Antes de que el pasado me devorara, antes de que se fugase de aquella caja en la que alguien lo había encerrado hacía mucho tiempo y me devolviera, otra vez, al punto de partida.""Las protagonistas de Gillian Flynn y de Megan Miranda reclaman el derecho de los personajes femeninos a no ser solo víctimas o femmes fatales [...]. 'La ciudad de las mujeres desaparecidas' es uno de los mejores libros del año."LOS ANGELES REVIEW OF BOOKS"Extremadamente interesante. Una novela hitchcockiana."THE NEW YORK TIMES BOOK REVIEW

Cómpralo y empieza a leer


CHRISTOPHER
MOORE
Autor de los bestsellers internacionales
El ángel más tonto del mundo y *Un trabajo muy sucio*
ALMAS DE
SEGUNDA MANO

Almas de segunda mano

Moore, Christopher
9788494712616
368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La novela más divertida del autor más inclasificable. Christopher Moore es el mejor exponente de la llamada "Ficción absurda", un movimiento literario que se caracteriza por cultivar el humor absurdo y los argumentos imposibles. Los títulos de Moore son auténticos fenómenos de ventas en los Estados Unidos y han convocado a una legión de fans muy activos e implicados. En "Almas de segunda mano", Charlie Asher, uno de los personajes más emblemáticos de los libros de Moore, acepta la tarea de recolectar las almas de los difuntos recientes para mantener a raya a las fuerzas de la oscuridad. Mientras procura cumplir con esta tarea desquiciada, se enfrenta a todo tipo de criaturas fantásticas y, en el curso de esos combates, muere; pero su alma se librará del infierno gracias a la intervención de su hija, Sophie, que parece haber heredado los mismos poderes místicos que tenía Charlie. Este es apenas un apunte de una trama enloquecida y desternillante que transita entre San Francisco y el inframundo y que resulta tan difícil de contar como divertida de leer. "Escribir debería ser divertido. [Moore] lleva esta idea a nuevas alturas… raro, locamente entretenido… Es imposible imaginarse historias así. Excepto para Christopher Moore." Washington Post "Fantásticamente extraña… poderosamente entretenida… un viaje divertidísimo… Moore ha creado una novela que late con su propia y brillante alma de principio a fin." USA Today "Moore ha creado un mundo que es completamente suyo, trata temas oscuros con una irreverencia desenfadada. Tiene bastante pathos para ser una historia dedicada a un hombre ardilla con un pene gigante. Fans de Moore, alegraos." AV Club "Esta novela es tan chiflada, franca, irresistible y extraña como presume serlo… "Almas de segunda mano" no decepciona como secuela, se sostiene

sola, está llena de humor, diversión, horror y un elenco fantástico de personajes." New York Journal of Books

Cómpralo y empieza a leer